

EL REGRESO

HISHAM MATAR



de

Lectulandia

En marzo de 2012, treinta y tres años después de haber pisado por última vez la tierra de sus orígenes, el autor de este libro regresó a Libia junto a su madre y su mujer. El derrocamiento de Gadafi había abierto un tiempo nuevo en el que cabía la esperanza de refundar una sociedad devastada por los abominables crímenes de la dictadura, recuperando un sistema de valores basado en la justicia y el respeto por la vida humana. Sin embargo, más allá de soñar con un país en libertad y progreso, en la mente de Hisham bullía el deseo de cerrar una herida profunda y dolorosa que había marcado su vida y la de su familia. En 1990, su padre, Jaballa Matar, un próspero y culto empresario, amante de la poesía y líder de la disidencia en el exilio, había sido secuestrado en El Cairo y confinado en una prisión libia. Seis años más tarde, las escasas noticias que llegaban se interrumpieron: el rastro de Jaballa se perdió definitivamente.

Así pues, de esa infatigable búsqueda de la verdad trata, entre otras cosas, esta conmovedora historia. La depurada prosa de Hisham Matar —que el público lector pudo apreciar en *Solo en el mundo* e *Historia de una desaparición*, sus dos novelas anteriores— nos invita a compartir sus emociones más íntimas, desde las luminosas estampas de una infancia mediterránea en Trípoli y Bengasi hasta el áspero presente donde se mezclan la ilusión, la rabia y la impotencia. Transitando con maestría entre las convulsiones personales y los acontecimientos históricos, este sincero y poliédrico relato autobiográfico no se limita a tratar de comprender las aflicciones del pasado, sino que señala una y otra vez el consuelo reparador que ofrecen el amor y la amistad, la literatura y el arte.

Lectulandia

Hisham Matar

El regreso

ePub r1.0

Titivillus 13.02.18

Título original: *The Return*
Hisham Matar, 2016
Traducción: Javier Guerrero

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com



Trampilla

Primera hora de la mañana, marzo de 2012. Mi madre y mi mujer, Diana, estaban sentadas conmigo en una hilera de sillas atornilladas al suelo embaldosado de un vestíbulo del aeropuerto internacional de El Cairo. Una voz anunció que el vuelo 835 a Bengasi despegaría puntual. De vez en cuando, mi madre me miraba con ansiedad. Diana también parecía preocupada. Me apoyó una mano en el brazo y sonrió. Debería levantarme y dar un paseo, me dije. Sin embargo, mi cuerpo permaneció rígido. Nunca me había sentido tan capaz de permanecer inmóvil.

La terminal estaba casi vacía. Sólo había un hombre de unos cincuenta y cinco años sentado frente a nosotros. Más bien gordo, de aspecto cansado, probablemente mediada la cincuentena. Había algo en su forma de sentarse —las manos entrelazadas en el regazo, el torso ladeado hacia la izquierda— que indicaba resignación. ¿Era egipcio o libio? ¿Iba de visita al país vecino, o volvía a casa después de la revolución? ¿Había estado a favor o en contra de Gadafi? ¿Tal vez era uno de aquellos indecisos que se empeñaban en mantener sus reservas?

Volvió a sonar la voz de la megafonía. Había llegado la hora de embarcar. Me encontré ocupando el primer lugar de la cola, con Diana a mi lado. Ella me había llevado en más de una ocasión a su lugar de nacimiento, en el norte de California. Conozco las plantas y el color de la luz y las distancias del lugar donde se crió. En aquel momento me tocaba a mí, por fin, llevarla a mi país. Diana había metido en la maleta la Hasselblad y la Leica, sus dos cámaras favoritas, y cien rollos de película. Trabaja con gran dedicación. En cuanto encuentra un hilo, lo sigue hasta el final. Saber eso me entusiasmaba y me preocupaba. Darle a Libia algo más de lo que ya me ha quitado me produce mucha reticencia.

Mi madre paseaba junto a las ventanas que daban a la pista, hablando por el móvil. La terminal empezaba a llenarse de gente, hombres en su mayor parte. La cola que encabezábamos Diana y yo se había alargado. Trazaba curvas a nuestras espaldas, como un río. Simulé haber olvidado algo y tiré de mi mujer hacia un lado. De repente, pensé que regresar después de tantos años era una mala idea. Mi familia se había marchado en 1979, treinta y tres años antes. Ése era el abismo que separaba al hombre del niño de ocho años que yo era entonces. El avión iba a cruzar esa brecha. Sin duda, esos viajes suelen ser temerarios. Aquél podría privarme de un talento que me ha costado mucho cultivar: cómo vivir lejos de lugares y gente que amo. Joseph Brodsky tenía razón. También Nabokov y Conrad. Eran artistas que nunca regresaron. A su manera, cada uno intentó curarse de su país. Lo que dejas atrás queda disuelto. Si vuelves, te enfrentarás a la ausencia o a la desfiguración de lo

que amabas. Pero Dmitri Shostakóvich, Boris Pasternak y Naguib Mahfuz también tenían razón: nunca abandones la patria. Si te vas, tus conexiones con la fuente se cortarían. Serás como un tronco muerto, duro y hueco.

¿Qué haces cuando no puedes irte ni tampoco volver?

En octubre de 2011 me había planteado no regresar nunca a Libia. Estaba en Nueva York, paseando por Broadway en un día de viento frío, cuando se me presentó la idea. Parecía inmaculada, un pensamiento que mi mente había fabricado por sí sola. Como en algunos momentos de borracheras juveniles, me sentía valiente e invencible.

Había llegado a Nueva York el mes anterior, invitado por el Barnard College para dar un seminario sobre novelas de exilio y distanciamiento. Pero mi conexión con la ciudad era más antigua. Mis padres se habían trasladado a Manhattan en la primavera de 1970, cuando mi padre fue nombrado primer secretario de la Misión Libia en Naciones Unidas. Yo nací ese otoño. Tres años después, en 1973, regresamos a Trípoli. Desde entonces, había visitado Nueva York cuatro o cinco veces, siempre de manera breve. Así pues, aunque acababa de regresar a mi ciudad natal, era un lugar que apenas conocía.

En los treinta y seis años transcurridos desde que nos fuimos de Libia, mi familia y yo habíamos establecido relaciones con varias ciudades sustitutas: Nairobi, adonde fuimos al huir de Libia, en 1979, y que he continuado visitando desde entonces; El Cairo, donde nos asentamos en un exilio indefinido al año siguiente; Roma, un lugar de vacaciones para nosotros; Londres, adonde fui a estudiar a los quince años y donde he pasado veintinueve tratando con tenacidad de ganarme la vida; París, adonde, cansado y disgustado por Londres, me mudé a los treinta y pocos, jurando no volver nunca a Inglaterra, sólo para encontrarme de regreso al cabo de dos años. En todas estas ciudades me había imaginado que un día viviría tranquilo en esa isla lejana, Manhattan, donde había nacido. Me imaginaba que alguien a quien acababa de conocer, tal vez durante una cena, o en un café, o en un vestuario después de una larga sesión de natación, me hacía la pregunta pesada de siempre: «¿De dónde eres?» Y yo, impertérrito y sin la habitual incomodidad, respondería como si tal cosa: «De Nueva York.» En esas fantasías me veía disfrutando del hecho de que tal declaración sería al mismo tiempo verdadera y falsa, como un truco de magia.

Me mudé a Manhattan a los cuarenta años, mientras Libia se estaba haciendo pedazos, y eso ocurrió el 1 de septiembre, el mismo día en que, en 1969, un joven capitán llamado Muammar Gadafi derrocó al rey Idris, dando así a muchos de los aspectos más significativos de mi vida —el lugar donde vivo, el idioma en el que escribo, el idioma que estoy usando ahora para redactar esto— un punto de arranque: sumando todo eso, resultaba difícil evitar la sensación de que esa coincidencia implicaba alguna clase de voluntad divina.

En cualquier historia política de Libia, la década de 1980 representa un capítulo particularmente escabroso. Opositores al régimen fueron ahorcados en plazas públicas y estadios deportivos. Los disidentes que huyeron del país fueron perseguidos; algunos, raptados o asesinados. También fue en los años ochenta cuando Libia tuvo por primera vez una resistencia armada y enérgica a la dictadura. Mi padre era una de las figuras más destacadas de la oposición. La organización a la que pertenecía contaba con un campo de entrenamiento en el Chad, al sur de la frontera libia, y varias células clandestinas en el interior del país. Su carrera en el ejército, su breve período como diplomático y el patrimonio propio que había logrado procurarse durante la década de 1970, cuando se convirtió en un próspero hombre de negocios —importando a Oriente Medio productos tan diversos como vehículos Mitsubishi y zapatillas deportivas Converse—, lo convertían en un enemigo peligroso. La dictadura había intentado comprarlo; había intentado intimidarlo. Recuerdo estar sentado a su lado una tarde en nuestro piso de El Cairo, cuando yo tenía diez u once años, con el peso de su brazo sobre mis hombros. En la silla de enfrente se sentaba uno de los hombres a los que yo llamaba «tío»; yo sabía, de alguna manera, que esos hombres eran sus aliados o partidarios. Se pronunció la palabra «concesiones» y mi padre respondió: «No negociaré con criminales.»

Cuando estábamos en Europa, llevaba pistola. Antes de meterse en un coche, nos pedía que nos alejáramos. Se arrodillaba y miraba debajo del chasis, juntaba las manos y observaba a través de la ventana buscando algún cable. A hombres como él les habían disparado en estaciones de tren y en cafés, o sus coches habían volado por los aires. Durante la década de 1980, cuando yo todavía estaba en El Cairo, leí en el periódico que habían matado a un famoso economista libio. Estaba bajando de un tren en la Stazione Termini de Roma, cuando un desconocido le apoyó una pistola en el pecho y apretó el gatillo. En la fotografía impresa junto al artículo, el fallecido aparecía cubierto hasta los tobillos con hojas de periódico, presumiblemente de ese mismo día, con sus brillantes zapatos de cuero al descubierto. En otra ocasión, la noticia fue que le habían disparado a un estudiante libio en Grecia. Estaba sentado en la terraza de un café en la plaza Monastiraki de Atenas. Un escúter se detuvo y el hombre que iba sentado detrás del conductor apuntó con una pistola al estudiante y le disparó varios tiros. A un presentador libio de la sección de Internacional de la BBC lo asesinaron en Londres. En abril de 1984 hubo una manifestación ante la embajada libia en Saint James Square. Un miembro de la embajada levantó una ventana de guillotina de la primera planta, sacó una metralleta y disparó contra la multitud. Murió una policía, Yvonne Fletcher, y once manifestantes libios resultaron heridos, algunos de ellos de extrema gravedad.

La campaña de Gadafi para dar caza a exiliados políticos —que fue anunciada por Musa Kusa, director de inteligencia exterior, en un mitin celebrado a principios de los ochenta— se hizo extensiva a las familias de los disidentes. Mi único hermano, Ziad,

tenía quince años cuando se marchó a un internado en Suiza. Al cabo de unas semanas, a mitad del trimestre, regresó a El Cairo. Todos fuimos a recogerlo al aeropuerto. Cuando apareció entre los pasajeros que inundaban la sala de llegadas, parecía más pálido que nunca. Unos días antes, yo había visto a mi madre hacer varias llamadas telefónicas, con el dedo temblando al marcar el dial.

La escuela suiza se hallaba en un lugar remoto de los Alpes. El transporte público al pueblo más cercano era un teleférico, y sólo funcionaba unas pocas horas al día. Durante dos días seguidos, Ziad había observado un coche aparcado junto a la entrada de la escuela. Dentro había cuatro hombres. Tenían el pelo largo tan característico de los miembros de los comités revolucionarios de Gadafi. Una noche, tarde, llamaron a Ziad al teléfono de la oficina de la escuela.

—Soy amigo de tu padre —dijo un hombre al otro lado de la línea—. Debes hacer exactamente lo que te diga. Tienes que marcharte de inmediato y tomar el primer tren a Basilea.

—¿Por qué? ¿Qué ha ocurrido? —preguntó Ziad.

—No puedo contártelo ahora. Date prisa. Toma el primer tren a Basilea. Estaré allí y te lo explicaré todo.

—Pero es de noche —dijo Ziad.

El hombre no le dio más explicaciones. Simplemente repetía:

—Toma el primer tren a Basilea.

—No puedo. No sé quién es usted. Por favor, no vuelva a llamar aquí —dijo Ziad, y colgó.

El hombre llamó entonces a mi madre, que a su vez telefoneó a la escuela y le dijo a Ziad que tenía que marcharse de allí enseguida y le explicó lo que tenía que hacer.

Ziad despertó a su profesor favorito, un joven licenciado de Cambridge que probablemente había pensado que sería divertido enseñar Literatura inglesa en los Alpes y dedicarse a esquiar entre clases.

—Señor, están a punto de operar a mi padre y ha pedido verme antes de entrar en el quirófano. Necesito tomar el primer tren a Basilea. ¿Podría llevarme a la estación, por favor?

El profesor telefoneó a mi madre, que le confirmó la versión de Ziad. Tuvieron que despertar al director. Éste telefoneó a mi madre y, una vez él también estuvo convencido, el profesor de Ziad miró el horario de trenes. Salía uno a Basilea en cuarenta minutos. Si se daban prisa, podían llegar.

Tuvieron que pasar por delante de aquel coche; no había ningún otro camino. Al pasar junto a los hombres, Ziad simuló atarse los cordones. El profesor condujo con precaución por la serpenteante carretera de montaña. Al cabo de unos minutos, aparecieron unos faros detrás de ellos. Cuando el profesor dijo «Creo que nos están siguiendo», Ziad fingió no oírlo.

Una vez en la estación, mi hermano corrió hacia el vestíbulo y se escondió en los

lavabos públicos. Oyó llegar el tren. Esperó hasta que se detuvo por completo, dejó pasar unos segundos para que bajaran y subieran los pasajeros antes de correr de nuevo y meterse en un vagón. Las puertas se cerraron y el tren arrancó. Ziad estaba seguro de que había despistado a los cuatro hombres, pero entonces aparecieron en el pasillo. Ellos lo vieron. Uno le sonrió. Lo siguieron de un vagón al siguiente, murmurando:

—Chico, ¿te crees todo un hombre? Ven aquí y demuéstalo.

En la parte delantera del tren, Ziad encontró al revisor charlando con el conductor.

—Esos hombres me están siguiendo —le contó Ziad.

Sin duda, el miedo se reflejaba en su voz, porque el revisor le creyó enseguida y le propuso que se sentara a su lado. Al verlo, los cuatro que lo seguían retrocedieron hasta el otro vagón. Cuando el tren llegó a Basilea, Ziad vio a unos hombres de uniforme esperando en el andén. El conocido de mi padre, que había telefoneado esa noche, estaba entre ellos.

Recuerdo a Ziad contándonos estos detalles cuando nos sentamos a la mesa del comedor. Yo estaba absolutamente abrumado por una sensación de seguridad y gratitud, así como por un nuevo y profundo miedo, agudo y punzante. Sin embargo, nadie se habría dado cuenta al mirarme. Mientras Ziad hablaba, yo fingía estar excitado por su aventura. No empecé a notar el peso de todo aquello en mi conciencia hasta más entrada la noche. No paraba de pensar en lo que habían dicho los hombres, la frase que mi hermano nos susurró varias veces, imitando a la perfección el tono de amenaza y el acento de Trípoli: «Chico, ¿te crees todo un hombre? Ven aquí y demuéstalo.»

Poco después de eso, cuando yo tenía doce años, tuve que ir al oftalmólogo. Mi madre me llevó al aeropuerto y viajé solo de El Cairo a Ginebra, donde me esperaba mi padre. Hablé con él por teléfono antes de salir hacia el aeropuerto.

—Si por alguna razón no me ves en la zona de llegadas, ve a información y pídeles que me llamen por megafonía —me dijo, dándome uno de los nombres bajo los que viajaba y que yo conocía bien—. Pase lo que pase, no les digas mi verdadero nombre —insistió.

Al llegar a Ginebra no lo vi. Tal como él me había dicho, fui al mostrador de información, pero cuando la mujer me preguntó el nombre me entró el pánico. No conseguía recordarlo. Al ver lo nervioso que estaba, ella me sonrió y me pasó el micrófono.

—¿Quieres hacer el anuncio tú mismo?

Cogí el micrófono y dije «¡Papá, papá!» varias veces, hasta que vi a mi padre correr hacia mí sonriendo de oreja a oreja. Me sentí avergonzado y recuerdo que al salir del aeropuerto le pregunté:

—¿Por qué no podía decir tu nombre? ¿De qué tienes miedo?

Íbamos caminando entre la multitud y pasamos junto a dos hombres que hablaban árabe con un acento libio inconfundible. Durante esos años, oír nuestro dialecto

siempre me desconcertaba y me provocaba, en la misma medida, temor y nostalgia.

—Así, ¿qué aspecto tiene el tal Jaballa Matar? —le preguntó uno al otro.

Yo continué en silencio y después de eso nunca volví a quejarme de los complicados preparativos de viaje de mi padre.

Él no podía ni plantearse viajar con su pasaporte auténtico. Usaba documentos falsos con seudónimos. En Egipto nos sentíamos seguros. Y sin embargo, en marzo de 1990, la policía secreta egipcia lo secuestró en nuestro piso de El Cairo y se lo entregó a Gadafi. Se lo llevaron a la prisión de Abu Salim, en Trípoli, conocida como «La Última Parada», el lugar adonde el régimen enviaba a aquellos que quería olvidar.

A mediados de la década de 1990, varias personas arriesgaron su vida para llevar tres cartas de mi padre a mi familia. En una de ellas, escribe: «La crueldad de este lugar supera con creces todo lo que hemos leído de la prisión-fortaleza de la Bastilla. La crueldad es omnipresente, pero sigo siendo más fuerte que sus tácticas de opresión [...]. Mi frente no sabe inclinarse.»

En otra carta aparece esta frase: «En ocasiones paso todo un año sin ver el sol o sin que me dejen salir de esta celda.»

En una prosa calmada, precisa y en ocasiones irónica, muestra una paciencia asombrosa.

Y ahora una descripción de este noble palacio [...]. La celda es una caja de hormigón. Las paredes están hechas de bloques prefabricados. Hay una puerta de acero a través de la cual no pasa el aire. Una ventana, que queda a tres metros y medio del suelo. En cuanto al mobiliario, es de estilo Luis XVI: un colchón viejo, gastado por muchos presos anteriores, desgarrado en varios puntos. Aquí el mundo está vacío.

Gracias a esas cartas y a testimonios de presos que he podido recoger con la ayuda de Amnistía Internacional, Human Rights Watch y la ONG suiza TRIAL, sabemos que mi padre estuvo en Abu Salim al menos desde marzo de 1990 hasta abril de 1996, cuando lo sacaron de su celda para llevarlo a otra ala secreta de la misma prisión, trasladarlo a otra cárcel o ejecutarlo.

A finales de agosto de 2011 cayó Trípoli y los revolucionarios tomaron el control de Abu Salim. Echaron abajo las puertas de las celdas y por fin todos los hombres encerrados en esas cajas de hormigón pudieron salir de allí. Yo estaba en casa, en Londres. Pasé ese día al teléfono, hablando con uno de los hombres que derribaban a mazazos las puertas de acero de la prisión:

—¡Espera, espera! —gritaba, y oía su maza golpeando el metal.

No era el sonido de una campana al aire libre, sino de una profundamente

enterrada, como un recuerdo evocado, que repicaba: «Quiero estar allí y no quiero estar allí.»

Incontables voces gritaban: «¡Dios es grande!»

El hombre le entregó la maza a un compañero y yo lo oí jadear, con la respiración cargada de resolución y sensación de victoria. «Quiero estar allí y no quiero estar allí.» Llegaron a una celda en el sótano, la última que quedaba. Había muchos gritos, gente que competía por echar una mano. Oí que un hombre preguntaba:

—¿Qué? ¿Dentro?

Había mucha confusión. Entonces oí gritar al que estaba hablando conmigo:

—¿Estás seguro?

Volvió al teléfono y dijo que pensaban que en la celda había alguien importante de Ajdabiya, el pueblo de mi padre, y que llevaba muchos años en régimen de aislamiento. Yo no podía ni hablar. «Quiero estar allí y quiero estar allí.»

—No cuelgues —dijo el hombre al teléfono.

Cada pocos segundos, repetía:

—No cuelgues.

No sabría decir si tardó diez minutos o una hora. Cuando por fin derribaron la puerta, encontraron a un anciano ciego en un espacio sin ventanas. No había visto el sol en años. Cuando le preguntaron su nombre, dijo que no lo sabía. ¿De qué familia era? No lo sabía. ¿Cuánto tiempo llevaba allí? Aparentemente había perdido la memoria. Tenía una fotografía de mi padre. ¿Por qué? ¿Quién era él para mi padre? El preso no lo sabía. Y, aunque no podía recordar nada, se sentía feliz de ser libre. Ésa fue la palabra que usó el que hablaba conmigo por teléfono: feliz. Yo quería preguntar por la foto. ¿Era reciente o antigua? ¿Estaba clavada en la pared, guardada debajo de la almohada, o la encontraron en el suelo, al lado de la cama? ¿Había una cama? ¿El preso tenía cama? No planteé ninguna de estas preguntas. Y cuando el hombre que me informaba dijo «Lo siento», le di las gracias y colgué.

En octubre, mientras yo estaba intentando concentrarme en las clases que daba en Nueva York, todas las cárceles con presos políticos, todos los compartimentos secretos subterráneos, iban cayendo uno a uno en manos de los revolucionarios. Se abrieron las celdas y se identificó y liberó a los hombres que estaban en ellas. Mi padre no estaba en ninguna. Por primera vez, la verdad se hizo innegable. Estaba claro que le habían pegado un tiro o lo habían ahorcado o lo habían matado de hambre o como consecuencia de la tortura. Nadie sabe cuándo, o quienes lo supieron están muertos o han escapado o están demasiado asustados para hablar o no les importa. ¿Fue en el sexto año de su encarcelamiento cuando se interrumpieron sus cartas? ¿Fue en la masacre que se produjo ese año en la misma prisión, cuando ejecutaron a 1.270 hombres? ¿O fue una muerte solitaria, quizá durante el séptimo, el octavo o el noveno año? ¿O fue en el vigésimo primer año, después del estallido de la

revolución? ¿Tal vez durante alguna de las muchas entrevistas que di yo para aportar argumentos contra la dictadura?

O quizá mi padre no estuviese muerto, como Ziad seguía creyendo, incluso después de que se hubieran abierto todas las prisiones. Tal vez estuviese libre, confiaba mi hermano, y, debido a algún fallo —pérdida de memoria, pérdida de la capacidad de ver, hablar u oír—, no pudiera encontrar su camino de vuelta, como Gloucester vagando por el páramo en *El rey Lear*: «Dame la mano. Ya estás a un paso del borde», le dice Edgardo a su padre ciego, que ha decidido suicidarse, una frase que me ha acompañado estos últimos veinticinco años.

Debió de ser la historia del preso que había perdido la memoria lo que hizo creer a Ziad que, de alguna manera, nuestro padre podía estar vivo. Unos días después de que yo llegara a Nueva York, me llamó para pedirme que buscara a alguien capaz de crear una imagen con el aspecto que podría tener nuestro padre en ese momento, para colgarla por todo el país y en internet.

—Alguien podría reconocerlo —dijo.

Hablé con una artista forense de Canadá, que me pidió el mayor número posible de fotografías de mi padre, de sus hermanos y de mi abuelo. Después de recibirlas, llamó con una lista de preguntas sobre las condiciones que había soportado en prisión: la comida que le daban, la posibilidad de tortura o enfermedades. Diez días más tarde, llegó el dibujo. La mujer había hundido despiadadamente las mejillas y los ojos y exagerado una tenue cicatriz que tenía en la frente. Lo peor del retrato era su verosimilitud. Me hizo pensar en otros cambios posibles. ¿Qué habría ocurrido con su dentadura, por ejemplo, aquellos dientes que le mostraba al doctor Mazzoleni en Roma durante nuestra revisión anual? El dentista italiano siempre decía, provocando en nosotros un silencio orgulloso:

—Debería estar agradecido a Libia y sus minerales por una dentadura tan excelente.

¿Y qué decir de la lengua, que tenía su propia forma de pronunciar mi nombre, de la garganta amplificadora y todas las partes de esa caja de resonancia, de la cabeza —sus fosas nasales y cavidades, el peso de sus huesos, su carne, su cerebro— y cómo ésta alteraba el eco de aquella voz suave? ¿Cómo sonaría esa voz nueva, más vieja? Nunca le envié el retrato a Ziad y él dejó de reclamármelo. Se lo mostré la siguiente vez que nos vimos. Lo miró un momento y dijo:

—No es muy preciso. —Me mostré de acuerdo y él volvió a guardar el dibujo en su sobre—. No se lo enseñes a mamá —añadió.

Aquella fría tarde de octubre en Nueva York empecé a dudar tanto de mi capacidad de regresar a Libia como de mi voluntad de no hacerlo. Entré en nuestro piso en el Upper West Side y no le dije nada a Diana de la «inmaculada» idea que se me había ocurrido mientras caminaba. Cenamos. Recogí los platos y los lavé sin prisa. Después escuchamos música y dimos un paseo por las calles oscuras. Esa noche apenas dormí. Me di cuenta de que no regresar a Libia significaba no volver a

permitirme pensar en el país, lo que sólo conduciría a otra forma de resistencia, y yo ya había terminado con la resistencia.

Salí de mi edificio al alba. Estaba contento de la indiferencia de Nueva York. Siempre había considerado Manhattan como un huérfano podría pensar en la madre que lo había dejado a las puertas de una mezquita: no significaba nada para mí, pero también lo era todo. En momentos de desesperación, representaba la posibilidad de finalmente engañarme a mí mismo respecto al exilio. Me pesaban los pies. Me di cuenta de lo viejo que me había hecho, pero también del infantilismo que persistía en mí, como si parte de mi ser hubiera dejado de desarrollarse en el momento en que nos fuimos de Libia. Yo era tal como David Malouf había imaginado a Ovidio en su destierro: infantilizado por el exilio. Me dirigí a mi despacho de la facultad. Quería sumergirme en el trabajo. Traté de pensar en la clase que iba a dar esa tarde, sobre *El proceso* de Kafka. Pensé en la ternura de K hacia los dos hombres que van a ejecutarlo; en su rendición oscura y heroica; en lo que pensó —«Lo único que puedo hacer ahora es mantener la mente fría y analítica hasta el final»—, y el descubrimiento, correctivo y pesadoso, de que «Siempre busqué ir por el mundo con veinte manos...». Me dije que era una suerte que tuviera que pensar en las clases. Pasé por encima de una rejilla en la acera. Debajo había un espacio, apenas lo bastante alto para contener a un hombre de pie y desde luego no lo bastante amplio para permitirle tumbarse. Una honda caja gris en el suelo. No tenía ni idea de para qué servía. Sin darme cuenta, me encontré de rodillas, mirando. Por más que lo intenté, no pude ver una trampilla, una tubería, cualquier salida. Me superó de repente. Lloré y me oí llorar.

Traje negro

En 1980, mi familia vivía en Egipto. De niño, muchas veces me sentaba en mi cuarto con el atlas y trataba de calcular cuántos kilómetros había entre nuestro piso y la frontera. Cada año, Gadafi iba a morir o lo iban a obligar a huir del país. Cada año íbamos a regresar a casa. En 1985, un par de años después de que Ziad se salvara por los pelos en Suiza, pedí ir a un internado en Europa. Me decidí por Inglaterra. Después de lo que le había ocurrido a mi hermano, tendría que utilizar un seudónimo. Como a los dos nos gustaba la música de Bob Marley y de Bob Dylan, Ziad propuso que usara como nombre Bob. Fingiría que era cristiano, hijo de madre egipcia y padre estadounidense. Un año después, en 1986, llegué al internado y durante los dos años siguientes viví bajo esa identidad falsa. Al principio me pareció sorprendentemente fácil. Hasta disfrutaba simulando ser otra persona.

Había una chica que me gustaba. Tenía la piel del color de la miel apelmazada, sus grandes ojos brillaban como madera pulida. Era una lectora voraz. Cada dos días la veía en la biblioteca con un libro diferente. Poseía una desenvoltura que me resultaba misteriosa y una calidez que, a mi juicio, se asentaba sin duda en una vida estable. Me daba por imaginar cómo podrían sonar las palabras al pasar por su garganta, pero nunca me atreví a acercarme y, como ella no estaba en ninguna de mis clases, no oí su voz hasta que, en la fiesta de primavera, cruzó la sala y, para mi más absoluta sorpresa, me preguntó si quería bailar. Bailamos varios temas y luego nos quedamos apoyados en la pared, uno al lado del otro. Cuando llegó el momento de que los chicos subiéramos a un autobús para ir a nuestra residencia, ella me acompañó por el largo camino. Sonaban los grillos en el seto y la única luz procedía de una farola lejana. Nos paramos. Ella acercó la boca a mi mejilla y la dejó allí un buen rato. Todavía recuerdo la delicada temperatura de sus labios. Casi no pude dormir de felicidad. Pero luego, a la mañana siguiente, cuando corrí hacia mí mientras yo hacía cola para entrar en el comedor, estuve frío y silencioso. No podía imaginar besar una boca que nunca había pronunciado mi nombre verdadero. La expresión de su rostro —desconcertado, traicionado— todavía me acompaña.

Transcurrió el curso y luego pasé el verano en casa, disfrutando de la comida de mi madre y oyendo mi nombre y sus diversos diminutivos pronunciados en voz alta, en privado y en público. Echaba de menos el árabe y todo lo árabe: los gestos, el código social, la música. Me volví menos bullicioso a medida que se acercaba la fecha de mi partida. Mis padres lo notaron. Una tarde, mi padre entró en mi habitación.

—Espero que sepas que siempre puedes cambiar de idea —dijo con dulzura.

Sin embargo, teniendo en cuenta lo mucho que yo había insistido en que me enviaran al extranjero, sentí que debía persistir.

A mi regreso en la escuela, uno de mis amigos me habló de un chico nuevo.

—Es árabe —dijo—. Se llama Hamza.

—¿Sabes de dónde es? —pregunté.

—De Libia, creo, ¿o era Líbano?

Lo busqué. Era libio, sin lugar a dudas. Su padre trabajaba para el gobierno. Yo sabía que si descubría mi verdadero apellido lo reconocería. Para entonces, mi padre se había convertido en uno de los dirigentes más destacados de la oposición. Cuando Hamza y yo nos conocimos, le tendí la mano y dije:

—*Marhaba*.

Él sonrió de un modo que pronto me resultaría familiar. Nos hicimos amigos de inmediato. Nos gustaba la misma música. Los miércoles, cuando teníamos la tarde libre y la mayoría de los otros chicos se iban al pub, él y yo buscábamos un buen restaurante. Una vez me dijo que me quería como a un hermano. Le dije que yo a él también.

Hamza casi nunca hablaba de Libia. Yo llevaba ocho años sin visitar el país. Lamentaba no poder preguntarle por él. Una vez, durante una excursión en grupo por el bosque, empecé a tararear una canción popular libia sin darme cuenta. Él se dio cuenta.

—El mejor amigo de mi hermano es libio —dije—. En una ocasión nos invitó a una boda. Menuda locura. Siempre lleva cintas de música a todas partes. ¿Conoces la canción? ¿De dónde es? ¿Cuál es la letra?

Por aquel entonces, el profesor encargado de mi residencia, la única persona además del director que conocía mi verdadera identidad, empezó a invitarme a su casa. Era galés. Se parecía a Ted Hughes y, como el poeta, era aficionado a la pesca. Siempre olía a tabaco. Algunas noches, después de que se apagaran las luces, llamaba a la puerta de mi habitación y susurraba:

—Robert, llamada telefónica.

Yo lo seguía a su piso, donde vivía con su mujer, sus cuatro hijos y dos perros. Nos sentábamos a la mesa de la cocina. Me servía una copita de vino tinto y su mujer me freía un huevo. El profesor nunca me llamaba por mi verdadero nombre; simplemente, de vez en cuando me proporcionaba la oportunidad de ser quien era en realidad.

Entre Hamza y yo empezó a darse esa circunstancia tan especial que se produce cuando una amistad llega a parecerse a un refugio. Al terminar el curso y tomar caminos separados, me pregunté cómo iba a sobrevivir nuestro vínculo, herméticamente sellado dentro de la escuela. Me sentí aliviado en secreto cuando Hamza obtuvo una plaza en la Universidad de Cardiff; yo iba a ir a la de Londres. Para la despedida, los dos nos reunimos con otros estudiantes en un pub del pueblo vecino. Fue una noche exuberante, llena de promesas de seguir en contacto para

siempre. Más de una vez miraba las caras de los chicos y oía la palabra «imposible» sonando en mi cabeza. ¿Cómo iba a verlos otra vez, incluso al más querido de ellos?

Decidí marcharme. Pasé por el lavabo antes de dirigirme a la estación y Hamza me siguió. Recuerdo nuestras imágenes paralelas en el espejo mientras nos lavábamos las manos. Nos abrazamos.

—Tío —dijo—, te voy a echar de menos.

Recuerdo la forma de su oreja, cómo mis ojos se concentraban en eso. Se lo dije casi sin querer.

—Hamza, soy libio. Me llamo Hisham Matar. Soy hijo de Jaballa Matar. —No me soltó. Noté que su cuerpo se ponía rígido—. Lo siento —añadí. No estaba seguro de por qué me estaba disculpando.

Cuando nos miramos otra vez, resbalaban lágrimas por nuestras mejillas. Nos volvimos a abrazar, regresó al bar enseguida y seguimos bebiendo. Todos nos quedamos hasta que cerró el local. Ninguno de los dos mencionamos una palabra de aquello a los demás. Él nunca me llamó Hisham.

Insistió, jurando por la vida de su padre, en pagar un taxi para llevarme a Londres. A medio camino tuve que pedirle al taxista que parara. Vomité en el arcén de la autopista.

Años después, caminando con Diana por Marylebone Road, lo vi venir hacia nosotros. Estaba claro que él me había visto ya, porque tenía aquella sonrisa suya dibujada en la cara. Nos estrechamos la mano y nos abrazamos. Le presenté a Diana. Y él reaccionó con esa timidez respetuosa que los amigos íntimos sienten al conocer a tu amada. Buscamos un trozo de papel en los bolsillos. Anotamos nuestros teléfonos. Y sin embargo, en ese mismo momento, supe a ciencia cierta que ninguno de los dos llamaría nunca al otro.

Todavía no tengo del todo claro por qué mi yo de quince años, que vivía en el seno de una familia amable y nada restrictiva, eligió dejar Egipto, los caballos, los mares Rojo y Mediterráneo, los amigos, *Trueno* —el pastor alemán al que alimentaba con mis propias manos (y que era cualquier cosa menos estruendoso)— y, tal vez lo más importante, mi propio nombre, y viajar 3.500 kilómetros al norte para vivir en una gran casa de piedra sin calefacción, con cuarenta niños ingleses, en medio de campos empapados y bajo un cielo que casi nunca se despejaba, donde yo era Robert y sólo en ocasiones Bob.

Me había enamorado del paisaje inglés unos cinco años antes, cuando tenía diez. Estábamos en Londres, pero al enterarnos de que un primo estaba estudiando en un internado de Somerset —¿o era Dorset, o quizá Devon?—, decidimos tomar el tren desde Paddington para ir a verlo. Recuerdo la estación, y que el vagón parecía volverse más ligero a medida que la densidad de la capital quedaba atrás, como si la atracción de la gravedad fuera más fuerte en la ciudad. Era imposible dejar de mirar

por la ventana: los gruesos setos verdes que se acercaban y luego desaparecían; el agua que fluía en los ríos o se detenía en gotas sobre las hojas, volviendo el aire más fresco y húmedo. Después de bajar del tren, condujimos entre setos que se alzaban a ambos lados de la carretera. A medida que nos alejábamos, los senderos se hacían más estrechos y recónditos, como si la tierra estuviera envolviéndonos. La luz no cambiaba. La única variación se producía en las densas nubes que se fundían entre sí, con sus vientres pálidos y sus bordes de un tono más oscuro. Todo me daba la impresión, que ahora veo como algo extraño para que lo pensara un niño de diez años, de que si tuviera que dejar algo allí —algo dotado de valor personal para mí, pero no para los demás que, en consecuencia, podrían dañarlo con mayor facilidad—, nadie lo tocaría. Podría volver más tarde y encontrarlo exactamente donde lo hubiera dejado.

Esto, claro está, sólo explicaría de modo parcial la extraña decisión de irme a un internado inglés. Al fin y al cabo, tenía otras opciones. Podía ir a Suiza, un país que siempre me ha atraído, o a Estados Unidos, que entonces parecía el lugar más excitante del mundo. Pero creo que ya entonces, desde esa primera visita cuando tenía diez años, sentí un vínculo con este lugar extraño. A lo largo de los años, ese vínculo se hizo tan profundo que ahora me siento unido a Inglaterra no tanto por el tiempo que he pasado aquí como por naturaleza.

Pero si bien eso explica que fuera a Inglaterra, no explica mi partida de El Cairo. Quizá no confiaba en la constancia de la vida de mis padres, o de la vida que habían creado en Egipto, donde muchas decisiones permanecían en suspenso porque «entonces estaremos en Libia». No se trataba de que Inglaterra me brindara una mayor sensación de permanencia, pero sí creía que allí podría estar al mando de mi propio destino.

No obstante, este amor por el paisaje inglés se oscureció en mi primer día de camino al internado. Mis padres me habían dicho que, después de aterrizar en Heathrow, tomara un taxi para ir directamente a la escuela. Lo que ellos pensaban que sería una comodidad se convirtió en un tenso viaje. El taxista se perdió. Se estaba haciendo de noche y el hombre se impacientaba cada vez más. Amenazó con dejarme con mi maleta gigante en uno de aquellos desiertos caminos rurales.

Considerándolo ahora, pienso que pude haberlo molestado cuando se detuvo en una gasolinera para repostar y dejó el motor en marcha. Viniendo de El Cairo, donde los conductores paran el motor cuando el tráfico se detiene, me parecía un despilfarro horrible. Mi educación atribuía una gran carga moral al despilfarro. Bastaba con dejar unos pocos granos de arroz en el plato para que mi madre me preguntara:

—Dime, ¿en qué te han ofendido justamente esos granos de arroz?

Cuando el taxista volvió al coche, le dije:

—Disculpe, pero... ¿por qué no ha apagado su motor?

Él me miró por el retrovisor y respondió:

—Tienes razón, chico; es mi motor.

Al cabo de aproximadamente una hora más dando vueltas mientras se hacía de noche, el taxista paró el coche y me pidió que bajara. Decidí guardar silencio. Exasperado, él cambió arbitrariamente de carril y un poco más adelante, en una cuesta a unos cincuenta metros de distancia, vi a dos jinetes.

—Pare —dije, y empecé a hacer gestos a la desesperada en dirección a los jinetes—. Hola, hola.

Me vieron. Eran dos chicas. Después supe que eran las hijas de un campesino local. Casi nunca cabalgaban a esas horas tan avanzadas, pero por suerte estaban buscando a su perro, que se había perdido esa tarde. Eran un poco más mayores que Ziad y que yo, pero la diferencia de edad entre ellas parecía similar a la nuestra. Nos miraron montadas en sus caballos, una yegua y un semental, ambos más altos que el taxi, de pelaje cepillado y brillante.

En El Cairo, entre los once y los quince años, me levantaba cada mañana a las cinco para poder montar antes de ir a la escuela. Y cuando salía de noche con los amigos y aún estábamos fuera cuando sonaba la llamada a la oración del amanecer, nos dirigíamos a los establos de detrás de las pirámides de Guiza y cabalgábamos hacia el desierto. Cuando los caballos estaban acalorados y el sol asomaba por el horizonte, galopábamos de vuelta. Yo pegaba la cara tanto como me era posible a la crin del animal y notaba el calor de su cuello, la respiración acelerada al entrar y salir el aire, como si pasara por un pistón. Luego, el chico del establo le frotaba el lomo a los animales, nos mostraba la espuma blanca del sudor y se quejaba a gritos de que los habíamos echado a perder para el resto del día. Le pagábamos el doble y, si todavía estaba enfadado, lo llevábamos a desayunar con nosotros al Mena House Oberoi.

Aquellos caballos ingleses eran al menos el doble de grandes que los que montábamos en El Cairo, criados para el trabajo de granja en invierno y para la caza, más que para galopar.

Las hermanas conocían la escuela. La mayor señaló una torre en la distancia y luego, con una voz autoritaria que me complació en secreto, le dijo al taxista:

—Bueno, es que desde ahí abajo no lo va a ver.

El hombre bajó y miró la torre de piedra oscura que asomaba entre un grupo de árboles altos, con las hojas ya descoloridas. Mientras la hermana mayor le daba indicaciones, la más joven se quedó sentada en el caballo, muy quieta, mirándome. Tenía las manos coloradas, irritadas de cabalgar en la tarde fría, y la diferencia de color entre sus dedos oscuros y su cutis pálido y rosado, en ese momento, me pareció muy extraña.

Cuando faltaban cuatro días para que mi madre, Diana y yo fuésemos a Bengasi, volé de Londres a El Cairo. En el camino se resolvió una vieja duda. De repente comprendí por qué mis amigos siempre han dado por sentado que, después de más de

un cuarto de siglo viviendo en Inglaterra, al final me mudaré a otro país. Algo en mí, o en la vida que he construido en Londres, parece provisional. Esta sospecha de que en cualquier momento podría irme siempre me ha molestado, pero también me ha tranquilizado. A menudo me exasperan los exiliados que conozco que viven en Londres, como yo, pero que, a diferencia de mí, se han rendido a la ciudad y, por consiguiente, exudan un tipo de estabilidad resignada de la que yo carezco.

La adopción absoluta de las maneras nativas o del dialecto local siempre me ha parecido una forma de humillación. Y sin embargo, como un amante celoso, pensaba que conocía los secretos de Londres mejor que la mayoría de londinenses. Cuando, a partir de la visita del primer ministro Tony Blair a Libia en 2003, miembros del círculo íntimo de Gadafi empezaron a comprar casas en la capital británica, en ocasiones en mi propio barrio, me dije que mi Londres no era el suyo. Agradecí haberme instalado en una ciudad cuya característica más esencial es la intimidad. En el avión de Londres a El Cairo comprendí la lógica de estas contradicciones; no tenían que ver con la ciudad, sino con el estado de espera. Resulta que desde que tenía ocho años, cuando mi familia se marchó de Libia, he pasado todo el tiempo esperando. Mi condena silenciosa de aquellos compañeros exiliados que deseaban asimilarse —o, lo que es lo mismo, mi empecinado compromiso con el desarraigo— era una endeble demostración de fidelidad al viejo país, o quizá ni siquiera a Libia, sino al niño que era cuando me fui.

Permanecí de pie a un lado de la cola, en el aeropuerto de El Cairo, simulando que había perdido algo, o que de repente me había acordado de cualquier cosa. En realidad estaba añorando en secreto nuestro piso de Londres. Veía en mi imaginación el desorden de la encimera de la cocina, la vista desde las ventanas traseras, la quietud grisácea del crepúsculo, los muebles, nuestras fotos, las hileras de libros. Deberíamos pasar unos días en El Cairo y luego regresar a Londres. Tenía el número de Mustafá, el chófer que Diana y yo utilizamos cuando estamos en El Cairo. No podía estar muy lejos del aeropuerto. En unas pocas horas podríamos estar todos reunidos, almorzando en torno a la mesa del comedor de mi madre. Y quizá un día hasta nos reiríamos al recordar que habíamos estado peligrosamente cerca de volver a Libia.

Me pregunté por qué me había puesto un traje negro, uno que había comprado un año antes, cuando, durante un fugaz momento, me convencí de que había algo monástico y pacífico en pasar la vida vestido con traje negro. Me lo había puesto sólo dos veces desde que lo compré y en ambas ocasiones me sentí incómodo por lo mal que me quedaba y al recordar la suma exorbitante que había pagado por él. Y en ese momento, a saber por qué, estaba viajando a casa con aquel traje que me quedaba mal.

Me había levantado muy temprano esa mañana. Después de ponerme una camisa

blanca y el traje negro, me había tomado un rato para elegir una corbata y hacerme el nudo y luego quitármela y colgarla en el armario, el mismo armario que tenía de niño, porque la habitación de El Cairo donde habíamos dormido Diana y yo la noche antes de volar a Libia, los dos tumbados de lado para caber en el estrecho colchón, era mi vieja habitación. Ahora tenía quince años. Ahora tenía cuarenta y uno. Ahora tenía ocho.

En el aeropuerto, mi madre continuaba junto a la ventana, hablando por teléfono con Ziad. Era la tercera vez que mi hermano llamaba esa mañana. Los tres —Ziad, mi madre y yo— habíamos planeado regresar a Libia juntos, dado que —y esto no se mencionó, pero se daba por hecho— no podíamos volver todos juntos, no por completo, pues mi padre ya no estaba con nosotros. Ziad no había podido esperar. Se había ido a Libia nueve meses antes, en junio de 2011, cuando la guerra estaba en su punto culminante. Recuerdo el día que telefoneó para decir que estaba a doscientos kilómetros de la frontera. Diana y yo nos encontrábamos en una zona remota del sur de Francia, donde yo estaba escribiendo una introducción a *En vísperas*, de Turguéniev. La voz de Ziad se perdía a cada momento. Subí la colina para tratar de conseguir una señal mejor. Hasta entonces, cuando Ziad se planteaba la posibilidad de volver, me llamaba y yo conseguía disuadirlo. Esa vez condujo seis horas antes de marcar mi número: primero hacia el norte, en dirección a Alejandría, luego al oeste, siguiendo la carretera costera hasta la frontera de Egipto con Libia. Ziad no quería hablarlo conmigo, sólo quería que lo supiera. No podíamos contactar. Cada vez que yo intentaba llamarlo, estaba comunicando. Supuse que todos —parientes, amigos e incluso conocidos— estarían llamándolo para desearle suerte.

Esa mañana, mientras Ziad se despedía de su mujer y sus cuatro hijos, yo estaba pensando en los actos de un hombre ficticio, el Andrei Bersienev de *En vísperas*. Había un detalle sobre éste que se me había pasado por alto en lecturas previas: una «emoción vaga, insondable acechaba en secreto en su corazón; estaba triste con una tristeza que no tenía nada de noble. Sin embargo, esa tristeza no le impidió ponerse a leer la *Historia de los Hohenstaufen*, y empezar en la misma página donde se había quedado la tarde anterior». Bersienev es un estudiante ruso de Filosofía que, en vísperas de la guerra de Crimea, se preocupa por una dinastía monárquica alemana de la Alta Edad Media. Eso era quizá tan absurdo como que un novelista libio, durante los sangrientos días de la revolución del 17 de febrero, estuviera sentado en una pequeña cabaña en Francia, tratando de escribir un par de miles de palabras sobre una novela rusa publicada un siglo y medio antes.

En los pocos segundos que hablamos, percibí en la voz de Ziad ese tono decidido que usa cuando está a punto de contarme algo con lo que piensa que yo no estaré de acuerdo. Habría sido inútil advertirle del peligro, recordarle la promesa que habíamos hecho de regresar juntos. Así pues, cuando pudimos hablar otra vez, le dije que me parecía maravilloso que por fin volviera a casa. Él dijo que llamaría en cuanto estuviera en el país.

Ese mismo día, más tarde, Diana me llevó a la Plage des Brouis, una playa que había descubierto en dirección al cabo Lardier. Trepamos hasta una zona apartada y rocosa. Entramos en el silencio inesperado que crean los árboles junto al mar. La luz cambiada. La humedad del aire se materializaba levemente. La senda a menudo era demasiado estrecha para que pudiésemos caminar el uno al lado del otro. Me resultaba tranquilizador hacerlo detrás de ella. Había pinos y eucaliptos altos. Había flores silvestres y alguna que otra mariposa. La senda se curvaba y descendía. A veces estábamos junto al agua, lo bastante cerca como para tocarla, y en otros momentos subíamos tanto que veíamos el mar desde una gran altura. A menudo nos deteníamos a contemplar el paisaje. Yo llevaba el móvil en el bolsillo del bañador. Desde la revolución, lo mantenía a mi lado en todo momento: en la encimera de la cocina cuando estaba cocinando, en el suelo de baldosas cuando me estaba bañado.

Nos habíamos alejado tanto que ya no había señal. Propuse que volviéramos, pero Diana quería continuar. Estábamos a más de medio camino de la cala. La ansiedad es algo penoso. La seguí, pero callado e impaciente. Al llegar a la Plage des Brouis, mi teléfono captó una señal. Tenía un mensaje de voz de mi madre. Ziad había llegado. Había conseguido una tarjeta SIM local. Mi madre me había dejado el número en el buzón de voz. Yo no tenía bolígrafo. Escuché otra vez el mensaje y escribí las cifras en la arena con el pie, tan grandes que podían verse desde un avión.

Diana miraba el cielo hacia un extremo de la cala, donde tres gaviotas flotaban en el aire. Mantenían las alas extendidas y de vez en cuando las doblaban para descender un metro o dos, como si simularan caer, como si se hicieran el muerto, luego ascendían otra vez y repetían la maniobra. La actividad parecía no tener ningún motivo claro. Quizá fuera sólo por placer. Quizá aquél fuera un lugar al que regresaban porque sabían que el trazado de la cala atrapaba el viento.

Ziad respondió después del primer tono. Me llamó por mi antiguo apodo y se rió. Yo también me reí.

Ése fue su primer regreso. Volvió de nuevo cuando cayó Trípoli, en agosto, y mi madre fue con él. Yo era el último, el más joven y el último, igual que cuando de niño me decían que llenara los vasos de mis padres y mi hermano mayor antes que el mío.

El mar

El 1 de septiembre de 1969, catorce meses antes de que yo naciera, ocurrió algo que iba a cambiar el curso de la historia de Libia y de mi vida. Me figuro a un oficial del ejército libio cruzando Saint James Square a las dos de la tarde, hacia lo que era entonces la embajada de Libia en Londres. Había acudido a la capital británica por un asunto oficial. Era popular entre sus colegas, aunque su discreta reserva en ocasiones se confundía con arrogancia. Se sabía de memoria páginas enteras de versos que, muchos años después, cuando fue encarcelado, se convirtieron en su consuelo y su compañía. Varios presos políticos me contaron que, por la noche, cuando la cárcel quedaba en silencio, cuando, en palabras del tío Mahmoud, «podías oír caer un alfiler o a un hombre hecho y derecho llorando para sus adentros», oían su voz, firme y apasionada, recitando poemas. «Nunca se le acababan», me contó su sobrino, que estuvo en la misma prisión. Y recuerdo a ese hombre que nunca se quedaba sin poemas diciéndome una vez que «aprenderse un libro de memoria es como llevar una casa dentro de tu pecho».

Era una visita de rutina a la embajada, tal vez para recoger el correo o presentar un informe sobre el progreso de su misión. Lo imagino quitándose la gorra al entrar en el edificio. Los pasillos estaban llenos de oficiales que corrían de un lado a otro. Algunos se reunían en torno a una radio. Un capitán de veintisiete años del que nadie había oído hablar había marchado sobre Trípoli y tomado el poder. Mi padre salió corriendo de la embajada y pidió un taxi para ir al aeropuerto.

Eso es lo que recuerdo que me dijo la primera vez que me contó la historia. Estábamos en Londres; Ziad y yo entonces estudiábamos en la universidad, y él estaba de paso por la ciudad. Le habíamos preparado una comida en el pequeño piso que los dos compartíamos. Todos comimos demasiado y, o bien fuimos a Regent's Park, con mi padre caminando entre nosotros, o nos retiramos a la habitación de al lado y nos tumbamos en las dos camas individuales, hablando. No consigo recordarlo con claridad. Si fuimos al parque, sería una de esas largas tardes de verano en las que la luz permanece inalterada durante horas, como si el sol hubiera dejado de moverse, y si estuvimos en el dormitorio, hablaríamos en voz baja, con sueño pero todavía echándonos demasiado de menos como para dormir la siesta.

En cualquier caso, recuerdo que dijo que había salido corriendo de la embajada y que había pedido un taxi. Pero no hay mucho tráfico en Saint James Square. Probablemente esperó delante de la embajada unos segundos y luego dio la vuelta al parque antes de caminar —lo imagino caminando, no corriendo— hasta una de las calles vecinas. Mi padre no conocía bien Londres. Podría no haber ido al este, hacia

Regent Street, o al sur, a Pall Mall. Si hubiera estado con él, yo habría sabido exactamente qué dirección tomar. Con el taxi fue directo a Heathrow y consiguió un billete para el primer vuelo a Trípoli.

En El Cairo, poco antes de que lo secuestraran, mi padre me volvió a contar la historia y agregó un nuevo detalle. Al entrar en la embajada, oyó que se estaba produciendo un golpe de Estado, se subió al escritorio de la recepción y descolgó el cuadro del monarca al que había servido y admirado. Sólo entonces comprendí que si corrió a casa al enterarse del derrocamiento del rey Idris no fue únicamente por preocupación, sino también debido al entusiasmo por una era republicana moderna. Entendí entonces por qué siempre me había transmitido cierta melancolía un viejo recorte de periódico que mostraba un retrato del rey Idris, que mis padres tenían metido entre el marco y el espejo del chifonier de su dormitorio. Nadie habló nunca de él y nadie lo retiró. Se quedó allí, destiñéndose, durante los años de mi infancia.

Cuando mi padre estaba en ese vuelo de regreso a casa desde Londres, el nuevo gobernante de Libia, Muammar Gadafi, se ascendió a sí mismo de capitán a coronel y dio órdenes de que se detuviera a los militares de alto rango. Desde el aeropuerto de Trípoli, mi padre fue llevado directamente a prisión. Cinco meses más tarde, fue puesto en libertad, destituido de su rango y privado de su uniforme. Volvió a casa con su mujer y con Ziad, su hijo de tres años. El nuevo régimen hizo entonces con él lo mismo que había hecho con la mayoría de los oficiales de alto rango de Idris. Como no querían granjearse enemigos entre militares veteranos, y al mismo tiempo temían su potencial deslealtad, los enviaron al extranjero, muchas veces como diplomáticos con cargos secundarios. Eso concedió tiempo a Gadafi para formar un nuevo sistema de seguridad. Poco después de su liberación, a mi padre le dieron un puesto administrativo en la Misión Libia ante Naciones Unidas. Yo fui concebido en ese breve período, entre su puesta en libertad y su marcha a Nueva York: un tiempo de incertidumbre, pero también de optimismo, porque, como sugería su segunda narración de la historia de la embajada, mi padre había depositado grandes esperanzas en el nuevo régimen. Tal vez vio su encarcelamiento, su destitución del ejército y su destierro temporal como consecuencias naturales —quizá incluso reversibles— de la transformación histórica del país. Él, como muchos de su generación, se sentía inspirado por el ejemplo de Egipto, donde una república joven, secular y nacionalista, dirigida por Gamal Abdel Nasser, sustituyó a una monarquía corrupta. Gadafi había declarado su admiración por Nasser, y éste dio pleno apoyo a Gadafi. Así pues, a pesar de las reticencias con que debió de salir de Libia, no creo que viajara a Nueva York con desesperanza. Tuvieron que pasar un par de años —después de que Gadafi derogara todas las leyes existentes y se declarara líder de facto y para siempre— para que mi padre descubriera la verdadera naturaleza del nuevo régimen.

Incluso él, con su intolerancia frente a la superstición, tuvo que percibir un mal augurio en un hecho que ocurrió en su primer día de trabajo en Nueva York. Al cruzar la Primera Avenida en dirección al edificio de Naciones Unidas, vio cómo un

camión atropellaba a un ciclista. Los miembros del ciclista quedaron esparcidos por el asfalto. La reacción de mi padre fue recoger los trozos de carne y huesos y colocarlos respetuosamente junto al torso, que, como la bicicleta retorcida, había aterrizado en el suelo.

Siempre he asociado los cambios irrevocables y violentos que acontecieron a mi familia y mi país en las siguientes cuatro décadas con la imagen de mi padre —un poeta convertido en militar y reconvertido, a regañadientes, en diplomático— vestido con traje y corbata, lejos de su hogar, recogiendo los pedazos de un hombre muerto. Él tenía entonces treinta y un años. Yo nací ese mismo año.

En 1973, antes de que yo cumpliera los tres, mi padre presentó su dimisión de su puesto en la ONU. Dijo que su mujer y él echaban de menos su hogar y querían que sus dos hijos crecieran en Libia. Eso era cierto, pero desde luego no era la historia completa, y sospecho que el régimen lo sabía. Seguramente habían tomado nota de sus objeciones a la intrusión del gobierno en la sociedad civil o a cómo las autoridades amenazaban de modo deliberado la independencia judicial y la libertad de prensa. Mi padre las había expresado en reuniones públicas.

A partir de ese momento, concitó la atención de la dictadura. Se decía que hasta su forma de andar irritaba a las autoridades. Exudaba desafío.

Cuando oí esto por primera vez, pensé en lo perspicaces que eran. Incluso de niño me resultaba imposible imaginármelo inclinándose, y hasta entonces quería protegerlo. Él siempre me había parecido la quintaesencia de lo que significa ser independiente. Eso, junto con su destino no resuelto, ha complicado mi propia independencia. Necesitamos un padre contra el que rebelarnos. Cuando el padre no está vivo ni muerto, cuando es un fantasma, la voluntad es impotente. Soy el hijo de un hombre inusual, quizá incluso de un gran hombre. Y cuando, como la mayoría de los niños, me rebelé contra estas primeras percepciones de él, lo hice porque temía las consecuencias de sus convicciones; necesitaba desesperadamente desviarlo de su camino. Fue mi primera lección sobre los límites de la propia capacidad para disuadir a otro de tomar un camino peligroso. Mis ambiciones, en lo que se refería a mi padre, eran ordinarias. Como ese famoso hijo en la *Odisea* —como la mayoría de los hijos, sospecho— deseaba «ser hijo de un padre feliz, al que la vejez hallara disfrutando en medio de sus propias haciendas». Pero a diferencia de Telémaco, después de veinticinco años continuó soportando la «muerte desconocida y el silencio» de mi padre. Envidio el carácter definitivo de los funerales. Anhele la certeza. ¿Cómo será eso de sostener los huesos en tus propias manos, elegir cómo colocarlos, poder tocar el trozo de tierra y rezar una oración?

En la década de 1970 vivíamos en el centro de Trípoli, a escasa distancia de la casa de mi abuelo paterno. Recuerdo los altos eucaliptos en el jardín delantero, sus sombras grandes e intensas en el suelo, garras negras en los coches. Si había brisa, la

luz y las sombras se movían. Ziad y yo jugábamos a fútbol en la parte pavimentada del lateral de la casa, donde presencié por primera vez cómo mataban una oveja. Estaba viva y de repente ya no. El animal pateó furiosamente. Resopló en busca de aire y éste se introdujo en sus fosas nasales y escapó por su cuello abierto. La sangre se derramó, negra y espesa, como miel de dátíl. Pequeñas burbujas translúcidas crecieron y estallaron en torno a su boca. Chasqué los dedos, di unas palmadas al lado de su ojo desorbitado. Al ver que la oveja no respondía, me eché a llorar. Volví cuando el cadáver estaba decapitado, desollado y colgando de un palo. La capa de grasa que rodeaba el cuerpo era tan fina y luminosa como un velo de nubes al atardecer. Al cabo de un rato me senté a la mesa con los demás y comí hígado y riñones salteados con guindilla, cebolla, ajo, perejil y cilantro, y reconocí que el plato sabía mejor que ningún otro porque la carne era, como había dicho uno de los adultos, «increíblemente fresca».

Unos años después nos trasladamos cerca del club El Medina el Seyahiya, en la periferia este de Trípoli. Una casa nueva. Olía a pintura fresca. La atmósfera vacía de unas habitaciones en las que nadie había dormido antes. Un jardín yermo. Mi madre plantó rosales delante y una vid detrás. Cada año daba uvas pequeñas como perlas. Si te las comías una o dos semanas después de que maduraran, el azúcar te quemaba en la garganta. Plantamos limoneros y naranjos. Fueron algunos de los años más tumultuosos de la era Gadafi. Se formaron comités revolucionarios para castigar a los disidentes. Controlaban hasta el último aspecto de la vida. Los críticos con la dictadura eran ejecutados. Los comités ahorcaban a estudiantes delante de la catedral de Bengasi y a las puertas de las universidades. Desviaban el tráfico para asegurarse de que la gente viera los cadáveres colgados. En las tiendas, escuelas y hogares se confiscaban los libros e instrumentos musicales que se consideraban «contrarrevolucionarios» o «imperialistas» para apilarlos en plazas públicas y quemarlos. Intelectuales, empresarios, coordinadores de sindicatos y estudiantes aparecían en televisión, sentados en el suelo, esposados, confesando ante la cámara.

Una de las formas en que mis padres trataban de protegernos a Ziad y a mí de la locura que se estaba desarrollando fuera de nuestra casa consistía en asegurarse de que estábamos ocupados cada minuto del día. Íbamos a la escuela, volvíamos justo a tiempo para las clases de piano, comíamos, luego íbamos a nadar al club El Medina el Seyahiya. Pasábamos el resto del día junto al mar; el mar era nuestro territorio.

Nos rodeaban unos cuantos adultos, pero eran tan excéntricos que parecían parte de nuestra imaginación. Había un viejo de ojos lechosos que se sentaba todo el día junto al muelle, a pescar. Ninguno de nosotros lo vio pescar nunca nada. Luego estaba El Hindi, un nativo americano que de alguna manera había terminado en Trípoli. Según se contaba, había huido porque había matado a un hombre blanco en Estados Unidos. Otra versión aseguraba que en sus viajes alrededor del mundo había parado en Trípoli y se había quedado tan abrumado por la belleza de nuestra ciudad que nunca se marchó. En ocasiones, las dos historias se entrelazaban. Solía situarse

en el puente junto al muelle y se zambullía de cabeza con los brazos extendidos, juntándolos sólo antes de entrar en el agua. Todos formábamos una fila para mirar. Por aquel entonces, mi idea de nadar era bracear hasta que ya no podía ver la tierra. Flotaba en aguas profundas y luego daba vueltas hasta que perdía la orientación.

Ese día de junio, en el sur de Francia, el día en que Ziad entró en Libia, nadé solo en el mismo mar Mediterráneo. Por alguna razón, recordé con más claridad que nunca que fue mi padre el que me enseñó a nadar, sosteniéndome con una mano abierta bajo mi vientre y diciendo: «Eso es.» Nunca temí al mar hasta que él se fue.

La tierra

El avión iba lleno. Nos sentamos, pero mi madre enseguida se levantó para que yo pudiera ponerme junto a la ventana.

—Para que veas tu tierra —dijo.

La puerta del avión ya estaba cerrada. Saqué mi diario y empecé a escribir, de manera lenta y meticulosa. El pánico, como los sueños en los que abro la boca y no puedo articular palabra, nace de la pérdida. O como en ese sueño recurrente que tenía después de que se llevaran a mi padre, en el que descubría que me había adentrado en el mar profundo: hay agua en los cuatro puntos cardinales del horizonte y la sensación no es sólo de miedo, sino también de algo así como el vértigo del pesar. Las palabras que estaba tratando de escribir, la libreta y el bolígrafo, el avión, la visión de la pista de aterrizaje por mi ventana, mis acompañantes —la mujer que me trajo al mundo y la mujer al lado de la cual maduré y me hice un hombre— parecían proposiciones teóricas.

En la terminal, mi madre, sin duda detectando mi ansiedad, me había planteado una pregunta maliciosa:

—¿Quién vuelve? —dijo—. ¿Solimán el Deuani o Nuri el Alfi?

Solimán el Deuani y Nuri el Alfi son los protagonistas exiliados de mis novelas *Solo en el mundo* e *Historia de una desaparición*, respectivamente. Mi madre pretendía animarme, pero su pregunta también llevaba implícita una advertencia contra lo que sabía que tenía intención de hacer: buscar a mi padre. Ella había visto cómo había cambiado yo en los años transcurridos desde que lo perdimos. Mi estupefacción y silencio iniciales se habían convertido en rabia, y luego en un activismo apasionado. Éste determinó una rutina que culminó en la organización de una campaña que me consumió durante los dos años previos a la revolución. Mi madre vivió con preocupación todo ese tiempo. Hace mucho que sospecho que su desazón no sólo tenía que ver con los peligros a los que me estaba exponiendo la búsqueda de mi padre, o con lo que, efectivamente, pudiera terminar descubriendo, sino también con algo mucho más específico, relativo a la agitación diaria que exige una búsqueda de ese calibre, a la forma en que repercute en tu cuerpo y en tus días y en todo lo que haces. Mi madre sabía que mi voluntad de descubrir lo ocurrido se había convertido en una obsesión. Y cuando estábamos sentados en la terminal, lo que en realidad estaba diciéndome con su pregunta, pronunciada en un tono perfectamente equilibrado entre la seriedad y la broma, era que preferiría que volviera con mis dos personajes de ficción y no cargara con el fantasma de mi padre, el hombre al que ella llama el Ausente-Presente.

Durante meses después de dejar Libia, cuando yo era niño, me tumbaba a mirar el cielo e imaginaba mi regreso. Me veía besando el suelo; tomando otra vez posesión de mi carro de guerra, aquella bicicleta que cuidaba y engrasaba cada semana; abrazando a mis primos. Ahora ya son todos hombres y mujeres crecidos y con hijos. Nuestra huida de Libia se produjo por fases. Primero, en 1979, nos fuimos mi madre, Ziad y yo. Un año después, mi padre viajó al sur por tierra a través del inmenso desierto Líbico y cruzó la porosa frontera al Chad. Llegó a la capital, Yamena, y se subió a un avión para Roma. Allí tenían mis padres su principal cuenta bancaria. Liberados ambos del riesgo de que los teléfonos pudieran estar pinchados, eran como amantes recientes y se pasaban horas hablando por teléfono, él en Roma y ella en El Cairo. Puede que esas conversaciones no sólo intentaran resolver las dos preocupaciones de todo exiliado: nostalgia y logística. Quizá mi padre se lo había pensado mejor; tal vez ella, por más decidida que fuera, de repente había percibido las implicaciones reales de vivir lejos de casa. Él compró algunas de las cosas que quería para aquella nueva vida: porcelana pintada a mano, almohadas de plumas, candelabros de plata. El consuelo de los objetos preciosos. Cuando se reunió con nosotros en El Cairo, nos mudamos a un piso más grande y mejor. Fue entonces cuando comprendí que no íbamos a volver, que me habían engañado. Exigí que me devolvieran a mi país. Mi madre trató de consolarme.

—Déjalo —le dijo mi padre—. Se acostumbrará.

Fue lo más cruel que me había dicho. Cruel y casi cierto. Incluso entonces supe, más por el tono que por las palabras, y también por su postura, sin mirarme, que él también estaba llorando la pérdida. Hay un momento en que uno se da cuenta de que su padre y uno no son la misma persona, y por lo general ocurre cuando a ambos los consume una pasión similar.

Ahí estaba la tierra. Oxidada y amarilla. Del color de la piel recién curada. Tal vez por fin me liberase. La tierra se oscureció. Brotes verdes que apenas cubrían la colina. Y, de repente, el mar de mi infancia. Cuántas veces los exiliados cargan de romanticismo el paisaje de la patria. Me había advertido a mí mismo contra eso. Nada me irritaba más que un libio entonando loas a «nuestro mar», «nuestra tierra», «la brisa de la patria». En privado, en cambio, continuaba creyendo que la luz de mi tierra no tenía parangón. Me seguía pareciendo que todos los mares, por bonitos que fueran, eran impostores.

En ese momento, con los primeros atisbos del país, pensé que, si acaso, era más luminoso de lo que recordaba. El hecho de que hubiera existido todo ese tiempo, de que hubiese permanecido igual todos esos años, de que yo pudiera aún reconocerlo, me provocaba una sensación de intercambio, una llamada y su eco, una expresión de reconocimiento mutuo.

Aterrizamos. Anoté la hora y la fecha: 10.45, 15 de marzo de 2012. Sólo entonces se me ocurrió que, después de todos los intentos de sincronizar nuestras agendas, la fecha que Diana, mi madre y yo habíamos acordado, y que inevitablemente me

parecía accidental, era la del vigésimo segundo aniversario de la primera semana que mi padre pasó en cautividad. Nos había escrito explicando que se había despertado en el suelo de una celda de la prisión de Abu Salim con las manos atadas a la espalda y los ojos vendados. Unas puertas más allá, había oído la voz del entonces subdirector del servicio secreto egipcio.

El coronel Mohamed Abdel Salam [el Mahgub], que era el hombre que lo había orquestado todo, había llegado antes que nosotros a Libia. Fue un acuerdo sucio. El régimen egipcio se vendió a sí mismo y su conciencia. El presidente Hosni Mubarak tenía pleno conocimiento del trato.

Mientras miraba por la ventanilla me pregunté si a mi padre le habrían quitado la venda de los ojos dentro del avión. ¿Al menos le habían concedido una última oportunidad de ver la tierra desde el aire? Años después, conocí a un hombre que afirmaba haber conocido a otro hombre que trabajaba en la pista del aeropuerto de Trípoli y que recordaba haber visto aterrizar un jet privado del que hicieron bajar a una persona. La fecha y la hora encajaban. La descripción del prisionero sugería que podía tratarse de mi padre: «Con el cabello completamente blanco. Bien vestido. Esposado y con los ojos vendados. Tenía un caminar orgulloso.» Aquél era el país que mi padre amaba más que ninguna otra cosa. «No compitáis con Libia. Siempre perderéis», había dicho en una ocasión, cuando los tres intentábamos disuadirlo de oponerse abiertamente a Gadafi. El silencio que siguió marcaba la distancia entre él y nosotros. El desacuerdo tenía una dimensión histórica. Una nación contra la realidad íntima de una familia. Miré las flores silvestres que crecían al lado de la pista. Primavera en todo su esplendor. Y, cuando bajamos del avión, los aromas familiares en el aire eran como esa manta que no eres consciente de necesitar, pero que tanto agradeces cuando te la echan a los hombros. Mi amigo de infancia, mi primo Marwan al Tashani, un juez de Bengasi, nos esperaba al pie de la escalerilla, sonriendo y con una cámara en la mano.

Blo'thaah

Cuanto más nos adentrábamos en Bengasi, más material se tornaba el mundo. Fuimos a casa de Marwan, donde nos esperaba una gran reunión familiar. Después de comer, me escabullí para dar un paseo. Me sentía fuerte y extrañamente desapegado, separado, no con la sensación de «observarme a mí mismo desde fuera», como solemos decir cuando contamos un sueño, sino tan implicado que parecía absurdo mantener la ansiedad.

Nos registramos en nuestro hotel justo cuando el sol se estaba poniendo. Diana y yo ocupamos una habitación, y mi madre, la de al lado; las dos tenían ventanas con vistas al mar. Estábamos en la cuarta planta. El marco cuadrado de nuestra ventana era mitad mar, mitad cielo. El teléfono no paraba de sonar. Sólo tengo un hermano, pero 130 primos. Eso significaba que tenía centenares de personas a las que ver. No obstante, ya antes de salir de Londres había decidido que mi primera visita sería al tío Mahmoud y a mis tías —las hermanas de mi padre— en Ajdabiya, la ciudad en la que él se había criado. A la mañana siguiente emprendimos nuestro viaje de dos horas hacia el sur.

El tío Mahmoud es el hermano menor de mi padre. Éste nació en 1939; Mahmoud, en 1955. En fotografías antiguas, a mi padre se lo ve serio y sereno, acicalado incluso en su juventud; el tío Mahmoud lleva el pelo largo propio de las décadas de los sesenta y los setenta y tiene una sonrisa siempre a punto de asomar. Mi padre nació en una Libia gobernada por Benito Mussolini. En 1943, cuando los ejércitos italo-germanos fueron derrotados en el norte de África y Libia cayó en manos de británicos y franceses, él tenía cuatro años. El 24 de diciembre de 1951, cuando, con el rey Idris, Libia obtuvo su independencia, mi padre tenía doce años. El tío Mahmoud nació cuatro años más tarde. En 1969, el año del golpe de Gadafi, mi padre tenía treinta años y el tío Mahmoud, catorce. A Ziad y a mí, Mahmoud nos parecía al mismo tiempo un tío y un hermano, un extraño aliado con un conocimiento interno de la edad adulta. Cuando mi padre dimitió del cuerpo diplomático en Nueva York y nos mudamos todos de vuelta a Trípoli, el tío Mahmoud vino a vivir con nosotros. Le encantaban Voltaire y las novelas rusas. Tenía una sensibilidad soñadora y a menudo se dejaba los fogones encendidos. A diferencia de todos los demás adultos, nunca rechazaba mis peticiones de salir al jardín, ni siquiera después de comer, cuando el sol era despiadado y la casa seesteaba. Jugábamos a fútbol o nos sentábamos a la sombra de los eucaliptos. Yo sabía que su cariño por mí era sencillo e inequívoco, y saberlo me daba una gran libertad. Durante nuestros años de exilio, mi padre me decía con frecuencia que yo le recordaba a su hermano menor.

La misma semana de marzo de 1990 en que secuestraron a mi padre, agentes del servicio secreto libio fueron a la casa del tío Mahmoud en Ajdabiya. Otros agentes se presentaron en la de Hmad Khanfore, el marido de mi tía, y en la de los hijos de mi tía paterna, mis primos Ali y Saleh Eshnayquet. Los cuatro hombres fueron detenidos. Pertenecían a una de las células clandestinas que la organización de mi padre había creado dentro del país. Las detenciones estuvieron tan bien coordinadas que cada uno de los detenidos creía que los otros continuaban en libertad. Cada uno de ellos suponía que era el único que estaba siendo interrogado y torturado.

En enero de 2011, cuando se produjeron las revoluciones tunecina y egipcia, la dictadura libia se puso nerviosa y soltó a algunos presos políticos con la intención de aplacar el descontento popular. Albergué esperanzas. La campaña pública para reclamar la puesta en libertad de mi padre y sus familiares, que yo había iniciado un par de años antes, alcanzó su punto álgido. El 3 de febrero de ese mismo año, y después de veintiuno de cárcel, los liberaron a todos menos a mi padre. Catorce días después estalló un levantamiento popular en toda Libia, animado por el derrocamiento de los dictadores de Túnez y Egipto.

Hablé por teléfono con el tío Mahmoud desde Londres momentos después de que lo liberaran, cuando él iba en coche de camino a su casa. Aunque no mencionó el papel que yo podía haber desempeñado en que él obtuviera la libertad, noté su gratitud y eso me incomodaba. Me preguntó si conocía a cierto poeta libio que vivía en Dublín.

—Deberías buscarlo, te menciona en un artículo. ¿Y recuerdas que diste una entrevista a la BBC en árabe?

Era una de las primeras entrevistas que yo había concedido tras la publicación de mi primera novela, y recuerdo que pensé que si mi padre seguía vivo, podría oírla.

—Me pegué la radio a la oreja y escuché cada palabra —dijo el tío Mahmoud.

Procedió a citar, con extraordinaria precisión, algunas de las preguntas que el entrevistador me había hecho y mis respuestas. Y, durante los siguientes minutos, todo lo que dijo empezaba con «¿Te acuerdas...?». Enumeró recuerdos, peculiaridades de mi infancia, las cosas que hacíamos juntos. Luego, justo antes de que colgáramos, dijo:

—No pierdas la esperanza.

Mientras me preparaba para el viaje, me había prometido que tomaría todo lo que había aprendido sobre intuición, instinto y sensibilidad y lo aplicaría con la máxima precisión posible en la búsqueda de mi padre. Me mostraría receptivo a todo lo que los lugares pudieran decirme sobre lo que le había ocurrido. Uno de los sitios que Diana y yo habíamos decidido visitar en Trípoli era la cárcel de Abu Salim, donde él había estado prisionero. Yo imaginaba que caminábamos por aquel infame patio donde se había derramado tanta sangre, y recorriamos sus largos pasillos, flanqueados

por las puertas que los revolucionarios habían derribado. Pero a medida que se acercaba la fecha de nuestro viaje, cada vez me parecía menos posible que pudiera visitar la prisión. Sabía que Diana quería fotografiarla. Yo imaginaba todas esas fotos que aún no había tomado. Sin embargo, antes incluso de aterrizar en Libia, me encontré diciéndole que bajo ninguna circunstancia íbamos a ir a Abu Salim. No recuerdo ningún otro caso en que haya prohibido algo a mi mujer. No podía soportar la idea de ver a alguien querido en ese sitio; ésa fue la razón que le di a Diana. La verdad era que yo carecía de la fortaleza necesaria para ir a Abu Salim. Me preocupaba encontrarme en esas celdas de las que había oído hablar, que había imaginado y soñado durante años, lugares oscuros donde había querido estar muchas veces para reunirme por fin con mi padre; temía que estar en ese lugar donde permanecían su olor, su tiempo, su espíritu —porque debían permanecer— me destrozara para siempre.

Cuando pienso en lo que pudo haberle ocurrido, siento que se abre un abismo bajo mis pies. Me aferro a las paredes. Son ásperas y traicioneras, hechas de una arcilla blanda que se deshace con la lluvia. La sima es circular. Como un pozo. Nuestro pozo. Porque, aunque mi familia ha vivido en Ajdabiya durante generaciones, hay otro lugar, a unos treinta kilómetros hacia el interior del desierto, que es nuestro hogar más antiguo y privado. Hasta que murió mi abuelo, la familia levantaba un campamento allí cada año durante los meses de primavera, y se instalaba a vivir en tiendas de campaña. Ahora mis familiares guardan allí sus camellos, y mis primos a menudo van a hacer pícnic. Hay dos viejos depósitos griegos cavados en el vientre del desierto para recoger la escasa agua de lluvia. El nombre de ese sitio, cuyo significado y origen lingüístico desconocemos, es Blo'thaah. Mi padre nació allí en la primavera de 1939.

También se abre el abismo cuando pienso por qué, cuando estuve en Libia, no busqué a los hombres que trataron a mi padre en la cárcel, en concreto al que Ziad encontró a su regreso al país en 2011, que afirmaba haber estado en la celda contigua a mediados de la década de 1990. Vecinos. Había repasado muchas veces en mi cabeza ese relato —el que el hombre le hizo a Ziad— y se lo había contado en voz alta a Diana. Sin embargo, el miedo también se hace presente cuando pienso en conocerlo, en hacer lo que parece lo más leal, lo más sensato, oír de sus labios todo lo que le contó a Ziad sobre la vida de mi padre en prisión, plantear las preguntas que a mi hermano se le podrían haber pasado por alto; en mi familia siempre se ha considerado que yo era bueno con los detalles. «¿A qué hora sale tu vuelo?» fue mi respuesta a un dramático anuncio de mi padre en Londres, cuando unos meses antes de que lo secuestraran dijo que iba a ir al campamento de su organización militar en el Chad, convencido de que había llegado el momento de que él y sus hombres cruzaran la frontera a Libia y actuaran por fin. Planeaban avanzar en dirección norte hacia la capital y, con la ayuda de aliados en varias ciudades y pueblos, atacar en puntos clave y derrocar el régimen. Aunque a nosotros no nos contó nada de esto. Lo

único que dijo fue que se iba al Chad y que tal vez no regresara. También, que quería que cuidáramos de nuestra madre, que nos ocupáramos de nosotros mismos, que viviéramos como hombres honrados. Había pasado poco tiempo desde la muerte de su padre, y vi en sus ojos que estaba más decidido que nunca. «¿A qué hora sale tu vuelo?», le había preguntado yo, negándome a bajar el volumen de la televisión, que retransmitía una ópera; Pavarotti con la boca muy abierta. Ziad estaba llorando. Yo me negué a hacerlo.

La carretera a Ajdabiya siempre había sido un camino desolado, pero ese año las lluvias habían sido intensas y el desierto, a ambos lados de la autopista, estaba punteado de arbustos verdes. Los árboles pequeños se inclinaban en la dirección del viento. De vez en cuando pasábamos por delante de tanques y camiones militares, destripados y oxidándose al sol. En un momento dado, paramos el coche y nos acercamos a uno de los tanques. El acero, de un marrón rojizo, se curvaba como una hoja de otoño gigante. El 18 de marzo de 2011 una columna acorazada leal al régimen marchó desde Ajdabiya hacia Bengasi. Gadafi quería escarmentar la ciudad, dar ejemplo y poner fin a la revuelta. Según diversos relatos, algunos de esos camiones y tanques llevaban banderas verdes y letreros que decían «AQUÍ ESTABA BENGASI».

En cada cruce importante había una cuerda gruesa tendida de lado a lado de la autopista. Había jóvenes armados con rifles. Miraban el coche y nos hacían señas para que siguiéramos adelante. Llevaban uniforme y, aunque recibían fondos del bisoño gobierno de Trípoli, no estaban sometidos a su autoridad. Cada punto de control se hallaba bajo el mando de un «revolucionario», que distribuía los salarios. Había infinidad de reclamaciones de malversación. Pero esas bandas, me contaron, eran peces pequeños. Milicias más grandes controlaban pozos de petróleo, puertos y edificios públicos. Un miembro del Consejo de Transición Nacional, el gobierno de facto, me contó que, como no existía un ejército o una fuerza de policía a escala nacional, el país confiaba en esos hombres. También dijo que la política de compensar a los que habían luchado contra la dictadura, concebida después de la revolución, había producido resultados no deseados: miles de hombres, atraídos por la posibilidad de un beneficio económico, habían comprado rifles y se habían hecho con el control de cruces o bienes nacionales. Explicó que la situación era ya tan grave que la cifra de los que afirmaban haber luchado en el bando ganador de la revuelta alcanzaba el cuarto de millón.

Cuando llegamos, Marwan, el primo que nos recogió en el aeropuerto, bromeó diciendo que no podríamos haber ido en mejor momento, porque él, como la mayoría de los jueces de Bengasi, estaba en huelga y por lo tanto podía dedicarnos todo el tiempo del mundo. Me contó que, apenas una semana antes, unos hombres armados habían irrumpido en la sala de un tribunal en medio de un juicio y, a punta de pistola,

habían obligado al juez que lo presidía a firmar la puesta en libertad del acusado. Muchos miembros de la comunidad jurídica —jueces, letrados y abogados— temían represalias. Marwan estaba ocupado investigando formas de presionar a Trípoli para que se tomara la cuestión en serio. Me llevó a un par de reuniones y vi cómo conseguía congrega a los jueces más respetados del país para que formaran lo que finalmente se convirtió en la Organización de Jueces de Libia, una ONG dedicada al control y la defensa de la independencia judicial.

En otros frentes se estaban librando batallas similares. Yo nunca había estado en ningún sitio donde la esperanza y el miedo convivieran hasta ese punto. Cualquier cosa parecía posible, y casi todas las personas con las que me relacioné mezclaban, en un mismo discurso, el optimismo y los malos presagios.

Cuando entramos en Ajdabiya, nos detuvimos en la rotonda principal, rebautizada como plaza Tim Hetherington en honor del fotoperiodista británico que fue asesinado mientras cubría la guerra en Misrata. Compramos cajas de fruta. Sentí pánico otra vez. No sabía cómo enfrentarme a Libia. Me quedé de pie al lado del coche mientras el vendedor de fruta cargaba el maletero. Reconocí la sequedad de la luz de Ajdabiya, el azul de sus cielos vacíos, la forma en que el calor te abraza.

El tío Mahmoud me llamó al móvil. Le dije que estábamos a pocos metros, y al llegar a la calle familiar lo vi de pie a la puerta de su casa. Era alto y delgado. Mis tías se apiñaban detrás de él. Las abracé a ellas primero, y cuando empezaron a llorar supe que lloraban por su hermano desaparecido. Cuando quieren que sus maridos o sus hijos prometan hacer algo, no les piden que juren por Dios o sus profetas sino por mi padre, Jaballa.

—Venga —dijo el tío Mahmoud con su sonrisa maliciosa—, no convirtamos esto en un culebrón turco.

Cuando lo abracé, me aferré a su complexión huesuda durante un buen rato.

Desde la desaparición de mi padre no me había sentido tan cerca de él. Mis tías tienen sus ojos. Ellas sólo querían mirarme y yo no quería más que mirarlas a ellas. Nos sentamos unos cerca de otros, cogidos de las manos. Mi padre también tenía unas manos hermosas como las de ellos, de piel fría y suave.

La luz ya no es bienvenida en las casas. Se le cierra el paso como a otras cosas que vienen del exterior: polvo, calor y malas noticias. La arquitectura, la representación física de los gestos bien calculados, ha cambiado durante los años que he vivido fuera. Se le ha dado la espalda a la naturaleza. Cuando era niño, los jardines tenían vallas bajas o no tenían vallas de ninguna clase, y, salvo a las horas de mayor insolación, las ventanas se dejaban abiertas. Me pareció inevitable apreciar, en esta nueva determinación de protegerse del sol y de las miradas de los viandantes, una

turbulencia interna, una inquietud privada. A menudo me encontraba en habitaciones donde los postigos llevaban mucho tiempo sin abrirse. En pleno mediodía, y después de varios intentos de convencer a la madera hinchada para que saliera de su marco, tenía que acercarme al interruptor de al lado de la puerta y encender las luces. Muchas veces se almorzaba bajo una lámpara de araña. Todo esto me daba la impresión, cuando abría la puerta y me enfrentaba con un muro de luz y con el azul del cielo como un mar del revés, de que, allí, la línea que separaba el interior del exterior era como una de esas fronteras de transformación sobre las que leíamos en mitos antiguos.

Después de comer, me senté con el tío Mahmoud, con los postigos cerrados para protegernos del sol. Pensé en las preguntas interminables que tenía que plantearle. Pero él no necesitaba que lo animara; quería hablar de su tiempo en prisión. Fue de lo que más hablamos. Mi tío había pasado veintiún años en Abu Salim. Y, tal como me había contado por teléfono cuando lo liberaron, sus historias buscaban demostrar que las autoridades habían fracasado, que no habían podido con él, que continuaba recordando e incluso había logrado seguir, a través de las radios que los guardias le permitían de vez en cuando, lo que su sobrino novelista tramaba en el lejano Londres. Sus historias eran un intento de tender un puente a través de la inmensa distancia que separaba la crueldad pura y dura de Abu Salim y el mundo exterior. Quizá, como todas las historias, lo que los recuerdos de Mahmoud estaban diciendo era: «Yo existo.»

Mi tío empezó por contarme su primer interrogatorio, unos minutos después de su detención. Estaba esposado, sentado en una sala. No sabía dónde se encontraba. Le mostraron montones de papeles: transcripciones de todas las llamadas telefónicas, por insignificantes que fueran, hechas desde la casa de mi familia en El Cairo. Le mostraron un gran mueble de seis cajones lleno de documentos y fotografías de mi padre en lugares públicos de Egipto, en ocasiones con mi madre, con mi hermano y conmigo, en bodas, en reuniones sociales, sentado en un restaurante, cruzando una calle.

—Lo sabían todo —dijo mi tío. Con la ayuda de las autoridades egipcias, habían estado vigilando a mi padre durante años—. No me dijeron que tenían a Jaballa —explicó—. Era lo último que se me habría ocurrido pensar.

A la una de la noche, doce horas después de su detención, al tío Mahmoud le vendaron los ojos y lo metieron en un camión.

—Todavía no tenía ni idea de dónde estábamos —me explicó—. El camión empezó a moverse. El viaje parecía no tener fin. Entonces paramos. Me bajaron y me llevaron a un sótano. Pensaba que quizá me habían metido en una de esas viejas celdas otomanas debajo de Al Saraya al Hamra, en Trípoli. Pero resultó que no estábamos bajo tierra, sólo habíamos bajado una pequeña rampa o algo parecido. Me

condujeron, girando a la izquierda, a la derecha, a la izquierda, a la derecha varias veces hasta que me ordenaron parar. “Extiende las manos.” Obedecí. Un hombre me dio una manta. “Extiende las manos”, dijo otra vez, y me entregó un colchón. Entonces abrió una puerta. Fue la primera vez que oí ese ruido espantoso (un ruido al que acabaría acostumbrándome), característico de una puerta pesada, oxidada o que lleva diez años sin abrirse, cuando alguien gira la llave en la cerradura y la abre sobre sus goznes. Me metió de un empujón, cerró de golpe y corrió un cerrojo. Yo ya no estaba esposado, pero seguía con los ojos vendados. Como temía lo que podía encontrar, esperé unos minutos antes de quitarme la venda. Me encontré en un lugar completamente oscuro. Poco a poco empecé a ver algo. Tenía una sed horrible. Sentí como si alguien me estuviera diciendo que me diera la vuelta. Lo hice y encontré un grifo. Agua limpia, dulce. Bebí y di gracias a Dios. Poco a poco, como un gato, comencé a ver en la oscuridad. Estaba en una pequeña celda, entre cuatro paredes. Me sentía mareado y no tenía ni idea de dónde me hallaba exactamente. Extendí el colchón en el suelo y, no bromeo, me quedé dormido incluso antes de apoyar la cabeza.

»Me desperté por la mañana con las voces de dos hombres que hablaban. No sabía si aquella celda estaba en un desierto, si estaba aislada o si formaba parte de un complejo. Un hombre gritó: “¡Hamid!” Y el otro dijo: “Sí, Saad.” “¿Sabes dónde estás?” “No, ¿dónde estoy, Saad?” “Estás en Abu Salim.”

»Entonces supe que había ido a parar a ese lugar terrible. Todos habíamos oído hablar de Abu Salim. Había supuesto que los dos hombres que hablaban estaban en la misma celda, que tal vez los habían golpeado con tanta brutalidad que cada uno se había derrumbado en una punta de la misma. Resultó (y más adelante me acostumbré al peculiar mundo de la prisión) que estaban en celdas distintas, separadas, de hecho, por unas cinco puertas. Yo no tenía mis gafas. Caminé por la celda para acercarme y leer los nombres y fechas garabateados en las paredes. Entonces descubrí un pequeño agujero en una de ellas. Miré a través del él y vi a un hombre que estaba caminando en otra celda muy similar a la mía. Así fue como descubrí que tenía un vecino. Él me vio. Se acercó, miró por el agujero y dijo: “¿Tío?”

»Era tu primo Saleh.

Durante esos primeros días, el tío Mahmoud, el tío Hmad y mis primos Saleh y Ali descubrieron que estaban juntos en la prisión. Al estar en la misma sección, podían oírse unos a otros.

—Nuestra ala estaba llena —me contó el tío Mahmoud—. Pero el ala de enfrente estaba vacía. Ni un movimiento. Sólo una puerta que de vez en cuando se abría y cerraba. Había alguien allí, pero nadie sabía quién era. Al cabo de siete días, lo oímos. Cada noche, cuando la prisión se quedaba en silencio, recitaba poesía en la oscuridad. Los poemas tenían una forma específica, popular en Ajdabiya, que se

usaba mucho en elegías por su repetición quejumbrosa. Era la voz de un hombre anciano. Escuchábamos, pero no sabíamos quién era. Un día gritó mi nombre. Yo respondí preguntándole quién era. “¿No me reconoces?”, dijo. “No”, contesté.

»Después de eso no dijo nada más. ¿Sabes cuánto tiempo se quedó en silencio? Una semana entera. Hasta que un día gritó mi nombre otra vez y preguntó si todavía no lo reconocía. “Te daré una pista. Se te caen los pantalones”, dijo.

»Era una broma que tu padre y yo nos gastábamos cuando éramos niños. No contesté. Pensé que podría ser una trampa. Simplemente no podía imaginar que Jaballa estuviera allí. Pasó otra semana antes de que lo oyera gritar mi nombre otra vez.

»Ali dijo: “Es el tío Jaballa.”

»Hmad dijo: “No lo creáis. Pedid otra señal.”

»Lo hice y él dijo: “Soy de Blo’thaah.”

»Me sentí mareado, como si me hubieran partido el corazón.

En ese momento nos interrumpieron. Se abrió la puerta que daba al jardín. La luz, sólida como una pared, ennegreció al entrar las tres o cuatro figuras que llegaban. Nos levantamos para saludar. Eran parientes y amigos de la familia. Trajeron té. El tío Mahmoud recorría la sala sirviéndolo, yo lo seguía con galletas y frutos secos. Se repitieron las frases habituales. Luego la conversación derivó hacia los problemas de seguridad con los que se enfrentaba el país. Cuanto más apasionada era la charla, más callado se quedaba el tío Mahmoud. Respondía a una pregunta o una afirmación con un simple asentimiento o una sonrisa débil. Cerró los ojos y se quedó dormido sin tocar el té.

Poemas

El territorio que separa a padres e hijos ha desorientado a muchos viajeros. Es muy fácil perderse ahí. Telémaco, Edgar, Hamlet e incontables hijos más, cuyos dramas privados se extienden en el tiempo de las horas silenciosas, han navegado tan lejos en la distancia incierta entre el pasado y el presente que parecen vagar a la deriva. Son hombres que, como todos, han llegado al mundo por medio de otro hombre, un mentor que les abre la puerta y, si tienen suerte, lo hace con suavidad y quizá con una sonrisa tranquilizadora y una palmadita de ánimo en el hombro. Y los padres tienen que saber, puesto que han sido hijos alguna vez, que la presencia fantasmal de su mano permanecerá a lo largo de los años, hasta el fin de los tiempos, y que por muchos lastres que recaigan sobre ese hombro, por muchos besos que una amante deposite allí, quizá a sabiendas, impulsada por el deseo secreto de borrar la apropiación ajena, el hombro permanecerá siempre fiel, recordando la mano del buen hombre que abrió el paso al mundo. Ser un hombre implica formar parte de esa cadena de gratitud y recuerdo, de culpa y olvido, de rendición y rebelión, hasta que la mirada de un hijo se torna tan lastimada y ansiosa que, al mirar atrás, no ve nada más que sombras. Con cada día que pasa, el padre se aleja más en su noche, se adentra más en la niebla, dejando atrás restos de sí mismo y el hecho monumental pero obvio, frustrante y compasivo al mismo tiempo —porque ¿de qué otra manera podría el hijo continuar viviendo si no se obligara también a olvidar?— de que, por más que lo intentemos, nunca podremos conocer por entero a nuestros padres.

Pienso esto mientras considero el relato del tío Mahmoud sobre cómo se enteró de que mi padre no estaba a salvo en su casa de El Cairo, sino a unos pocos metros de distancia, en una celda del ala opuesta. Como muchas de las historias que oí de hombres que estuvieron en la cárcel al mismo tiempo, ésta también me aportó más preguntas que respuestas. Me pregunté por qué mi padre esperó tanto tiempo antes de hablar. Ya llevaba unos días en Abu Salim y tuvo que oír a los tíos Mahmoud y Hmad, a los primos Ali y Saleh, hablando en voz alta entre las celdas. ¿Y por qué, una vez que habló y no fue reconocido, esperó otros siete días? ¿Qué estuvo pensando mientras tanto? ¿De dónde surgía la duda o la reticencia? ¿Y por qué el secretismo? ¿Por qué no decir simplemente: «Mahmoud, soy yo, tu hermano, Jaballa»? Por otro lado, no entendía por qué el tío Mahmoud y los demás fueron incapaces de reconocer la voz del hombre al que conocían tan bien. De hecho, incluso antes de que mi padre hablara directamente con el tío Mahmoud diciendo «Mahmoud, ¿no me reconoces?», ¿cómo podían no haberse dado cuenta de que el hombre que recitaba poemas por la noche era Jaballa Matar? Podrían no haber

reconocido la voz, pero ¿cómo habían pasado por alto las pistas en los poemas que mi padre seleccionaba para recitar por la noche? Su memoria literaria era como una biblioteca ambulante. Habría sido raro que no pudiera recordar al menos un poema de cada poeta árabe importante de la era moderna. Sin embargo, en prisión no recurrió a los poemas de Ahmed Shawqi o de cualquiera de los numerosos poetas del período de *Al Nahda*, el llamado Renacimiento árabe, que se produjo a principios del siglo xx, ni echó mano de Badr Shakir al Sayyab o de otros poetas modernistas a los que admiraba. En esas noches oscuras y silenciosas en las que, como había dicho el tío Mahmoud, «podías oír caer un alfiler o a un hombre llorando para sus adentros», mi padre buscó refugio en la poesía beduina elegíaca del *alam*. La palabra significa «conocimiento» o «estandarte» o «bandera», pero, al menos para mí, siempre ha representado una capacidad de comprensión obtenida a través de la pérdida. Es una forma poética que privilegia el pasado sobre el presente. Es popular en toda la Cirenaica, pero en ningún sitio tanto como en Ajdabiya.

Lo imagino recitando el *alam* con la misma voz que usaba en casa, una voz que parecía abrir un paisaje tan mágicamente incierto y sin límites definidos como un mar en calma soldado al cielo. Esto ocurría en raras ocasiones. Por lo general, hacía falta que se lo pidieran varias personas. Los amigos se volvían hacia él al final de una de aquellas cenas épicas que mis padres organizaban en nuestro piso de El Cairo. Esa fase de la velada, que siempre llegaba demasiado tarde, era para mí el momento que daba sentido a toda la locura precedente. Era como uno de esos pueblos posados en las montañas a los que llegábamos después de demasiadas curvas mareantes y demasiadas discusiones. Mi madre decía: «Basta, volvamos.» Y mi padre respondía: «Pero mira, ya casi hemos llegado.» Luego la pendiente se suavizaba y estábamos en el pueblo, protegidos de la inmensidad del paisaje.

Lo primero era fijar el menú, que cambiaba varias veces antes de que se alcanzara el acuerdo. Y a partir de ahí se ponía en marcha la maquinaria. Se empleaban todos los recursos —criados, hijos y un puñado de amigos comprometidos— hasta que se localizaban y se conseguían todos los ingredientes deseados. Mi madre manejaba esta complicada operación con la autoridad de un artista al servicio de una causa mayor. Pasaba horas al teléfono, dándole instrucciones precisas al carnicero, al granjero que nos traía la leche, el yogur y el queso, al florista. Hacía varios viajes al frutero. Conducía hasta el delta del Nilo por estrechos senderos de tierra, hasta llegar a un pueblecito cerca de Shibin el Kom, en la gobernación de Menufia, para escoger, como decía, «con mis propios ojos», cada pichón. A mí me enviaba a comprar nuez moscada a una tienda de especias del oeste de la ciudad, luego goma arábica en otra, en el este. Sólo había un vendedor de verduras en todo El Cairo al que comprarle ajo en esa época del año. Probábamos varias granadas diferentes antes de hacer el pedido. Y como, según ella sostenía, los egipcios no tenían ningún aprecio por el aceite de oliva, hacía un pedido de varios litros a la granja de su hermano en Yebel Ajdar o, si la frontera libio-egipcia estaba cerrada, a la Toscana o a Liguria. Ziad y yo teníamos

que acompañar entonces al conductor de la camioneta al aeropuerto para explicarles a los agentes de aduana por qué en nuestra casa se consumía tanto aceite de oliva, pagar los sobornos necesarios y regresar para ver la cara de satisfacción de mi madre. El agua de azahar llegaba desde su pueblo natal, Derna, o, si eso no era posible, desde Túnez. El día de la fiesta echaban una pizca de esta agua de azahar en la macedonia de granadas y en las jarras de agua fría. El mármol también se limpiaba con eso.

La combinación de las excentricidades de mi madre y la riqueza de mi padre —había ganado una pequeña fortuna importando artículos japoneses y occidentales a Oriente Medio— no sólo nos permitía vivir espléndidamente; el dinero de mi padre también contribuía a financiar su activismo político. Creó un fondo para estudiantes libios en el extranjero y apoyó diversos proyectos académicos, como una traducción al árabe de una enciclopedia legal. Lo que lo hacía peligroso para el régimen de Gadafi era que sus recursos económicos estaban a la altura de su compromiso político. Era un líder. Sabía cómo controlar y organizar un movimiento. Coordinaba varias células durmientes en el interior de Libia. Estableció y dirigió campamentos de entrenamiento en el Chad, cerca de la frontera libia. No sólo invirtió su propio dinero en eso, también tenía un don para obtener grandes donaciones y viajaba por el mundo convenciendo a exiliados libios ricos para que apoyaran su organización. Su presupuesto anual a principios de la década de 1980 era de siete millones de dólares. Unos años más tarde, a finales de esa misma década, la cifra se había elevado a quince millones. Pero no se detuvo allí. Dirigió personalmente el pequeño ejército en el Chad.

Yo me crié bajo la sospecha permanente de que todo nuestro dinero desapareciera. En más de una ocasión le pregunté:

—¿Cuánto queda?

—Bueno, ministro de Economía —solía contestar, sonriendo—. Digamos que no es asunto tuyo.

—Pero quiero asegurarme de que nos irá bien a todos.

—Te irá bien —decía—. Lo único que te debo es una educación universitaria. A partir de ahí, es cosa tuya.

Después de que lo secuestraran, descubrimos que la cuenta estaba casi vacía. Según los balances bancarios, el saldo en 1979, el año en que nos marchamos de Libia, era de seis millones de dólares. En poco más de una década, todo había desaparecido. Yo padecí un resentimiento terrible, sobre todo porque el día en que mi padre desapareció, la infinidad de los supuestos activistas que solían entrar y salir de nuestro piso, e incluso los aliados más cercanos de mi padre, desaparecieron también. Era como si hubiéramos contraído una enfermedad contagiosa. Por encima de todo, no podía creer que dejara a mi madre, que no había trabajado ni un solo día en toda su vida, sin ingresos adecuados. Ziad y yo tuvimos que buscar de inmediato formas de mantener a la familia. La única explicación que se me ocurre es que mi padre estaba convencido de una victoria inminente. Debía de pensar que mi madre y él regresarían

a Trípoli, venderían el piso de El Cairo y probablemente vivirían de las tierras que poseían en Libia. Tardé tiempo en comprender las implicaciones de sus actos. En lo que se refería a mi madre, nos consideraba a Ziad y a mí sus garantes. Creía que podía confiar en nosotros. Era un gesto de profunda confianza. Sé, sobre todo por sus cartas, que en su vida en prisión, pensar en sus hijos le proporcionaba consuelo y tranquilidad. Él me había dado algo de un valor incalculable: su confianza. Doy gracias por haberme visto forzado a tomar mi propio camino. Su desaparición me dejó en plena necesidad y volvió incierto mi futuro, pero la necesidad y la incertidumbre pueden ser grandes maestros.

Durante los años en El Cairo, cuando él todavía estaba con nosotros, vivíamos en un ático que ocupaba toda la planta superior de un alto edificio en Muhandisin. Cuando nos mudamos allí, se podía ver hasta varios kilómetros de distancia, hasta donde terminaba El Cairo y comenzaban los campos. Pero muy pronto aparecieron edificios a nuestro alrededor, dejando sólo estrechas vistas hacia el horizonte. Durante la preparación de esas cenas de fiesta, venían hombres que se colgaban precariamente de la cornisa para limpiar el cristal que ocupaba toda la pared de un lado de la sala de estar. El día señalado, se llevaba a todas las habitaciones una copa de cobre con incienso y se depositaba en cada esquina, atrapado detrás de las cortinas. El timbre no paraba de sonar con las entregas. En la cocina, que quedaba junto a la entrada principal, mi madre, ayudada por la cocinera y un par de criadas, era el centro de todo. La radio estaba encendida a todo volumen y sonaban canciones de Farid al Atrash o Najat al Saghira u Oum Kalthum o Mohammad Abdel Wahab. Mi madre pertenecía a una de esas familias libias para las que El Cairo era la capital cultural. Adoraba la ciudad y se movía en ella como pez en el agua. Repetía lo que su madre siempre decía cuando encontraba a una persona triste: «No los culpes; no deben de haber estado en El Cairo.» En aquellos días, mi madre actuaba como si el mundo no se fuera a terminar nunca. Y supongo que es lo que todos queremos de nuestras madres: que mantengan el mundo en marcha, y, aunque sea una mentira, que se comporten como si nunca se pudiera acabar. Así como mi padre estaba obsesionado con el pasado y el futuro, con regresar a Libia y reconstruirla, mi madre estaba consagrada al presente. Por esta razón, ella fue la verdadera fuerza radical en mi adolescencia.

El nuestro era un hogar político, lleno de disidentes y de las predecibles y a menudo agotadoras conversaciones de los disidentes. Esas cenas de gala eran la venganza de mi madre contra esa realidad. Su meticulosidad respecto a dónde y cuándo conseguir cada ingrediente, combinada con su extraordinario talento como cocinera, producía resultados asombrosos que literalmente silenciaban a esos hombres de acción. Yo huía de la actividad previa y no regresaba hasta última hora de la tarde. Entonces mi madre me llevaba a la cocina, insistía en que probara varios de los platos y me preguntaba si estaban bien de sal o si tenía que añadir más guindilla. La mesa estaba puesta de manera tan espléndida que los invitados se quedaban sin

habla, o se veían transportados a tales cotas de placer que no podían parar de hablar. Recuerdo a un hombre muy sociable que había sido ministro durante el reinado de Idris. Había dominado la conversación hasta que se sirvió la sopa. Tomó la primera cucharada y se quedó en completo silencio. Los demás comensales repararon en el cambio repentino.

—¿Todo bien, ministro? —preguntó mi padre.

Él asintió sin levantar la cabeza. De vez en cuando, se daba unos toquecitos en los ojos con la servilleta. Pensé que era uno de esos hombres que se ponen a sudar en cuanto empiezan a comer. Hasta que su plato estuvo vacío y no le quedó más remedio que levantar la cabeza no vimos que tenía los ojos rojos. Cuando llegó el plato principal, su emoción se convirtió en risa. Todo esto daba una gran satisfacción a mi madre y el orgullo de mi padre, aunque trataba de ocultarlo, era evidente. Ésos fueron los años prósperos, cuando mis padres se comportaban con las maneras confiadas de las parejas que, más allá de los recelos habituales de los padres, consideran el futuro como un territorio amigo.

Solía ser después de una de esas cenas cuando surgía la petición bienvenida, expresada en voz baja al principio, luego de manera menos tímida por otro invitado, hasta que las insistentes demandas se convertían en un clamor. Mi padre se ruborizaba un poco, sus ojos delataban un brillo de placer y tomaba la palabra. Nada parecía complacerlo más que la poesía. Un buen verso lo tranquilizaba, enderezaba el mundo por un segundo. El lenguaje era para él una fuente de amenidad y estímulo al mismo tiempo. Quedaba claro que su resistencia inicial no era más que un modo de poner a prueba el entusiasmo de sus compañeros. Se inclinaba un poco hacia delante y entonces ocurría: en ese silencio tentativo se abría un nuevo espacio. Mi padre sabía exactamente qué hacer con su voz, dónde tensar las cuerdas vocales y cuándo relajarlas. Siempre abría y cerraba estos recitados, tal vez por reminiscencia o lealtad a su pueblo, con el *alam*.

En varias ocasiones había escrito obras de ese género. Me las recitaba cuando él y yo íbamos solos en el coche, es decir, en contadas ocasiones. Mi padre casi nunca me llevaba en coche a la escuela o a clubes deportivos ni me recogía en casa de algún amigo. Una vez, ante la insistencia de mi madre, vino a verme competir en judo. Me distraje por lo desubicado que parecía. No encajaba en la sociedad egipcia de clase media y no podía ocultar del todo su desinterés. Casi nunca charlaba por puro formulismo, o para pasar el rato. No puedo recordarlo hablando de dinero o de propiedades o de las últimas novedades. Tenía una capacidad asombrosa para aguantar los silencios en sociedad, que es la razón por la cual a menudo se lo tomaba por arrogante o frío. Era orgulloso, no cabe duda. Lo recuerdo una vez, diciéndole a un miembro del gobierno egipcio que trataba de convencerlo de que abandonara la política: «Lo único que hay entre usted y yo es una maleta. Si ya no soy bienvenido aquí, haré la maleta mañana mismo.»

A mi hermano y a mí nos enseñó a no aceptar nunca ayuda económica de nadie,

menos aún de gobiernos, y, al dar, hacerlo tan discretamente que «tu mano izquierda no sepa lo que hace la derecha». En una ocasión me vio contar monedas antes de dárselas a un mendigo. «La próxima vez no te exhibas —me dijo—. Da como si estuvieras recibiendo.» Tardé mucho en entenderlo. Si pasábamos junto a trabajadores o barrenderos que estaban comiendo y nos invitaban a unirnos a ellos, como era de costumbre —es decir, sin esperar que realmente te unieras a ellos—, mi padre se sentaba con su ropa elegante en el suelo, entre los hombres, y si yo no era tan rápido como él, decía: «Vamos, una comida honesta alimenta a cien personas.» Daba un mordisco o dos y luego hacía su truco de magia, deslizándose unos billetes bajo el plato a media frase. Miraba el reloj y añadía: «Señores, son ustedes excelentes, gracias.» Su tono, que era siempre suave, se elevaba si se enteraba de que un criado había rechazado a una persona necesitada o había echado a un gato. La regla era no rechazar nunca a nadie ni nada que tuviera necesidad. «No es asunto tuyo leer sus corazones —me dijo una vez, después de que yo afirmara, con bochornosa convicción, que mendigar era una profesión—. Tu deber no es dudar, sino dar. Y no les hagas preguntas en la puerta. Deja que te cuenten lo que vienen a buscar sólo cuando ya hayan tomado un té y comido algo.» Se corrió la voz. Nuestro timbre sonaba dos o tres veces al día. La mayoría de la gente necesitaba dinero para comer o para la escuela o para medicinas. Algunos querían que mediáramos en una disputa, que les devolviéramos una propiedad —un carro, una bicicleta, una canasta— que alguien se había quedado después de una discusión. A menudo lo conseguíamos mi hermano y yo sin la participación de mi padre, como si formara parte de nuestra educación. Esto estrechaba los muros de nuestro privilegio y me enseñaba algo de la injusticia y la humillación de pasar necesidades. La otra cosa en la que insistía mi padre era en que aprendiéramos a montar a caballo, disparar un rifle y nadar. Era algo en lo que creía su padre, el abuelo Hamed, y sospecho que lo tomó de Umar ibn al Khattab. Mi padre me llevaba al desierto, en las afueras de El Cairo, más allá de las pirámides de Guiza, para enseñarme a manejar un rifle. Era en esas raras tardes, cuando íbamos solos en el coche, cuando me recitaba sus nuevas composiciones. Si le tomaba el pelo, decía: «Son obras maestras; si no fueras un crío ignorante, te darías cuenta.» Y eso me hacía reír más que nada.

El tío Mahmoud conocía todos esos detalles. De hecho, dada su intención de informarle en secreto de su presencia, es muy probable que mi padre eligiera recitar uno de sus propios poemas, tal vez el que empieza.

*Si el dolor no fuera tan preciso
habría preguntado
a cuál de mis penas debería rendirme.*

El tío Mahmoud atribuía su incapacidad de reconocer la voz de su hermano a la confusión general de la vida en prisión, el desconcierto provocado por su captura, los

interrogatorios interminables, el confinamiento desorientador. «Esas circunstancias —dijo— alteran tus capacidades cognitivas. —Se dio cuenta de que yo no estaba del todo convencido—. Al final —agregó—, simplemente no quería creerlo.»

Sin embargo, la estupefacción y la negativa a aceptar malas noticias sólo pueden explicarlo en parte. Me estaba rindiendo gradualmente a la única explicación que parecía verosímil. Mi padre quería que lo reconocieran sólo por su voz, sin necesidad de proporcionar más pruebas. Quizá, como en mi caso, lo que ocupaba el primer lugar en su mente era la preservación. Parte de lo que tememos del sufrimiento —quizá la parte que más tememos— es la transformación. Todavía tengo sueños recurrentes en los que aparezco como un desconocido para él. Tuve uno de esos sueños sólo unos meses después de su desaparición, y aun así nunca lo he olvidado. En el sueño, mi padre había vivido una experiencia tan extrema que no podía reconocerme. Me miraba como si fuésemos extraños. Por lo tanto, quizá la incapacidad del tío Mahmoud de reconocer a su hermano no se debiera sólo a los efectos desconcertantes de la vida en prisión, sino también a que mi padre había cambiado. Y quizá el tío Mahmoud lo sabía, pero no quería decirlo en voz alta. Tal vez al oír su voz, su respuesta fue como la de Dante cuando, al descender a las profundidades del infierno, se encuentra con Ciaccio, un hombre al que había conocido, pero que está completamente irreconocible, y le dice:

*La angustia —que te maltrata
aleja tu recuerdo de mi mente
y tal vez mi memoria desbarata.
Mas di, quién eres tú, que en tan doliente
lugar estás y sufres esta pena,
que si otra mayor hay, no es tan hiriente.*

Como Dante, el tío Mahmoud tuvo que saber que aquélla era la voz de mi padre y, como Ciaccio, mi padre esperaba demostrarse a sí mismo que seguía siendo el que había sido.

¿La salud? ¿La familia?

El asunto de lo que tuvo que pasar mi padre durante su cautiverio continúa obsesionándome. Mi mente se centra en los primeros días, en las primeras horas. Es como si, al concentrarse en su vida en la cárcel, mi imaginación se adentrara en la niebla. Sólo alcanzo a ver a escasa distancia. En los primeros dos años me bastaba con pensar en lo que estaría sufriendo mi padre para paralizarme. Las autoridades egipcias —que, para mantenernos en silencio, nos indujeron a creer que lo tenían en una ubicación secreta en las afueras de El Cairo— nos advirtieron de manera repetida que si hacíamos campaña o, en sus palabras, «si hacíamos demasiado ruido, complicaríamos la situación». Lo creímos. Yo tenía diecinueve años. Me convertí en un animal refrenado, cauteloso y callado. Mientras me bañaba, mientras me sentaba a comer, no podía parar de pensar en las cosas detestables que sin duda le estarían ocurriendo a mi padre. Dejé de hablar. Apenas salía de mi piso de Londres, salvo para ir a mis clases en la universidad o a la National Gallery. Viajé otra vez a El Cairo y, como se trataba de una reacción retardada, más de un año después de lo ocurrido, no tenía palabras para explicarlo. Me encerré en casa seis meses. Al final, pasar de una habitación a otra se convirtió en una tarea complicada. El umbral empezaba a retorcerse. Todavía veo el arco entre la sala de estar y el pasillo curvándose de una manera enloquecida a medida que me acercaba. Cualquier movimiento repetitivo me hacía subir las pulsaciones. Al mirar por la ventana, tenía que asegurarme de que mis ojos no se posaran en las ruedas de un coche que pasaba. La visión de ese giro durante una fracción de segundo me hacía temblar. Un día, provocado por algo que mi madre o mi hermano habían dicho —la causa permanece oscura en mi memoria—, mi pierna empezó a dar repetidamente patadas en la parte inferior de la mesa de la cocina. El pesado mueble de madera se movía arriba y abajo, los platos que había encima saltaban y aterrizaban cerca de donde habían estado, pero no exactamente en el mismo sitio. Ziad me sujetó y reprendió a nuestra madre de manera injusta: «Mira lo que has hecho.» Mi hermano se sentía responsable de ella y de mí, y yo me sentía responsable de él y de ella, y ella, de todos nosotros. Todos cumplíamos papeles paternos y filiales a la vez. La estructura de cuatro columnas, tan equilibrada con anterioridad, se veía sometida a una tensión perpetua para compensar el pilar que le faltaba.

Cuando el tío Mahmoud abrió los ojos, los invitados no se dieron cuenta y continuaron charlando en voz alta. Él me sonreía entre las conversaciones. Llegaron

más visitantes. Primos segundos y terceros. No los conocía, ni ellos a mí, pero nos abrazamos y nos sentamos a charlar, intercambiando preguntas educadas sobre las vidas de cada uno. Me sentí aceptado. Estaba convencido de que si reunía todas mis pertenencias y me presentaba a la puerta de su casa, me acogerían. Era una idea extraña, sobre todo considerando lo nervioso que soy como invitado y que, por lo general, trato de evitar estar con gente. «Es la borrachera del regreso —me dije—. Los síntomas pasarán pronto.» Se sirvió más té, más café y dulces. Algunos fumaban en silencio y otros se miraban el regazo y se examinaban los dedos. Cuando la excitación y los nervios nos dejaron sin nada que decir, hicimos lo que hace la mayoría de la gente, algo en lo que la sociedad beduina libia alcanza la excelencia: repetimos lugares comunes corteses e impersonales, cuestiones que, como dicta la etiqueta, nunca deben ser específicas. El principal propósito consiste en desviarse de lo que los miembros masculinos de mi familia paterna siempre evitan con ahínco: intromisión y cotilleo. Desconfían de las personas que hablan demasiado. Como resultado, puedes terminar en situaciones en las que la conversación se reduce a unas pocas frases que se repiten hasta la saciedad, como ocurrió con un anciano que llegó cuando todos los demás invitados ya se habían ido. Era delgado y llevaba un viejo abrigo inglés de lana abotonado hasta el cuello. Iba tocado con un turbante enrollado en torno a la cabeza sin demasiada fuerza, aunque no parecía que corriera peligro de caérsele. Ya fuera porque creyeran que yo lo conocía, o acaso por el deseo de obviar el salto de treinta y tres años que me separaba de ellos, nadie nos presentó. De alguna manera indefinible, el hombre me resultaba familiar. Él me sujetó los brazos y, sin decir una palabra, empezó a mirarme. Tenía los ojos verdes y opacos como el jade. Su rostro, como su cuerpo, no evidenciaba ningún exceso: delgado, atractivo, con bigote y barba recortados y completamente blancos. La piel era oscura, curtida, con muchas arrugas de un tono un poco más claro.

Nos abrazamos. Lo solté antes que él a mí. Lo abracé otra vez y en esa ocasión me aseguré de que mi fuerza equivalía a la suya. Me hizo sentar a su lado, enlazó su brazo con el mío y, sonriendo, continuó mirándome a los ojos. No preguntó nada sobre mi vida. Lo único que dijo fue:

—¿Estás bien? ¿La salud? ¿La familia? —Y repetía estas tres preguntas cada dos minutos.

—Desapareciste —dijo el tío Mahmoud, y yo sospeché que lo hacía más que nada por romper la monotonía.

El hombre continuó mirándome, pero su sonrisa se había vuelto maliciosa.

Su hijo, un hombre de aspecto urbano, más o menos de mi edad, empezó a burlarse de su padre.

—Su estado se ha agravado —le explicó al tío Mahmoud—. Ahora lo máximo que puede soportarnos es un día, tal vez dos.

—¿Adónde va? —le pregunté.

Debido a nuestra proximidad física, sumada al hecho de que estábamos sentados a

un lado de la reunión, hablé en voz baja, lo que dio la impresión de que él y yo estábamos conspirando contra los otros.

El hombre sonrió y asintió como diciendo: «No prestes atención a su estupidez.» El gesto también parecía querer decir: «Todo pasará.»

—Va al desierto —dijo su hijo, ruborizándose ligeramente mientras hablaba y me miraba igual que me miran con frecuencia familiares a los que apenas conozco, pero que son más o menos de mi edad; con una timidez que al mismo tiempo teme y desea mi juicio—. Se va con sus camellos. Los quiere más que a su propia familia. Los malcría.

El hombre continuó mirándome, negándose a hacer comentarios.

El tío Mahmoud trató de hablar por él:

—¿Quién puede culparlo? Está cansado de la gente.

Permanecimos sentados en el silencio que siguió, nosotros dos con los brazos enlazados y su mano grande sujetando la mía. El hombre continuó mirándome. Yo lo miraba a él o a los demás o al suelo o su mano grande encima de la mía. Su piel era como de madera; tenía las uñas negras. En contraste, mi mano parecía nueva y sin usar.

—¿Estás bien? ¿La salud? ¿La familia? —preguntó otra vez.

Esa vez intenté responder, pero él no estaba interesado en la información que le proporcionaba. Sus preguntas continuaron y parecían más ridículas y al mismo tiempo más punzantes con cada repetición. Junto con su silencio, sus ojos —aquellos ojos que no se apartaban de los míos, que no miraban a ningún otro sitio más que a mis ojos— me hacían sentir que había entrado, y de alguna manera había quedado atrapado, en un estado tan puro como una alegoría. Él no quería nada de mi existencia salvo la existencia misma.

Cuando el hombre y su hijo se marcharon, el tío Mahmoud me dijo quién era:

—Es Muftah, primo de tu padre. Estaban muy unidos. Le gusta estar en Blo'thaah con los camellos. De niños, tu padre y él jugaban allí. Estaba con tu padre cuando murió tu tío Salah.

—¿Quién era el tío Salah?

—Nuestro hermano mayor. Tenía un año más que Jaballa y un día pisó una mina que los italianos o los alemanes o los ingleses habían dejado allí. Tu padre tenía diez años. Sólo se salvó porque se había apartado a orinar. Pero ver a Salah volando por los aires lo traumatizó durante mucho tiempo.

Al volver a Libia después de décadas, me enfrenté a esas historias contadas con la naturalidad de una vieja anécdota y, como en este caso, la información era impactante precisamente porque, de alguna manera, yo la había intuido. Siempre hubo algo en mi padre, sosegado y amansado por años de pena prolongada, junto con cierto distanciamiento de sus familiares, en particular de algunos de sus hermanos, que de pronto vi que podría haber surgido del vacío dejado por ese hermano caído.

—Sigue habiendo minas desperdigadas por el desierto. Muftah también estuvo

allí y vio lo que ocurrió. Quería a tu padre. Te das cuenta, ¿no?

La tregua y la clementina

Los invitados se marcharon. El tío Mahmoud y yo nos quedamos solos otra vez. Se comportó con más energía. Se mostró alegre con sus hijos, se rió en voz alta de sus bromas. Era más rápido que ellos: el primero en llevar los platos a la cocina después de una comida, el primero en detectar a quién le faltaba la fruta, levantándose de un salto para pasarle el bol. Sólo en el fondo, en algún lugar secreto de su ser, parecía haber un retraimiento calmado, resuelto, una cautela no demasiado distinta de la de un creyente que, tras ver perseguida su fe, se resigna a mantener sus convicciones en secreto. En ocasiones, a media conversación, sus pensamientos lo arrastraban a un repentino silencio. Cuando se oía la llamada a la oración, iba a la esquina de la estancia y, sin caer en la costumbre de alentar a otros a unirse —tan popular actualmente en todo el mundo árabe—, extendía una alfombra y rezaba en voz baja. En esos momentos, su postura —su complexión fina como un lápiz, la agilidad infantil de sus movimientos— parecía representar un esfuerzo contra la desaparición. Era algo específico de él y al mismo tiempo formaba parte de nuestra vieja lucha humana contra la mortalidad. Proyectaba una distancia entre él y el mundo que, como la forma de abanico que deja la red del pescador al entrar en contacto con la superficie del agua, era perceptible sólo por un momento.

Tal vez el tío Mahmoud había declarado una tregua —cuyos términos concretos sólo conocía él, y quizá ni siquiera de modo consciente—, una de esas maniobras silenciosas que pretendían ocultarnos un mundo de peligros infinitos. Me pregunté en qué momento había ocurrido. Tal vez fuera durante la decepcionante actividad a la hora de comer, o en un momento vacío capturado en un tiempo de relajación —si es que el tiempo de relajación existe en la cárcel—, caminando por el patio bajo el enorme sol en los años en que le permitían salir de la celda, caminando de un lado a otro por el largo rectángulo de suelo de tierra, mientras recordaba, o le contaba a algún compañero de reclusión, en el estilo animado por el que sigue siendo conocido el tío Mahmoud, ciertos detalles de *Los hermanos Karamázov*, *Cándido* o *Madame Bovary*, o cualquiera de las novelas que le encantan, impulsado por el mismo deseo que lleva a los hombres libres a releer libros: reproducir y profundizar el placer. O tal vez no se tratara de una novela, sino de un partido de fútbol, pues los entusiasmos del tío Mahmoud por el fútbol y la literatura, igual que en el caso de su hermano mayor, tienen distintas cualidades, pero la misma intensidad. Lo imagino caminando bajo el sol, contándole a un amigo, por el deseo de despertar un recuerdo alegre, los detalles del último partido de fútbol que había visto con mi padre, que se jugó el 13 de septiembre de 1989, justo seis meses antes de que los dos hermanos fueran

encarcelados. Yo entonces asistía a la Universidad en Londres y por consiguiente no pude estar en El Cairo durante la importante visita del tío Mahmoud, la primera desde nuestra partida de Libia, una década antes. El régimen libio había prohibido a casi toda la familia de mi padre salir del país. Era una de las diversas tácticas que empleaban las autoridades para castigarlo a él y, por extensión, a su familia. Debido a la postura política de mi padre, resultaba casi imposible que cualquier miembro masculino de mi familia paterna —salvo la rara excepción que era leal al régimen— obtuviera un empleo o recibiera una beca. Dado el elevado número de tíos y primos que tengo, muchos se vieron afectados por ello. Y, como no deseábamos fortalecer esa relación y así causarles más problemas, no los llamábamos ni les escribíamos. De hecho, yo no había oído la voz del tío Mahmoud desde que nos fuimos de Libia.

La tarde que llegó a El Cairo, sonó el teléfono en mi piso de Londres. Su voz me seguía resultando familiar. Era como si, durante los últimos diez años, hubiera permanecido almacenada en mi cabeza. Parecía un poco más grave y, por decirlo de algún modo, arraigada. Aunque, por supuesto, no habiendo hablado con él desde que tenía ocho años, eran mis cuerdas vocales las que habían experimentado una transformación más drástica. Él no dejaba de repetir: «Oh, Dios mío, Hisham, hablas como un hombre.» Hablé también con la tía Zaynab, la mujer con la que él se casó cuando ya no vivíamos en el país. Me pregunté cómo sería, qué opinión tendrían mis padres de ella. La pareja se había llevado consigo al miembro más nuevo de la familia, su bebé, Izz al Arab Matar. En lugar de la habitual llamada semanal de larga distancia, me dio por telefonar a El Cairo casi cada día.

La visita del tío Mahmoud de ese otoño coincidió con la Copa de Europa. Sólo la lectura alimentaba las pasiones de mi padre de manera más intensa que el fútbol. Y ningún equipo lo hacía disfrutar más que el Bayern de Múnich. Cuando él estaba fuera, trabajando, mi madre le grababa en vídeo todos sus partidos. Continuó haciéndolo después de que lo secuestraran, grabando no sólo los del equipo alemán, sino todos los partidos de fútbol que retransmitían, por más insignificantes que fueran, incluido el campeonato de la segunda división egipcia. Cada vez que yo iba a casa en vacaciones, descubría que la videoteca había crecido un metro. Cada cinta estaba etiquetada no con las cuidadosas curvas de la caligrafía de mi madre, sino con una versión apresurada de ésta, que anotaba rápidamente los nombres de los equipos que competían (Malí-Senegal, Camerún-Egipto, Juventus-Barcelona) y la fecha. Sólo paró cuando recibió la primera carta de mi padre desde prisión, tres años después. Para entonces, había grabado centenares de horas de fútbol. Recuerdo que calculé que si mi padre hubiera regresado entonces, con su pasión por el fútbol intacta, habría tardado varios años en verlo todo.

Pero aquéllos todavía eran días felices. Mis padres estaban reunidos con el hermano más querido de él —un hermano que, debido a los dieciséis años que los separaban, era al mismo tiempo casi como un hijo— y acababan de conocer a su cuñada y a su sobrino recién nacido. Para mi padre, debía de ser lo más parecido a

abrazar a un nieto.

En la primera ronda de la Copa de Europa de ese año, el Bayern de Múnich se enfrentó al Glasgow Rangers. Minutos antes del pitido inicial, mi madre, como de costumbre, estaba tratando de decidir a qué equipo apoyar. Como yo, se decidió por el Rangers, no sólo para darles a mi padre y al tío Mahmoud el placer de tener adversarios, sino también porque el Rangers contaba con el único jugador negro que había en el campo.

—Se llama Mark Walters —le expliqué a mi madre por teléfono—. Sólo tiene dos años más que Ziad.

—¿Es africano? —preguntó ella.

—No lo sé, pero es el primer futbolista negro que ha jugado en el Rangers. Su primer partido fue un escándalo. Los aficionados le gritaron y le escupieron. Tiraron miles de plátanos al campo.

Exageré. Se lanzaron plátanos durante el primer partido de Mark Walters, pero no miles.

Mi madre me pasó al tío Mahmoud. Le di la misma información sobre Mark Walters. Hizo una pausa, luego dijo lo que a menudo decía cuando hablábamos por teléfono:

—Es una verdadera lástima que no estés aquí. —Y a continuación—: Tu primo Izzo te saluda.

Aunque ambos sabíamos que Izzo, de sólo diez meses, era incapaz de decir gran cosa. Me pasó a mi padre.

—¿Dónde verás el partido? —preguntó.

—En casa de un amigo —mentí.

Colgué y fui al pub local, pedí una pinta y me senté con desconocidos a ver el encuentro. A los veinticinco minutos pitaron un penalti a favor del Rangers. Mark Walters iba a chutarlo. Lo observé retroceder desde el balón y empecé a recitar la primera sura. Allí había un árabe musulmán de dieciocho años, rezando en un pub inglés por un equipo escocés, porque tenía un jugador negro que podría ser africano o no, mientras su familia libia, exiliada en El Cairo, estaba apoyando a un equipo alemán. Gracias a Dios, Mark Walters marcó. Al cabo de dos minutos, empató el Bayern de Múnich. El resultado final fue de 1-3 a favor de los alemanes. No importaba; no fue culpa del jugador negro.

Después del partido, llamé a casa otra vez. Mi padre, que rara vez contestaba, fue el que descolgó el teléfono.

—Sabía que eras tú —dijo—. ¿Has visto qué arte? Puro genio. Espera, tu tío quiere decirte algo.

—Hisham, escucha, tu primo es aficionado al Bayern de nacimiento. Se ha puesto a llorar en cuanto tu amigo africano... ¿Cómo se llama? —Oí a mi madre al fondo, diciendo «Mark Walters», pronunciándolo como si fuera el nombre de un gran filósofo o poeta—. Izzo se ha puesto a berrear en cuanto ha marcado ese Mark

Hace poco, la hermana menor de Izzo, Amal, nacida al año siguiente de la visita del tío Mahmoud y la tía Zaynab a El Cairo, encontró una fotografía con la fecha, escrita en color naranja, en la esquina inferior derecha: 13/09/89, el día del partido Bayern-Rangers. Se ve a Izzo, de diez meses, en las rodillas de mi padre. La mano diminuta del niño se estira hacia una naranja clementina con la que mi padre lo está tentando. Él lleva su *farmala* azul oscuro, la indumentaria tradicional libia. Recuerdo que elegí la lana con él y luego fuimos juntos al sastre en el viejo distrito Khan el Khalili de El Cairo. La mano de mi padre —es difícil expresar el efecto que me produce ver la mano de mi padre— ocupa el centro de la fotografía y sostiene entre las puntas de los dedos la clementina brillante. Los ojos de Izzo están fijos en la fruta; los de mi padre miran la cámara y, por consiguiente, a nosotros, o podría decir que a mí. En el primer plano está el cuenco de fruta; a la derecha de mi padre se ven las piernas de otro hombre. Por su constitución delgada y larga, sospecho que pertenecen al tío Mahmoud. Lleva un *farmala* idéntico. Mi padre seguramente lo llevó a su sastre.

Me pregunto si los dos hermanos pararían a comer en el restaurante al que llevé a mi padre cuando lo acompañé al sastre. Estaba en uno de los callejones traseros, en un tramo estrecho de escaleras de piedra. Lo recuerdo a él siguiéndome y diciendo: «Pero ¿adónde me llevas?» Y mi emoción al mostrarle algo nuevo e inusual, disfrutando de su expresión de perplejidad mientras subía los viejos escalones rotos, con la suela de sus elegantes zapatos de piel rascando la piedra, y aquella buena disposición suya para demostrar que, por más refinados que fueran sus gustos, seguía siendo un hombre del pueblo. Siempre lo complacía que yo demostrara iniciativa. Cuando entramos en el viejo comedor de clase obrera, saludó a todos los presentes y les deseó buen provecho. Nos observaron con una expresión entre divertida y curiosa: éramos extranjeros, por supuesto, tanto por nuestra nacionalidad como por nuestra clase social. La diferencia se le notaba más a él que a mí, pues para entonces yo había perfeccionado el dialecto egipcio y podía pasar por un cairota, lo cual, dado el excepcional talento de los locales para detectar a un extranjero, era una hazaña que suscitaba la admiración de varios amigos de la familia y el descontento de nuestros parientes libios.

—Pide tú —dijo él cuando nos sentamos.

Pedí el plato especial: chuletas de cabra a la parrilla. A mi padre le recordaron el plato libio llamado *mardoma*, cuya carne se cocina lentamente en ceniza. Comimos bien.

—Sería incapaz de volver a encontrar este sitio —dijo cuando nos íbamos.

Lo situé en medio del callejón y señalé la platería de la esquina, el gran farol de cobre ennegrecido por el tiempo en el otro lado, el viejo que vendía altramuces y un letrero encima de él que decía «MISERICORDIOSO». Mi padre tomó nota de todos estos

indicadores, pero enseguida repitió:

—Sería incapaz de encontrarlo.

De todos modos, tal vez cuando llevó al tío Mahmoud al sastre se acordó de nuestra comida juntos y de dónde estaba el restaurante. Muy pocos restaurantes servían carne de cabra. Si lo hubiera preguntado, lo habrían llevado allí.

Seis meses después de que se tomara la fotografía, detuvieron a mi padre y al tío Mahmoud, e Izzo quedó separado de su padre. Se vieron fugazmente en 2001, cuando las autoridades decidieron llevar al tío Mahmoud y los demás a juicio. Al oír la noticia, las familias de los acusados corrieron al tribunal y, por primera vez en más de once años, pudieron ver a sus hombres. Izzo tenía entonces trece años. El tío Mahmoud recuerda ese día con precisión:

—Yo estaba de pie con Hmad, Ali, Saleh y todos los demás en el banquillo, rodeados de barrotes altos. El juez leyó en voz alta nuestros nombres, incluido el de tu padre. Describieron a Jaballa como el jefe de nuestro grupo. Su paradero, dijo el juez, era «desconocido».

Poco después del juicio, uno de mis primos me envió una copia de la transcripción de las sesiones del tribunal. Recuerdo haber leído la palabra «desconocido» y pensar: «Sé lo que significa: significa que lo han matado.» Pero entonces la esperanza, astuta y persistente, siguió abriéndose paso y me convencí de que, puesto que el gobierno egipcio había entregado a mi padre con la condición de que, como explica él en su primera carta desde la prisión «nunca viera la luz», los jueces estaban haciendo lo que ya habían hecho las autoridades: ocultar el hecho de que Jaballa Matar estaba bajo su custodia. Sin embargo, en ese momento, oír al tío Mahmoud usar esa palabra me impactó una vez más y me molestó mi incapacidad de resistirme a la esperanza. Con un destino así conviene estar atento, pensé, buscando hasta la pista más pequeña, palabras que surgen después de largos silencios, palabras como «desconocido». Mientras pensaba eso me convencí de que el tío Mahmoud también sabía lo que significaba esa palabra. Y en lugar de dejarlo ahí, no pude evitar plantear la pregunta estúpida:

—Pero ¿eso significa que lo mataron?

—No lo sé —dijo mi tío—. No lo creo. Yo todavía creo que Jaballa está vivo.

—Pero ¿cómo puede ser? —pregunté, sintiendo que mi impaciencia iba en aumento—. Si está vivo, ¿dónde está?

—No lo sé —repitió—. Lo único que sé es que es mi hermano y yo no creo que esté muerto. —Entonces repitió lo mismo que me había dicho por teléfono el día que lo pusieron en libertad—: No pierdas la esperanza.

Y luego volvió a contarme ese día en el tribunal, el día en que vio a su hijo Izzo por primera vez en once años.

—Nos acusaron a todos de traición —dijo—. No nos asignaron abogados y hubo

cierta confusión en la sala respecto a quién iba a formular la acusación. En ese momento empezaron a entrar en la sala mujeres y niños, mirándonos. Localicé a Zaynab de inmediato. Hice lo posible por parecer fuerte. No pude reconocer a los niños. Habían crecido tanto...

—¿Estaba Izzo? —pregunté.

—Se acercó al banquillo con Zaynab y los niños. Era alto, trece años, y muy tímido. Traté de bromear con él.

Un par de días después de esta conversación con el tío Mahmoud, el tío Hmad Khanfore me describió la escena. A diferencia del tío Mahmoud, él no había visto a su familia entre la multitud.

—Observaba a la gente —dijo— y me preguntaba cómo podrían reconocer los niños a sus padres después de tantos años. El hombre que estaba a mi lado llevaba en prisión el mismo tiempo que todos nosotros. Tenía una afección extraña que le hacía parar de respirar cuando experimentaba una emoción fuerte. Cualquier cosa que lo hacía reír o llorar podía cortarle la respiración. Cuando ocurría eso, la única forma de ayudarlo era darle una buena palmada en la espalda. Como en el tribunal había mucho ruido en ese momento, porque cada uno llamaba a sus parientes, le hablé al oído. Le dije: “Fíjate en ese chico de allí, el adolescente que nos mira. Bueno, sería un niño cuando detuvieron a su padre. Te apuesto a que, si está aquí buscando a su padre, no lo reconocerá, ¿cómo iba a hacerlo?” “Tonterías. ¿Cómo alguien no va a reconocer a su propio padre?”, respondió el hombre.

»Le hice una seña al adolescente para que se acercara. “¿A quién has venido a ver?”, le pregunté. El chico dijo que había ido a ver a su padre. “Muy bien. ¿Y cómo se llama?”, dije. El adolescente respondió: “Se llama Hmad Khanfore.”

»El hombre que estaba a mi lado se desmayó —dijo riendo el tío Hmad—. Se cayó al suelo y no había manera de reanimarlo, ni a golpes en la espalda. La comedia continuó, porque mi nerviosismo me volvía tonto. Así que allí me quedé, haciéndole bromitas al hijo que no podía reconocerme.

El tío Hmad se rió y yo me reí con él. Entonces paró y dijo: “Ni siquiera reconocíamos a nuestros hijos.”

Los acusados fueron condenados por conspirar contra el Estado. A mi padre lo sentenciaron a muerte *in absentia*. Al resto les cayó cadena perpetua. Después de eso, les permitieron recibir visitas de vez en cuando. Así fue como, a lo largo de los años, Izzo pudo conocer un poco a su padre.

El viejo y su hijo

Amal se ha obsesionado con Izzo. Casi cada día cuelga al menos una fotografía de su hermano en Facebook; las imágenes están disponibles para que cualquiera las vea. Izzo de niño, tímido y con ojos curiosos; Izzo a orillas del mar, con el azul latiendo tras él, sin que le importe el viento en el pelo, mirándonos con un rostro de adolescente sabedor de que empieza a ser adulto, pero sin resignarse todavía a ello. Luego están las del Izzo combatiente por la libertad. Éstas constituyen la mayoría de las imágenes que ha colgado Amal: decenas de fotografías tomadas durante los seis meses en los que su hermano participó en la rebelión armada contra la dictadura. Aparece empuñando un Kaláshnikov, con un lanzacohetes, con el pecho cruzado por cananas llenas de balas. También conduciendo una furgoneta sin puertas. Consciente de que está siendo observado, se lo ve tan tímido y pensativo como un joven que ha salido de viaje con gente a la que apenas conoce. Luego aparece descansando en un colchón fino y amarronado, dentro de un edificio destrozado por las bombas, probablemente en los últimos meses de los combates, porque debajo de la camiseta amarilla su torso parece más musculoso. En otra está de pie contra un muro derrumbado. La casa se ha caído, pero esa parte de la pared, como el mapa de un país desconocido, se mantiene en pie, persiste, conserva su sombra. Luego hay una serie de tomas en las que muestra sus heridas: un rostro punteado por la metralla, algodón blanco en los oídos, pupilas rojas como ciruelas. Durante los seis meses de combates su expresión cambia un poco. En los primeros días revela la sincera determinación de quienes ansían hacer el bien. Ese deseo entusiasta de tener éxito subsiste, pero poco a poco lo va borrando una nueva fatiga que asoma a sus ojos y le arruga el ceño. Ha caído sobre él un velo de desconcierto, duradero y resistente. Algo ha cambiado y, aunque quizá no permanecerá para siempre, parece ilimitado. Mirando esas imágenes, oigo su voz que repite: «¿Es demasiado tarde? Tal vez sea demasiado tarde.» Y sé que lo que quiere decir no tiene nada que ver con retirarse, sino que es una respuesta a la naturaleza de un enfrentamiento armado, al impulso sustentado por el conflicto.

Unos meses antes de que se tomaran estas fotografías de combate, Izzo estaba en su último curso en la universidad, estudiando Ingeniería Civil. Cuando mis largos años de campaña para conseguir la liberación de mis familiares coincidieron con los intentos de última hora de la dictadura de evitar una rebelión popular, el tío Mahmoud fue uno de los presos políticos liberados, a primeros de febrero de 2011. Por primera vez desde que Izzo era un bebé, se iba a dormir y se despertaba en la

misma casa que su padre. La noticia de la liberación del tío Mahmoud provocó un gran atasco de tráfico en Ajdabiya. Centenares de personas querían expresar sus buenos deseos a la familia. Venían de los pueblos y ciudades vecinos, y algunos de tan lejos como la capital, Trípoli. Muchos lo veían como una oportunidad para participar en un acto de protesta sin demasiado riesgo. Nadie podía saber entonces que al cabo de quince días varios pueblos y ciudades iban a alzarse en una revuelta abierta contra la dictadura. Ajdabiya estuvo entre las primeras. La ciudad cambió de manos tres veces, pero en ninguna de ellas los tanques de Gadafi pudieron controlar la estrecha red de calles del centro de la población. En el punto culminante de los combates, mujeres, niños y ancianos se desplazaron a la relativa seguridad de Bengasi. El tío Mahmoud se negó a marcharse. Cuando se cortaron todas las líneas de comunicación, por medio de un amigo periodista que iba a informar sobre la guerra, le envié un teléfono de satélite.

—El momento de retirarse ya ha pasado —dijo cuando por fin pudimos hablar—. O ganamos, o hasta aquí habré llegado. Nadie muere antes de hora. Además, tu tío no es tan viejo como tú crees. Puedo luchar y soy buen cocinero. Aquí puedo ser útil a los chicos.

Sabía que no quería dejar a Izzo, que estaba participando en batallas callejeras en los alrededores de la casa familiar. Para él, la lucha empezaba en la puerta de su casa.

Cuando la ciudad estuvo a salvo, mi primo y varios jóvenes más de Ajdabiya viajaron ochenta kilómetros al este, a Brega, una población que se encuentra en el punto más meridional del mar Mediterráneo. Después de tomar Brega, el siguiente destino era Misrata, la tercera ciudad más grande de Libia, unos seiscientos kilómetros más al oeste. En Misrata se estaban librando algunas de las batallas más sangrientas. La creencia generalizada era que si Misrata caía, Gadafi ganaría la guerra. En cambio, si los rebeldes conservaban la ciudad, tendrían una base fuerte desde la que organizar el avance hacia el oeste, a la capital, Trípoli. Por consiguiente, Misrata cobró una importancia fundamental para los dos bandos del conflicto. Entre Brega y Misrata se hallaba la ciudad de Sirte, bastión de Gadafi, de modo que para Izzo resultaba demasiado peligroso viajar por tierra. Junto con otros combatientes, munición y los suministros médicos que consiguieron reunir, Izzo subió a bordo de un pequeño pesquero abarrotado y, como los inmigrantes que recientemente y de manera regular abandonan el continente en puertos libios como Brega, avanzó de manera lenta y precaria hacia el norte. Debido al desierto blanco que se alza a ambos lados de Brega, las aguas allí son las más luminosas del Mediterráneo. Sin embargo, cuanto más se alejaba el barco, más oscuro y encrespado se ponía el mar. Una vez que llegaron a una distancia segura del golfo de Sirte, viraron al oeste. El desembarco en Misrata tuvo que ser eufórico. Imagino a Izzo, con su afabilidad habitual, abrazando a sus hermanos de armas. Quizá todos le resultaran familiares. Quizá se reconoció en ellos. O puede que viese en sus caras lo que ahora, al mirar las fotografías, veo yo en la suya.

Los combates en Misrata se prolongaban. La desesperación de Gadafi por reconquistar la ciudad no era mayor que la determinación de la resistencia. Todos terminamos por aprendernos los nombres de las calles, y sabíamos de los ingeniosos recursos de los hombres y mujeres de la ciudad. Camiones que unos días antes se habían utilizado para transportar mercancías desde el puerto fueron llevados a la playa y llenados de arena. Ese material, considerado hasta entonces como sobrante e inútil, el mismo que alfombraba las costas y los paisajes desérticos que las rodeaban, visto siempre con malos ojos por no ser verde, de repente se convirtió en un activo. A continuación, llevaron los camiones a las calles Trípoli y Bengasi, las dos principales avenidas que conducían al centro, y los cruzaron en las calzadas. Pincharon las ruedas y estropearon los motores. Los tanques de Gadafi no pudieron entrar en Misrata. El hecho de que esas dos calles tuvieran los nombres de las otras dos grandes ciudades de Libia dio a los revolucionarios la fortaleza para luchar por el país entero. De repente, los nombres de nuestras calles importaban. Los habitantes de Misrata conocían bien su ciudad, lo que parecía confirmar que la gente, y no la dictadura, eran los verdaderos custodios de Libia.

Cuando había una pausa en los combates, Izzo hacía el viaje marítimo a Brega y luego una hora por carretera hasta Ajdabiya para descansar, alimentarse con la comida de su madre y recoger ropa limpia. Hay fotografías de él de pie en la cocina, con semblante cansado, ropa militar y empuñando una ametralladora. Parecía atrapado, como si se hubiera metido en un túnel y supiera que ya era tarde para volver atrás. En su última visita trató de hacer reír a su madre parodiando el discurso que el dictador había pronunciado unos días después de que empezara la rebelión, en el que llamó a sus partidarios a marchar hasta «limpiar el país de ratas».

—Mamá —dijo Izzo—, seguiremos adelante, adelante.

—Pero ¿adelante hasta dónde? —preguntó la tía Zaynab.

—Hasta Bab al Azizia —respondió él.

Bab al Azizia era el complejo militar de Trípoli donde residía Gadafi. Habíamos oído historias, aunque siempre parecían demasiado fantasiosas para ser ciertas, de que debajo del complejo había prisiones subterráneas en las que se encerraba a los disidentes más acérrimos de la dictadura. Esos relatos resultaron ser ciertos. A Gadafi le gustaba tener cerca a sus principales oponentes para poder mirarlos de vez en cuando, tanto a los vivos como a los muertos. Se encontraron congeladores con los cadáveres de disidentes muertos mucho tiempo atrás.

—Tengo el presentimiento de que el tío Jaballa está allí —le dijo Izzo a la tía Zaynab.

Mi primo creía que encontraría a mi padre vivo.

En estas breves visitas a casa, Izzo les mostraba a sus padres fotos de él y sus amigos

en el frente, tomadas con su teléfono móvil. En la mayoría se lo ve serio y fuera de lugar. Sólo parece a gusto cuando está con Marwan al Towmi. Se conocieron en Misrata y enseguida se hicieron inseparables. Uno de sus compañeros de combate me contó después: «Cuando encontrabas a uno, sabías que el otro andaba cerca. Siempre entraban en combate codo con codo. Confiaban el uno en el otro.»

Marwan se había licenciado en Economía en Bengasi y tenía siete años más que Izzo. En las fotos, su figura excepcionalmente alta y delgada siempre se inclina un poco a un lado, como un pino azotado por el viento. Cuando lo fotografiaba Izzo, sonreía de manera juguetona, con la expresión de quien acaba de compartir una broma, o miraba a la cámara con aplomo sosegado.

En una secuencia de imágenes se los ve a los dos en lo que parece un pasillo que conecta varias salas. El edificio es viejo y está en ruinas. Las paredes, que habían sido azules, son de un celeste con un brillo extraño, como si fuera un fresco. El suelo es de tierra. Hay una silla de plástico en un rincón, no de esas endebles que suelen encontrarse hoy en Libia, sino una de aquellas sólidas sillas italianas de jardín modernistas que había en la década de 1970. Extendidos en el suelo, hay dos colchones de aspecto nuevo, con un estampado *art déco* en blanco y negro. Son tan delgados que no debía de descansar en ellos mucho mejor que en el suelo. Izzo está dormido en uno, con la cabeza apoyada en una vieja almohada abultada; su funda es tan fina que se aprecian las formas oscuras del relleno. Marwan está sentado en el otro colchón. Sus manos quedan justo fuera del encuadre; quizá esté leyendo un libro o limpiando un arma. En otra foto, claramente tomada sólo momentos después, porque la dirección de la luz que entra por la ventana no ha cambiado mucho, la disposición se ha invertido: Marwan es ahora el que duerme e Izzo está tumbado en el colchón de antes, pero despierto, mirando el techo. Los dos están más morenos, quemados por el sol durante los combates. Aunque tiene que haber al menos otra persona allí, el hombre que tomó las fotografías, da la sensación de que, a la hora de montar guardia, cada uno confía sólo en el otro.

Al llegar el verano de ese año 2011, los combates en Misrata habían alcanzado tal estado de equilibrio que daba la impresión de que el enfrentamiento duraría para siempre. Sesenta kilómetros al oeste, Zliten cobró una inmensa importancia estratégica para ambos bandos. Para los partidarios de Gadafi, la ciudad costera era una vía crucial para los refuerzos que se dirigían a Misrata y una gran barrera que custodiaba Trípoli. Zliten podía contribuir a cambiar el curso de los acontecimientos. Para los revolucionarios, tomar la ciudad aseguraría la protección de Misrata y ofrecería una base desde la que continuar la marcha al oeste, hacia la capital. Quien se hiciera con Zliten, probablemente ganaría la guerra.

Poco antes, en febrero de 2011, al estallar la revolución se habían producido protestas populares espontáneas en Zliten. El régimen las aplastó de manera rápida y

despiadada. Varios meses después, a primeros de mayo, otra protesta pacífica fue reprimida con violencia. Los manifestantes establecieron contacto con los rebeldes en Misrata y éstos les proporcionaron armas. El 9 de junio hubo un asalto armado a la guarnición militar de Zliten.

Recuerdo bien ese día, porque, en mis intentos de proporcionar a los periodistas occidentales información sobre lo que estaba ocurriendo en Libia, obtuve el número de teléfono de un hombre implicado en el ataque. Lo único que sabía era que hasta entonces había sido diplomático y que se llamaba —sólo me dieron su nombre de pila — Hisham.

—Esperaba que fueras tú —me dijo cuando llamé—. ¿Cómo estás? Es un verdadero placer. ¿Y tu familia? ¿Están todos bien?

Lo dijo con el mismo tono automático que suele usarse para esos lugares comunes, pero en ese contexto, al oír cómo los pronunciaba a través de una corriente de miedo un hombre que, a juzgar por la voz, podía ser de mi edad, y con quien compartía nombre, me puse nervioso. Sentí una serie de emociones tan repentinas e intensa que sólo pude lanzarme con las preguntas habituales que me había acostumbrado a plantear en esos días; preguntas sobre cuándo, cómo y qué, el momento exacto, la cifra de implicados, las bajas, cuántos muertos.

En esos tiempos, mi piso de Londres se había convertido en una sala de redacción improvisada, donde, junto con un par de amigos, hacíamos hasta cincuenta llamadas al día a hombres como Hisham, que o bien participaban en los combates o estaban siendo testigos de los mismos. Hisham se quedó desconcertado por mis maneras bruscas, pero respondió a mis preguntas en el mismo tono amable que había usado al principio de la conversación.

—Los hemos hecho retroceder. Ahora todo está tranquilo. —Luego, tras una pausa, añadió—: Volverán. Han salido corriendo demasiado deprisa. —Y repitió—: Volverán. —Se lo oía jadear y supuse que era por el miedo, pero entonces añadió—: He de irme. Las tropas pueden volver en cualquier momento y antes de que vuelvan debemos enterrar a los muertos.

—¿Cuántos? —pregunté.

—Veintidós.

—¿Dónde los estáis enterrando?

—Aquí —respondió. Sonó como un hombre que acabara de darse cuenta de que está atrapado—. En la plaza.

Después de eso, llamé a Hisham varias veces al día, pero tardé más o menos una semana en volver a contactar con él. Me tranquilizó que estuviera bien. En esa ocasión le pregunté por su familia. Dijo:

—Todo el mundo está bien. —Entonces me dirigió las mismas preguntas a mí. De repente estábamos hablando como si no hubiera guerra—. ¿Estás pasando un buen

día? —preguntó.

Recuerdo que una vez oí decir a un director de orquesta que siempre, desde que era jovencito, oía música en su cabeza, y que hasta que fue adulto no se dio cuenta de que no le ocurría lo mismo a todo el mundo. Yo experimentaba lo mismo, pero con las palabras y las imágenes. Y en mi conversación con Hisham vi luz solar en una pared, una mano de mujer, sombras de árboles en el suelo, una ventana cerrada con el sol iluminando las partículas que se aferraban al cristal, y oí que alguien sacudía ropa, como si alguien estuviera aireando las sábanas, y las palabras «juntos» y «quizá» y «yo soy».

—Excavaron las tumbas y luego quemaron los cuerpos —explicó. Empezó a hablarme de un anciano de la ciudad, pero se detuvo—. ¿Quieres hablar con él? —preguntó.

—¿Quién desenterró los cadáveres?

—Los hombres de Gadafi, por supuesto —dijo en un tono levemente ofendido—. Llegaron refuerzos en autobuses. La situación aquí es muy mala.

No sabía qué decirle.

—¿Quieres hablar con el viejo? Tengo su número aquí —insistió, y sin esperar respuesta empezó a dármele—. Espera dos minutos antes de llamar. Dile que eres amigo mío.

Sin saber nada de aquel hombre, ni de por qué Hisham quería que lo llamara, me quedé mirando el reloj hasta que pasaron exactamente dos minutos y entonces marqué el número. Una voz anciana respondió de inmediato.

—Bienvenido, hijo —saludó.

Sonó como si no estuviera acostumbrado a hablar por teléfono.

—Hisham me ha pedido que llamara —dije—. Somos amigos.

—Pero ¿qué puedes hacer? Nadie puede hacer nada.

—¿Qué ocurrió? —pregunté.

—Los estuve observando desde mi ventana. Llegaron con excavadoras y abrieron las tumbas, una detrás de otra. Quemaron los cadáveres y ahora todo el mundo teme tocarlos. —Luego añadió—: Pero, gracias a Dios, mi hijo está aquí.

—¿Está a salvo? —pregunté.

—Sí. Está en su habitación. El aire acondicionado ha estado encendido todo el tiempo. —Luego, tras una pausa, añadió—. Aunque han pasado ya tres días. Hago todo lo que puedo, pero está empezando a oler. Tengo que encontrar una forma de enterrarlo pronto.

Cuando colgué no pude anotar su relato o contárselo a la otra gente que había en la habitación. Fui a la cocina. Puse agua a hervir, miré las baldosas del suelo y me planteé la posibilidad de romperlas con el martillo que guardaba en el cajón de abajo. Estaba seguro de que el martillo estaba allí. No es tan raro guardar un martillo en la cocina, pensé. Quizá el viejo tuviese uno en el cajón de su cocina. Lo imaginé destrozando las baldosas hasta llegar a la tierra.

La bandera

Al cabo de un mes, Izzo y Marwan estaban entre un pequeño grupo de revolucionarios que hicieron el viaje de cincuenta y cinco kilómetros desde Misrata y se infiltraron en Zliten. Hay un vídeo grabado con el teléfono móvil de Izzo el día 12 de julio, el del trigésimo cumpleaños de Marwan. La cámara tiembla. Se detiene ante una escalera de mármol y una balaustrada de hierro forjado, ornamentada a imitación de alguna lejana escalera europea. Izzo ajusta el zoom. Durante un momento, su dedo presiona el cristal de la lente. La carne llena de sangre se enciende en un rosa luminoso. Me recuerda cuando, de niño, me encerraba en el armario y me apretaba una linterna contra la palma de la mano, maravillándome, con horror y curiosidad, ante la misteriosa red de venas, los palos opacos de los huesos.

Se oye el eco de un disparo distante, luego otro. El dedo de Izzo desaparece del encuadre y vemos el cielo, punteado con una línea de focos.

—¿Estás grabando? —susurra Marwan.

—Toma esto —le dice Izzo y le entrega un palo con la bandera roja, negra y verde de la revolución.

Durante una fracción de segundo, vemos la cara de Marwan, sus ojos. Enarbola la bandera en una mano, en la otra empuña un Kaláshnikov.

—Quédate cerca —susurra Marwan, y empieza a subir los escalones de dos en dos. Repite—: Quédate cerca.

—Vale, vamos ya —contesta Izzo, y pide la protección de Dios.

En cada rellano hay una pared de cristal marrón tintado. Varios de los paneles están destrozados. El sol entra de manera desigual.

Izzo susurra la narración:

—Vamos a subir al tejado para arriar la bandera del dictador. —Y pide de nuevo la protección de Dios.

Se ve el asta de la bandera, cruzada en la espalda de Marwan; la madera, nueva y clara, queda fijada por dentro del cinturón y la tela se eleva por encima de su cabeza y cae sobre el hombro derecho del joven. Izzo le recuerda que esté alerta, pero Marwan sigue avanzando. Izzo repite la oración. El sol ha convertido el tejado en una plancha de acero pulido. Marwan se agacha en la sombra de un rincón y da un golpecito en el suelo.

—Déjalas aquí —susurra, y varias astas similares que Izzo había estado cargando resuenan limpiamente contra las baldosas.

Antenas de televisión por satélite, grandes como orejas de elefante, salpican el tejado, cada una orientada en una dirección. Hay un depósito de agua. Marwan usa

una escalera de madera vieja para subirse al depósito. Se oyen las bisagras oxidadas de una puerta vieja cercana, pero Marwan no se para a mirar. Se mueve con la seguridad impaciente de alguien que no ha pensado mucho lo que está haciendo. El depósito de agua es un poco más alto que él y encima del mismo dos pequeñas banderas verdes ondean furiosamente al viento.

—Los trapos del tirano —susurra Izzo.

Marwan coge el asta de una de las banderas verdes y la arroja a las baldosas del tejado.

—Con cuidado —le dice Izzo—. Con cuidado, he dicho.

Pero Marwan ya está buscando la segunda bandera. La arroja con la misma fuerza irritada. Coge la bandera nueva. Izzo, quizá envalentonado por su amigo, continúa con su narración, pero ya no susurra. Suenan juveniles.

—Dios es grande —dice—. He aquí la bandera de la libertad, la bandera de la vida.

Luego observa en silencio mientras Marwan sujeta la parte superior del asta a una varilla metálica, por encima del depósito de agua.

Cuando los colores rojo, verde y negro de la bandera se alzan y captan el sol, Marwan grita:

—¡Dios es grande!

Izzo se une a él y añade:

—¡Que Dios bendiga nuestro país!

Vuelve el silencio, lleno de expectación, mientras Marwan se esfuerza para atar el asta con una mano. De nuevo los disparos rompen el silencio. El micrófono capta notas graves y estridentes por el soplo del viento.

—Ahí está la hermosa bandera —dice Izzo en voz baja—. La bandera de la vida y la libertad. —Luego, como un periodista informando, añade—: Los combatientes por la libertad del este de Libia hacen ondear la primera bandera de la liberación en la ciudad de Zliten.

La bandera ahora está bien sujeta y se alza al menos dos metros por encima del depósito de agua. Marwan comprueba que esté firme antes de alejarse.

—Dios te bendiga —le dice Izzo.

Una ancha sonrisa blanca se dibuja en la cara de Marwan.

Izzo ríe en silencio.

—¿Dejo de filmar? —pregunta.

—No, continúa —responde Marwan, y los dos bajan por la escalera.

En el primer rellano, Marwan se para delante de la puerta de un piso y le da una patada. Recorren despacio las habitaciones. Los muebles están patas arriba, las cortinas, desgarradas.

—Mira lo que han hecho —le dice Izzo.

—Perros —contesta Marwan—. Lo han destrozado todo.

En la pared del comedor hay eslóganes favorables a Gadafi escritos con

pintalabios rojo. Marwan intenta borrarlos.

—Toma —dice Izzo, y le entrega el pintalabios.

—Vámonos —dice Marwan.

—No —insiste Izzo—. Hemos de escribir «Libia es libre» y «Abajo Gadafi».

Marwan empieza a escribir, pero llega alguien por detrás y dice:

—¿Dónde demonios os habíais metido? Hemos de irnos. Ahora mismo.

Marwan coge la cámara y durante un segundo se ve a Izzo escribiendo con el pintalabios, con la espalda encorvada. Me recuerda la espalda de nuestro abuelo Hamed en sus últimos años.

Salen del edificio y aparecen bajo el sol brillante. Se mueven deprisa. Uno de sus compañeros, que estaba custodiando el edificio, alardea:

—¿Habéis visto cómo huían?

—¿Cuántos eran? —pregunta Izzo, colocándose delante, con una voz que ahora parece más madura.

—Tenían dos coches —responde el otro.

—¿Eran muchos? —pregunta Marwan.

En la distancia, se oye a Izzo diciendo:

—Deben de estar escondidos por ahí.

Marwan enfoca con la cámara hacia atrás y se ve la bandera que han colocado, ondeando por encima del depósito de agua. Es inconfundible.

Treinta y ocho días después, a los treinta y ocho de cumplir treinta años, el 19 de agosto, en una batalla en Zliten, Marwan recibió varios disparos en el pecho, el cuello y la cabeza. Izzo lo llevó a toda prisa al hospital. Al cabo de unas horas, Marwan fue fotografiado yaciendo en una bolsa para cadáveres de color verde oscuro, con vendas manchadas de sangre en torno a la parte superior de la cabeza, el cuello y el torso, sólo la cara al descubierto: piel limpia, ojos cerrados, labios abiertos.

No se puede describir como una expresión, sino más bien como ausencia de expresión. Un descanso infinito que siempre estuvo allí, detrás de todas las otras caras de su vida: el chico sentado orgullosamente junto a la ventana en un avión, el joven licenciado con traje y corbata, el combatiente por la libertad con barba y boina roja, y todas las demás fotografías que la familia de Marwan ha colgado en internet. Me hace pensar que todos llevamos con nosotros, desde la infancia, nuestra máscara mortuoria.

Los dos amigos se habían hecho una promesa. Si uno de los dos caía, el otro lo enterraría en la ciudad donde se habían conocido, Misrata. Izzo llevó a Marwan allí, luego regresó a Zliten y continuó el avance con los revolucionarios hasta Trípoli. El 23 de agosto de 2011 entraron en la capital. Izzo encontró a su hermano mayor, Hamed, que se había incorporado a otra unidad rebelde y lo esperaba a las puertas de Bab al Azizia, el fortín de Gadafi. Estaban entre los primeros que entraron en el

complejo fortificado.

—Estábamos convencidos de que encontraríamos allí al tío Jaballa —me contó Hamed.

Junto con sus camaradas, los dos hermanos llegaron a la casa de Gadafi. Estaba vacía. Izzo halló un depósito de armas, lo que dio a los rebeldes acceso a más munición. Sintiéndose seguros, corrieron al siguiente edificio. Lo que no sabían era que había un francotirador apostado en el tejado de ese edificio. Disparó una única bala. Entró por la frente de Izzo y salió por el otro lado. Izzo cayó sobre el hombro de Hamed. Éste trató de contener la hemorragia. El francotirador disparó otra vez e hirió a Hamed en la pierna derecha y el pulmón izquierdo, pero de alguna manera sacó fuerzas para llevar a su hermano a un lugar seguro. Un par de horas después, a las nueve de la noche, Izzo moría en el hospital. Con sus últimas palabras dijo que quería ser enterrado al lado de Marwan. A la mañana siguiente lo llevaron a reposar a Misrata.

El tío Mahmoud llamó para darme la noticia.

—Me apena estar tan lejos de él —dijo.

Me sentía mareado.

—Es terrible —dije.

Pero el tío Mahmoud no llamaba sólo para informarme de la mala noticia, quería que hablara con la tía Zaynab.

—Está perdiendo la cabeza —explicó—. Consuélala; dile que harás lo que puedas para traer a Hamed a casa.

Hamed se estaba recuperando en un hospital de Misrata, y tenía la intención de regresar a Trípoli y seguir luchando en cuanto estuviera lo bastante bien. El tío Mahmoud y la tía Zaynab fueron a verlo y trataron de convencerlo para que regresara a Ajdabiya. Él se negó y amenazó con gritar si intentaban obligarlo. El médico les advirtió que, con el pulmón herido, eso lo mataría.

Hamed se recuperó y volvió al frente. No regresó a Ajdabiya hasta que Trípoli fue liberada. Una vez en casa, empezó a tener un sueño recurrente. Izzo aparecía en él sano y contento. «Donde estoy yo es mucho mejor», le decía a Hamed en el sueño.

El sueño inquietó a Hamed. Cuando lo visité, me di cuenta de que apenas dormía. Siempre parecía cansado. Casi no hablaba. Una vez le pregunté por la guerra. Lo único que dijo fue: «No tienes ni idea.» Una tarde, de buenas a primeras, empezó a enumerarme algunos de los terribles crímenes que el régimen de Bashar al Asad estaba cometiendo contra el pueblo sirio. Su pierna herida no se había recuperado adecuadamente. Le dolía y sufría una cojera pronunciada. Precisaba una operación, pero las instalaciones médicas de Libia eran precarias. Tenía que ir al extranjero. Unos meses después de verlo yo en Ajdabiya, el Ministerio de Sanidad le pagó el tratamiento en Turquía. Su vuelo aterrizó en Estambul, pero él no llamó a casa. El cirujano que iba a operarle la pierna dijo que Hamed no se había presentado en el hospital. Durante toda una semana nadie supo dónde estaba. Entonces Hamed

telefoneó a su padre.

—Siento no haber podido llamar antes. He tardado más de lo que pensaba, pero ahora estoy al otro lado de la frontera, en Siria. Me he unido a la resistencia.

Todos nos volcamos en tratar de que regresara. En una ocasión lo localicé en el número de móvil que le había dado al tío Mahmoud. No pude contener mi rabia.

—¡Eso no es resistencia! —grité—. ¡Es suicidio!

Después de una pausa, dijo con mucha calma:

—Hemos de derrotar a estos dictadores.

Unos días después lo hirieron. Sus compañeros combatientes lo transportaron al otro lado de la frontera, a un hospital de Turquía. El tío Mahmoud y la tía Zaynab tomaron un avión para ir a verlo. Después de un largo período de convalecencia, Hamed regresó con sus padres a Ajdabiya.

Entre las fotografías que fue colgando Amal había algunas tomadas momentos después de que Izzo muriera. Se lo veía lívido y aún tenía vendada la herida de bala del cráneo, como si todavía hubiera esperanzas de que se recuperara. Los médicos de urgencia debieron de usar algún desinfectante, o a lo mejor es que la sangre tiñe la piel de ese color, porque en torno a la sien y el pómulo derechos, el rostro de Izzo tiene un tono amarillo. Me recuerda el color del jarabe caliente y ceroso que cocinaba mi tía, ese olor a azúcar quemado y flor de azahar que de niños nos hacía entrar corriendo en casa para meter los dedos en el cazo. En cuanto se enfriaba y se endurecía un poco, las mujeres lo desperdiciaban, extendiéndoselo en láminas por brazos y piernas, para arrancarlo luego de golpe mientras contenían el aire por el dolor; sonaba como una tela al desgarrarse. En una ocasión, mi prima Ibtesam —entonces ella y yo éramos inseparables— se echó a llorar, no sólo por la rabia de ver cómo se desperdiciaba el jarabe, sino también porque anticipaba la tortura que la feminidad le prometía.

—¡Tiene que haber una forma más fácil! —gritó.

Secundé su opinión.

Sin embargo, nos decían de manera categórica que ésa era la mejor manera, porque arrancaba los pequeños pelos negros desde la raíz. Nos pedían que pasáramos los dedos por la piel «lisa como el mármol», pero inflamada y lacada con un tono amarillo claro.

La luz crepuscular

Nos despedimos delante de la casa de Mahmoud, bajo el sol del atardecer. Prometí volver al cabo de unos días. Me pregunté si iban a tomarme por un nadador tímido que se tira de cabeza al río, pero sale de inmediato. La culpa es la eterna compañía del exilio. Mancha toda partida. La excusa —porque siempre tiene que haber una excusa— era que tenía que visitar a otros parientes en Bengasi. Nos marchamos.

La luz crepuscular se prolongaba mucho y, sin embargo, relucía como la piel de una naranja madura. Había sido un invierno excepcionalmente lluvioso. Nadie recordaba una primavera tan verde como aquélla, detalle que se interpretaba como un augurio del futuro mejor que sin duda llegaría. Una fina capa de vegetación cubría el suelo del desierto a ambos lados de la carretera. Trozos de plástico de colores quedaban prendidos como plumas en ella. Las vallas y las farolas también estaban rodeadas de desperdicios. La recogida de basura había sido prácticamente inexistente desde la guerra. Hasta que la carretera se adentró en terreno abierto, la tierra no se sacudió los escombros para mostrarse como se muestran todos los paisajes despoblados de Libia: limpia y expectante. Los árboles, diseminados de manera aleatoria por el suelo del desierto, inclinados en la dirección del viento, mantenían la distancia entre ellos. Parecían tan débiles y frágiles en aquella amplitud como los recordaba yo de mi infancia, cuando mi padre nos llevaba desde Trípoli a visitar a su familia en Ajdabiya. El viaje de doce horas, del que todos terminábamos agarrotados y cansados, parecía formar parte de un sombrío esfuerzo por hacer del mundo un lugar monocromo. Qué incoloro me parecía aquel paisaje entonces. Y ahora, por mucho que me resistiera a despreciar un lugar tan amado por mi padre, también disfrutaba de ese viejo anhelo infantil por los colores y las distracciones de la capital y su mar.

Qué extraño disfrutar de un anhelo desbancado ya por otros lugares y por la vida frágil que yo mismo me había labrado unos tres mil kilómetros al norte, en una tierra donde no se pronuncia ninguna de las palabras que yo oía al crecer, donde mi abuelo, si hubiera estado vivo, no podría leer ni una palabra de lo que he escrito, y donde los colores contradicen, como a propósito, a los del sur del Mediterráneo. Y aunque con el paso del tiempo me he acostumbrado con cariño a la paleta del clima de Londres —porque además de acostumbrarme, he apreciado su belleza adusta—, sus colores siguen pareciéndome tan antinaturales como esas láminas que se colocan en las ventanas para atenuar la luz.

Al alejarme de Ajdabiya en el coche, hacia Bengasi y su costa, me di cuenta de que todos estos años he llevado conmigo al niño que fui, su lenguaje y sus detalles

particulares, sus dientes impacientes y ansiosos por hincarse en la carne fresca de una sandía, al niño que al despertarse sólo preguntaba una cosa: «¿Cómo está el mar hoy? ¿Como una balsa de aceite, o revuelto con la espuma blanca de las olas?»

Cuando llegamos a Bengasi, me encontré a mi primo Marwan al Tashani esperando en el hotel. Estaba sentado a una de las mesitas redondas de la cafetería, inclinado sobre su portátil, con una taza de café vacía a un lado y un cigarrillo ardiendo entre los dedos. Estaba animado por la respuesta positiva que su ONG estaba obteniendo de abogados y jueces de todo el país. También recibían el aliento y apoyo de colegas de Túnez, Egipto y Marruecos. La revolución había transformado a Marwan. Había pasado de ser un fiscal tristemente célebre por no poder levantarse de la cama antes del mediodía a ser uno de los más enérgicos y elocuentes defensores de los derechos humanos y de la importancia e inviolabilidad de las instituciones legales. En la revolución vio una oportunidad para liberar los tribunales de la interferencia política. También quería proteger los juicios justos del fervor revolucionario.

—¿Qué opinas? —me preguntó, con el ruido de la televisión colgada en la pared por encima de nuestras cabezas.

Me mostró el logo que acababa de recibir del diseñador gráfico. Tenía la familiar línea curvada de la costa mediterránea libia y, encima, una balanza gigante. Al pie se leían las palabras «ORGANIZACIÓN DE JUECES DE LIBIA» escritas con una tipografía moderna y sencilla.

De pequeño, a Marwan le entusiasmaba impresionar a los demás. Lo recuerdo como un niño sensible, que a menudo trataba de cuestionar las opiniones de otros. Yo soy un año mayor y eso, cuando teníamos siete y ocho respectivamente, parecía una eternidad. No nos volvimos a ver hasta 1992, cuando yo tenía veintidós, y él, veintiuno. Mi hermano Ziad, que sólo tiene cuatro años más que yo, iba a casarse. El momento coincidió con una mejora en las relaciones libio-egipcias. La dictadura libia acababa de levantar las restricciones para viajar a Egipto, lo que permitió a Marwan y a varios parientes más asistir a la boda en El Cairo. Habían pasado trece años desde que había visto a mis familiares por última vez y dos desde que perdimos a mi padre. No le dije a mi madre a qué hora aterrizaba mi vuelo. No quería que fuera nadie a recogerme. Necesitaba tranquilizarme en el viaje en taxi desde el aeropuerto. Me planté frente a la puerta de nuestro piso y, antes de llamar al timbre, escuché las voces familiares. Todas eran de adultos, pero en todas se reconocía aún a los niños que habían sido. Bajé la mirada hacia mis zapatos de piel, propios de un adulto. No parecían pertenecerme.

Durante esos días de la boda de Ziad, todos nos sentimos de nuevo y por completo como una familia. El pasado, como un miembro amputado, trataba de curarse en el cuerpo del presente. A diferencia de mis parientes paternos, mis tías y primos maternos siempre estaban tocándose unos a otros, como si alguno pudiera

desaparecer de repente. En contraste con la austeridad de Ajdabiya, donde cualquier charla ociosa despierta suspicacias, en el paisaje de mi madre, en las Montañas Verdes, tanto la charla como la vegetación crecen con exuberancia. Recuerdo que, cuando íbamos allí en coche, el verdor se iba imponiendo poco a poco a medida que el terreno se elevaba. Las montañas nos encerraban de repente y, al bajar la mirada, de vez en cuando divisaba un pequeño arroyo o una cascada. Después, por fin, la sinuosa carretera nos dejaba ante el mar abierto. En esa región, la luz y la sombra no estaban tan definidas como en Ajdabiya, sino que se movían con las hojas y la brisa. Y la conversación, al menos entre mi familia materna, también reflejaba esta variedad. Tenían un don excepcional para el cotilleo, buena memoria para las canciones, se deleitaban con la charla y sabían disfrutar. Eso hizo que dejarlos en El Cairo fuera muy difícil.

En el vuelo de regreso a Londres, después de la boda, traté de mantenerme despierto. El vuelo de KLM hacía una breve parada en Ámsterdam antes de continuar hacia Londres. El avión iba lleno de familias holandesas. Sin embargo, incluso con los ojos abiertos, estaba convencido de que todos hablaban en árabe y con un acento libio más auténtico que el mío. Notaba las sombras de las manos de mis tías y primos en torno a mi muñeca, tocándome el hombro, el pelo, luego rozándome el tobillo con la sutileza de una pluma. Tenía veintidós años y mi pequeño piso de Londres estaba repleto de viejas preguntas, más severas que nunca.

A principios de la década de 1990, después de que se abriese la frontera, nadie visitó a mi madre en El Cairo más a menudo que Marwan. Yo lo veía con frecuencia cuando iba de vacaciones. Había una brecha entre nosotros y no sólo por el tiempo que habíamos pasado separados. Como el resto de mis primos, Marwan había soportado las restricciones e interferencias de la Libia de Gadafi. Había sido testigo de la militarización de las escuelas, donde, de niño, tenía que presentarse con uniforme militar y arrastrarse por el suelo con un rifle antes de las clases de la mañana. Había vivido la prohibición de libros, música y películas, el cierre de teatros y cines, la ilegalización del fútbol, y todas las incontables maneras en que la dictadura libia, como un amante celoso y desquiciado, se infiltraba en cada aspecto de la vida pública y privada. Marwan tenía cierto aire de inquietud, reforzado a la vez por el orgullo y la ansiedad.

Mientras cenábamos en casa, si alguien criticaba al dictador, mi primo se quedaba en silencio o salía del comedor. Yo comprendía la razón. Todos conocíamos a gente que había sido detenida sólo por estar presente cuando alguien criticaba la dictadura. Sin embargo, eso creó una niebla entre nosotros. Yo quería que condenara el régimen. Cada vez que mis ojos se posaban en el retrato de mi padre en el comedor, mi corazón se encogía y se endurecía. Yo era un joven airado entonces. Caminábamos como de puntillas uno en torno al otro, haciendo todo lo posible por evitar enfrentarnos a las formas en que la realidad política logra infiltrarse en la intimidad, corrompiéndola con acusaciones y anhelos no pronunciados.

En enero de 2011, cuando la dictadura libia intentaba impedir la clase de rebeliones que se habían producido en Túnez y Egipto, el régimen no sólo liberó presos políticos, como mis tíos y primos, sino que también prometió préstamos sin intereses a gente joven y un incremento importante en becas en el extranjero para universitarios. Todo esto, a la vez que se tomaban medidas muy severas y violentas contra periodistas y activistas pro derechos humanos. Fathi Terbil, un abogado que había representado a los parientes de más de mil presos políticos asesinados en la prisión de Abu Salim, fue detenido. En respuesta a ese hecho, la noche del 15 de febrero de 2011, dos días antes del inicio de la revolución libia, Marwan, junto con alrededor de una docena de jueces y abogados, organizó una protesta que incluso ellos en ese momento veían como un mero gesto simbólico. Se plantaron en las escaleras del tribunal de Bengasi, donde, muchos años antes, cuando el padre de Marwan, Sidi Ahmed, era el juez del Tribunal Supremo, Marwan, su hermano Nafa y yo corríamos por los pasillos, excitados por la obligación de guardar silencio, asegurándonos de que la pelota de tenis que nos lanzábamos de un extremo a otro no golpeará ninguna de las puertas cerradas. Llamé a Marwan ese día, mientras estaba con los demás en los escalones del tribunal, con la brisa fría del invierno y el mar, invisible en la noche, murmurando al fondo.

—¿Lo oyes? —preguntó, y lo imaginé sosteniendo el móvil hacia la masa de agua negra.

—Todos los buenos tribunales deberían estar de cara al mar —le dije.

—Exacto —respondió riendo—. Así no hay adónde huir.

Al día siguiente, la tarde del 16 de febrero, Marwan y sus colegas volvieron a ocupar sus posiciones delante del tribunal.

—Era como saltar desde un acantilado —dijo mi primo—. Daba más miedo que la primera noche. Habíamos oído lo que les habían hecho a los manifestantes en Al Bayda y otros lugares.

Esa vez, los abogados y jueces esperaban medidas severas. En cambio, lo que emergió a través de las calles oscuras aledañas fueron las familias de los fallecidos, aquellas de cuyos casos se había ocupado Fathi Terbil. Llegaron centenares de personas, y al día siguiente el número se elevó a miles. El 17 de febrero, el día que dio nombre a la revolución, las autoridades cargaron y mataron a varios manifestantes. En lugar de asustar a la gente, eso produjo el efecto contrario. Llamé a Marwan. Sonaba disgustado. Su mujer había estado intentando convencerlo de que se quedara en casa.

—Me ha dicho: «¿No temes por tu hija?» Y yo le he contestado: «Si voy es precisamente porque temo por el futuro de mi hija.»

Las revoluciones tienen su inercia, y una vez que te unes a la corriente es muy difícil escapar de los rápidos. Las revoluciones no son puertas sólidas a través de las que pasan las naciones, sino una fuerza comparable a una tormenta que arrastra todo lo que encuentra a su paso. Uno de los personajes más conmovedores de Turguénev

no pertenece a ninguna de sus mejores novelas. Alexei Dmítrievich Nezhdanov, el protagonista de *Suelo virgen*, última obra del autor, es hijo ilegítimo de un aristócrata. Es joven y vive atrapado entre dos impulsos poderosos: una sensibilidad romántica que lo incapacita para la certeza absoluta, y un corazón revolucionario que anhela esa certeza. Estas fuerzas opuestas en su naturaleza finalmente lo destruyen. Nezhdanov siempre me ha interesado, y de pronto parecía que Marwan y yo y casi todos nuestros conocidos nos enfrentábamos a un dilema similar.

Marwan me llevó a conocer al autor y editor Ahmed al Faitouri. En los primeros días de la revolución, Ahmed obtuvo mi número de un conocido común y me llamó a Londres. Quería resucitar *Al Haqiqah*, un periódico que Gadafi había cerrado a principios de la década de 1970. Para escritores de la generación de Ahmed, nacidos en los cincuenta y los sesenta, *Al Haqiqah* fue una valiosa fuente de noticias independiente, con un elevado discurso literario. Cuando no logró comprarle el nombre al editor, se decidió por *Al Mayadin*, que significa «plazas». Quiso llamarlo así porque, como me explicó por teléfono, «en Túnez, Egipto y aquí, todas las revoluciones han estallado en plazas públicas». El objetivo de *Al Mayadin* era «documentar la revolución del 17 de febrero, a nivel político, económico, social y cultural». Era obviamente un hombre de gran energía y capacidad, porque en medio del combate y la inestabilidad de la época, logró sacar el primer número tres meses después de que se iniciara la revolución, cuando el régimen todavía no había caído. No estaba solo. El periodismo libio, esa institución frágil y golpeada, estaba experimentando un resurgimiento en ese momento. Durante cuatro décadas, bajo el régimen de Gadafi, los periodistas habían sido víctimas de la censura, el encarcelamiento y, en ocasiones, el asesinato. Después de la rebelión, en sólo unos meses, Libia pasó de tener un puñado de periódicos controlados por el gobierno, a editar doscientos diarios, revistas y folletos. Al quedarse sin espacio, los quiosqueros empezaron a extender las publicaciones en el suelo, delante de sus puestos. La mayoría eran de aficionados, pero expresaban el apetito del país por una prensa libre y plural. Al hojearlas, se percibía el impulso de supervisar el presente en evolución, pero también de comprometerse con el pasado, dando a conocer relatos y testimonios personales de la vida bajo la dictadura.

Cuando Ahmed al Faitouri me telefoneó en 2011, no lo hizo sólo para contarme su sueño, un sueño que hasta entonces había sido «un pecado», sino para convencerme de que escribiera para *Al Mayadin* «sobre cualquier tema: política, literatura, arte, lo que sea». No tuvo que esforzarse mucho. Hasta entonces, mis libros y mi trabajo periodístico habían estado prohibidos en Libia. Recordaba con claridad el día en que descubrí que las autoridades habían censurado mi obra e incluso habían prohibido a los editores imprimir mi nombre. Fue en julio de 2006, un mes después de la publicación de mi primera novela. Acababa de hacer una lectura en el Poetry

Café de Betterton Street, en Covent Garden, y salí a fumar para calmar los nervios. Un hombre salió del café detrás de mí. Resultó ser un periodista libio que vivía en Londres. Trabajaba como *free lance* para las principales cabeceras y quería escribir una reseña de mi novela. Cuando le contó su plan a su editor en Trípoli, éste respondió: «Por favor, nada de Hisham Matar. Tenemos órdenes directas.» Pero para entonces mi libro ya había entrado de contrabando en el país. Circulaban fotocopias del mismo. Mis artículos también se traducían, a menudo sin mi conocimiento, y se colgaban en internet.

—Salvo unos cuantos literatos, aquí nadie te conoce —dijo Marwan, mientras me llevaba a casa de Ahmed—. He decidido convertirme en tu publicista libio.

Había telefonado a algunos periodistas para hacerles saber que yo había regresado.

—He venido a ver a mi familia. No quiero dar entrevistas.

—Es tu problema —dijo.

El volante competía contra un cigarrillo en una mano y un móvil en la otra.

La calle, flanqueada de árboles, era estrecha y tranquila. La mayoría de las casas que había en ella eran de estilo italiano de principios del siglo xx: estructuras simétricas, sin adornos, de una planta. Sólo de manera ocasional se permitían un detalle decorativo, clásico: un friso pintado o un modillón ornamental que sobresalía de una cornisa. Encima de la puerta de la casa de Ahmed se distinguía el triángulo desdibujado de un frontón pintado. La entrada era grande, sencilla, embaldosada, y la casa constaba de dos pisos idénticos. Ahmed y su mujer vivían en uno, y en el otro estaban las oficinas del periódico y, por las tardes, se celebraban reuniones literarias.

—En las décadas del veinte y del treinta —dijo Ahmed al hacernos pasar—, la casa sirvió de residencia al líder del partido fascista italiano en Bengasi.

Nos sentamos en las oficinas de la redacción. Las paredes estaban recubiertas de libros. Había un retrato de Ahmed Rafiq al Mahdawi en un estante, con aspecto joven y decidido, con más apariencia de autor dubitativo que del poeta nacional que era. Durante la ocupación italiana, Al Mahdawi se vio obligado a huir a Turquía. Regresó después de la independencia y el rey Idris lo nombró senador. Se convirtió en el centro de la vida literaria y cultural del país. Se decía que por las tardes siempre se lo podía encontrar en el café Arrudi de Bengasi, que estaba en la esquina de la plaza Baladiya, en el corazón de la ciudad. Los jóvenes escritores, artistas e intelectuales del momento, figuras como Mohammad Faraj Hemmi, el académico y abogado de izquierdas que después fue detenido por Gadafi y murió bajo tortura en prisión en 1981, y Basili Shafik Khouzam, el autor que relataría la vida en Bengasi en una serie de novelas y relatos cortos escritos en italiano bajo el seudónimo de Alessandro Spina, frecuentaban el Arrudi, atraídos por Al Mahdawi. Entre los nombres que localicé en los estantes de Ahmed estaban los de William Faulkner y Ernest Hemingway, Italo Calvino y Albert Camus, Milan Kundera y Mario Vargas Llosa.

—Al final pueden pasar ciertas cosas —dijo Ahmed cuando me vio mirar la

librería—. Encontrarás agujeros, seguro. Pero no puedes imaginar las acrobacias, las verdaderas acrobacias que tuvimos que hacer para conseguir esos libros. Y una vez que los consigues y se corre la voz, vienen los amigos a pedirlos prestados. Tratas de crear una biblioteca, pero ni el censor ni la gente te lo permiten —dijo, y se rió.

Le pregunté si antes de la revolución había temido que las autoridades descubrieran que poseía aquellos libros.

—No, la decisión de prohibir ciertos libros nunca se tomó desde la pasión, ojalá hubiera sido así. Era por indiferencia y desdén. Una especie de reflejo natural.

El problema no era sólo la censura, explicó Ahmed; los asaltos repetidos del régimen contra las librerías, confiscando sus existencias y cerrando algunos locales, supusieron que en la práctica resultara muy difícil encontrar libros en Libia, incluso los que sí estaban permitidos. Yo me había enterado porque el editor y librero libio más viejo y respetado, Al Fergiani, finalmente había tenido que trasladar sus oficinas a Londres.

Ahmed fumaba sin parar, lo cual me preocupaba, porque cuando se reía, que era con frecuencia, le subía la sangre a la cara y se quedaba sin aliento. Me cayó bien. Tenía un talante animoso y, a pesar de su conclusión de que «Libia ha perfeccionado el arte oscuro de devaluar los libros», era un defensor optimista e incansable de la literatura y la vida intelectual. Ser un artista libio en Libia era heroico. Los dogmas políticos y sociales del país coartaban cualquier posible instinto artístico. La perseverancia de hombres como Ahmed es asombrosa. En 1978, a sus veintipocos años, estaba entre un gran grupo de autores que fueron encarcelados. El régimen les tendió una trampa. Invitó a los jóvenes talentos literarios a participar en un festival literario y luego los detuvo. Como la mayoría de los que formaban parte de ese grupo, Ahmed pasó diez años en prisión.

—Gadafi creía que me estaba haciendo daño —dijo—, pero en realidad me dio decenas de amigos escritores. Ahora tengo una casa en todos los pueblos y ciudades del país. —Tras un silencio, añadió—: Todo está preparado para tu acto. Se celebrará dentro de dos días.

—Pero eso no es posible —objeté—. No quiero ningún acto público. He venido a visitar a mi familia.

—Es tu familia la que quiere que lo hagas —dijo Marwan, riendo.

—¿Por qué no organizamos una velada aquí, algo reducido, con otros escritores? —propuse.

—Hemos impreso carteles —contestó Ahmed— y la sala de conferencias de la biblioteca ya está reservada.

A Marwan la situación le resultaba hilarante.

—Estás atrapado —dijo mientras nos alejábamos de la casa de Ahmed. Luego añadió con orgullo—: Aquí nunca pasa nada. Pero cuando pasa, pasa a la velocidad de la luz. Puedes cambiar el mundo en un día. Tal vez ese día tarde cuarenta y dos años en llegar, pero cuando llega...

Bengasi

Al día siguiente vi a más familiares. Era raro estar con gente a la que tan sólo recordaba a medias. En el momento menos esperado, reconocía de repente la forma de un cuello, una expresión en los ojos, una entonación de voz. Alguien estaba contando una anécdota y a la mitad me daba cuenta de que ya la había oído antes. Daba la impresión de que el desarrollo de todos los demás había sido lineal, que se les había permitido un progreso natural en su entorno conocido y, por consiguiente, parecían haber mantenido el contacto, aunque fuera a regañadientes o en desacuerdo, con el punto de partida original. Yo, en ocasiones, experimentaba una especie de vértigo de la distancia, un estado en el cual no sólo el suelo era poco firme, sino también el tiempo y el espacio. Todos los individuos que he conocido afligidos por un problema similar eran ex presos.

Nunca formaría parte de nada. Nunca pertenecería a ninguna parte y lo sabía, y toda mi vida sería igual, tratando de integrarme sin lograrlo. Siempre iría mal algo. Soy una extranjera y siempre lo seré, y después de todo no me importa mucho.

«¡Sí!», pensé cuando leí por primera vez estas líneas de Jean Rhys, pero luego casi de inmediato lamenté la conexión que sentía. Por eso, regresar a esa vida anterior es como captar tu reflejo en un lugar público. Tu primera reacción, antes de darte cuenta de que eres tú, es de recelo. Pierdes pie, pero recuperas el equilibrio justo a tiempo. Me doy cuenta ahora de que mis paseos, ya fueran para pasar el rato, para conocer mejor una ciudad extranjera, o bien apresurados —para enviar una carta, coger un tren, o alguna vez que llegaba tarde a una cita—, se producían siempre bajo la vaga sospecha de que en cierto sentido podría toparme conmigo mismo, es decir, con ese otro yo que vive en armonía con su entorno, que existe, como un capítulo en un libro, en el lugar adecuado, no arrancado y obligado a tener sentido por sí mismo.

Todas las herramientas de que disponía para conectar con mi país pertenecían al pasado. La rabia, como un río envenenado, había estado fluyendo por mi vida desde que nos marchamos de Libia. Se había ido consolidando en mi anatomía, en los detalles. La pena, como un virus. Pero por fin podía ver que los muros que se alzaban entre yo y toda la gente que he conocido, todos los libros, pinturas, sinfonías y obras de arte que alguna vez me han importado unos muros tan antiguos que ni siquiera me había fijado en ellos hasta entonces, de repente parecían provisionales. La libertad me aterrorizaba, porque, después de todo, como hombre, me sentía engañado. Paseé por

las calles de Bengasi. La ciudad siempre había sido poco entusiasta con el régimen de Gadafi y había pagado el precio. Allí el abandono tenía un aire de castigo. Me alejé del puerto y entré en el laberinto de la ciudad vieja por la calle Omar al Moukhtar, a la sombra de sus soportales, metiéndome en callejones estrechos que conducían a plazas tranquilas sin salida, donde, imaginé, incluso con las ventanas abiertas a mediodía uno podía sentir la calma suficiente para trabajar. En todas partes me asaltaba la nueva posibilidad de hacer de esa ciudad mi hogar. Me sentía al mismo tiempo entusiasmado y reticente. Pensé entonces que quizá mi decisión de entrar en Libia por Bengasi no había sido tan accidental como suponía. Aunque habíamos vivido en Trípoli y mi madre era de Derna y mi padre de Ajdabiya, parecía que Bengasi, al menos ese día, me pertenecía sólo a mí. Me reuní con Diana en el Café Vittoria, junto al mar. Disfrutamos de la oportunidad de estar a solas. En secreto, empecé a imaginarnos enviando nuestros libros, fotos y música allí. Meterlo todo en un contenedor y mandarlo a aquella ciudad por mar, una ciudad hecha para acoger lo que llega.

El centro de Bengasi traza una *ele* junto al mar. El tramo largo da al norte. Los locales se refieren a ese lado como la Cornisa árabe. Si sopla buen viento, se puede llegar a Creta en un día. La torre cuadrada del faro está peculiarmente retirada, como intimidada por el mar, o no intimidada en absoluto, sino llamándolo, retando al Mediterráneo a acercarse. A su alrededor se hallan los restos de varias ciudades sepultadas: un muro griego que data de hace unos dos mil trescientos años, ruinas de un asentamiento romano, una iglesia bizantina, y estoy seguro de que si se realizaran excavaciones también se encontrarían rastros de los fenicios. Ahí empieza la ciudad viva, las casas y mercados de la ciudad árabe medieval, junto con lo que añadieron los otomanos. Pero lo que domina es el presente, los bloques bajos de hormigón, con sus antenas altas y sus antenas parabólicas. Más que la mayoría de ciudades, Bengasi es un espacio disputado, un territorio en evolución permanente, una ciudad abierta a la interpretación. Al cabo de unos pocos meses, esa energía que se expresaba con una esperanza y un optimismo sin límites se encerraría sombríamente en sí misma para manifestarse por medio de la sangre y la matanza.

El Café Vittoria está en el otro lado de la *ele*, al que los viejos se referían como el Lungomare —«paseo marítimo» en italiano— y que ahora todos llaman la Cornisa italiana. El café se levanta en el lugar donde desembarcó Mussolini. Con el objetivo de no ofender la mirada del Duce, se puso mucho esfuerzo en borrar toda muestra de que se trataba de una ciudad árabe y musulmana. Desde allí no podía verse ni un minarete, casa, columnata o cúpula otomanos o árabes. Fue una hazaña del camuflaje arquitectónico. De hecho, los edificios neoclásicos que se suceden en el paseo marítimo son tan básicos que casi podrían formar parte de un plató de cine, aunque viejo y decrepito. Subraya este camuflaje italiano la catedral de Bengasi, uno de los templos más grandes de la Iglesia católica en el norte de África. Se eleva al borde del agua, como si buscara orientarse, con sus cúpulas gemelas desprovistas de cruces.

El 7 de abril de 1977, como respuesta a la exigencia del sindicato de estudiantes de proteger la universidad de la creciente interferencia política, dos estudiantes, Omar Ali Dabboub y Mohammad bin Saud, fueron ahorcados en los jardines de la catedral. El 7 de abril de 1992, cuando yo era estudiante de Arquitectura en Londres, y más por aburrimiento y curiosidad que por un deseo consciente de conmemorar el decimoquinto aniversario del suceso, pasé unas horas en la biblioteca de esa ciudad, informándome sobre la vida del arquitecto que proyectó la catedral. Resulta que Guido Ferrazza tuvo una vida azarosa. Nació lejos de Bengasi, en un pueblo de los Alpes, cerca de Trento. El pueblo se llama Bocenago y, no mucho después de esa tarde en la biblioteca de mi universidad, me encontré paseando por sus calles. Cuando lo visité, su población apenas superaba los trescientos habitantes. En 1887, el año en que nació Guido Ferrazza, vivía allí el doble de gente. Las montañas rodeaban el pueblo por todos lados. La nieve, la roca y la vegetación hacían que el cielo pareciera inusualmente grande y cercano. Hacía sol. La luz, más que iluminar el valle, parecía derramarse sobre él y llenarlo como si fuera un líquido. Mientras caminaba por las calles del pueblo, todos los edificios parecían vacíos. Desde allí, Ferrazza fue a la universidad, a Milán. Parece obvio que era un tipo inquieto. Después de licenciarse viajó a Bulgaria, donde supervisó las obras de la catedral de San Alejandro Nevski, en Sofía, y luego se trasladó a las lejanas Singapur y Bangkok, donde trabajó en la residencia real. Dirigió numerosos proyectos de construcción en Sudamérica y al parecer consideró asentarse allí. Trabajó en el parlamento de Montevideo, una estructura monumental diseñada por Vittorio Meano. Supongo que Ferrazza vio un modelo en este arquitecto. Vittorio Meano era de una generación anterior, también había llegado de un pueblecito del remoto norte de Italia y por aquel entonces dirigía un próspero estudio de arquitectura en Argentina. Al terminar su obra en Montevideo, Ferrazza regresó con su mentor a Buenos Aires. Pero una gran desgracia esperaba a Vittorio Meano. Al llegar a casa, encontró a su mujer en la cama con otro hombre. Los testigos oyeron un disparo y luego la voz del arquitecto gritando: «¡Me han asesinado!» Poco después, Ferrazza regresó a Italia.

En 1927, cuando Ferrazza tenía cuarenta años, Attilio Teruzzi, a la sazón gobernador de la Cirenaica, lo llamó para que elaborara un nuevo plan urbanístico para Bengasi. Teruzzi no era un mero burócrata indiferente; en 1922, siendo uno de los comandantes de los camisas negras, había participado en la marcha fascista sobre Roma.

Libia ofreció a Ferrazza una oportunidad de oro para poner en práctica sus ideas. Eso lo catapultó como un gran arquitecto en las colonias. Bajo su supervisión, Bengasi iba a convertirse en una nueva ciudad italiana. Se trasladó allí y empezó a trabajar de inmediato. El proyecto lo mantuvo tan ocupado que cuando, al cabo de un par de años, y debido a su éxito en Bengasi, le pidieron una planificación para la capital, Trípoli, aceptó pero tuvo que delegar el nuevo encargo en sus socios. Unos años más tarde, en 1935, se desplazó a Eritrea, donde fue nombrado arquitecto jefe de

Asmara. Después proyectaría distritos enteros en Harrar y Addis Abeba.

Sin embargo, en Bengasi, o *Bengasi Italiana*, como la llamaban entonces los habitantes italianos de la ciudad —que en tiempos de Ferrazza se cifraban en alrededor de una tercera parte de la población— había surgido una expresión arquitectónica única. Mientras que la arquitectura colonial de Trípoli es sobria y decididamente neoclásica —hay calles de la capital en las que puedes creer que estás en Italia—, en Bengasi siempre se distinguen los intercambios y las capas. El cóctel de influencias —árabe, otomana, italianizante, modernista— se adapta a la naturaleza relajada, ecléctica y rebelde de la ciudad. Pero hay algo más, un material arquitectónico que no pertenece a ninguna otra cultura o período. Es atemporal y único de Bengasi. Es quizá el más importante que existe allí, más que la piedra. Se trata de la luz. La luz de Bengasi es un material. Casi se puede sentir su peso, la forma en que cae y sostiene a su objeto.

Incluso desde la distancia, después de todo el descuido y la mala planificación posteriores, podía ver la excitación que hombres como Ferrazza tuvieron que haber sentido allí: el optimismo superior, al mismo tiempo imprudente y confundido, que pulsaba a través de él y sus contemporáneos milaneses mientras paseaban por el litoral de Bengasi; mientras, en palabras de un coronel italiano de una de las novelas de Alessandro Spina, «convertían África en un burdel y se la ofrecían a nuestros hombres jóvenes, para que pudiesen dar rienda suelta a todo el espectro de sus emociones humanas, heroicas, sádicas y estéticas».

En julio de 1943, en plena devastación de Italia por la guerra, Ferrazza mostró un gran instinto de supervivencia y se trasladó a Inglaterra. Allí se unió a la resistencia de los exiliados. Por eso en 1945, cuando el régimen fascista se desintegró por completo y Attilio Teruzzi —el hombre que había llevado a Ferrazza a Bengasi por primera vez— estaba huyendo de los partisanos hacia el sur, a Ferrazza se le permitió un regreso honorable a su país. Durante los cuatro años siguientes, formó parte de numerosos comités encargados de la reconstrucción de posguerra.

En la primavera de 1949, con un repentino anhelo de aventura, o quizá deseando emular a su desafortunado mentor, Vittorio Meano, Ferrazza decidió emigrar a Argentina. No está clara la razón por la cual, dos años después, regresó a Milán. Allí vivió un tranquilo retiro hasta que el 1 de febrero de 1961, quizá por una nostalgia que con la vejez parecía ineludible, se subió a un tren para volver a Bocenago, su lugar de nacimiento en los Alpes. El tren descarriló y se estrelló a pocos kilómetros de Milán. Guido Ferrazza tenía setenta y cuatro años.

Sentado con Diana en el Café Vittoria, donde gozábamos de una buena vista del mar, la Cornisa y la catedral, traté de imaginar el rostro de Guido Ferrazza. Por más que lo intenté, no encontré ninguna foto suya en la biblioteca de mi universidad. Quizá mi vieja teoría, que veía conexiones entre las fachadas de edificios y los rostros de sus arquitectos, no fuera del todo ridícula. A partir de la exagerada seriedad de la simetría de la catedral de Bengasi, me figuré un rostro con una expresión similar de

incierta confianza, liberado de las ataduras de la historia y bastante grande y torpe, intentando no perderse en un exceso de introspección, mirando en cambio a la distancia con ojos escrutadores y al mismo tiempo más bien cautos.

Tomamos nuestro café y hablamos de vivir allí parte del año. La luz se iba derramando lentamente del cielo. El mar estaba en calma, pero no plano. Su superficie se veía marcada por las líneas de corriente que discurrían en direcciones distintas, tan tenues como las marcas que quedan en la piel después de dormir. Sentí que no estaba observando, sino recordando, como si Diana y yo ya hubiésemos vivido allí y regresáramos ahora con el mismo espíritu que nos llevaba a otras ciudades en las que habíamos residido, plantados ante un edificio que en otro tiempo había sido nuestro hogar y conmovidos por esa extraña sensación que se produce cuando los cambios en nuestro interior se contraponen a la constancia de una geografía conocida.

En el fondo de estos pensamientos podía detectar el eco de una vieja energía: la convicción infantil de que el mar de Libia era una puerta abierta y el deseo de mantener una relación auténtica con la naturaleza —un deseo que a lo largo de los años había ido perdiendo consistencia—, regresaba ahora sin trabas, renovado. No me refiero a un deseo trivial de viajar, ni a una curiosidad turística por lugares, hitos, idiomas y caras nuevas, sino a una convicción simple y concreta de que el mundo estaba a mi disposición. Pero ¿no era extraño pensar eso, cuando estaba por fin en casa? ¿O estar en casa significa precisamente eso: estar en un lugar desde el cual, de repente, todo el mundo es posible?

A la mañana siguiente pasó a vernos Maher Bushrayda, un primo con quien no me había vuelto a ver ni hablar desde que, de niño, salí de Libia. Maher es de una generación anterior a la mía y sólo recuerdo vagamente las visitas que nos hizo en Trípoli. Por aquel entonces me parecía interesante y misterioso, probablemente porque era miembro del sindicato de estudiantes de la Universidad de Bengasi. Participó en la manifestación de 1976. Un año después, cuando Omar Ali Dabboub y Mohammad bin Saud, que eran amigos íntimos suyos, fueron ahorcados, Maher, junto con varios estudiantes más, fue detenido y estuvo en prisión desde 1977 hasta 1986. Fue el primero de nuestra familia en afrontar las consecuencias de criticar la dictadura y eso, en los años posteriores a nuestra marcha, le confirió en mi mente ingenua de adolescente una aureola romántica.

Habíamos coincidido el día anterior en una gran reunión familiar y habíamos quedado para hablar en privado. Tomamos café en mi hotel. Me confirmó lo que ya me había dicho en la reunión: que se había unido al nuevo servicio secreto, que estaba, en sus palabras, «esforzándose para llenar el hueco».

Sus dos preocupaciones principales, me contó, eran la seguridad y los oportunistas, los grupos armados que competían por el poder.

—¿Y los islamistas? —pregunté.

—No tendrán éxito —dijo Maher, y me habló de un rapero tunecino que, tras ser amenazado por un grupo islámico, se había visto obligado a cancelar un concierto que tenía previsto—. Esta gente quiere un país sin arte, sin conferencias, sin cine. Un páramo vacío —dijo.

—Pues con el tunecino sí tuvieron éxito —contesté.

—Sí, pero es una política destinada al fracaso.

Finalmente, la conversación desembocó en el propósito principal de nuestra reunión: de qué manera, gracias a su nueva posición, podía ayudarme a averiguar lo que le había ocurrido a mi padre.

Maher llevaba la camisa remangada y tenía los codos apoyados en la mesa. Se pellizcó la carne con fuerza y dijo en voz baja:

—Llevo muy dentro al tío Jaballa. Estaba muy unido a él. Tú eras joven, puede que no lo recuerdes.

Y entonces llegó a ese lugar al que debería haberme acostumbrado, donde, a través de un discurso velado, tenía que comprender lo obvio: que mi padre estaba muerto.

—No me cabe duda de eso —mentí—. Lo que quiero descubrir es cómo y cuándo ocurrió, y dónde podría estar su cuerpo.

Entonces sucedió algo extraño, algo que nunca me había ocurrido antes. Noté la presencia de mi padre justo detrás de mi hombro derecho, haciéndome gestos para que lo dejara correr. Esperé que dijera: «Para. Ya basta.» De alguna manera supe que lo tenía en la punta de la lengua.

No podía moverme ni hablar. Afortunadamente, Maher se levantó y dijo que tenía que irse. Lo acompañé a la calle, lo observé pasar por encima del charco que se formaba en la base de los escalones del hotel. Reconocí su cuerpo de prisionero. Ese paso ligeramente tenso que tienen todos los presos políticos. Como si la opresión fuera un sedimento tóxico que permanecía en los músculos. Se expresaba mediante una cierta reticencia. Una queja que no parece relacionada con el destino o la ideología, sino con la humanidad misma.

Lo saludé cuando se alejó en el coche. Él levantó el pulgar para desearme buena suerte. Recordé sus últimas palabras:

—Me tienes a tu disposición hasta el fin de los tiempos. Para lo que necesites. En cuanto al más allá —dijo entre risas—, eso ya es cosa tuya.

Fui a dar una vuelta por el paseo marítimo. Un niño gordito, que tendría a lo sumo diez años, conducía un *quad* entre las familias. Algunos se habían sentado en el muro bajo que daba al mar, otros se habían quedado de espaldas a él, pues preferían contemplar el paseo. El agua estaba en calma y reflejaba el cielo. Más allá de las rocas que separaban los bajíos de las aguas profundas, el mar era inmenso pero no

amenazante, como a la espera, seguro. El niño rellenito había empezado a describir círculos con las dos ruedas delanteras del *quad* en el aire. Casi atropelló a una pareja. Ellos, y él, se quedaron impertérritos. En ese momento, con las ruedas delanteras todavía a un palmo del suelo de baldosas, se dirigió directamente hacia uno de los bolardos colocados a intervalos a lo largo del paseo con la clara intención de impedir precisamente esa clase de actos. Frenó, ejecutó un giro cerrado y pasó por en medio, mostrando un control excepcional. Luego se detuvo, como si esperara un bien merecido aplauso. Un niño todavía más pequeño corrió hacia él y se subió a la parte de atrás del *quad*. Los dos se alejaron a toda velocidad.

Un niño y una niña jugaban al fútbol con vasos de papel.

—¿Qué estáis haciendo? —preguntó su padre.

—Jugar —respondió la niña, aunque ya había dejado de hacerlo y estaba mirándolo.

—¿Jugar con basura? —dijo el padre.

—No hay otra cosa —contestó el niño, y tiró de su hermana.

Unos pasos más adelante, una niña pequeña se echó a llorar y corrió al regazo de su padre.

—No tengas miedo —le dijo él—. Deja de asustarte por todo.

Los dos niños del *quad* pasaron deprisa, acelerando. Me volví. Había otros niños corriendo. El hermano y la hermana que antes jugaban al fútbol con vasos de papel miraban el mar y contaban en voz alta. Llegaron al final de su cuenta y de inmediato se echaron a reír al pillar a un niño pequeño escondido detrás de uno de los bolardos.

Otra vida

Se corrió la voz de que iba a celebrarse el acto. El aparcamiento que rodeaba la biblioteca estaba casi lleno cuando mi madre, Diana y yo llegamos. El edificio parecía abandonado. El suelo del aparcamiento tenía esas baldosas tan habituales en la costa sur del Mediterráneo, hechas con trozos de mármol rotos y otras piedras, unidas con resina. Había sido una mala elección. Era un suelo pensado para interiores y el asalto implacable del sol y el peso de los coches lo había resquebrajado en distintos sitios. Brotaban hierbajos por los resquicios. Subimos unos peldaños y accedimos al vestíbulo. No había ningún libro a la vista, y hasta los ficheros de tarjetas estaban vacíos. No pude ver los otros pisos, pero a juzgar por la planta baja la biblioteca llevaba años vacía y cerrada. Las persianas verticales que se alzaban frente a las ventanas estaban deformadas y les faltaban algunos listones.

Unos hombres mayores, vestidos con traje y corbata, charlaban en un corrillo. Uno de ellos me llamó y, al acercarme, aún sin saber quién era cada uno de ellos, supe que eran amigos de mi padre. Caí en la cuenta de que aquélla era la edad que tendría él. Le tendí una mano al primero. Me abrazó. Noté que temblaba. Iba bien afeitado. Todos olían a limpio y a agua de colonia. No recuerdo que dijeran gran cosa.

Empezó a llegar más gente.

En el otro lado del vestíbulo, un hombre quizá diez años mayor que yo se llevó la mano de mi madre al pecho y ella sonrió claramente contenta de verlo.

Vi a hombres y mujeres de mi edad que me conocían de la escuela o de vacaciones de verano. No paraban de preguntar:

—Pero ¿de verdad no te acuerdas?

Al final dije:

—Todos crecisteis juntos. Tú viste cómo le cambiaba la cara a él y tú cómo se desarrollaba el cuerpo de ella. En cambio, yo no os he visto en treinta y tres años. Por supuesto que no me acuerdo.

Lo que me traicionó no fue tanto lo que dije como la forma de decirlo.

Diana estaba al otro extremo del vestíbulo, rodeada por varios de mis primos.

Una mariposa había quedado atrapada entre la persiana y el cristal. Las ventanas no se habían limpiado en mucho tiempo. Me imaginé frotando los cristales, uno detrás otro, hasta que estuvieran limpios. No paraba de mirar para ver si la mariposa se había liberado, pero continuaba aleteando, incapaz de encontrar un hueco entre los listones.

Aunque la biblioteca parecía saqueada y en desuso, su sala de conferencias era

completamente nueva, con asientos de cuero blanco y paredes revestidas de madera. Era obvio que las reuniones habían sido más importantes que los libros. Un hombre de la edad de mi padre se había sentado en la primera fila. Me miraba con intensidad, pero con ojos tiernos y un poco enrojecidos, que parecían llenos de lágrimas. En su regazo tenía un grueso libro encuadernado en piel. Sus manos descansaban en él, un poco temblorosas. Yo no estaba seguro de si ese temblor se debía a la emoción o a la edad. La sala estaba llena, con todos los asientos ocupados y varias personas de pie al fondo. Como ese hombre estaba sentado en la primera fila, compartíamos una extraña intimidad, porque yo era el único que podía ver su expresión y, por lo tanto, ésta parecía destinada sólo a mí.

Marwan se había tomado su papel como mi «publicista libio» demasiado en serio. Había preparado un pase de diapositivas. Las luces se atenuaron y el pase duró más de cinco minutos. Se mostraron imágenes del abuelo Hamed, de mi padre, de Izzo y luego mías y de mis libros, todo con una grabación de Naseer Shamma tocando el laúd árabe. El público miró las diapositivas en completo silencio. Entonces comenzó el acto: una conversación entre Ahmed al Faitouri y yo, con mi primo Nafa al Tashani sentado a mi lado por si necesitaba un traductor. Aunque hablo árabe con fluidez, no estoy acostumbrado a usarlo para hablar en público. El acto duraba tres horas y, cumplida la mitad, tuvimos que hacer un intermedio.

El viejo de la fila delantera se levantó y se acercó a mí. Nos estrechamos la mano. Estaba claro que le costaba hablar.

—Era amigo de Jaballa —dijo—. Fuimos juntos a la universidad. —Me pasó el volumen que había estado sosteniendo—. Él y yo dirigíamos la revista literaria.

Su hijo, que era uno de los que antes trataban de hacerme recordar los veranos que habíamos pasado juntos, explicó:

—Ahí están todos los números. Los hice encuadernar en un volumen.

Lo abrí. *El Estudiante* era una revista literaria que publicaba relatos breves de ficción. La portada del número de junio de 1957, cuando mi padre tenía dieciocho años, era una ilustración de una pila de libros, un tintero, una luz cegadora y un transportador de ángulos. La primera página describía la publicación como «una revista editada por los estudiantes de la facultad de Magisterio de la Cirenaica». El lema era: «La educación proporciona a la nación su dignidad, soberanía y orgullo. Donde se extiende el conocimiento, la prosperidad, la felicidad y la seguridad prevalecen. La educación es tan necesaria como el agua y el oxígeno.» Ése era el sentimiento de la época. Libia estaba tratando de acercarse a rastras hacia la modernidad. La política del gobierno de la Italia colonial no fomentaba la educación de la población «indígena». La primera universidad de Libia no existió hasta 1955 —sólo dos años antes de que se publicara aquel número de *El Estudiante*—, por decreto del rey Idris, para conmemorar el cuarto aniversario de la independencia. Todavía no se había descubierto el petróleo. Probablemente por su asociación con la alfabetización, la Facultad de Literatura fue la primera en ponerse en marcha. Pero

hasta un inicio tan modesto dependió de las donaciones extranjeras. Egipto contribuyó con cuatro profesores, cuyos salarios pagó durante cuatro años, y Estados Unidos se hizo cargo de los del académico iraquí Majid Khadduri, que acabó siendo el decano. Un año después, en 1956, se abrió la Facultad de Ciencias; la de Economía en 1957; Derecho en 1962; Agricultura en 1966, y Medicina en 1970. Esto explica el fervoroso lema de la revista. Mi padre era uno de sus tres directores, que claramente veían la ficción literaria como parte del esfuerzo nacional para fomentar la alfabetización y la educación.

Traté de hojearla, pero entonces el viejo me hizo volver a la página del índice. Se me nubló la vista. Con un dedo levemente tembloroso, señaló dos relatos breves. El nombre del autor: «Jaballa Matar.» Sabía de las tentativas de mi padre con la poesía, pero no tenía ni idea de que en su época de estudiante hubiese hecho pinitos como escritor de ficción. Mi madre se había acercado y estaba mirando el libro.

—¿Lo sabías? —le pregunté.

—No tenía ni idea.

Buscamos los relatos. Había una fotografía de mi padre. Llevaba traje y corbata y tenía una expresión seria y confiada. Parecía un joven Albert Camus.

Uno de los cuentos se titulaba «En la quietud de la noche: un cuento libio» y el otro «Una lucha con el destino».

Le pregunté a mi madre otra vez:

—¿Estás segura de que nunca te lo mencionó?

—Nunca, ni una palabra.

Decidimos abrir la segunda parte del acto con una lectura de «En la quietud de la noche». Mi primo Nafa se levantó y leyó:

El viento rugía contra la tienda que se alzaba solitaria en el desierto. Las estacas estaban clavadas con firmeza en la arena. Era medianoche. La oscuridad pendía sobre el mundo. La luna, que acababa de desprenderse de su ropaje rojo oscuro, se desplazaba por los cielos espaciosos. La quietud extendió su velo por encima de todo. Sólo se oían los camellos que pacían y la melodía perezosa del balido de las ovejas. El sobrecogimiento dominaba el universo. El miedo había arraigado en las vidas de los habitantes de esos lugares. Todo el mundo tenía miedo menos los hombres de la tienda: Ahmed, único hijo de su madre, y su tío materno. Los acompañaba la familia del tío. A pesar del espectro del enemigo, que los amenazaba a todos en esa tierra, Ahmed y su tío se habían arriesgado a salir a los llanos para cuidar su ganado. Nada les importaba más que el bienestar de su rebaño. Mantenían el miedo a raya porque tenían suficientes armas y munición que le habían arrebatado al enemigo en un enfrentamiento previo.

El «enemigo» era la unidad del ejército italiano que se colaba en el campamento

para robar el ganado. «Los ojos del enemigo —se nos decía—, nunca duermen.» Una vez rodeados, el tío, que es un anciano:

... oye dentro de su pecho el grito desafiante de un joven rebelde. Está transformado, siente una amarga fortaleza y lo sostiene un vigor juvenil que puede desaparecer en cualquier momento, así como la autodisciplina que le han dado la madurez y una vida difícil [...].

—¡No, no huiré! —murmuró para sus adentros—. No intentaré huir [...]. Me quedaré hasta que este pelo blanco esté empapado de sangre, sangre roja que manará de las innumerables arrugas de mi piel. No dejaré que la deshonra manche mi frente. Que empiece la resistencia.

El viejo y su sobrino desafían con valor a los «invasores italianos». Pero luego Ahmed no puede encontrar a Aisha, su amada prima:

Estaba aterrorizado, con los músculos tensos y el corazón temblando de desconcierto y ansiedad. Tenía el deprimente presentimiento de que uno de aquellos hombres malvados se había colado en la tienda y la había raptado. Ahmed se apresuró a seguir el rastro de las tropas enemigas, pero el viejo tiró de su capa. Aisha se estaba acercando. Con la ansiedad de un hombre sediento, Ahmed corrió hacia ella.

—¿Dónde estabas? ¿Qué hacías? —dijo con un suave tono de reprimenda.

Pero lo comprendió todo por su expresión y por el arma que ella llevaba al hombro. Sin embargo, continuó preguntando:

—¿Qué llevas en esa mano?

Con el orgullo propio de las muchachas del continente africano, la joven contestó:

—Una medalla que llevaba en el pecho el comandante al que he matado con mis propias manos.

Ahmed estuvo a punto de abrazarla, pero la presencia de su tío lo detuvo.

El relato estaba firmado «Jaballa Matar, tercer año». Las palabras de mi padre: «No dejaré que la deshonra manche mi frente» tuvieron eco treinta y seis años después, en la primera carta que mandó desde la cárcel, cuando escribió: «Mi frente no sabe inclinarse.»

Cuando lo secuestraron, yo tenía casi la misma edad que él cuando escribió ese cuento. Fuera de la escuela, yo sólo leía poesía. No empecé a leer ficción por elección propia hasta los diecinueve años; de hecho, unos días después de que se llevaran a mi padre.

Hacia el final del acto, el público hizo algunas preguntas relativas a los desafíos

con los que se enfrentaba el país después de la revolución, el lugar de la literatura y las ideas en Libia, el papel de la educación y la sociedad civil, los derechos humanos y la importancia de abordar atrocidades pasadas. «Para asegurarnos de que no vuelva a ocurrir.»

Respondí de manera inadecuada, pero eso no tenía importancia. Que esas preguntas pudieran plantearse en un acto literario civilizado y bien organizado era el objetivo principal. Pese a que por naturaleza me siento incómodo siendo objeto de semejante atención, en ese caso sabía que cualquier sentimiento de orgullo u optimismo que yo pudiese haber provocado en los presentes ese día, en realidad no tenía que ver conmigo, sino, expresado de manera simple, con la posibilidad de una realidad diferente, una realidad que todos habíamos atisbado durante el breve período de esperanza entre la revolución y la devastación de la guerra civil que siguió. Varias de las personas que se levantaron para hablar no plantearon ninguna pregunta, sino que querían aportar a la reunión alguna información sobre mi padre o mi abuelo. Era como si yo fuera un polizón reclamado por la patria. Los treinta y tres años que me inquietaban los inquietaban también a ellos. Cuando esas emociones fueron aplacándose, el hombre al que había visto antes sujetando la mano de mi madre en el vestíbulo se levantó para hablar.

—Buenas tardes. Estoy muy contento de participar en la celebración de Hisham Matar y su obra, pero he de ser sincero. Lamentablemente, no he tenido la oportunidad de leer los libros de Hisham, aunque por supuesto estoy familiarizado con la larga resistencia de su padre y el sacrificio último que hizo por su país. No obstante, lo que la gente podría no saber, y lo que no se ha mencionado esta tarde, es el silencioso sacrificio de la madre de Hisham, Fawzia Tarbah.

Mi madre estaba sentada en la primera fila, al lado de Diana, y parecía algo incómoda. Me miró. Le susurró algo a Diana y se cogieron de la mano. Creo que todo niño nace con un pequeño dispositivo implantado en el pecho, que detecta el momento en que su madre está a punto de llorar.

—En los setenta, participé en la protesta universitaria aquí en Bengasi —continuó el hombre—. Me detuvieron y me encarcelaron en Trípoli. Mi madre (soy su único hijo) casi se volvió loca. Preguntó con quién podía quedarse en Trípoli y la gente le habló de una mujer que alojaba a madres de presos políticos. Era conocida por abrir siempre su casa a esas madres que viajaban para visitar a sus hijos. Nunca llegué a conocer a esa mujer, porque cuando me pusieron en libertad me dijeron que había abandonado el país. Sin embargo, mi madre, que ha fallecido recientemente, pues de lo contrario estaría aquí diciendo estas palabras, me habló de la amable mujer de Trípoli. Pasó meses en su casa y a esa mujer, según me contó mi madre, se le ocurrían mil trucos para distraerla. Cada semana, las dos cocinaban para toda el ala de la prisión, ciento cincuenta hombres, y nos mandaban fuentes llenas de su mejor comida. Enviaban también libros, bolígrafos y libretas. Los guardias robaban mucho, pero también nos llegaba mucho, y con lo que llegaba teníamos suficiente.

Cuando terminó de decir esa última frase, mi madre se tapó la cara.

—Todos sabemos lo que hizo Jaballa Matar. Pero si he venido aquí esta noche no ha sido tanto por él o por Hisham, como para contaros a todos lo que sé de esa mujer amable y para darle las gracias, aunque cualquier agradecimiento se quede corto.

Todo el mundo se levantó. Cuando al fin terminaron los aplausos, la única palabra que mi madre consiguió articular, apenas con un hilo de voz, fue:

—Gracias.

Esa noche, en el hotel, le pregunté si era verdad que había alojado a madres de otros presos.

—Sí, pero ha exagerado un poco —dijo ella—. Sólo lo hice un par de veces.

—Desde luego, las suficientes para ganarte una reputación —contesté.

—Para ser sincera, no lo recuerdo. Todo parece muy lejano. De otra vida.

La bala

Los días complicaban mis noches. Daba vueltas en la cama. A menudo tardaba varias horas en dormirme. Una verdad parecía alzarse en la oscuridad. Los ruidos de Bengasi, el murmullo del mar al fondo, entraban por la ventana como si fueran formas físicas sólidas. La noche había convertido la ciudad en una idea cuyos sonidos eran tan materiales como el pan y la piedra. Nunca había estado en un sitio tan plagado de recuerdos y al mismo tiempo tan lleno de posibilidades de futuro, positivas y negativas, y cada una igual de poderosa y probable que la otra. Todo el país caminaba por el filo de la navaja. En menos de dos años, las calles del centro de Bengasi, en torno al hotel donde entonces estaba tumbado mirando el techo, se convertirían en un campo de batalla. Los edificios, ocupados por familias, con sus secretos, se alzarían como esqueletos fantasmales, calcinados y vacíos. Varias de las personas que conocí —sólo del acto en la biblioteca ya puedo contar tres— morirían asesinadas. No lo sabíamos en ese momento, pero vivíamos un intervalo precioso en el que la justicia, la democracia y el gobierno de la ley estaban al alcance. Pronto, en ausencia de un ejército y una fuerza policial fuertes, los grupos armados tomarían el mando con la única intención de incrementar su poder. Las facciones políticas se atrincherarían y, en medio de la disputa, irrumpirían violentamente milicias y gobiernos extranjeros en busca de su oportunidad. La cifra de víctimas aumentaría. Las universidades y escuelas cerrarían. Los hospitales funcionarían sólo a medias. La situación se tornaría tan sombría que ocurriría lo impensable: la gente echaría de menos los tiempos de Gadafi. Por supuesto, era imposible imaginar semejante pesadilla en marzo de 2012, pero en esas horas nocturnas, tumbado en la penumbra escuchando la ciudad, llegué a percibir la posibilidad del horror.

Incapaz de dormir, leí el segundo relato corto de mi padre, titulado «Una lucha con el destino». Tenía un comienzo enigmático:

Lo conocía. Parece que haya pasado mucho tiempo y sin embargo es como si hubiera ocurrido ayer. Fue cuando su familia todavía vivía en nuestro pueblo. Su padre llevaba el café de la calle principal. Los viejos ladrillos de adobe del interior parecían calaveras, cada uno con una sonrisa sarcástica. Yo era uno de los habituales que frecuentaban el lugar. Entraba y ocupaba cualquiera de las sillas de madera dispersas desordenadamente por el local.

El narrador anónimo y el hombre al que se refería, el tiempo sin especificar, los ladrillos fantasmales, los muebles colocados sin ningún orden concreto, todo

contribuía a aumentar mi desorientación. El relato narraba la terrible desgracia de un niño. Nunca se decía su nombre y, paradójicamente, eso lo hacía más íntimo para mí. Quizá era un recipiente de ficción en el cual el autor, a sus dieciocho años, podía depositar sus peores temores. La «lucha con el destino» del chico lo lleva a perderlo todo —su familia, su hogar— hasta que queda en la indigencia. «Vagué sin rumbo y no encontré ningún sitio que me aceptara, salvo ese único lugar que había acogido a miles de almas miserables antes que a mí: la calle.» Pero entonces, de repente, embargado por el miedo y la humillación, regresa al lugar donde está enterrado su padre para poder «verter las mismas lágrimas otra vez». Después de hacerlo, sale al mundo y la historia termina con esta declaración suya: «Decidí trabajar y sobrevivir.»

Esa frase final me atrapó. Las palabras del chico coincidían con una vieja orden misteriosa que, en los momentos más oscuros y durante el último cuarto de siglo desde que perdí a mi padre, venía a mi encuentro con la fuerza imponente de un timbre de alarma que suena con urgencia. «Trabaja y sobrevive. Trabaja y sobrevive.» La oí en la universidad. La oí cuando trabajaba de albañil después de licenciarme. La oí cuando me convertí en delineante y luego en diseñador arquitectónico. La oí cuando, tras decidir consagrarme a la escritura, trabajé en la construcción, pinté casas y tuve empleos esporádicos en una pequeña ciudad de Bedfordshire. La oí en las dudas de aquellos días. La oí cuando, de pie al borde del Pont d'Arcole de París, miraba el agua. Y la sigo oyendo hoy. Nunca me ha abandonado y, sin embargo, nunca la he sentido del todo propia. Pertenece a alguna otra presencia implantada en mí, una que sabe mejor que nadie, quizá incluso mejor que yo mismo, que estoy mucho más cerca del precipicio de lo que puedo imaginar.

Ir al encuentro de esa llamada familiar que durante mucho tiempo ha representado mi rescate, y hallarla en la forma de frase final de uno de los dos únicos relatos que publicó mi padre, era extrañamente consolador e inquietante. Le daba un vuelco completo al tiempo. Esas palabras ya no me llegaban de una autoridad parental, sino a través del joven de dieciocho años que todavía tenía que convertirse en mi padre, un hombre lo bastante joven como para ser mi hijo, un estudiante con talento y ambición, que podría haber comprendido mis deseos de convertirme en escritor. Releí los relatos varias veces y, aunque traté de no ceder a la fantasía, me veía felicitándolo por su capacidad e instinto, sugiriéndole cómo mejorar sus historias, quizá terminando con una recomendación de qué leer y anotando su dirección para enviarle libros, tal vez regalándole una suscripción a alguna de las mejores revistas literarias, y luego, al separarnos, sería yo el que pronunciaría la advertencia: «Trabaja y sobrevive.»

Los relatos fueron un gran descubrimiento. Eran un regalo enviado a través del tiempo, abrían una ventana al paisaje interior del joven que iba a convertirse en mi padre. Tenían visión de futuro, intentaban descubrir una forma contemporánea en la que escribir de Libia, pero también estaban comprometidos con el pasado. Sus jóvenes protagonistas sufrían las consecuencias y repercusiones del colonialismo: la

violencia y la pobreza que trajo la invasión italiana.

Me quedé de pie junto a la ventana de la habitación del hotel, mirando la Cornisa hacia ambos lados, las farolas que se esforzaban por iluminarla, y el mar desplegándose, perfilándose en la negrura. Era imposible no ver en los cuentos una expresión latente de la ansiedad de mi padre, que había estado a punto de perder al suyo. Los riesgos extraordinarios que había corrido el abuelo Hamed al enfrentarse a la ocupación italiana, las muchas experiencias casi letales que había vivido, narradas de forma colorista en historias que se han convertido en parte de la mitología de nuestra familia, tuvieron que representar para el joven escritor un contacto formativo con la injusticia. Pero también imagino, al leer esos relatos en los que los hombres mayores son tan vulnerables, que aquel adolescente entendió de una manera gráfica el principio universal según el cual cada uno de nosotros, en demasiadas ocasiones, ha estado peligrosamente cerca de no nacer. En otras palabras, mi padre era un escritor que respondía a los fantasmas y a la historia. Luego, en algún momento, se abrió una rendija y se filtró la política. Recuerdo las grandes ocasiones en las que, entre los viajes incesantes y las reuniones políticas, mi padre me llevaba a la librería de la plaza Talaat Harb, en el centro de El Cairo. El librero lo conocía y nos conducía al piso de arriba, privado, donde se guardaban todos los libros prohibidos. Salíamos con varias bolsas de plástico llenas de novelas que a la censura egipcia, por una u otra razón, le habían parecido inaceptables. Durante los siguientes dos o tres días, mi padre leía un libro tras otro y apenas salía de su dormitorio.

El abuelo Hamed tuvo una vida excepcionalmente larga. Hay diferentes estimaciones de la edad que tenía cuando falleció. La mayoría coinciden en que tenía entre ciento tres y ciento nueve años, aunque una vez me dijeron con mucho énfasis que vivió hasta los ciento doce. Eso significaría que nació entre 1876 y 1885.

El *Royal Relief Atlas* «de todas las partes del mundo» publicado en Londres en octubre de 1880, festejaba en su prefacio el «gran avance» de «la enseñanza científica de la geografía» en los últimos años. El atlas proclama la máxima del pedagogo suizo Johann Pestalozzi: «Del ojo a la mente.» Según esa teoría, Libia ni siquiera existía en ninguna mente. «Los países en los que se divide [el norte de] África —nos explica el atlas— son Marruecos, gobernado por un sultán, capital Marruecos; Argelia, colonia francesa, capital Argel; Túnez, gobernado por un bey, capital Túnez; Trípoli gobernado por un bajá, capital Trípoli; Egipto, gobernado por un jedive, capital El Cairo.» Luego, para aclararlo, los autores nos informan de que «Todos éstos, salvo Argel, dependen del Imperio turco u otomano». Lo más cercano a una mención de Libia en ese atlas la encontramos en el rótulo arqueado que ocupa desde Fezán hasta el delta del Nilo, en el que se lee: «DESIERTO LIBIO.»

En Libia, el primer censo se llevó a cabo en 1931. La población era entonces de 700.000 personas. Por consiguiente, guiándonos por el crecimiento del número de

habitantes desde 1931, sería razonable suponer que en la década de 1880, en el territorio que hoy conocemos como Libia había entre 250.000 y 500.000 personas. Cuando nació el abuelo Hamed, Trípoli era un estado, pero el resto del país era un paisaje enorme y casi vacío, punteado por unos pocos pueblos y aldeas al servicio del comercio y de las rutas de viaje que se dirigían al norte desde el resto del continente, así como las que iban al este, hacia La Meca. Blo'thaah, el hogar ancestral del abuelo Hamed, estaba casi exactamente a mitad de camino entre Trípoli y Alejandría, un viaje de tres semanas en ambos casos.

El abuelo era hijo único y había nacido en la Libia otomana. Fue testigo de la invasión italiana y del reinado de Idris, y presencié las dos décadas que siguieron al golpe de estado de Gadafi en 1969. Tenía cincuenta o cincuenta y pocos años cuando nació mi padre, y casi setenta cuando nació su hijo menor, el tío Mahmoud. En un tiempo en que la esperanza de vida para un hombre libio rondaba los sesenta y cinco años, la gente lo consideró un irresponsable: «No vivirás para verlo caminar», le dijeron. Vio al tío Mahmoud licenciarse en la universidad, casarse y tener hijos. Murió en su casa de Ajdabiya en 1989.

Esa casa era muy adecuada para él. Ajdabiya era entonces un grupo de edificios en medio de un enorme territorio vacío. En esos tiempos, el abuelo no viajaba, salvo para recorrer los cerca de treinta kilómetros que lo separaban de Blo'thaah, donde todavía prefería pasar los meses de primavera, más cerca de lo que él llamaba «la amplitud».

—Allí se sentía libre —recuerdo que me dijo una vez mi padre—. Y, como hombre que valoraba el silencio, el lugar le venía como anillo al dedo.

Pero incluso en los tiempos en que el abuelo Hamed iba a visitar parientes, era bien conocido por hacer todo lo posible por no pasar ni una noche en casa ajena. Tal vez venga de ahí mi incomodidad cuando ejerzo de huésped. Aun así, cuando yo era niño, y después de mucha insistencia, mis padres lo convencieron para que viniera a visitarnos a Trípoli. Por fin iba a ver dónde vivíamos. Nunca vi a mi padre más nervioso o excitado. Los preparativos se intensificaron. El abuelo llegó muy animado. Mi madre y él se profesaban un cariño mutuo muy especial. Parecía contento de haber hecho el viaje, pero al pasar las horas se quedó en completo silencio. Mis pobres padres no tenían idea de qué había provocado ese cambio repentino. Al día siguiente, hizo la maleta y dijo que quería irse. Todos nos metimos en el coche y emprendimos el largo trayecto hasta Ajdabiya. Mi padre conducía, el abuelo iba a su lado, en el asiento del pasajero, y mi madre, Ziad y yo nos apiñábamos atrás. Su silencio resultaba particularmente inquietante. Daba la impresión de que estuviera conteniendo la respiración. Se sentaba muy tieso, sin tocar el asiento con la espalda. Cuando salimos de la capital y las amplias llanuras del desierto se abrieron a nuestro alrededor, suspiró y se apoyó en el respaldo.

—Por fin —dijo—, el horizonte.

Mis padres rieron y el abuelo se pasó todo el viaje contando historias.

Su casa estaba en el centro de la ciudad. Para mi mente infantil, era el punto desde el cual se desplegaba no sólo Ajdabiya, sino todo el mapa del mundo. Su arquitectura sugería esta idea. Para un niño, la casa era tan misteriosa y mágica como un laberinto. Y no puedo separar sus diversos giros sorprendentes, su aparente infinitud, su estética sobria y en cierto modo austera, de la vida y la personalidad de mi padre. Muchas veces me perdía en aquellas habitaciones, pasillos y patios interminables. Algunas ventanas daban a la calle o a uno de los patios; en cambio otras, por extraño que parezca, daban a otras habitaciones. Nunca parecía del todo claro si estabas dentro o fuera. Algunos de sus pasillos y corredores carecían de tejado o contaban con una abertura a través de la cual se filtraba un rayo de luz que se desplazaba con el paso de las horas. Algunas de las escaleras te llevaban fuera, al descubierto, antes de volver a curvarse hacia el interior. La decoración era sencilla. Las paredes estaban enyesadas y pintadas en dos mitades: la parte inferior oscura, normalmente de un azul, verde o morado intenso, y la parte superior, en blanco o rosa pálido o amarillo pastel. En algunos sitios, el suelo estaba embaldosado, y en otros, cubierto de manera irregular —como queso cremoso en una tostada, pensaba yo entonces— por un material parecido al cemento. Donde había mucha circulación, como en la entrada, brillaba oscuro y suave. De los techos colgaban bombillas desnudas y casi no había muebles. La casa era como uno de los largos poemas de mi abuelo: austera, impredecible, sencilla, inacabada y, sin embargo, habitada.

Hasta donde alcanzo a recordar, el estado inacabado de gran parte de la arquitectura moderna de Libia siempre me ha resultado inquietante. Es una manifestación de descuido más activa que, por ejemplo, las ruinas o edificios viejos a punto de derrumbarse. Cuando se construye algo, damos por sentado que responde a una necesidad, intención o deseo. Por lo tanto, asociamos el hecho de que no se complete con una negligencia y una indiferencia deliberadas, o bien con una impotencia sobrevenida. Los edificios inacabados parecen un agravio mayor, más ofensivo y opresivo, que un edificio acabado que pasa por tiempos difíciles. La epidemia es tan extrema —paredes exteriores sin enlucir, sin pintar— que cuesta no interpretarlo como una falta de autoestima. Nuestros hogares inacabados son, en otras palabras, un reflejo de nuestro presente. Nosotros los hemos hecho y ellos nos definen. Aunque tal vez me equivoque al permitir que se entrometa mi gusto personal, mi afición por una superficie pulida y acabada. Porque sé que al abuelo Hamed su casa y sus poemas le proporcionaban una gran libertad. Para él —tanto en arquitectura como en literatura o en buenas maneras— la grandeza, el buen gusto y demás se expresaban mejor mediante un minimalismo modesto, que huía de los excesos de refinamiento. No le gustaban las cosas relucientes. Nunca se elogió a sí mismo, ni siquiera de forma indirecta.

El abuelo Hamed se tumbaba en un rincón del salón, que era un gran espacio rectangular bordeado de cojines. Una de las fotografías que conservo de él —de la que envié una copia a la artista forense canadiense para ayudarle a hacer un retrato

del aspecto que mi padre podría tener hoy— muestra al abuelo Hamed tumbado en ese mismo rincón. Su figura, excepcionalmente alta y delgada, aparece tumbada sobre unos cojines y tiene la radio y un par de cartones de cigarrillos Kent a su lado. Su rostro me mira con amable solemnidad. Sostiene un cigarrillo entre sus dedos largos y oscuros, y la fina línea de humo se eleva sobre su cabeza.

La impresión que siempre he tenido de formar parte de una familia horizontal probablemente se originó en esos primeros encuentros con mi abuelo. Es en parte literal, tiene que ver con nuestra tendencia a buscar el cojín más cercano cuando leemos, charlamos o hemos de considerar con atención un problema, pero también en nuestras maneras de mostrar afecto y de relacionarnos había siempre un movimiento lateral. La imagen que se me ocurre es la de leche derramada, que va extendiéndose al tiempo que se desperdicia. Tal vez ésta sea la razón de que en nuestras reuniones siempre haya habido, además de exuberancia y calidez, esa desesperación tácita por recoger todas las piezas.

Recuerdo que mi abuelo me llamó una vez, colocó sus dedos en torno a un botón problemático de mi camisa, lo hizo pasar por el ojal, me enderezó el cuello y luego me pasó una mano temblorosa por el pelo con un toque extraño, ligero, como si apenas estuviera allí. Le pregunté por sus combates contra los italianos. No recuerdo lo que dijo, si es que dijo algo. En otra ocasión, alguien, quizá fuera el tío Mahmoud, contó la historia —en voz un poco más alta de lo necesario, porque el abuelo Hamed era duro de oído por entonces— de cuando el abuelo recibió un disparo en la batalla. Lo llevaron a una casa de un pueblo cercano. Nadie podía contener la hemorragia. Una niña conocida por su inteligencia corrió a buscar a la hechicera de un pueblo vecino. La anciana le dio a la niña una bolsita de polvo blanco y le dijo que se lo pusiera en la herida. La hemorragia cesó y unos días más tarde el abuelo Hamed estuvo lo bastante recuperado como para unirse otra vez a la resistencia. Yo había oído esa historia antes, pero nunca en presencia de su protagonista. Al darse cuenta de que no dejaba de mirarlo, mi abuelo dio un golpecito en el asiento que tenía al lado.

—No hace falta que pongas una cara tan triste —dijo.

—¿Dónde te dispararon? —pregunté.

Él guardó silencio un momento y a continuación se desabotonó la camisa. Pasó la tela por encima de su hombro y me mostró el lugar por donde había entrado la bala: una pequeña roseta justo por debajo de la clavícula.

—Muéstrame por dónde salió —dije, y tiré de su camisa hacia abajo para verle la espalda, esperando encontrar una cicatriz idéntica. En cambio, allí la piel estaba completamente lisa.

—¿Dónde está? —pregunté.

—Sigue dentro —dijo.

Recuerdo que me alteré muchísimo, no inmediatamente, sino al cabo de un rato, cuando volví a su lado para preguntarle si no había ninguna forma de sacarla. Para

distraerme, mi abuelo me llevó a pasear. La gente se paraba a saludarlo. Él me presentaba: «Le quiero presentar a mi nieto Hisham. Ha venido desde Trípoli especialmente para verme.»

Ser el nieto de Hamed Matar —tal como se me hacía saber de infinitas maneras, sin palabras— era una fortuna. De niño me daba cuenta de que muchas personas lo idealizaban y, como esa clase de idealización sirve más para oscurecer que para revelar a las personas, eso nubló mis primeras impresiones de él y me provocó una curiosidad aún mayor respecto a la clase de hombre que era. Cada vez que se mencionaba su nombre, yo prestaba mucha atención. Sabía que su vida se había visto profundamente perturbada por la invasión italiana y, dada la escasez de relatos de ese período, las lagunas en la biografía del abuelo Hamed están en parte conectadas con la historia más amplia de la ocupación. La tendencia al silencio continuó. Incluso hoy, ser libio implica vivir con preguntas.

Todos los libros sobre la historia moderna del país caben sin problemas en un par de estantes. El mejor de ellos es tan delgado que cabe en el bolsillo de mi abrigo y se lee en un día o dos. Claro está, hay otras muchas obras históricas dedicadas a quienes, en los últimos tres milenios, ocuparon Libia: los fenicios, los griegos, los romanos, los otomanos y, más recientemente, los italianos. Un libio que quiera atisbar algo de ese pasado, debe, como un intruso en una fiesta privada, abordar esos libros con el conocimiento pleno de que la mayoría no fueron escritos para él y, por consiguiente, en el fondo, son relatos referidos a las vidas de otros, a sus aventuras y desventuras en Libia, como si el país de uno fuera una oportunidad para que los extranjeros se liberen de sus demonios y cumplan sus ambiciones.

Esta escasez de relatos históricos es en parte resultado del doloroso nacimiento de la Libia moderna. El país experimentó una de las campañas más violentas de la historia de la represión colonial. Los italianos llegaron en 1911. Habían acertado al prever que las pocas guarniciones otomanas asentadas en ciudades costeras caerían con rapidez. En cambio, lo que no esperaban era la determinación, disciplina y vitalidad de la resistencia local. Entre 1911 y 1916 —y en represalia por un levantamiento popular en Trípoli que los italianos denominaron «revuelta árabe»— más de cinco mil hombres fueron desterrados de la ciudad y enviados a pequeñas islas dispersas alrededor de Italia —islas como las Tremiti, Ponza, Ustica y Favignana— y encarcelados allí. Cinco mil es una cifra muy alta, pero es todavía más significativa si se tiene en cuenta que la población de Trípoli en esa época era de sólo treinta mil personas. En otras palabras, a uno de cada seis habitantes de la capital libia lo sacaron de allí y lo hicieron desaparecer. El daño fue aún más duradero, porque las autoridades italianas seleccionaron a los hombres más señalados y prestigiosos: académicos, juristas, comerciantes prósperos y funcionarios. Las condiciones a bordo de los barcos eran tan malas que centenares de prisioneros murieron durante la

travesía, pese a que no pudo prolongarse más de un par de días. Algunos historiadores sostienen que una cuarta parte de los cinco mil hombres perdieron la vida durante el viaje. La mayoría de los que llegaron a las prisiones de las islas perecieron en cautividad. No parece existir un registro de supervivientes. Es un ejemplo extraordinario de devastación de una ciudad por parte de una potencia europea ocupante. Sin embargo, como ocurre con los crímenes italianos en Libia en general, es un hecho poco conocido hoy en día. El episodio ha quedado diluido por las atrocidades mayores que cometieron más adelante los italianos y que son, ay, sólo un poco menos oscuras.

Al llegar los italianos, casi de inmediato surgió un líder local: Omar al Mukhtar, el hombre al que en nuestra infancia nos referíamos de manera afectuosa como Sidi Omar. Formaba parte de la orden senussi, una familia religiosa mística que tenía escuelas y hacía obras benéficas desde la Cirenaica, en el noreste del país, hasta Argelia por el oeste y más al sur, en el África subsahariana. Su patriarca, Idris, iba a convertirse en rey y primer jefe de Estado de Libia después de la independencia. A pesar de contar con muy pocos recursos, Omar al Mukhtar condujo a hombres de las tribus libias a caballo en lo que se convirtió en una campaña muy eficaz. No obstante, después de que los fascistas marcharan sobre Roma en 1922 y Benito Mussolini tomara el poder, la destrucción y la matanza pasaron a ser masivas. Recurrieron a la aviación para gasear y bombardear pueblos. Practicaron la política de la despoblación. La historia recuerda a Mussolini como el bufón fascista, el italiano bobo e incompetente que dirigió una penosa campaña militar en la Segunda Guerra Mundial. Sin embargo, en Libia llevó a cabo una campaña de genocidio.

La población tribal fue conducida a pie a diversos campos de concentración del país. Todas las familias perdieron algunos de sus miembros en esos campos. Varios de mis antepasados murieron allí. Las historias de tortura, humillación y hambre se han contado a través de generaciones. El reportero danés Knud Holmboe, que estaba viajando por Libia en ese momento, es el único periodista occidental que conozco que ha visitado los campos. Su libro *Desert Encounter: An Adventurous Journey through Italian Africa* [«Encuentro en el desierto: un viaje azaroso por el África italiana»] es un relato profundamente inquietante y un documento excepcional. Su anfitrión italiano, un oficial del ejército, lo lleva a uno de los campos:

El campo era inmenso. Había al menos mil quinientas tiendas, que albergaban una población de entre seis mil y ocho mil personas. Estaba vallado con alambre de espino y había guardias con ametralladoras en cada entrada. Al acercarnos a las tiendas, los niños corrían hacia nuestro coche. Vestían harapos y parecían medio muertos de hambre, pero evidentemente estaban acostumbrados a conseguir dinero del comandante en sus visitas, porque extendían las manos y gritaban en italiano: «*Un soldo, signore, un soldo!*» [...] Los beduinos se reunían en torno a nosotros. Iban increíblemente

andrajosos. En los pies llevaban trozos de cuero atados con cuerda; sus capas eran una mezcla de toda clase de retales multicolores. Muchos de ellos parecían enfermos y destrozados, apenas podían caminar con aquellas espaldas torcidas o brazos y piernas terriblemente deformados.

Holmboe se indigna, pero intenta guardarse sus opiniones para no perder el acceso que sus anfitriones italianos le han concedido. Aun así, en un momento dado, en el campamento, cuando nadie puede oírlo, habla con un interno en su árabe perfecto:

Pregunté a uno de los beduinos:

—¿Dónde está Ahmar Moktar [Omar al Mukhtar]?

Él mostró sus dientes blancos en una sonrisa.

—Ahmar Moktar —dijo, haciendo un gesto con el brazo para abarcar el paisaje— está en todas partes, en las montañas y los valles.

El libro enfureció a los italianos, que lo prohibieron y detuvieron a su autor. Unos meses después de su liberación, el danés fue hallado al sur de Aqaba, en Jordania, asesinado. Se sigue sospechando que fue el servicio secreto italiano.

No está claro cuántas personas perecieron en los campos. El censo oficial italiano muestra que la población de la Cirenaica cayó de 225.000 a 142.000 personas. Enviaron a miles de huérfanos a los campos fascistas para «reeducarlos». Ametrallaban rebaños de ganado con aviones recién estrenados. Un general italiano alardeó de que, entre 1930 y 1931, el ejército había reducido el número de ovejas y cabras de 270.000 a 67.000. Como consecuencia, mucha gente murió de hambre.

El poeta libio Rajab Abuhweish, que fue académico y maestro y después sirvió como jurista en Argelia y el Chad, regresó a Libia en 1911 para unirse a la resistencia. Cuando atacaron su pueblo, los italianos quemaron las casas y echaron cemento en los pozos. Los hicieron marchar, a él y su familia, junto con el resto de habitantes del pueblo, a lo largo de cuatrocientos kilómetros, hasta el infame campo de concentración de El Agheila. Al estar prohibidos los bolígrafos y el papel, Abuhweish compuso mentalmente un poema de treinta estrofas, que memorizó. También otros lo memorizaron y de esa forma se extendió por el país. Fortaleció de tal modo el espíritu de la resistencia que, cuando los italianos descubrieron la identidad del autor, lo azotaron. El poema se titula «No tengo ninguna enfermedad, salvo...». Empieza así:

*No tengo ninguna enfermedad, salvo el campo de El Agheila,
el encarcelamiento de la tribu
y estar apartado del campo abierto.*

*No tengo ninguna enfermedad, salvo esta desesperación sin fin,
la escasez de todo y la pérdida de mi yegua alazana,
con sus patas delanteras negras hasta los cascos.*

*Cuando ocurrió el desastre,
mi yegua galopó, extendiendo su largo cuello
con una belleza incomparable.*

El poema de Rajab Abuhweish fue uno de los primeros que aprendí. Lo enseñaban en la escuela como parte de la historia de la lucha de Libia por su independencia. Me impresionó mucho. La vigésimo tercera estrofa en particular, y su imagen del niño viejo, me obsesionó en mi niñez.

*No tengo ninguna enfermedad, salvo la pérdida de gente noble
y los infames que ahora
nos gobiernan con sus rostros funestos, desvergonzados.*

*¿A cuántos niños se han llevado y azotado?
Las pobres jóvenes flores regresan desconcertadas,
envejecen sin haber vivido.*

Tras la independencia, Rajab Abuhweish volvió a la docencia y sirvió como consejero en el senado del rey Idris. Murió en 1952.

El abuelo Hamed también se unió a la resistencia en el este del país, bajo el liderazgo de Omar al Mukhtar, inmediatamente después de la invasión de 1911. Sin embargo, al cabo de ocho años, en 1919, de repente y a toda prisa, reunió a su joven familia y huyó a Alejandría. Esto me desconcertaba, porque los libios que lucharon bajo Omar al Mukhtar y que, como el abuelo Hamed, tenían algunos medios privados —en su caso, tierras— para financiar su marcha, no empezaron a emigrar a Egipto hasta doce años después. Para ser precisos, hasta el 11 de septiembre de 1931, cuando la resistencia recibió su golpe mortal. Omar al Mukhtar, que entonces tenía setenta y tres años, fue herido en una rápida retirada y se cayó del caballo. Al cabo de cinco días, y tras una farsa de juicio, ahorcaron al gran hombre en los alrededores de Bengasi. Igual que hizo el régimen de Gadafi medio siglo más tarde, cuando desviaron el tráfico para que la gente no tuviera más remedio que ver los cadáveres de los estudiantes colgados en el jardín de la catedral de Bengasi, la administración

colonial italiana se aseguró de que a la ejecución de Sidi Omar asistiera el mayor número posible de libios. Eso minó el ánimo del país. Durante los dos años siguientes, la resistencia, una fuerza formidable que había inspirado varios movimientos de independencia en todo el mundo, se desintegró. Fue entonces cuando muchos de sus miembros huyeron a Alejandría. Una generación más tarde, mi padre, al ver cómo la dictadura de Gadafi diezmaba a la oposición, también emigró al vecino Egipto con la esperanza de reconstruir la disidencia desde el extranjero. Pero ¿qué demonios llevó al abuelo Hamed a salir del país apresuradamente en 1919, cuando los miembros de tribus libias a caballo, armados con viejos rifles otomanos y lo que podían arrebatarle al enemigo, parecían a punto de derrotar a una potencia europea?

Una explicación —que cuenta con versiones diferentes según quien narre la historia— es que una noche, poco antes de huir a Alejandría, el abuelo Hamed se escondió en la esquina de una calle del centro de Bengasi. Un oficial italiano de alto rango había salido a horas intempestivas para ir a la panadería antes de que cerrara. Volvía a casa con la bolsa del pan en una mano y mordisqueando la punta de una barra que llevaba en la otra. El abuelo Hamed tiró del oficial hacia las sombras y lo degolló. Al cabo de unos días estaba en Alejandría.

Me resulta difícil creer que el ataque fuera aleatorio, que respondiera a una oportunidad de hacerle daño al enemigo o fuera provocado por el hambre. En la resistencia, el abuelo Hamed era conocido por su buena puntería, por ser un excelente jinete y un estratega eficaz que rara vez corría riesgos innecesarios. La guerra se libraba en lugares alejados de los centros muy poblados. Los hombres de Omar al Mukhtar estaban decididos a no rebajarse a las tácticas del enemigo y a no atacar a mujeres, niños o población civil. No querían intervenir en pueblos y ciudades. Cuando tendían emboscadas, su objetivo eran columnas militares y guarniciones, no un oficial que volvía a casa de la panadería. Esto aumenta la credibilidad de otra versión de la historia, según la cual el abuelo Hamed no mató al italiano por el pan, sino para vengarse de ese hombre en concreto, al que llevaba varios días siguiendo. Quizá, como en la historia de mi padre «En la quietud de la noche», las tropas italianas habían atacado a la familia y el ganado del abuelo Hamed y el ataque no había terminado tan bien para ellos como para el Ahmed del relato, su tío y la prima Aisha. Sospecho que otros conocían la animadversión y, por consiguiente, podrían haber deducido quién mató al italiano. Eso explicaría por qué el abuelo Hamed consideró necesario huir inmediatamente de Libia, el país por cuya defensa casi había perdido la vida, y llevarse a su familia consigo.

Aunque, por supuesto, esa historia podría no ser cierta. Tal vez no mató al oficial y se marchó sólo porque ya estaba harto de la guerra y quería educar a su familia en paz y en la ciudad culta y de grandes oportunidades que era entonces Alejandría. Fuera cual fuese la razón, el caso es que se estableció allí y se quedó los siguientes veinte años. Aunque no había mostrado un interés particular por los negocios hasta entonces, se convirtió en un próspero comerciante y compró una casa en uno de los

mejores barrios. Se decía que cuando los remaches de sus botas hechas a mano se gastaron, los sustituyó por otros de platino con la esperanza de no tener que volver nunca al zapatero. Sin embargo, en la cima de su éxito, a principios de la década de 1930, después de la ejecución de Sidi Omar y cuando el lazo se estaba apretando alrededor de la resistencia, el abuelo Hamed, como su hijo muchos años después, fue detenido en Egipto. Lo entregaron a las autoridades italianas y lo mandaron a Italia. No está claro si fue a Bolonia o a Padua, pero cuando las autoridades coloniales se llevaban a un miembro de la resistencia libia a Italia sólo significaba una cosa: ejecución. Y los cadáveres nunca se devolvían a las familias. Al día siguiente de la detención de mi abuelo, montones de personas acudieron a la casa para ofrecer sus condolencias. Mi abuela se vistió de negro, alquiló un par de centenares de sillas y contrató a un licenciado de la Universidad Al Azhar, quien, a lo largo de los siguientes tres días, se sentó con las piernas cruzadas en el salón principal y recitó el Corán completo.

Lo que nadie sabía era que, a los pocos días de estar cautivo, el abuelo Hamed escapó, llegó al puerto más cercano y convenció a un pescador de que lo llevara a un barco que acababa de zarpar hacia Alejandría. El pescador se acercó con su barca a la escalerilla de popa y el abuelo Hamed logró subir al barco sin que nadie lo viera. Se escondió en la sala de máquinas y, al caer la noche, hurgaba en la basura en busca de restos. El barco atracó en Alejandría al cabo de unos días. Transcurridas varias semanas de la captura del abuelo Hamed, cuando todos los dolientes habían regresado ya a sus casas, una brusca llamada a la puerta despertó a mi abuela en plena noche. Estaba asustada, pero cuando abrió casi se desmayó. No hacía más que apretar la mano de su marido para asegurarse de que no era un fantasma. Él cerró su negocio y unos días más tarde la familia estaba otra vez en Libia. La historia me parecía desconcertante. ¿Por qué regresó tan pronto y corrió un riesgo todavía mayor? Hace poco contacté con el historiador Nicola Labanca, una autoridad en el período colonial italiano en Libia. Esperaba que pudiera dirigirme a un archivo donde encontrar algún registro de la detención de mi abuelo. Labanca me explicó que no existía tal archivo, que en aquel tiempo los italianos mantenían pocos registros y que la mayoría de ellos se destruyeron durante la guerra. Me encontraba otra vez en ese lugar familiar, un lugar de sombras donde la única forma de entender lo ocurrido es a través de la imaginación, algo que sólo sirve para avivar el pasado y multiplicar sus posibilidades, como una casa embrujada con infinitas habitaciones de la que no se puede escapar. Según Labanca, que amablemente respondió a mis preguntas, era muy improbable que hubieran llevado a mi abuelo a Italia para juzgarlo. «A los libios los llevaban a Italia para dos cosas y sólo para esas dos: torturarlos para obtener información y luego ejecutarlos. No había juicios para libios», dijo. Por otro lado, tiene sentido que regresara a Libia en ese momento. En los años que siguieron a la ejecución de Omar al Mukhtar, Mussolini tenía mucho interés en que volvieran al país los libios ricos que vivían en el extranjero. Y esto por dos razones: fomentar la economía —sobre

todo la de la Cirenaica, que había sufrido mucho durante los últimos años de combates— y tener a esos hombres tan peligrosos, que seguramente contribuían con su dinero a los esfuerzos por restablecer la resistencia, de nuevo en el país, donde podían vigilarlos. Esto, dijo Labanca, explicaría mejor el regreso de mi abuelo: «No tenía escapatoria —concluyó el historiador—. Lo más probable es que se enfrentara a la cruel alternativa que las autoridades italianas ofrecían a los libios ricos del exilio: morir o regresar a Libia.»

Cuando falleció mi abuela, mi padre, que estaba en El Cairo y no podía asistir al funeral, guardó silencio. Durante varios días estuvo sumamente distante, como si el dolor fuera un país muy lejano. Cuando varios años después murió el abuelo Hamed, cayó en una desesperación todavía más profunda, aunque el abuelo era muy mayor y cabía esperarlo.

Fue a finales de 1989. Ziad y yo estábamos en la universidad en Londres y nuestros padres habían ido a visitarnos. Mi madre, con su manera particular de dar las malas noticias, me contó por la mañana, después de que la encontrara llorando, que el abuelo Hamed no estaba bien. «Puede que no sobreviva», dijo.

Me fui a clase, pero di media vuelta al recordar que, cuando yo tenía siete años, mi madre vino a buscarme al jardín en nuestra casa de Trípoli y dijo lo mismo sobre su padre. Murió ese mismo día.

Ziad, mi madre y yo esperamos a que mi padre regresara de sus encargos de la mañana. Ella se sentó con él y, con la máxima suavidad posible, le dio la mala noticia. Mi madre y Ziad estaban visiblemente conmovidos, pero yo sólo recuerdo estar aterrorizado. Sin decir ni una palabra, mi padre se levantó y se fue a la habitación. Lo seguimos. Se sentó al borde de la cama y se tapó la cara. Nunca lo había visto llorar. Mantuvo las palmas apretadas con fuerza contra la cara. Yo oía un lamento grave, como si estuviera gritando desde muy lejos.

Unos meses después, mi padre desapareció.

Esos dos hechos —la muerte del abuelo Hamed y la desaparición de mi padre en el abismo de las mazmorras de Gadafi— también están conectados en mi mente porque, en los días que siguieron al fallecimiento del abuelo, una nueva desesperación se apoderó de mi padre. Recuerdo haber pensado, cuando lo veía sentado solo, que era un hombre terriblemente impaciente. También detecté eso mismo en la ocasional fotografía que mi madre incluía en sus cartas, en las que aparecía solo o al lado de ella. Esta nueva noción de su impaciencia me resultaba peculiar. Para mí, él siempre había sido la personificación de la paciencia. Cuando yo mostraba frustración, él repetía esa palabra, «paciencia», como si fuera una letanía, y luego añadía el apodo que había inventado para mí, Sharh el Bal, «el calmante de la mente»; el nombre sin duda pretendía ayudarme a superar mi propia impaciencia. Mi padre citaba a menudo la frase repetida dos veces en la sura «La abertura», del Corán:

«¡Junto a la dificultad hay facilidad! ¡Sí, junto a la dificultad hay facilidad!» Sin embargo, la muerte del abuelo Hamed lo alteró, y esa alteración resultó irrevocable. Perdió el rumbo. Se volvió menos cuidadoso.

Tres años después de su secuestro —tres años de silencio absoluto— nos llegó una carta grabada en una cinta, con la voz de mi padre superpuesta a un recital del Corán que habían hecho para los prisioneros. Después de cuarenta minutos de discurso tranquilo, cuando ya se había despedido y sólo le faltaba apretar el botón de stop, oí, como si procediera del fondo de mí mismo, aquel lamento suave otra vez, en esa ocasión desde un pozo aún más profundo. Por una razón que nunca sabré, eligió no borrarlo. Quería que lo oyéramos.

Poco antes de su desaparición, mi padre me había confiado un secreto. En los años que siguieron a la muerte de mi abuela, en más de una ocasión se vestía como un campesino egipcio y, con un pasaporte falso, se colaba por la frontera egipcio-libia para viajar hasta Ajdabiya y ver a su padre.

—Breves visitas nocturnas que nunca duraban más de una o dos horas —me contó.

Estábamos los dos en mi estrecha cama, en Londres, tumbados juntos en sentido inverso. Por respeto, yo había apartado los pies de él, pero los suyos estaban junto a mí, de manera que podía apretar las plantas con mis pulgares, como sabía que le gustaba.

—¿Se sorprendía al verte? —pregunté.

—No, de alguna manera siempre lo esperaba —contestó mi padre.

Se sentaban en el rincón de la gran habitación del abuelo, susurrando en la oscuridad, antes de que mi padre le besara la mano y emprendiera el peligroso viaje de regreso.

—¿No veías a tus hermanos y hermanas? —pregunté.

—Era demasiado peligroso —dijo.

Mi padre también tenía un padre que sabía guardar un secreto.

En total, me contó, había hecho esto «unas tres veces».

—Imprudente —dije, enojado por que hubiera arriesgado la vida así.

—Ahora que ya no está —respondió para tranquilizarme—, no hay necesidad de preocuparse.

Y ahora, tras un cuarto de siglo de no ver a mi padre, yo correría los mismos riesgos para verlo, aunque fuera sólo durante una hora o dos.

Desde entonces, me he preguntado por qué mi padre eligió ese día en particular para contarme sus visitas secretas a Ajdabiya. En aquel momento supuse que era porque el abuelo Hamed acababa de fallecer, pero ahora no estoy seguro. En esa misma cinta, que a lo largo de los últimos veinticinco años sólo he sido capaz de escuchar cinco veces, dice: «No vengáis a buscarme.» Y cada vez esa frase me

recuerda la tarde en la que él y yo nos tumbamos uno al lado del otro, en mi estrecha cama de Londres. He llegado a entender las palabras «Ahora que ya no está, no hay necesidad de preocuparse», que en aquel momento me parecieron tranquilizadoras, como una advertencia que pasé por alto. Lo que de verdad significaban era que, muerto su padre, podía correr riesgos aún mayores.

Maximiliano

No saber en qué momento mi padre dejó de existir ha complicado más todavía el límite entre la vida y la muerte. Pero esto sólo puede explicar en parte por qué durante mucho tiempo, incluso antes de su desaparición, el hecho normal y corriente de señalar un calendario y decir este día exacto terminó la vida de una persona en concreto siempre me ha parecido impreciso. Quizá deberíamos ir con los dolientes, taparnos los oídos e insistir: «No, no está muerto.»

Quizá no se trate sólo de la negación de una noticia terrible, sino también del reconocimiento momentáneo de una verdad, una que pasa y se entierra junto con el difunto. La incredulidad es el instinto correcto, porque ¿cómo pueden estar los muertos realmente muertos? Pienso esto porque la ausencia nunca me ha parecido vacía o pasiva, sino más bien un lugar ocupado, ruidoso e insistente. Como escribe Aristóteles: «La teoría de que el vacío existe implica la existencia de un lugar: porque el vacío se define como un lugar desprovisto de cuerpo.» Aristóteles no dice nada del tiempo, y éste seguramente forma parte de todo ello, de cómo tratamos de adaptarnos a la ausencia. Quizá ésta sea la razón por la cual, en infinitud de culturas, la gente que llora una pérdida se balancea u oscila de lado a lado, no sólo en recuerdo de la infancia y el latido de la madre, sino también en un intento de controlar el tiempo. Sólo éste puede albergar la esperanza de llenar el vacío. El cuerpo de mi padre no está, pero su lugar está aquí y está ocupado por algo que no puede ser llamado sólo memoria. Es algo vivo y presente. ¿Cómo puede ser que las complejidades del ser, la mecánica de nuestra anatomía, la inteligencia de nuestra biología y el firmamento interminable de nuestra interioridad —los pensamientos y preguntas y anhelos y esperanzas y el hambre y el deseo y las mil y una contradicciones que habitan en nosotros en un momento dado— tengan un final marcado por una fecha en un calendario? ¿Verdad que siempre nos lo ha parecido? ¿No he detectado yo siempre la confusión de los funerales, la incertidumbre de los cementerios, la perplejidad de una lápida? Tal vez los funerales y todos los rituales sagrados y seculares del luto a lo largo de la historia de la humanidad sean meros gestos fallidos. El muerto vive con nosotros. La pena no es una historia de suspense o un enigma por resolver, sino una empresa activa y vibrante. Es trabajo duro, honesto. Puede deslomarte. Forma parte de nuestra iniciación en la muerte y —no sé por qué, no tengo modo de justificarlo— en ese sentido es una parte esperanzadora. Lo extraordinario es que, con todo lo que ha ocurrido, el corazón sigue inclinándose de manera natural hacia la luz. Es en esa dirección donde encuentra menor resistencia. Nunca lo he comprendido. Al menos no desde un punto de vista intelectual. Pero de alguna manera es en el cuerpo, en el

reconocimiento físico de la eternidad de cada momento, en la naturaleza expansiva del tiempo y del espacio, donde afirmaciones como «Está muerto» carecen de precisión. Mi padre está muerto y vivo al mismo tiempo. No tengo una gramática para él. Está en el pasado, el presente y el futuro. Creo que aunque le hubiera tomado la mano y la hubiera sentido aflojarse al exhalar su último aliento, cada vez que me refiriera a él, todavía haría una pausa para buscar el tiempo verbal adecuado. Sospecho que muchos hombres que han enterrado a sus padres sienten lo mismo. No soy diferente. Vivo, como vivimos todos, en las consecuencias.

A los pocos días de regresar a Libia viajé a Roma y me planté delante de *El martirio de san Lorenzo*, de Tiziano. Había ido a Roma especialmente para ver esa exposición. Había varias obras maestras del artista italiano en la misma sala. La mayoría de ellas nunca se habían expuesto juntas hasta entonces. Yo había visto *El martirio de san Lorenzo* en infinidad de reproducciones —en libros y postales y una vez en un póster grande en una pared, en casa de un amigo—, pero nada de eso me había preparado para la obra real. Es de un tamaño inmenso, mide casi cinco metros de alto por tres de ancho. Es imposible pasar por alto el sufrimiento de san Lorenzo. Me quedé allí hasta la hora de cierre. Observé el cuerpo atlético de un hombre, un cuerpo todavía intacto, sujeto a un banco de madera. Pensé en el carpintero que había construido ese banco. Imaginé a la hija dándole un vaso de agua. El banco se había construido para que cumpliera su cometido con eficacia: sostener el cuerpo hasta que, a su debido tiempo, ardiera también y se desplomara. Pero estamos en una fase anterior. El banco todavía se sostiene bien. Una figura con el torso desnudo está alimentando el fuego. Como el carpintero —o quizá sea el carpintero—, el hombre es diligente en su trabajo. El tormento de san Lorenzo es continuo. Está rodeado de hombres eficientes. Detrás de él hay uno de brazos fuertes. Lucha para mantener a la víctima acostada. El sufrimiento retuerce el cuerpo de Lorenzo. Tiene la cabeza echada hacia atrás. Por la tensión o por remordimiento, el bruto que lo sujeta aparta la vista. Entretanto, otro hombre cuya cara podemos ver, le clava una especie de lanza a san Lorenzo en las costillas, como podría hacerlo con un animal encadenado, con la tranquilidad de saber que no puede revolverse contra él. La luz procede del fuego: el que arde debajo de Lorenzo y el de las antorchas de los que presencian el espectáculo. La otra única fuente de luz es una brecha en el cielo, con los bordes rodeados de nubes, como si fuera una herida infectada. La luna brilla a través de esa brecha. Toca la mano extendida de Lorenzo e ilumina las yemas de sus dedos. Hay un detalle extraño: el pie izquierdo de Lorenzo tiene una posición peculiar, colgando del banco, entre las llamas, como si disfrutara del fuego.

Algunas pinturas me parecen misteriosas. Me atraen como me atraen ciertos individuos. El arte, la arquitectura y la música me han interesado desde que tengo memoria, pero mi fascinación por las pinturas cambió cuando yo tenía diecinueve años, el año en que perdí a mi padre. La experiencia habitual de ir a una galería y pasar un par de horas yendo de una pintura a otra hasta llegar al final ya no me servía.

De hecho, me abrumaba. Más de una vez me dieron ganas de gritar. Sin embargo, seguía volviendo, por voluntad propia. Fue entonces cuando empecé con lo que en principio era una solución temporal al problema, pero que, con el paso de los años, se ha convertido en parte integral de mi vida. Como vivía cerca de la National Gallery y la entrada era gratuita, pensé que elegiría una pintura y haría una breve visita de quince minutos cada día para verla, y lo haría cinco veces por semana. Cambiaría a otra pintura cuando sintiera que mi interés se había agotado. Por aquel entonces, normalmente se me agotaba en una semana; ahora, en parte porque sólo puedo visitar el museo una o dos veces por semana, puedo estar mucho más tiempo, en ocasiones más de un año, antes de pasar a una nueva pintura. Durante los últimos veinticinco años he mantenido ese régimen de visitas en todos los sitios en los que he vivido. Ese día en Roma, después de visitar mi país por primera vez en treinta y tres años, tras descubrir todo lo que era posible sobre lo que le había ocurrido a mi padre, me senté en el suelo de la galería vacía, mirando *El martirio de san Lorenzo* mientras hacía un esbozo en mi libreta, en parte para ayudarme a mirar, pero sobre todo para justificar el tiempo que estaba pasando delante de la pintura. Y de pronto, sin darme cuenta de que me había rendido a ellos, estaba rodeado por sonidos e imágenes, que me llegaban en fragmentos rotos, afilados, de los momentos finales de mi padre: qué podían haberle dicho, cuáles podían haber sido sus últimas palabras, qué le habría parecido entonces el pasado.

Igual que con el banco de carpintero de Lorenzo, el arquitecto de Abu Salim había sido práctico al diseñar las celdas de la prisión, el espacio al que mi padre se había referido de manera irónica en su carta como el «noble palacio». Una de las cosas en las que la humanidad parece estar de acuerdo es en la forma y función de las prisiones. El diseño de Abu Salim se adhiere a este código universal. El hombre que concibió la celda nunca estuvo en ella; de hecho, nunca vio el edificio construido. Se sentó a un escritorio en otro país y, entre comidas, visitas al cuarto de baño y otras obligaciones, consideró medidas estándar, capacidad, materiales y distribución. Optó por muros de hormigón prefabricados, que fueron cargados en barcos y transportados a Trípoli. Los trabajadores extranjeros que montaron el edificio tenían horarios laborales razonables. Se les proporcionó comida. La construcción se llevó a cabo en un tiempo récord. Los que vivían cerca del edificio comentaban que un día no estaba y al día siguiente estaba allí. El arquitecto había especificado que el fabricante hiciera un orificio redondo justo en el centro de cada muro prefabricado. De este modo, cuando la grúa levantaba el bloque ya montado, éste se elevaba en perfecto equilibrio, tan recto como una guillotina. Después se enyesaban los agujeros y se tapaban. Pero más adelante, cuando las celdas se llenaron, los presos los descubrieron. Vieron que si rascaban el yeso podían abrir un canal de comunicación con la celda contigua, lo bastante grande como para pasar un libro. Lo sé porque mi padre describe esos

agujeros en su carta cuando dice: «Toda clase de artículos se pasaban de ese modo. Ninguno más valioso que los libros.» Y luego añade: «La prisión es una gran biblioteca», algo que me costaba creer. Cada febrero, al regresar de la Feria del Libro de El Cairo, nos las veíamos y nos las deseábamos para meter en el maletero todos los libros que mi padre había comprado, y más de una vez tuvimos que pedir un taxi. Cada vez que me atrevía a leer las cartas que escribía desde la prisión, buscaba señales de cómo su encarcelación podría haberlo cambiado, alterado o reducido. Fuera cual fuese su calidad, los libros se pasaban a través de esos orificios, que se tapaban durante el día y se abrían por la noche. Así se creó una red que conectaba casi todas las celdas. Fue la consecuencia no intencionada de la decisión del arquitecto. El plano mostraba salas construidas en ángulos rectos, agrupadas en torno a espacios rectangulares abiertos. Esos patios eran los únicos lugares donde los presos podían pasear a cielo abierto. Fue en uno de ellos donde, el 29 de junio de 1996, 1.270 presos fueron ejecutados. Aunque nunca lo creí, es posible que mi padre estuviera entre ellos.

Un antiguo preso al que conocí en 2004 me contó que en abril de 1996, dos meses antes de la masacre, sacaron a mi padre de su celda. Sus escasas pertenencias quedaron en ella y después fueron vendidas por los guardias a otros presos. A mi padre lo trasladaron entonces a otra ala de la misma prisión, o a otra cárcel, o lo ejecutaron de inmediato, o lo devolvieron dos meses más tarde para morir con los otros, o lo mataron posteriormente en un momento y lugar desconocidos.

Durante las últimas dos décadas y media he seguido cada fragmento que he podido conseguir de información referida a la vida en Abu Salim. He leído todos los relatos que he encontrado y, cuando me enteraba de que algún antiguo recluso había abandonado el país, trataba de contactar con él. En una ocasión viajé hasta Oklahoma. Siempre iba a esos encuentros con la misma mezcla de miedo y esperanza agotada. Había cierto pudor en esos hombres, que se expresaba en no querer desvelar todos los hechos al mismo tiempo. Me recordaba el orgullo inapropiado de quienes, tras haber recibido una gran fortuna, tratan de restarle importancia a su privilegio. Pensaba esto de manera crítica, fruto de la frustración, porque a menudo tenía que contenerme, limitar mis preguntas, que trataba de plantear con la mínima urgencia posible. He conocido a mucha gente, muchos nombres. Conozco gran cantidad de nombres. A veces me tumbo de espaldas, cierro los ojos y los veo flotando por encima de mí como polillas.

Uno de esos encuentros fue en un café vacío de Londres. El hombre y yo nos sentamos a una mesa, en un rincón del fondo, desde donde podía verse todo el local. Él estaba de espaldas a la entrada y yo mantenía un ojo en la puerta. Eso fue después de 2003, cuando Tony Blair viajó a Libia y estrechó la mano de Muammar Gaddafi. Ziad me llamó esa tarde. «Ahora ya lo hemos perdido todo», dijo.

La dictadura se hizo más poderosa que nunca. Algunos de los peores criminales de guerra del país empezaron a comprar casas en Londres. El jefe de espías de

Gadafi, Musa Kusa —a quien sólo unos años antes habían solicitado que abandonara Gran Bretaña, después de que Ali Abuzeid, un disidente británico-libio, fuera seguido a su tienda del oeste de Londres el 26 de noviembre de 1995 y acuchillado más de treinta veces— era un visitante habitual. Después del viaje de Tony Blair, la capital británica se convirtió en el principal observatorio del servicio secreto de Gadafi para controlar a los libios que vivían en el extranjero. El Reino Unido ayudó a entregar disidentes a Trípoli. La Autoridad Libia de Inversiones, una institución corrupta que decía gestionar la riqueza nacional, tenía sede en Londres. La ALI compró hoteles y propiedades inmobiliarias y realizó inversiones diversas, a menudo en nombre de individuos del círculo íntimo de Gadafi. Notables y poderosos financieros británicos eran miembros del consejo de administración. El hijo y previsible heredero del dictador, Seif el Islam Gadafi, se convirtió en la niña de los ojos del *establishment* británico. La London School of Economics le concedió un doctorado que después resultó fraudulento. Diversos académicos, políticos, abogados y agencias de relaciones públicas británicas empezaron a trabajar sin descanso para lavar la sangre de las manos del régimen libio. Ninguno de nosotros se sentía a salvo. Los funcionarios de la embajada libia asistieron a la primera charla que di sobre mi primera novela. Enviaron un informe a Libia y me convertí en un hombre vigilado. Ya no se consideraba seguro que visitara a mi familia en Egipto, lo que supuso un segundo exilio para mí. A muchos amigos o parientes no les parecía prudente dejarse ver conmigo cuando visitaban Londres. Cada vez que concedía una entrevista criticando la dictadura, caminaba durante días sintiendo la presencia del régimen a mis espaldas. Fue en tales circunstancias en las que el antiguo preso y yo nos reunimos en un café de Londres.

El hombre me contó que, aunque las autoridades de la prisión se aseguraban de que mi padre no tratara con otros presos, había logrado estar en contacto con él.

—Intercambiábamos mensajes a través de los pasajes.

—¿Así que nunca lo viste? —pregunté.

—Sólo desde cierta distancia —dijo, y explicó que se subía a hombros de uno de sus compañeros de celda y, a través de las altas ventanas, veía a mi padre paseando solo por el patio.

Miré la cara del hombre mientras me contaba eso y sentí la imperiosa necesidad no tanto de saber cómo había visto a mi padre, sino literalmente de poseer sus ojos, los ojos con los que lo había visto, de arrancárselos del cráneo e insertarlos en el mío.

En otra ocasión, más o menos en la misma época, hablé con un hombre que fue cocinero de la prisión durante el período en que se produjo la masacre. Después de las ejecuciones, que duraron varias horas y eran como «un taladro en la cabeza», los guardias le llevaron una caja llena de relojes y anillos manchados de sangre. Le pidieron que los limpiara. Obviamente se habían olvidado de pedir a los presos que se quitaran los relojes y anillos de boda o, más probable, los guardias, que mantenían un comercio clandestino de artículos confiscados y robados, no podían permitirse que

sus superiores los vieran robar, por lo que más tarde, cuando ya nadie los veía, seguramente fueron de cadáver en cadáver, quitándoles relojes y anillos.

El cocinero tomó nota mental del número de relojes y así fue como su testimonio, durante esos años en que se eliminaron todas las noticias de la masacre, dio a las organizaciones que hacían campaña en defensa de los derechos humanos una primera idea del número de ejecutados ese día.

Mi padre nos advierte en su primera carta, que recibimos en 1993, que nadie debe enterarse de que envía correspondencia, o «de lo contrario —escribe—, caeré en un abismo sin fondo. Preferiría morir torturado a dar los nombres de los que han entregado esta carta».

Mi madre, Ziad y yo estábamos en una habitación en El Cairo, agachados en el suelo, a los pies de mi cama. No puedo recordar por qué terminamos leyendo en esa postura tan extraña. Fue como si la carta contuviera un artefacto explosivo que esperábamos desactivar. No era la primera vez que leíamos la carta, pero sí la primera relectura, al día siguiente del shock inicial de haberla recibido y descubrir que mi padre no se hallaba en ninguna ubicación secreta de El Cairo, como nos habían hecho creer las autoridades egipcias, sino en la prisión de Abu Salim, en Trípoli.

Mi madre empezó a leer y luego paró. Ziad continuó. Entonces llegó mi turno. Y así seguimos, hasta la última línea. En más de una ocasión, Ziad y yo tuvimos que pedirle a mi madre que nos ayudara a descifrar una palabra. Nadie conoce la caligrafía de mi padre mejor que ella.

Nuestra mirada estaba tan concentrada que apenas podíamos ver nada más. Como figuras que se mueven en la niebla, cada uno de nosotros temía perder a los demás. Pero la pena divide; nos llevó a cada uno a un territorio de sombras privadas, donde el tormento era algo tan espantosamente ajeno al lenguaje que resultaba incomunicable.

Yo no paraba de pensar en el verbo «caer». ¿Por qué mi padre decía «caeré en un abismo sin fondo» cuando seguramente quería decir «me tirarán»? «Caer» implicaba que él tenía un papel en el asunto. Me hizo pensar en un hombre que es llevado hasta el borde de la cordura y entonces cae. Y la descripción del abismo —sin fondo— me enervó más todavía. La palabra «abismo» ya era de por sí bastante mala, ¿por qué adjetivarla? Eso, por razones que entonces no podía explicar, me inquietó más que ningún otro detalle de la carta. Sacudió en mi interior un lugar que aún sigue desplazado. Al proponerse definir la clase de abismo al que sería arrojado, sin querer estaba revelando una oscura verdad. En aquel submundo desde el que estaba escribiendo, había claramente distintos abismos. Por otra parte, en el momento en que escribió su carta ya había conocido varios de ellos. Algunos le habían parecido sin fondo, pero luego resultaron tenerlo. En cambio, para la amenaza que la carta representaba no había alivio posible.

Una de las frustraciones de la vida en prisión, que es también una de las consecuencias pretendidas, es convertir al preso en un ser inútil. Un preso sirve para bien poca cosa. El objetivo es hacer que se sienta desvalido. La frustración va en aumento hasta que el preso corre un riesgo excesivo. En octubre de 1995, cinco años y medio después de su secuestro, mi padre cruzó esa línea. Le escribió una carta a Saber Majid, un rico disidente libio que vivía en Londres. En ella, le explicaba que la familia de un compañero preso pasaba por tiempos difíciles y pedía un préstamo de 8.000 dólares, que se debía entregar al portador de la carta. «Déjeme hablarle con claridad —escribe mi padre—, le devolveré el préstamo cuando sea libre. Si ese día nunca llega, lo harán mis hijos, Ziad y Hisham.» La carta incluía la advertencia habitual, haciendo hincapié en la importancia de mantenerla en secreto.

Cuando Ziad y yo le ofrecimos al hombre devolverle el préstamo que le había pedido mi padre, él nos dijo que nunca le había dado el dinero al portador. Eso nos enfureció. Tanto mi padre como varios más habían arriesgado su vida por entregar aquel mensaje. Saber Majid dijo simplemente:

—No podía estar seguro de que el hombre que me trajo la carta fuera quien decía ser.

Le preguntamos si sabía cómo localizar a ese hombre. Dijo que no lo sabía y que ni siquiera podía recordar su nombre. Por otra parte, de manera deliberada o por pura estupidez, Saber Majid publicó la carta de mi padre en un periódico en lengua árabe. El abismo sin fondo se abrió.

En 2011, cuando cayó Trípoli y todos los presos de Abu Salim fueron liberados, Ziad encontró a un hombre que había estado en la celda contigua a la de mi padre. Él recordaba el interrogatorio que se había producido como consecuencia de la publicación de la carta. Le contó a Ziad que lo oyó pegando la oreja en la abertura del muro. Lo relató de la siguiente manera:

—El interrogador dijo: “Quiero saber quién entregó la carta.”

»Tu padre respondió: “¿Qué carta?”

»El interrogador dijo: “La que sale en este periódico. Quiero el nombre del preso al que se la diste y el de la persona de fuera que la entregó.”

»Tu padre dijo: “Te lo diré. Escribí esa carta de mi puño y letra, doblé el papel varias veces y te lo di a ti. Si alguien me pregunta, le diré que tú la entregaste.”

»Después de esto —le contó el preso a Ziad—, el señor Jaballa fue torturado de tal manera que no pudo levantarse por la noche para hablar con nosotros. La tortura se prolongó tres días. Después lo trasladaron.

Siempre he sabido quién nos entregaba las cartas. Era mi primo Nasser al Tashani, el hermano mayor de Marwan y Nafa. Recuerdo el día que sonó el timbre en El Cairo y entró él. No nos había dicho que fuera a venir. Nos sorprendió y nos complació verlo. Pero él, en lugar de saludarnos, fue directo al equipo de música —recuerdo que

estaba sonando una canción de Oum Kalthum— y subió el volumen al máximo. A continuación, abrazó a mi madre y le susurró algo al oído. Todos vimos cómo sacaba un trozo de papel blanco doblado tantas veces que era del tamaño de un sello de correos.

A lo largo de los años, Nasser nunca me dijo el nombre del hombre de la cárcel de Abu Salim que le había entregado las cartas. Lo único que yo sabía era que se trataba de un amigo al que él visitaba de vez en cuando. Me he preguntado muchas veces si mi padre, cuando lo mandaron al abismo sin fondo, reveló el nombre de ese hombre bajo tortura. Que las autoridades nunca interrogaran a Nasser era buena señal, pero también podía significar que, después de sacarle a mi padre el nombre del preso, no hubieran logrado obtener de éste el nombre de Nasser. Me avergonzaba pensar esas cosas, porque ¿quién puede culpar a un hombre por hablar bajo tortura, y menos aún si es tu propio padre? Pero no se trataba sólo de una cuestión de orgullo. De alguna manera necesitaba saber que no se quebró, que continuó reteniendo lo que era suyo, que había un lugar en él que nunca lograron alcanzar.

Una mañana, en Bengasi, sonó el teléfono de nuestra habitación del hotel. Cuando respondí, la voz de un hombre dijo:

—No me conoces, pero tu padre fue como un padre para mí. Estoy abajo. Me gustaría conocerte.

Cuando se abrieron las puertas del ascensor, vi al hombre de pie en el vestíbulo. Tendría tal vez unos cinco años más que yo. Su aspecto me pareció excepcionalmente sano. Recuerdo que eso fue lo que pensé en ese momento. Ojos claros y piel clara. Me llevó a una mesa donde, sonriendo de oreja a oreja, encontré también a mi primo Nasser.

El hombre se llamaba Ehlayyel Bejo. Era poeta. Lo detuvieron en 1984, cuando tenía diecinueve años, y pasó diecisiete en la cárcel. Desde la revolución trabaja para el Ministerio de Cultura. Nasser y él eran amigos de infancia, pero cuando fue encarcelado no sabía que Nasser tuviese un tío en la misma prisión, y mi primo, como el resto de nosotros, no tenía ni idea de que mi padre estuviera en Abu Salim.

—No conocía a tu padre antes de la prisión —dijo Ehlayyel—. Lo primero que conocí fue su voz. Cuando llevaban a alguno de los jóvenes presos a la sala de interrogatorios, tu padre decía en voz alta: «Chicos, si os atascáis, decid que Jaballa Matar os pidió que lo hicierais.» Lo admiraba por eso, porque no tienes ni idea de lo que supuso para mi corazón oír eso. Fortaleza en la hora más débil. Poco a poco, él y yo empezamos a intercambiar cartas. Me escribió muchas muy hermosas que tuve que destruir.

Ehlayyel Bejo y Nasser al Tashani arriesgaron su vida para traernos la carta que hizo añicos el mito que habían construido las autoridades egipcias. Y cuando enviaron a mi padre al abismo sin fondo, él no los delató.

Siempre me he preguntado si es posible perder a tu padre sin sentir el momento concreto de su muerte. Recuerdo una entrevista que le hicieron en la radio a un poeta sirio cuyo nombre he olvidado. Vino a Londres a dar una conferencia y se hospedaba en un hotel cerca de Grosvenor Square. Una tarde, sintió la necesidad de salir a la plaza.

«Caminé bajo los árboles. Hacía un día precioso. Sin embargo, no podía desembarazarme de una apremiante tristeza. Echaba de menos a mi madre. Cuando regresé a mi habitación, encontré un mensaje que me decía que acababa de fallecer.»

Recuerdo que oí eso en la radio y pensé que tenía todo el sentido. Por supuesto, me dije, sería imposible que no pudiera detectar el momento en que alguien amado muere. Y esa idea me ha reconfortado a menudo, sobre todo cuando la esperanza mengua. Y ahora que es impensable que mi padre esté vivo, me perturba el fracaso. Cuántas cosas ocurren en este mundo sin el menor parpadeo por nuestra parte.

Lo más probable es que mi padre fuera asesinado en la masacre de Abu Salim. Varios presos me han dicho que, aunque ellos no lo vieron, habían oído decir a otros que Jaballa Matar estaba entre los que sacaron al patio ese día. Ehlayyel Bejo se quedó estupefacto de que yo lo dudara, pero luego, cuando le pregunté si él o alguien más había visto a mi padre ese día, dijo que no y luego añadió: «Pero es obvio.»

Otro preso que estaba en la celda que daba al patio me dijo: «Casi podría jurar que lo vi, pero no puedo estar seguro, porque la luz no era buena. Era muy temprano.»

Es posible que esos relatos fueran deliberadamente ambiguos para suavizar el golpe. Así pues, aunque nunca se ha confirmado, el día más probable en que terminó la vida de mi padre fue el 29 de junio de 1996, cuando él tenía cincuenta y siete años, y yo, veinticinco.

A lo largo de todo el tiempo transcurrido, de todas las búsquedas e investigaciones que he hecho, nunca había mirado mi diario de ese año. No escribo diarios con regularidad. Hay años en los que sólo he anotado unas cuantas cosas. Hace poco, al volver de ver la exposición de Tiziano en Roma, busqué en mis cuadernos y encontré uno de 1996. Y allí estaba, una anotación hecha el 29 de junio, el día de la masacre. Era sábado. Yo vivía en el West End, a unos veinte minutos a pie de la National Gallery, y no tenía dinero. Pasaba semanas enteras comiendo sólo arroz y lentejas. Siempre estaba muy preocupado por el dinero. Esa preocupación era como ácido en las horas de vigilia. Pero procuraba ir lo más elegante posible y adopté la norma de no contarle a nadie lo desesperado que estaba. La anotación dice:

No me he podido levantar hasta mediodía. A pie a la NG. He terminado con

Velázquez. He pasado al Maximiliano de Manet. Nunca volveré a hablar de preocupaciones monetarias. Mañana de dibujo.

Al día siguiente hay otra anotación. Una línea:

No he dibujado.

Lo leí otra vez. Había algo desconcertante en la distancia. Parece claro que había roto mi regla y me había quejado del dinero la noche anterior. Pero eso por sí solo no explica por qué, teniendo en cuenta lo madrugador que suelo ser, no pudiera levantarme de la cama hasta el mediodía. Más que nada, lo que me produjo un escalofrío fue el hecho de que, el día en que 1.270 hombres fueron ejecutados en la prisión donde se hallaba mi padre, yo decidiera cambiar mi vigilia ante Velázquez, que por entonces llevaba manteniendo seis años, y pasara a *La ejecución de Maximiliano*, de Édouard Manet, un cuadro que representa una ejecución política.

El pintor español del siglo XVII, Diego Velázquez, que me había atrapado durante esos años, se cuenta entre las principales influencias del pintor francés Manet. Con toda probabilidad, fue esa cronología de influencias lo que propició mi decisión. Sin embargo, es inquietantemente apropiado. Manet se estaba manifestando respecto a uno de los acontecimientos políticos más controvertidos de su tiempo. La intervención francesa en México tuvo un final desastroso con la ejecución del gobernante que ellos habían erigido, el emperador Maximiliano, en 1867. No había fotografías del incidente. Manet tuvo que basarse en los relatos que oyó y en lo que leyó en los periódicos. Ese mismo año empezó a trabajar en varias representaciones del hecho. Durante los siguientes dos años, completó tres grandes pinturas, un esbozo al óleo y una litografía que describía la caída de Maximiliano. Están diseminadas por el mundo. La que se conserva en la National Gallery es la más conmovedora, en buena medida porque, después de la muerte del artista, la pintura fue cortada y vendida en fragmentos. El pintor impresionista Edgar Degas compró los trozos que se conservaban y hasta 1992, dos años después de la desaparición de mi padre, la National Gallery no los reunió en un solo lienzo. Todavía faltan grandes fragmentos de la pintura. No se puede ver a Maximiliano, sólo su mano, agarrada con fuerza por uno de sus generales. El pelotón de fusilamiento está tan despiadadamente concentrado e indiferente como los hombres que rodeaban a san Lorenzo. Sería difícil pensar en una pintura que evoque mejor el destino indemostrable de mi padre y los hombres que murieron en Abu Salim. Descubrir que mi yo desconocido de veinticinco años fue guiado, por razón o por instinto, a esa pintura el mismo día de la masacre me desconcertó, y desde entonces ha cambiado mi relación con todas las obras del artista francés, que, en algún lugar de las novelas de Proust, es descrito como el pintor de incontables retratos de modelos desaparecidos, «modelos que ya

pertenecen al olvido o a la historia». Hoy, cuando veo un Manet, el blanco, su blanco, que es diferente de cualquier otro, nunca es una nube, un mantel o el vestido de una mujer, sino para siempre el de los cinturones blancos del pelotón de fusilamiento de *La ejecución de Maximiliano*.

La campaña

A lo largo de todo lo que ha ocurrido en las últimas dos décadas y media desde que perdí a mi padre, todos los éxitos y fracasos, todas las labores diversas que uno tiene que hacer para dar un paso hacia aquí o hacia allá, todos los descubrimientos y las oportunidades perdidas, las discusiones, los nuevos amores y nuevos amigos, mientras complacía a unos y molestaba a otros, mientras cada nuevo descubrimiento se traducía en un ajuste particular, a lo largo de todas mis horas de ruido y silencio, el tren de mis esfuerzos para encontrar el paradero de mi padre continuó su marcha. Siguió adelante en la oscuridad, sin cederle el paso a nada y pareciendo, con el paso de los años, un producto de su propio anhelo. Desde hace un cuarto de siglo he ido perdiendo la esperanza. Ahora puedo decir que ya casi me he librado. Sólo me quedan unos pequeños granos dispersos.

Tras diecinueve años en la niebla, en febrero de 2009, el mes más triste del calendario británico, cuando las nubes llegan en capas dobles y triples, recibí la llamada de un hombre. Me dijo que había estado preso ocho años y que acababa de obtener la libertad.

—Vi a su padre, lo vi en la Boca del Infierno —dijo—. Fue hace varios años.

—¿Cuándo exactamente?

—En 2002.

—¿Vio a mi padre en 2002?

—Sí, en 2002.

Si fuera cierto, sería la única vez que alguien había visto a mi padre después de 1996, tras la masacre.

Le dije que en ese momento no podía hablar con libertad y le pregunté si podía llamarlo al cabo de más o menos una hora. Me dio su teléfono. Todo se detuvo. Todo lo que estaba haciendo antes de ese momento y todo lo que estaba planeando hacer a continuación desapareció. Comprobé el historial del hombre. Era cierto que había sido un preso político y que esa prisión de nombre macabro existía realmente. Era una cárcel de alta seguridad en Trípoli. Marqué el número que me había dado. Respondió de inmediato.

—¿Qué aspecto tenía? —pregunté.

—¿Qué quiere decir? —preguntó él.

—¿Cómo estaba? ¿Su cara? ¿Su salud?

—Sólo lo vi una vez y de forma muy breve. Se lo veía frágil, pero bien.

Las palabras «frágil» y «bien» retumbaron en silencio en mi boca. La esperanza, como el agua en la tierra resquebrajada, me inundó, me arrolló. Fue una noticia

tremenda. Tremenda como pueden serlo una tormenta o una inundación. Cuando tu padre lleva dieciocho años desaparecido, tu deseo de encontrarlo tiene la misma intensidad que el temor de hacerlo. Se libra en ti una lamentable batalla íntima.

Human Rights Watch publicó la noticia en su siguiente informe, que se publicó el 12 de diciembre de 2009. La atención que despertó en la prensa revitalizó mi búsqueda. Junto con varias organizaciones pro derechos humanos, periodistas y escritores, lanzamos una campaña centrada en el caso de mi padre y, en un sentido más amplio, en los derechos humanos en Libia. Tratamos de conseguir que los estrechos lazos diplomáticos que el Reino Unido había establecido con el régimen de Gadafi propiciaran una reforma en Libia. La delegación inglesa de la asociación mundial de escritores PEN International dirigió una carta abierta al secretario de Exteriores, David Miliband. La petición instaba al gobierno británico a

... usar su nueva relación con el gobierno libio para exigir mejoras reales y significativas en los derechos humanos en Libia. Por consiguiente, solicitamos al Foreign Office que, tomando en consideración el último informe de Human Rights Watch [...] en el cual se documenta el caso de Jaballa [Matar], solicite información al gobierno libio sobre el paradero de Jaballa y de otros presos políticos.

La carta se publicó el 15 de enero de 2010 en *The Times*. Se imprimieron los nombres más notables de sus 270 firmantes. Ese día, la embajada libia en Londres «tembló», como dijo uno de los miembros del personal. «Causaste un terremoto», añadió. El embajador gritaba: «¿De dónde demonios ha salido este Hisham Matar?» Mi móvil empezó a hacer cosas raras. Se apagaba y se encendía solo. Me volví paranoico. Un par de años antes, un hombre que afirmaba ser del servicio secreto libio —que también decía «velar de corazón por mis intereses»— me había contado que yo tenía una «luz roja» en la cabeza. Me dijo que quería advertirme «porque tienes que dejarlo. Estoy preocupado por ti». Imaginé que la luz roja se volvía más brillante. Llevaba un cuchillo en el bolsillo cada vez que salía del piso, era penoso. Una sombra cubría nuestras horas, penetrando en cada habitación de nuestra casa.

David Miliband respondió de inmediato. Su respuesta también se publicó en *The Times*: «Hisham y su familia han de conocer la verdad —escribió—. [La desaparición de Jaballa Matar] es una de las preocupaciones que tenemos sobre la situación de los derechos humanos en Libia.»

Los amigos hicieron piña en torno a mí. Uno abrió un sitio web, otro se encargó de las redes sociales, y todos echaron mano de sus contactos. Un amigo en particular, Paul van Zyl, que tenía mucha experiencia en tratar con gobiernos opresores a través de su trabajo en el Centro Internacional para la Justicia Transicional, se convirtió en

mi aliado y consejero más cercano. Le consultaba cada paso. Me obsesioné. Dejé a un lado mi reticencia. Estaba dispuesto a contactar con cualquiera que creyera que podía ayudar. Durante tres meses no escribí ni una sola frase. Apenas dormía. Lo único que podía leer era poesía, y sólo unos pocos versos cada vez; mientras tanto, la sangre ardía en mis venas. Mi mente se convirtió en un motor muy revolucionado y sólo pensaba en la siguiente tarea. En los raros momentos de quietud, cuando el motor se calmaba, notaba el sabor de lo falso. No podía comprenderlo entonces. ¿No estaba haciendo todo lo posible? ¿Un hijo no tiene derecho a saber lo que le ocurrió a su padre? Pero resulta que cuando estás buscando a tu padre, también estás buscando otras cosas. Por eso, cuanto más investigaba, menos presente estaba él en mis pensamientos. Es paradójico, pero nunca me sentí tan distante de mi padre como durante aquellos días en los que dedicaba cada minuto a buscarlo. Cada semana se mencionaba su nombre al menos una vez en un periódico, una emisora de radio o un programa de televisión. Me mantenía despierto durante dos o tres días seguidos, luego me derrumbaba doce horas o más y me despertaba desconcertado y confuso, sin tener del todo claro dónde estaba. En uno de esos estados de profunda inconsciencia soñé con él. Mi padre venía a mi piso. La sala estaba exactamente como había estado ese día en particular: la misma disposición de papeles en la mesa, las mismas flores marchitas, la misma taza de té vacía en el suelo, delante de la chimenea. Se quedaba en el umbral de la puerta, observándome. Por alguna razón, no quería entrar. Estaba enfadado por algo. Finalmente dijo:

—No me estás prestando suficiente atención.

Resulta difícil describir una de las injusticias que implica la desaparición de una persona: convierte al desaparecido en una abstracción y, como la posibilidad de que exista bajo el mismo sol y la misma luna es real, dificulta retener una imagen clara de él. En la muerte, el contraste se desvanece, y ni siquiera todos los memoriales del mundo pueden frenar la marea del olvido. En cambio, en la vida, el desaparecido cambia de una forma activa y elaborada.

Unos días después de la carta abierta y la respuesta de David Miliband, la novelista Kamila Shamsie y Philippe Sands, respetada autoridad en derecho internacional, firmaron de manera conjunta un artículo de prensa en el que concluían:

La desaparición de [Jaballa] Matar violó la ley internacional; su encarcelamiento posterior y continuado, sin comunicación con el mundo exterior, viola la ley internacional; su desaparición durante casi dos décadas viola la ley internacional; el fracaso del gobierno libio a la hora de investigar su caso de manera eficaz viola la ley internacional. Estas violaciones exponen a individuos del gobierno libio al riesgo de acción criminal. Esto significa que los derechos de Hisham Matar están siendo violados. Como ciudadano del

Reino Unido tiene derecho a esperar que el gobierno británico intervenga directamente ante Libia para poner fin a la tortura.

Al día siguiente, Ziad, que voló expresamente a Londres, Diana, un grupo de amigos nuestros y yo nos sentamos en la galería de la Cámara de los Lores. A las 14.44, el abogado y defensor de los derechos humanos, lord Lester, se levantó y preguntó al gobierno de Su Majestad si, a raíz del informe de Human Rights Watch, pediría «al gobierno de Libia información sobre el paradero de Jaballa Hamed Matar».

Oír el nombre de mi padre pronunciado en la más alta cámara de mi país de adopción me provocó un efecto vertiginoso. Cada vez que se repetía, el sentimiento se reproducía. No se trataba tanto de orgullo, como de un vacío mareante. Estaba seguro de que Ziad también lo sentía. Tenía la mirada inmóvil y cierta reserva en el rostro. Sentí el abrumador impulso de cogerlo de la mano, salir corriendo del edificio neogótico y seguir corriendo hasta que no nos quedaran fuerzas.

La baronesa Kinnock, secretaria de Estado para África, el Caribe, América Central y la ONU, tomó la palabra. Citó la respuesta de David Miliband a la carta abierta y añadió:

—Nuestra embajada en Trípoli ha presentado el caso a los libios y les ha pedido que investiguen.

Varios miembros de la Cámara opinaron.

La baronesa Kennedy dijo:

—También agradecería que el ministerio pudiera decirnos si el gobierno británico ha solicitado una investigación de la masacre que se produjo en la prisión de Abu Salim en 1996 [...] ¿Hasta qué punto está el gobierno acallando las críticas de las violaciones de derechos humanos en Libia para establecer relaciones comerciales con ellos, en especial en lo que respecta al petróleo?

La secretaria de Estado refutó la insinuación de que «intereses comerciales motivan nuestras acciones».

La baronesa D'Souza se levantó entonces.

—Lores, ¿podría la ministra confirmar cuándo surgió por última vez el caso de Jaballa Matar en conversaciones directas entre los gobiernos del Reino Unido y Libia?

—De hecho, puedo decirle a la noble baronesa que las últimas conversaciones sobre Jaballa Matar se produjeron este fin de semana —contestó la secretaria de Estado.

Otro parlamentario, lord Hunt, amplió las demandas al vincular el apoyo del Reino Unido a una propuesta de la Unión Europea para fortalecer las relaciones comerciales con Libia con la reforma.

—Responda, por favor, la ministra a esta sencilla pregunta: ¿está conforme en que el acuerdo marco entre la Unión Europea y Libia debe basarse en el progreso

significativo en los ámbitos de reforma política y de derechos humanos? Si es así, ¿podemos oír una respuesta afirmativa?

—La respuesta es sí —dijo la secretaria de Estado.

Otro parlamentario, lord Avebury, tomó entonces la palabra:

—Lores, también nosotros estamos agradecidos al secretario de Exteriores por su declaración sobre Jaballa Matar [...] ¿Podría el secretario publicar ahora una lista completa de todas las intervenciones individuales que se han hecho ante el gobierno libio, junto con el texto de cualesquiera respuestas que se hayan recibido?

Peter Mandelson, que, junto con Tony Blair, era el otro miembro del Partido Laborista que mantenía relaciones estrechas con el hijo de Gadafi, Seif el Islam, estaba presente. No dejó de mirarme en toda la sesión con una expresión teatralmente dura, que parecía vacía de emoción a propósito. Resumía el cinismo con el que algunos miembros del *establishment* británico mantenían relaciones con la dictadura libia.

Cuando terminó la sesión nos sentíamos reforzados y optimistas. Ninguno de nosotros había esperado que el apoyo fuera tan amplio o tan apasionado. Lord Lester vino a decirnos que no era habitual que tales cuestiones, a las que sólo se les asignan unos minutos de discusión, provocaran tantas declaraciones de apoyo. Nos marchamos y esa tarde me sentí útil durante unos minutos.

Aparecieron más artículos. El Servicio Internacional de radio de la BBC estaba preparando un documental sobre la desaparición de mi padre. Concedí infinidad de entrevistas a canales de televisión. Entonces ocurrió algo sin precedentes. El ganador del premio Nobel de la Paz, ex arzobispo de Ciudad del Cabo, Desmond Tutu, publicó una declaración que instaba a Muammar Gadafi

... a aclarar urgentemente el destino y paradero de Jaballa Matar [...]. El paso de Libia del aislamiento a la aceptación sólo se completará cuando se haya proporcionado a las víctimas de violaciones de los derechos humanos las soluciones que merecen. Abordar el caso de Jaballa Matar sería un excelente punto de partida.

Nunca antes una figura africana de la talla de Tutu había criticado a Gadafi en público. La mayoría de los líderes africanos, que recibían ayuda financiera libia, actuaban de un modo vergonzosamente servil con el dictador. Uno de los raros actos honorables de Gadafi era su apoyo inquebrantable y constante al Congreso Nacional Africano, lo que hacía aún menos probable que los miembros del movimiento sudafricano contra el *apartheid* hablaran de las violaciones de los derechos humanos en Libia. En 2002 le envié una carta a Nelson Mandela a través de un amigo que había desempeñado un papel destacado en el movimiento anti-*apartheid* y que

conocía personalmente al presidente de Sudáfrica. En ella le preguntaba al señor Mandela si, dados sus estrechos lazos con Gadafi, podía informarse sobre el paradero y el bienestar de mi padre. La respuesta que le dieron a mi amigo no dejaba lugar a la ambigüedad: «Mandela dice que nunca le vuelva a pedir algo así.» Como me llegó por vía indirecta, es imposible estar seguro de las palabras exactas, pero lo que estaba claro era que incluso un hombre tan grande como Nelson Mandela se sentía demasiado en deuda con Gadafi como para arriesgarse a irritarlo. En cambio, era evidente que al arzobispo no le afectaban esas inquietudes. Su declaración dio un impulso extraordinario a nuestra campaña.

Me convertí en la espinosa en el costado de los gobiernos libio y británico. Después de varias solicitudes para que David Miliband me recibiera, finalmente se me concedió una audiencia. Acudí acompañado de un amigo, uno de los primeros y más activos organizadores de la campaña, y de lord Lester, que para entonces se había convertido en figura central de nuestros intentos de vincular la cooperación británico-libia con la reforma política y los derechos humanos en Libia. El edificio del Foreign Office y la Commonwealth es interesante en el aspecto arquitectónico, porque es fruto de influencias contradictorias. Su arquitecto, George Gilbert Scott, fue un exponente del renacimiento gótico, un movimiento arquitectónico que se impuso en Gran Bretaña desde mediados del siglo XVIII hasta mediados del XIX. Augustus Pugin, uno de sus abanderados y el hombre que estuvo detrás del frenesí arquitectónico del palacio de Westminster, que alberga la Cámara de los Lores, inspiró a George Gilbert Scott. Pero los requisitos del edificio del Foreign Office también lo condicionaron. Exigían un diseño italiano, un estilo que derivaba de la arquitectura renacentista del siglo XVI. El resultado es un edificio extrañamente contradictorio: esqueleto italianizante; ornamentos eclécticos que evocan un cierto romanticismo colonial británico, y —en el abrumador peso de los interiores, su determinación por controlar la luz— el temperamento y la atmósfera de la arquitectura neogótica. Como el ministerio que alberga, el edificio también parece que quiera estar en otro lugar. Caminando a mi lado por sus largos pasillos, lord Lester empezó a contarnos a mi amigo y a mí las diversas idiosincrasias de la institución. Parecía ansioso.

—Una de las cosas que va a preguntarle es por qué no acudió a él antes. El gobierno no está contento con toda esa atención de la prensa —dijo lord Lester. Y unos pasos más adelante agregó—: Ah, recuerde felicitarlo. Puede hacerlo por los logros del Partido Laborista en el campo de los derechos humanos.

—No puedo hacer eso —dije.

—Bueno, ha de pensar en algo.

—En realidad, ya lo he hecho —dije—. Iba a felicitarlo por su padre.

Había leído el libro del eminente sociólogo Ralph Miliband, *The State in Capitalist Society*.

—¿Qué? ¿Se refiere a ese marxista? —exclamó lord Lester—. Para que lo sepa, es posible que odie a su padre.

—Aun así, a un hombre que odia a su padre le gusta que otros hombres lo feliciten.

—Creo que debería pensar en otra cosa —insistió lord Lester.

Nos llevaron a una sala de espera y un par de minutos más tarde nos acompañaron al despacho de David Miliband. Éste nos recibió en la puerta. Fue amable y jovial. Hizo algún chiste que ahora no recuerdo. El despacho era una estancia grande, con ventanas en arco, techo alto dorado y paredes empapeladas en verde oscuro con una cenefa dorada. Había una pintura grande encima de la chimenea, de un hombre indio de aspecto regio, que sostenía una espada. También estaba presente el director de la oficina del Foreign Office para Libia, Declan Byrne. Nos sentamos en sillones de cuero rojo. David Miliband me pidió que me pusiera a su lado. Me fijé en sus manos sin un solo pelo. Lord Lester tenía razón. La primera cosa que preguntó Miliband fue por qué no había acudido a verlo antes.

—Antes de todo el ruido —añadió, e hizo un gesto con la mano, sonriendo con afabilidad.

No creía que mereciera la pena recordarle que había hecho varias solicitudes previas para aquella reunión. Lo único que dije fue:

—Pero si la única razón de que hoy esté aquí es el ruido.

Miliband era obviamente un hombre inteligente y carismático, pero en ese momento, quizá en parte debido a la conversación con lord Lester, decidí no molestarme en felicitarlo por su padre.

El único compromiso con el que salimos fue que el embajador británico en Libia haría peticiones quincenales en relación con mi padre al gobierno libio. Eso era significativo. La presión sería sostenida. Al acompañarme fuera, David Miliband me colocó una mano en el hombro.

—Bueno, cuénteme —dijo—. ¿Ahora es británico?

—Sí.

—Muy bien. Excelente. Así que es uno de los nuestros.

¿Estaba siendo condescendiente conmigo? Tal vez no. Quizá era una genuina afabilidad con un compatriota. O a lo mejor se trataba de una manifestación del pragmatismo del poder —impaciente, político e intimidatorio— hacia una persona de identidades mezcladas, un hombre cuyas preocupaciones no acababan de encajar del todo dentro de las fronteras de un país y, por lo tanto, quizá lo que en realidad estaba diciendo Miliband era: «Vamos, ahora es usted británico; olvídense de Libia.»

Cada dos semanas me ponía en contacto con la oficina del Foreign Office para Libia. Fui allí varias veces, pasaba el control de seguridad y me conducían por los pasillos hasta una sala de reuniones en el piso de arriba, donde me encontraba con Declan Byrne y sus colegas. Cuando los conservadores ganaron las elecciones, el nuevo secretario de Exteriores, William Hague, decidió, de acuerdo con el Foreign Office,

«continuar con la política actual». Confirmaron asimismo el compromiso de Hague con las peticiones quincenales. En cada reunión pregunté si esas demandas habían dado algún fruto, y una vez tras otra me respondieron que no. Yo creía que al aceptar lo que un socio reticente me estaba dando, aunque no fuera de forma sincera, podría mantener el impulso. Cuando se hiciera obvio que las peticiones oficiales eran inútiles, pensaba, tal vez podría presionar para conseguir una estrategia diferente. Así era como funcionaba mi cerebro entonces; ahora pienso de otra manera.

Además de Tony Blair y Peter Mandelson, había muchas otras figuras influyentes dentro del *establishment* británico que estaban estrechamente relacionadas con el régimen libio. Queríamos que quienes estaban implicados en negocios con el dictador tomaran conciencia del caso. El financiero Nathaniel Rothschild era amigo de Seif el Islam. Un amigo mío conocía a su padre, Jacob Rothschild, y se ofreció a presentármelo. Nunca había conocido a nadie tan impregnado en poder. Sentías que emanaba de las paredes de su oficina. Lord Rothschild, que, según me enteré en nuestra reunión, había ejercido dos años como consejero de la Autoridad Libia de Inversiones, empezó hablándome de varias personas relacionadas con la dictadura de Gadafi. Lo hizo con interés y curiosidad. Pensé que el mundo debe de parecer un asunto divertido para hombres como él. Le entregué una carpeta con el caso de mi padre.

—Las estrechas relaciones que el gobierno y empresas británicas tienen con el régimen libio —dije— son una oportunidad de oro para que el Reino Unido desempeñe un papel constructivo en la mejora de la vida del pueblo libio. Este caso es un buen punto de partida.

Lord Rothschild dijo que estaba dispuesto a ayudar y comentó que había visto a Seif el Islam en más de una ocasión.

—Le pediré a Nat que hable con Seif.

Salí de su oficina, tomé el camino más corto a la National Gallery y me planté delante de *La iglesia de la Caridad*, de Canaletto.

Al cabo de unos días, Jacob Rothschild me escribió para decirme que Seif el Islam estaba en Londres. Incluía un número móvil y decía que estaba esperando mi llamada.

El hijo del dictador

Desde 2003, cuando Tony Blair visitó Libia y las relaciones entre ambos países se normalizaron, varios amigos libios me habían instado a contactar con Seif el Islam. Se sabía que en más de una ocasión, aprovechando alguna operación de maquillaje de la imagen libia, había liberado presos políticos. Y recientemente, en 2009, había hecho algo que parecía imposible: sacar a Abdelbaset al Megrahi —el agente de inteligencia libio acusado de 270 asesinatos por la explosión del vuelo 103 de Pan Am sobre Lockerbie— de las garras del sistema judicial escocés. Cuando el avión aterrizó en Trípoli, Seif apareció victorioso, levantando en alto la mano de Al Megrahi. El viento llenó la manga de Seif e hinchó la tela. Poco después de eso, Seif se compró una casa en Hampstead. Tras oír la noticia, pasé varios días obligándome a descartar la idea de llamar a su puerta y pegarle un tiro.

En 2003, cuando yo estaba viviendo en París, y unos días después de haber estado a punto de tirarme desde un puente, me senté y le escribí a Seif el Islam la clase de carta que había estado escribiendo durante años a las autoridades de Libia y Egipto, detallando los hechos conocidos del caso de mi padre y pidiéndoles que me aclararan su destino. A lo largo de los años he escrito casi trescientas de esas cartas. Nunca he recibido respuesta. Un día nos manifestamos delante de la embajada egipcia en Londres. Un policía le entregó nuestra carta a un joven diplomático egipcio en la entrada de la embajada. El diplomático levantó el sobre por encima de su cabeza para que todos pudiéramos ver cómo lo rompía en dos. No era tanto su acción lo que recordaba como su expresión, vehemente, revelando una curiosa mezcla de desprecio y vergüenza. El suyo se convirtió en el rostro de todos aquellos que nunca respondieron a mis cartas.

Nunca volví a escribirle a Seif. Y de pronto, siete años más tarde y en el punto álgido de la campaña, yo era un hombre desesperado, dispuesto a hablar con el diablo para descubrir si mi padre estaba vivo o muerto. Así era entonces; ahora ya no.

Marqué el número que me había dado lord Rothschild. Nadie respondió. Dejé un mensaje. Al cabo de diez minutos sonó el teléfono y en la pantalla vi un número diferente. Oí la voz de un hombre que pronunciaba la típica retahíla de frases hechas, aún con menos sentido que de costumbre, porque no dejaba tiempo para dar una respuesta. Y a continuación dijo:

—Soy Seif.

Me presenté y le pedí una reunión.

Dijo que contactaría conmigo para decirme el momento y el lugar.

Por la tarde llamó un hombre.

—Soy Rajab el Laiyas. —Lo dijo como si esperara que lo conociese—. Nos encontraremos a las cinco de la tarde en el Jumeirah. ¿Lo conoce?

Cuando colgué, pensé que podría ocurrir cualquier cosa. Podía descubrir el destino de mi padre o ser secuestrado como él. Y recordé aquellos pocos angustiosos minutos al borde del Pont d'Arcole en París. Lo que me había llevado allí fue el descubrimiento de que, aunque estaba viviendo con la mujer que amaba y, por primera vez, podía dedicar más tiempo a la escritura y el sol brillaba la mayoría de los días y comíamos bien, el único alivio que se me ocurría para la pena que vivía cada segundo era estar en el «noble palacio» de Abu Salim con mi padre.

Telefoneé a Ziad en El Cairo. Le pregunté cuándo podía venir a Londres. Tomó el vuelo nocturno y se presentó en mi casa a la mañana siguiente. Fumamos mucho, bebimos café sin parar y tratamos de prepararnos. Analizamos todas las posibilidades: ¿nos pedirían que fuéramos a una habitación del hotel, o nos reuniríamos en el vestíbulo? ¿O harían que los acompañáramos a otro sitio? ¿Cuál podía ser su estrategia y cómo deberíamos responder? Notifiqué a las figuras claves de nuestra campaña la hora y el lugar de la reunión. Diana tenía que esperar en un café cercano, con una lista de números a los que llamar en caso de que no volviéramos.

El Jumeirah Carlton Tower Hotel está en Knightsbridge. La única cosa que sabía del hotel era que mucho tiempo atrás, cuando se llamaba de otra forma, el novelista peruano Mario Vargas Llosa y el poeta mexicano Octavio Paz se reunían allí. Llegamos con diez minutos de antelación y ocupamos una de las mesas redondas para cuatro en el café del vestíbulo. Estaba a un lado, con una buena vista de la entrada. No estoy seguro de si mis recuerdos del vestíbulo del hotel son precisos o si se han visto afectados por mi estado de ánimo de aquel momento. En todo caso, así es como lo recuerdo. Orondos hombres de negocios árabes estaban sentados en gigantescos sillones. Arquitectos ingleses con corbata o bien promotores inmobiliarios se inclinaban ante ellos, mostrándoles hojas de cálculo y planos de edificios. Cuanto más se inclinaban esos ingleses, más se ajustaban el nudo de la corbata y más colorados se ponían.

Aunque a ninguno de los dos nos apetecía, Ziad y yo pedimos té.

Una mujer un poco cohibida ocupaba el centro del vestíbulo, tocando un arpa. Su talento era evidente, pero estaba claro que le habían pedido que se ciñera a versiones instrumentales de canciones pop bien conocidas. En ese momento estaba en los primeros compases de *Yesterday*, de los Beatles. Vimos al predicador de televisión Amr Khaled sentado con un grupo de admiradores. En otras mesas de alrededor del vestíbulo había prostitutas de lujo sentadas por parejas, tomando vino. Parecían flores artificiales. Después de un maratón de canciones populares, la arpista se permitió una breve digresión. Una de las *Variaciones Goldberg* de Bach. La número 7, creo. Duró

alrededor de un minuto.

Una hora después de lo acordado, un grupo de hombres con tejanos y camisetas, con aspecto e indumentaria más de banda de hip hop que de personal de seguridad, se acercaron con rapidez a nuestra mesa. Seif había elegido a su séquito cuidadosamente. Con él iba Mohammad al Hawni, un abogado de sesenta y cinco años residente en Roma, desde donde servía a intereses de negocios libio-italianos. Lo apodamos «el Intelectual», porque su propósito principal era dar la impresión de que algunos de los ayudantes de Seif leían libros. El resto eran guardaespaldas; uno de ellos, Seif quiso señalarlo, era miembro de nuestra tribu. Seif se sentó frente a mí, el Intelectual frente a Ziad, y los guardaespaldas ocuparon la mesa de detrás de nosotros.

Mi hermano tenía su habitual aire seguro y afable. Me dio miedo que su papel le resultara más exigente de lo que era el mío para mí. Preguntó a los hombres qué querían tomar y si solían frecuentar aquel sitio.

—Supongo que es su lugar de encuentro —dijo Ziad en inglés, y sonrió.

Seif preguntó entonces:

—¿Quién es el escritor?

Mi hermano dijo que era yo.

—¿Usted es el escritor? —preguntó Seif otra vez.

—Sí —dije.

—¿Es lo único que hace?

—Me temo que sí —contesté.

—¿Quiere decir que lo único que hace es escribir?

—Exactamente.

—¿No hace nada más?

—Trato de no hacerlo —dije.

—Es un escritor maravilloso —intervino Mohammad al Hawni—. Tiene un gran talento. Estamos muy orgullosos de usted.

—Me sorprende que me haya leído, teniendo en cuenta que mis libros están prohibidos en Libia.

—No, no, no —dijo el Intelectual—. *Solo en el mundo*, ¿eh? Lo leí. Lo leí en italiano. Un libro excelente. ¿Tiene algo más en marcha? Dese prisa, estamos esperando.

Toda aquella tediosa cháchara tenía un propósito serio, consistía en averiguar cómo demonios aquel simple escritor había sido capaz de provocar semejante «ruido», como había dicho Miliband. ¿Cómo lograba reunir a miembros de la Cámara de los Lores, del Foreign Office, a premios Nobel, autoridades del derecho internacional, grupos pro derechos humanos y ONG? ¿Era un espía? ¿Por qué no le tentaba el dinero? Y la pregunta que siempre se plantea el poder: ¿cómo podríamos controlarlo?

Uno de los guardaespaldas de Seif le pasó un móvil.

—Disculpe —dijo él, y atendió la llamada.

—Un libro excelente —susurró Mohammad al Hawni. Luego, al cabo de un momento, repitió—: *Solo en el mundo*.

Justo cuando Seif estaba terminando su llamada, Ziad me miró, esbozó su sonrisa malévola y dijo, lo bastante alto como para que los demás lo oyeran:

—¿Has visto qué atractivo?

—¿Qué ha dicho? —preguntó Seif en cuanto colgó.

—Sólo estaba diciendo que es usted un joven muy atractivo.

Al margen de esas extrañas conversaciones, la reunión empezó bien. Ziad planteó los hechos del caso e hizo un breve resumen de nuestra lucha por conseguir información. Seif se salió de la línea oficial. En lugar de negar el secuestro y encarcelamiento de mi padre, confirmó que había sido llevado a Libia.

—Es un caso sumamente complicado —dijo—. Implica al servicio secreto egipcio y al libio. Me causará muchos quebraderos de cabeza, pero estoy dispuesto a hacerlo. Les prometo a los dos que lo estudiaré y les daré todos los datos, minuto a minuto, de lo que ocurra, sea buena noticia o mala.

—Incluso si está muerto —intervino Mohammad al Hawni.

Ésa fue la primera insinuación.

—Pueden hacer con esto lo que les plazca —continuó Seif—. Estoy preparado para hacerlo público yo mismo. Reservaré una página entera en un periódico y lo publicaré allí —dijo, como si fuera un desafío—. Quiero cerrar el caso.

Entonces habló de lo peligroso que era mi padre para el régimen libio.

—Si tan claro lo tienen —dije—, deberían haberlo llevado a juicio.

—Lo que ocurrió fue una estupidez —contestó él, lo que implicaba que había una forma más inteligente de hacer desaparecer a mi padre.

—Mire —dije—, usted y su padre pueden estar en desacuerdo con las ideas políticas del mío, pero ¿dudan de su patriotismo?

—No —respondió Seif.

—Pues entonces debería darles vergüenza. —No estaba seguro de lo que estaba haciendo. Parte de mí quería poner a aquel joven a prueba para ver si, como su padre, tenía un temperamento fogoso—. Se llevaron a uno de los hombres más nobles de Libia de manera cobarde y pretendían que nadie se enterase. Un hombre que vivía consagrado a su país y cuyo padre antes que él había luchado por liberar Libia de los italianos. No es tanto un acto estúpido como criminal.

Entonces Ziad, suavizando el tono, dijo:

—Pero escuche, tenemos esperanza. Queremos darles una oportunidad de limitar los daños, el daño continuado que esto está causando a nuestra familia.

—¿Qué hace en El Cairo? —le preguntó Seif a Ziad.

—Soy industrial. Fabrico ropa.

—Entonces, ¿tiene fábricas?

—Sí.

—Fabrica ropa, ¿qué clase de ropa?

—Para el mercado norteamericano, sobre todo.

—¿Por qué no vuelve? Si quiere hacer negocios, nosotros le ayudaremos. Libia es su país. Queremos que rompa esa barrera.

—No podemos hablar de eso ahora —dijo Ziad—. Además, ya me cuesta bastante que mi negocio funcione estando quieto en un sitio, peor sería trasladarlo.

Entonces Seif me miró y preguntó en tono impaciente:

—¿Qué quiere si su padre está muerto?

Fue la segunda insinuación.

—Queremos saber cuándo, dónde y cómo ocurrió —contesté—. Queremos el cadáver para enterrarlo a nuestra manera, para poder celebrar nuestro funeral, y luego queremos que se asuman responsabilidades. Habla de «cerrar el caso», así es como se cierra. —Me quedé sorprendido por el tono frío y mecánico de mi voz. Era como si ya supiera entonces que nada de eso ocurriría.

—Entendido —dijo Seif.

—¿Y si está vivo? —preguntó Ziad.

El hijo de Gadafi hizo una pausa, balanceando una pierna.

—No, no, no —dijo a continuación—. La pregunta es, ¿y si está muerto?

Y ésa fue la tercera insinuación. Nuestro padre está muerto.

—Sí, pero ¿y si está vivo? —insistió Ziad.

—En cualquier caso les daré todos los datos —respondió Seif, luego repitió lo que se convertiría en su lema en nuestras conversaciones futuras, que duraron trece meses—. Quiero cerrar el caso.

Lo presioné para que se comprometiera a darnos una fecha en la que entregarnos la información.

—Pronto —contestó.

—¿Semanas o meses?

—Semanas, semanas —dijo. Luego repitió—. Pero vuelvan. Libia es su país. Queremos que rompan esa barrera.

—Esa «barrera» de la que habla —replicó Ziad— no es fruto de la vergüenza, ni de la timidez. Amamos nuestro país. Hemos sacrificado mucho por él. Pero no se puede hablar de nuestro regreso hasta que ocurran tres cosas.

—¿Cuáles son? —preguntó Seif.

—Conocer el destino de nuestro padre y que se garantice la liberación de nuestros dos tíos, Mahmoud Matar y Hmad Khanfore, y de nuestros primos Ali y Saleh Eshnayquet. Han sido presos políticos del régimen durante el mismo período. El tribunal ya ha decretado su puesta en libertad, pero permanecen en prisión. El tío Mahmoud está muy enfermo y se le ha negado una atención médica adecuada.

—De acuerdo. ¿Qué más quieren? —dijo.

—Un miembro del régimen se quedó nuestra casa familiar en Trípoli. Queremos que nos la devuelvan.

Seif dio un manotazo en la mesa y contestó:

—Considérenlo hecho.

Cuando él y los otros se levantaron para irse, Mohammad al Hawni se quedó atrás. Me puso una mano en el hombro y la otra en el de Ziad.

—Quiero que tengan fe en Dios. Son hombres adultos y deben prepararse para lo peor.

—¿Cuándo ocurrió? —pregunté.

Levantó las manos.

—No sé nada con certeza. Sólo estoy diciendo...

—No estamos aquí para recibir consejos o compasión —lo interrumpí—. Queremos hechos.

—Y Seif les ha dicho que se los dará.

Ziad y yo nos marchamos del hotel. Evitamos la calle principal y tomamos calles secundarias hacia Sloane Square y el café donde esperaba Diana. Era una noche fría. Caminamos despacio.

—Ha sido una de las cosas más duras que he tenido que hacer en mi vida —admitió Ziad.

Me sentí responsable. Dudé de la prudencia de pasar por todo aquello, de sentarnos a la misma mesa que el hijo del hombre que había matado a nuestro padre.

—Papá está muerto —dije.

—Eso no lo sabes.

—Es obvio, ¿no te parece?

¿Por qué esa necesidad de enfrentarlo con la realidad? Era como si mi deseo de que Ziad lo aceptara y mi irritación por su terca negativa fueran el reflejo exacto de lo que sentía por mi propia negación, porque mientras nos alejábamos de aquel maldito hotel, yo también estaba poniendo en marcha mi pequeño y estúpido motor de esperanza, buscando algún modo de creer que no era cierto.

Cuando Diana nos vio cruzar la calle, salió corriendo del café. De inmediato supo que las noticias no eran buenas. Ninguno de nosotros podía estar quieto. Paramos un taxi y nos sentamos todos en la parte de atrás. Llegamos a casa. Nos quedamos delante de la casa familiar durante alrededor de un minuto y luego decidimos continuar caminando. Terminamos en el restaurante del barrio. Uno de mis mejores amigos telefoneó y al cabo de unos minutos entró en el restaurante. Su mirada me ofrecía consuelo, con los ojos me decía: «¿Cómo puedo ayudar?» Pensé que así era como se miraba a los que han perdido a un ser querido. Pedimos la cena y entonces sonó mi teléfono. Era un número desconocido. Mohammad al Hawni llamaba una hora después de nuestra reunión. Salí a la calle.

—Me alegro mucho de haberle conocido —dijo—. Sólo quiero que usted y su hermano se preparen para lo peor.

—Mire, señor Al Hawni, por favor, no se sienta obligado a prepararnos. No somos niños. Ocurrió hace veinte años. No puede pedirme que renuncie a la esperanza hasta que conozca los hechos. —Al decir esto, pude oír mi motorcito cansado zumbando al fondo, en el aire de la noche.

—¿Cree que si Seif supiera que su padre está vivo no se lo diría? —preguntó.

—Entonces, ¿Seif lo sabe? —pregunté.

—Por supuesto que lo sabe.

Un mes después de nuestro encuentro, Seif llamó una tarde a las siete. Yo estaba en el autobús, de camino a Wigmore Hall, llegando tarde a un concierto.

—Quiero que piense en mí como un hermano y un amigo —dijo, y cuando yo no contesté, añadió—: Yo lo veo como un hermano y un amigo.

Bajé en la siguiente parada y me metí en una calle silenciosa.

—Realmente creo que usted y yo podemos ser buenos amigos —insistió.

—La gente no puede elegir su historia —le dije, percibiendo el regreso de aquel mismo tono mecánico—. Y si dos hombres con historias tan dispares como la suya y la mía pueden considerarse amigos y, quién sabe, tal vez incluso hermanos, eso es algo que sin duda contribuirá a sanar nuestro país.

—Bien —respondió—. Bien. Como les dije a usted y a su hermano, estoy decidido a cerrar el caso. Pero para que demos el siguiente paso, necesito que escriban lo que me contaron. Exactamente como me contaron la historia cuando nos conocimos. Me lo envía y le diré cuál es el siguiente paso.

—Pero ¿no hay nada que pueda decirme ahora?

—No, nada.

—Pero yo sé que lo sabe.

—Sí, sé lo que le ocurrió a su padre, pero no puedo contárselo hasta que disponga de todos los hechos.

—Esto es muy difícil. ¿Puede al menos decirme si está vivo o muerto?

—Espere a los hechos.

Regresé a casa y le envié la información esa misma tarde.

Alrededor de esos días recibí una llamada de un conocido, un diplomático libio destinado en Nueva York. Me dijo que un colega suyo, Tarek al Abady, de la embajada libia en Londres, quería hablar conmigo. Reconocí el nombre. Tarek al Abady había asistido a la primera lectura que di de mi primer libro, en marzo de 2006, tres meses antes de que la novela se publicara, cuando casi nadie sabía nada de mí. El acto tuvo lugar en el Centro Cultural Irlandés en Hammersmith.

Al entrar allí me vino a la cabeza Samuel Beckett. Pensé en él porque el Centro Cultural Irlandés estaba cerca de Riverside Studios, donde, en la década de 1980, el

dramaturgo irlandés había llegado desde París para representar *Esperando a Godot*. Mi amigo David Gothard, que entonces era director artístico de Riverside Studios, me contó que, en cuanto Beckett llegó a Londres, se sintió peligrosamente cerca de casa y le dijo a David: «Bajo ninguna circunstancia, ni siquiera por un funeral, puede permitirme que vaya a Dublín.» Admiré la obstinación de Beckett. Cuando llegué al Centro Cultural Irlandés, vi tres figuras de la embajada sentadas en primera fila. Tarek al Abady era uno de ellos y se presentó como agregado cultural. En cuanto paré de leer, uno de los tres levantó la mano.

—¿Por qué ha ambientado su libro en Libia? Queremos que escriba sobre su vida aquí en Londres.

Unos días más tarde, enviaron un informe a Trípoli y mi libro fue prohibido.

Había visto a Tarek al Abady en otra ocasión. Yo iba caminando hacia el oeste por Knightsbridge y él en sentido contrario, hacia Hyde Park Corner y la embajada de Libia.

—Señor Hisham —dijo—. Qué placer. Por favor, venga a honrarnos a la embajada. No tiene más que pedirnos cualquier cosa que necesite.

Yo estaba de mal humor.

—¿Cualquier cosa que necesite? —contesté con brusquedad—. Bueno, veamos, ¿qué podría necesitar de ustedes? Ah, sí, ahora me acuerdo. Lo mismo que llevo pidiendo desde 1990. ¿Qué pasó con mi padre?

Me pregunté qué querría Tarek al Abady cuatro años después. Acordamos encontrarnos en mi club privado. Elegí ese lugar porque me permitía pedirle la lista de nombres de los que lo acompañarían.

—Iré yo solo —dijo.

—No sé cómo viste usted normalmente, pero las normas del club son chaqueta y corbata.

—Soy diplomático —replicó—. Siempre llevo traje.

Pedí en el club que me reservaran una sala en la planta superior. En lugar de coger el ascensor, lo llevé por la escalera. Cuando llegamos arriba, Al Abady estaba sin aliento. Nos sentamos y, por alguna razón, me fijé en la hora. Empezó por contarme que era de «buena familia». Luego soltó su soliloquio.

—Quiero que sepa, y pongo a Dios por testigo, que mi principal ambición en la vida, por encima de ninguna otra cosa, es ser su amigo. Le admiro y siempre me he preguntado, si me permite ser sincero, qué le impide volver a su país. Libia no es de Gadafi. No le pertenece a él ni a su familia. Le pertenece a usted. Vuelva. Hónrenos con su presencia. Deje que otros le honren. Países del mundo entero le han dado premios y condecoraciones; deje que nosotros hagamos lo mismo. Queremos darle premios también. Y si quiere participar en negocios, una parte de la riqueza de Libia...

Etcétera, etcétera.

Esos comentarios introductorios duraron veinte minutos antes de que dijera:

—Me mandan Seif el Islam Gadafi y Abuzed Dorda.

Abuzed Dorda era el director de la Jamahiriya el Mukhabarat, los servicios de inteligencia de Gadafi.

—En primer lugar —continuó Tarek—, permítame decirle que respondo por ambos. Juro, y pongo a dios por testigo, que cuando Seif entra en la embajada, se preocupa por cada individuo y nos pregunta a todos, sin saltarse a nadie, si estamos bien y si necesitamos algo, lo que sea. En cuanto a Abuzed Dorda, es lo más decente que hay. Se hacen una pregunta y sólo una: «¿Qué quiere Hisham Matar?»

—Qué gracioso —dije—. Hablé con Seif el otro día. Podría habérmelo preguntado él mismo.

—Bueno, para ser sincero —se corrigió Tarek al Abady— es más bien Abuzed Dorda quien me envía. Y dice que si necesita algo, lo que sea, sólo tiene que pedirlo. —Y repitió—: Queremos honrarle. Queremos darle premios. Venga a Libia y permita que le premiemos como han hecho otros.

—¿Así que lo envía Dorda?

—Exacto —contestó.

—¿Por lo tanto es usted miembro de la Mukhabarat?

—Desde luego que no —replicó indignado—. Soy diplomático. Soy diplomático de carrera.

—De acuerdo, muy bien. Por favor, dele las gracias al señor Dorda. Dígale que aprecio su preocupación y que Hisham Matar está perplejo por la perplejidad de Abuzed Dorda respecto a lo que quiere Hisham Matar. Es lo que llevo veinte años pidiéndole: ¿qué han hecho con mi padre? En cuanto a los premios, me desagrada la atención. También soy pésimo con el dinero. En cuanto tengo diez libras en el bolsillo, corro a gastármelas.

—Le doy mi palabra —dijo—. Le diré exactamente lo que usted ha dicho y le preguntaré a él, y preguntaré también a otros, por su padre.

Cuando bajamos la escalera, Tarek al Abady empezó a quejarse.

—Para ser sincero, es muy difícil trabajar para este régimen. Es un dolor de cabeza constante. Demasiados problemas que resolver.

Entonces me contó con orgullo que le habían concedido su puesto en Londres como recompensa por la «limpieza» que había hecho en Suiza tras el escándalo causado allí por el hijo de Gadafi, Hannibal. Éste había golpeado a sus criados de tal modo en un hotel de Ginebra que habían tenido que llevarlos urgentemente al hospital. Las autoridades lo detuvieron. Como venganza, el padre detuvo a dos empresarios suizos que estaban en ese momento en Libia. Los suizos retiraron los cargos y permitieron que Hannibal regresara al país. Pero Gadafi se negó a poner en libertad a los dos suizos y todavía los tenía en una cárcel de Libia.

—Menuda saga —dijo Tarek—, pero gracias a Dios todo terminó bien.

Dos semanas después de que le enviara por correo electrónico a Seif la información que me había solicitado, me telefoneó a medianoche.

—Le enviaré por mail las novedades de hoy y el siguiente paso —anunció.

Habían pasado seis semanas desde nuestra primera reunión. Con la esperanza de que se concentrara en el asunto, le dije:

—El vigésimo aniversario del secuestro de mi padre será dentro de dos semanas, el 12 de marzo. ¿Se compromete a proporcionarme la información antes?

Suspiró.

—Lo intentaré.

—Comprendo la complejidad que implica, pero es algo que hay que solucionar con urgencia —dije. Sentí que me ponía tenso.

—Es una carga —contestó él.

—Sí, y la mayor parte está de este lado de la valla. Una resolución adecuada sería muy beneficiosa.

—Le daré noticias antes del doce —concluyó.

No tuve noticias suyas durante la siguiente semana. Entonces, Mohammed Ismail, secretario personal de Seif, me escribió:

Estimado Hisham:

Sería mejor que hablara de los hechos en público o los publicara, porque es muy delicado que lo hagamos nosotros. Cuando lo haga, responderemos. Le daremos acceso a la información relativa a su padre después de la llegada de éste a Libia. Para guardar las apariencias, ésta es la mejor salida.

Saludos,

Mohammed

El mensaje de correo evidenciaba el problemático rol que Seif el Islam Gadafi ocupaba en la vida pública de Libia. Era un representante del régimen —el «nosotros» es el régimen y las «apariencias» que hay que guardar también son las del régimen—, pero no tenía cargo oficial y, por consiguiente, cuando le convenía jugaba el papel de reformista independiente.

Inmediatamente después de recibir el e-mail llamé a Mohammed Ismail. Dijo que yo tenía que hacer un anuncio público en uno de los periódicos ingleses, mencionando el papel que había desempeñado Egipto en el secuestro. «Para guardar las apariencias», repitió.

—Eso ya se ha hecho, en innumerables ocasiones, y la más reciente hace una semana —dije yo.

—No lo sabía —contestó.

—¿No lee la prensa?

—No —respondió.

Sospechaba que no era sincero y después se confirmó esa sospecha. Dada la estrecha relación de Seif con la embajada en Londres y lo alterados que estaban en ésta con toda la atención de la prensa, era imposible que él y sus ayudantes no lo supieran.

—Le enviaré una selección de artículos y entrevistas sobre el tema que detallan la implicación de Egipto —dije.

Al cabo de tres días, la tarde del viernes 5 de marzo, una semana antes del vigésimo aniversario de la desaparición de mi padre, Mohammed Ismail telefoneó.

—Voy mañana a Londres. Veámonos.

Telefoneé a mi amigo Paul van Zyl y estudiamos las diversas posibilidades.

—Si en algún momento de la reunión quieres llamarme, tendré el teléfono al lado —me dijo.

Decidí no contárselo a Ziad. No quería preocuparlo y obligarlo a hacer el mismo viaje apresurado otra vez. Y también quería reservarme la opción de guardarme un poco más la terrible noticia que Mohammed Ismail iba a darme; luego podría pensar cómo comunicársela a mi familia.

Esa noche no pude dormir. Mi madre, Ziad y yo habíamos planeado reunirnos al cabo de un par de días para estar juntos en la fecha de la desaparición de mi padre. No teníamos ni idea de cómo conmemorar semejante ocasión. Yo no podía viajar a El Cairo, porque, desde la publicación de mi primera novela, no se consideraba seguro que viajara allí. Así que acordamos reunirnos en Nairobi, la ciudad donde mi madre pasaba parte del año. No podía imaginar tener que decirle que mi padre estaba muerto. Pronuncié las palabras en voz alta para ver cómo sonaban. No sabía si podría hacerlo. Sin embargo, si sabía con certeza que estaba muerto, no tendría más remedio que contárselo.

Mohammed Ismail y yo acordamos reunirnos al día siguiente a las tres de la tarde. Como no me parecía sensato ir solo, llamé a uno de mis amigos más íntimos, de quien sabía que actuaría bien bajo presión. Él y yo nos encontramos a medio camino. Mi amigo es un inglés que no entiende ni una palabra de árabe. Le pedí que fingiera que sí.

—Cuando te mire —dije—, asiente para mostrar que estás de acuerdo.

Llegamos puntuales y, como había ocurrido en la primera reunión con Seif, nos tuvieron esperando una hora. En esta ocasión habíamos quedado en el vestíbulo del InterContinental Park Lane Hotel, uno de los varios hoteles de Londres adquiridos por la Autoridad Libia de Inversiones, a nombre de uno de los socios de Seif. No tenía ni idea de qué aspecto tenía Mohammed Ismail. Entonces, un hombre robusto

salió de uno de los ascensores y se dirigió hacia nosotros. Nos estrechamos la mano. No le presenté a mi amigo. Por alguna razón se me ocurrió que cuanto más misterioso le pareciera a Mohammed Ismail, menos probable era que nos ocurriera algo. Él colocó dos teléfonos móviles en la mesita baja y empezó a hablarme de su familia. Su mujer y su hijo vivían en Londres. Su hijo se llamaba Hannibal.

—Por el hermano de Seif. Hannibal me encanta. Oh, Hannibal es genial —dijo.

A continuación, Mohammed Ismail pasó a hablarme de su difunto suegro.

—Conocía a tu padre. Estuvieron juntos en el ejército. Después de la revolución, a mi suegro lo detuvieron, como a tu padre, y no lo soltaron hasta al cabo de dieciocho años.

Pensé en un hombre que tenía que vivir sus últimos días con un nieto llamado como el hijo del hombre que lo había encarcelado. Recordé lo que Sarah Hamoud, que dirigía la sección de Libia en Amnistía Internacional, me contó una vez: «No hay ningún país donde el oprimido y el opresor estén tan vinculados como en Libia.»

—He venido especialmente para verle —explicó entonces Ismail—. He cogido el jet privado.

—Antes de que me diga lo que ha venido a contarme —le dije yo—, sólo quiero recordarle que nos prometieron darnos todos los detalles.

—No, no, no —contestó—. No estoy aquí para darle ninguna noticia. He venido porque Seif pide que conceda una entrevista a un periodista egipcio que escribe para *Asharq al Awsat*. Queremos que le cuente lo que ocurrió. Después tiene que escribirle una carta al presidente Hosni Mubarak diciendo lo mismo. Cuando lo haya hecho, le proporcionaremos la información.

—Pero todo eso ya se ha hecho. He escrito infinidad de cartas al presidente egipcio y, como vio por mi correo electrónico, ya se han publicado en la prensa egipcia muchos de mis artículos sobre el tema, que explican claramente el papel que Egipto desempeñó en el crimen.

—Lo sé. Pero queremos que lo haga otra vez. Puede hablar con el periodista ahora. Está esperando al teléfono. Hágalo y mañana o a más tardar pasado mañana lo tendrá todo en sus manos.

Me sentía exasperado.

—Muy bien —dije—. Hagámoslo.

Buscó en sus dos teléfonos el número del periodista. Después de un largo silencio, dijo, como si se le acabara de ocurrir:

—¿Por qué no viene a Libia?

—Algún día —respondí.

—Seif quiere que trabaje con nosotros. Venga, trabaje con nosotros.

¿Qué mejor muestra de la transformación del régimen que el hijo de un disidente trabajando para el hijo del dictador? Así pues, pensé, ésa era la razón de que Mohammed me hubiera contado esa historia sobre su suegro. Seif había comprado a tanta gente que sin duda pensaba que podría comprarme también a mí, hacerme

traspasar la línea y, quién sabe, un día hasta podría ponerle su nombre a mi hijo.

—Venga a trabajar con nosotros —repitió Mohammed Ismail.

—Ya tengo un trabajo —dije.

No pudo encontrar el número. Dejó los dos móviles en la mesita y subió a su habitación a buscarlo. Estaba seguro de que los teléfonos estaban grabando. Mi amigo me apartó de la mesa.

—¿Qué te ha contado?

Se lo expliqué.

—No lo hagas —dijo—. Pídele una hora para pensarlo. No perderás nada. Llama a Paul.

Marqué el número de Paul, que respondió de inmediato. Lo informé rápidamente y dijo:

—Pide tiempo. De esta forma puedes investigar al periodista: quién es, cuál es su historial, etcétera.

Pero yo era un hombre sediento. No podía pensar más que en la perspectiva de obtener por fin la respuesta a la única pregunta que me había ocupado durante las últimas dos décadas y obtenerla al día siguiente o, a lo sumo, al otro. La palabra «después» era un agujero negro en mis pensamientos.

Cuando regresó Mohammed Ismail, anoté el nombre y el número de teléfono del periodista.

—No estoy seguro de que pueda hacer esto —dije—. Todo lo que me está pidiendo ya se ha hecho. No entiendo por qué me piden que exponga más a mi familia en El Cairo.

—Seif garantiza personalmente la seguridad de su familia. Nadie los tocará en Egipto.

—Usted sabe que no puede garantizar eso. Mire, deme unas horas para pensarlo. Entretanto, hablele a Seif de mis reservas y dígame que está pidiendo algo que ya se ha hecho en infinidad de ocasiones.

Mis indagaciones sobre el periodista egipcio confirmaron que estaba comprado por Seif el Islam. El director de Human Rights Watch en El Cairo me dijo: «No puedes confiar en que publique lo que digas. Es una trampa.»

Un par de días más tarde, cuando estaba preparándome para volar a Nairobi, le envié un e-mail a Seif con copia a Mohammed. En él mencionaba otra vez los nombres de los periódicos egipcios que habían publicado mis artículos sobre el tema, explicando la implicación egipcia, y les decía que cualquier acción que se llevase a cabo tenía que ser con ellos: «Hemos sufrido demasiada injusticia para que ahora nos pidan que nos la juguemos. Tiene la oportunidad de afrontar nuestro sufrimiento y reducir el daño que se ha hecho. Cuéntenos la verdad.»

Estaba enfadado, pero también aliviado por no tener que darle malas noticias a mi

madre.

Las buenas maneras de los buitres

Mi avión aterrizó en Nairobi por la tarde. Mi madre y yo cenamos en su pequeño piso y nos sentamos a charlar hasta medianoche. Ella pasaba allí la mayor parte del año, porque siempre le ha gustado la naturaleza y también por su hermano, el tío Soleimán, que desde hace varias décadas ha establecido su hogar en Kenia. Su piso tenía el ambiente alegre y relajado de una casa de vacaciones. Nos fuimos a dormir. Mi madre se levantó a las dos de la madrugada. La oí preparar café. Luego empezó a hacer pan. Al cabo de una hora se fue al aeropuerto a recoger a Ziad. Alrededor de las cinco de la madrugada, volvió con mi hermano, que vino a mi cama y me besó cinco o seis veces en la misma mejilla.

Poco después, estaba tumbado a mi lado. Mi madre se acostó en el sofá.

—¿Cómo vas a dormir así? —le dijo Ziad.

—No te preocupes —contestó ella—. ¿Necesitas pijama?

—No.

Al cabo de unos segundos se lo preguntó otra vez.

—¿Necesitas pijama?

—Es una hora de llegada espantosa —dijo Ziad—. Ni mañana ni noche. Esto es lo que los ingleses llaman la «hora de la tumba».

—Qué macabro —dijo mi madre—. ¿No llaman también así a algunos empleos? ¿«Trabajos de cementerio»?

—La hora de la tumba —repitió Ziad.

Luego todos tratamos de dormir. Pero mi madre no podía parar. Hizo más preguntas sobre el vuelo, si necesitaba pijama, si teníamos frío y si queríamos que sacara la manta.

Nos echa de menos. Todos nos echamos de menos. Tal vez un día volveremos a vivir en el mismo país.

Después de un largo silencio, me levanté sin hacer ruido y, a oscuras, me acerqué a mi madre.

—Acuéstate junto a Ziad —susurré.

—No —contestó ella.

—Por favor, no discutas, que lo despertarás.

—De acuerdo —dijo—. Tengo una idea.

Sabía lo que iba a hacer y se lo dejé hacer. Fui al cuarto de baño y cuando regresé ya estaba tumbada en unos cojines en el suelo. Me senté en las baldosas de terracota a su lado.

—No me voy a mover de aquí hasta que vayas a la cama —dije.

Mi madre se levantó.

—Ya le he dado la vuelta a la almohada —añadí.

—Vale, pero no tenías que hacer eso —dijo ella—. ¿Necesitas otra almohada?

—No.

—Te daré una —insistió ella, y colocó una a mi lado. Noté su forma blanca y fría.

Me di cuenta de que estaba tumbado en medio de un corriente de aire. Esperé hasta que las respiraciones de los dos se hicieron profundas y lentas y moví los cojines.

Cuando noté que el sol daba en las cortinas, me levanté. Mi madre y Ziad dormían profundamente. Me vestí y salí.

La tierra de este país es como un tintero. Tiñe de un marrón rojizo los pies descalzos, los neumáticos de los coches y los troncos de los árboles. Todo lo demás es de un verde exuberante. El cielo azul intenso. El sol es casi audible.

Cuando llegaron al café, los dos estaban sonriendo. Pasamos el resto de la mañana tomando zumo de maracuyá junto a la piscina. Los árboles que la rodeaban eran más altos que minaretes. Sus copas causaban el mismo efecto que el techo abovedado de un teatro. Cuando hablamos, hablamos de la belleza de aquel país o de la de los hijos de Ziad o nos burlamos unos de otros a propósito de una camisa nueva o unas gafas de sol de moda. Luego nos hicimos fotos.

Estaba claro que ninguno de nosotros tenía muy claro qué debíamos hacer. Nairobi era el primer lugar donde llegamos huyendo de Libia en 1979. Nuestra primera ciudad de exilio. Y allí estábamos, cargados otra vez con la tarea de consolarnos.

Por la tarde, mi madre se fue y Ziad y yo nos quedamos junto a la piscina. El sol calentaba con fuerza. Nos pusimos debajo del follaje puro y translúcido de uno de aquellos árboles altos. Su sombra era tan fina y lisa como seda sobre la piel. Un águila que habíamos visto volar se posó en una de las ramas. Lentamente desplegó las alas y, como respuesta, las hojas que la rodeaban temblaron. El ave era descomunal, demasiado grande incluso para aquel árbol tan alto.

No oímos ni vimos nada antes de que una rama cayera en la mesa de al lado, entre la tumbona de Ziad y la mía. Hizo añicos mi teléfono móvil, que llevaba conmigo obsesivamente a todas partes. Mientras recogía del suelo diversas partes del teléfono, me pregunté si otra rama estaría cayendo en silencio sobre mi hermano o sobre mí. El camarero corrió hacia nosotros, se disculpó y procedió a trasladar nuestras cosas a otro par de tumbonas al sol, lejos del árbol.

—Podría habernos matado —dijo Ziad.

Yo estaba ocupado montando mi teléfono. Lo conecté y miré hasta que se iluminó la pantalla.

—No era muy grande —repliqué.

—No, pero ha sido inesperado. Unos centímetros hacia aquí o hacia allá y... —Al ver que no completaba su frase, él insistió—: ¿No?

—Sí —dije—. Podría haber pasado.

Una de las bañistas, que había presenciado lo ocurrido, extendió su toalla debajo del mismo árbol y se tumbó allí, con su cuerpo brillante terriblemente expuesto.

—¿Crees que deberíamos advertirla? —dijo Ziad.

—Bueno, ella lo ha visto todo —respondí.

—Aun así —respondió él.

Ninguno de los dos se movió. El águila continuaba en el árbol. Después de un largo silencio, cada uno de nosotros parecía haber aceptado que ir a advertir a una mujer medio desnuda, a la que no conocíamos, de un peligro del que era ya consciente podría parecer entrometido o paranoide. Y su seguridad era atractiva; los dos habíamos registrado esa noción. Quizá si las cosas hubieran sido diferentes, Ziad y yo podríamos haber mantenido también la mente fría y habernos quedado donde estábamos, convencidos de que era improbable que se repitiera un suceso tan raro como que una rama se partiera y cayera al suelo.

Observé al águila.

—No entiendo por qué las águilas son tan reverenciadas —dije—. Estados Unidos la pone en su dólar, nosotros, los árabes, las admiramos, pero si lo piensas, cuando consideras cómo viven, ves que son traicioneras.

—Son fuertes y orgullosas —dijo Ziad.

—Fuertes, orgullosas y traicioneras —apostillé—. Atacan a las crías cuando la madre está lejos.

—Son rápidas, tienen una precisión asombrosa y, a diferencia de los buitres, sólo comen lo que cazan —insistió Ziad.

—Los buitres son mucho más admirables —dije.

—¿Cómo puedes decir eso? —preguntó mi hermano.

Y justo cuando estaba a punto de hablar otra vez, de decir algo sobre las buenas maneras de los buitres, que no atacan a menos que estén convencidos de que la víctima está muerta, decidí que en realidad no me importaba el tema. En cambio, recordé un poema sobre el orgullo de las águilas que mi padre recitaba y una fotografía que guardo de él mirando a los ojos a un águila posada en su brazo. Entonces me pregunté si aquella águila que teníamos encima era nuestro padre. Quizá por ese motivo había enviado una rama precisamente sobre mi maldito teléfono. No le dije nada de eso a Ziad porque no quería que pensara que yo creía que nuestro padre estaba muerto. Él temía que yo supiera más de lo que le había dicho, que Mohammed Ismail me hubiera contado algo definitivo y me lo estuviera callando para no partirle el corazón a mi madre. La verdad era que en ese momento no creía que mi padre estuviera muerto. Pero también era verdad que tampoco creía que estuviera vivo.

Al día siguiente, víspera del aniversario, tenía una llamada perdida que empezaba con el prefijo +55. Busqué y vi que era el prefijo de Brasil. Marqué el número y respondió Mohammed Ismail.

—¿Qué tal Brasil? —dije.

—¿Cómo sabe que estamos en Brasil? —preguntó con suspicacia.

—Por el prefijo.

—Ah, vale. He hablado con Seif y dice que tiene que hacerlo.

—¿Vio mi e-mail?

—¿Qué e-mail?

—Le envié uno explicando mejor mis razones y diciéndole que ya se ha escrito sobre esta cuestión en Egipto recientemente. El periódico Al Dustur publicó un gran artículo al respecto hace sólo un par de semanas.

—Vale, revisaremos el correo electrónico y volveremos a llamarle.

La noche del aniversario nos reunimos en casa de mi madre. El tío Soleimán se unió a nosotros. Mi madre había pasado la tarde envolviendo hojas de parra y las había dispuesto en una fuente circular en medio de la mesa, junto con el pan que había hecho. Comimos tanto que casi no podíamos ni respirar y luego nos trasladamos al sofá y encendimos cigarrillos. De repente, el motivo de nuestra reunión se hizo insoslayable. Y así fue como lo conmemoramos. Contamos y recontamos la historia de cómo había ocurrido. Cada uno de nosotros recordaba un nuevo detalle. Entonces explicamos otras historias, derivadas de la principal, historias que se alejaban y luego volvían al mismo hecho. Éramos los testigos que rodean la escena del crimen. Y como esas repeticiones no nos ofrecían ningún consuelo, continuamos hasta las tres de la madrugada. Un par de días más tarde, cada uno de nosotros estaba en un país diferente. Durante los siguientes días nos llamamos a diario, en ocasiones más de una vez.

El discurso

Volví a tener noticias de Mohammed Ismail diez días más tarde.

—Seif dice que tiene que hacerlo. Debe hacerlo. Hágalo y veremos si es posible proporcionarle la información.

—Mire, no puede seguir pidiendo lo mismo sin tener en cuenta mis preocupaciones. Me niego a exponer a mi familia a más peligros. Por favor, dígame a Seif que le pido amablemente que limite el daño que nos ha hecho y nos cuente la verdad.

—Lo haré.

No volví a saber nada de él en varios meses. Entonces, la tarde del 16 de junio, cinco meses después de mi primer encuentro con Seif, llamó mi primo Hamed, el hijo del tío Mahmoud.

—Tengo un mensaje para ti de mi padre: «Las condiciones son las peores que hemos conocido nunca. Hemos de pagar por el agua. Los guardias de la prisión nos tratan como animales. La comida es bazofia. Tienes una semana. Si las condiciones no mejoran, empezaremos una huelga de hambre.»

No pude dormir. A primera hora de la mañana telefoneé a Seif. No contestó. Contacté con Amnistía Internacional y con Human Rights Watch para preguntarles si podían hacer algo. Llamé otra vez a Seif. Después telefoneé a Al Hawni, que lo cogió. Sonó compasivo, dijo que hablaría con Seif. Marqué una vez más el número de éste, le dejé un mensaje de voz y le envié una versión de texto del mismo mensaje: «Familiares en Abu Salim no están bien. Amenazan con empezar una huelga de hambre.» Un par de días más tarde, después de medianoche, recibí el siguiente mensaje de texto de Seif: «Hoy es mi cumpleaños J.»

Dos días después envié otro mensaje de texto: «Por favor, ¿puede llamarme mañana? Hemos de hablar.»

Lo llamé y dijo:

—Sus parientes serán trasladados a otra prisión para preparar su puesta en libertad. Y en relación con su padre, le diré lo que debe hacer. Han de pasar más cosas. Tiene que confiar en mí. No lo hago por mí. Perderé más de lo que ganaré. Usted en mi lugar no se metería.

—Un hombre es lo que hace —dije.

—Confíe en mí.

Unos minutos más tarde, recibí este texto: «Lo más importante, no hagas nada que no quieras. MOSHÉ DAYÁN.»

Le respondí con este otro: «Sé el cambio que quieres ver en el mundo. MAHATMA GANDHI.»

Respondió: «->)»

Unas semanas más tarde, al no haber tenido noticias tuyas, lo llamé.

—No creo que se lo esté tomando en serio —dije—. Habla de confianza, pero no me ha contado nada de lo que sabe.

Empezó a gritar al teléfono.

—Esto es complicado; hay muchos implicados, la Mukhabarat, los egipcios...

Lo interrumpí:

—Seif, Seif —dije.

—¿Qué? —me espetó.

—Hay un problema con la línea, tendrá que volver a llamar. —Y colgué.

Llamó al instante. Repitió lo que había dicho, pero en un tono mucho más calmado. Había funcionado.

—Lo ha entendido mal —dije—. No necesito nada de usted. No tiene nada que pueda darme o quitarme. Mi padre es una corona en mi cabeza. Lo que le estoy ofreciendo es una oportunidad de limitar los daños causados. Y no lo estaría haciendo por mí, sino por usted, por la historia. La historia juzgará. Así pues, a partir de ahora deje de pedirme que me la juegue. No daré otro paso hasta que me cuente lo que sabe.

Telefoneó un par de días más tarde, a medianoche. Sonaba animado, amistoso. Dijo que había pedido a los británicos que escribieran directamente al Ministerio de Exteriores de Libia solicitando información sobre mi padre.

—¿Puede pedirle al Foreign Office que lo haga lo antes posible? En cuanto manden la carta, podré cumplir mi promesa. Será un dolor de cabeza —dijo. Entonces, sin ninguna ironía, añadió—: Lo haré gratis.

Contacté con el Foreign Office y un par de días más tarde estaba sentado con Declan Byrne, responsable de la institución para Libia, y su colega Philippa Saunders. Me dijeron que el secretario de Estado para Oriente Próximo, Alistair Burt, se había reunido recientemente con el ministro de Exteriores libio, Abdul Ati al Obeidi. Declan había estado presente en la reunión. Cuando preguntaron por Jaballa Matar, el ministro de Exteriores libio tomó nota de la pregunta, pero no dijo nada.

Me informaron de que la oficina del primer ministro había enviado ese mismo día

a la embajada libia la carta solicitada por Seif.

Entonces empezaron a hablar sin reservas. Declan describió la relación del gobierno británico con Libia como un «compromiso de influencia».

—Lo cual, en el contexto libio —agregó Philippa Saunders—, significa zanahorias y casi ningún palo.

La expresión «compromiso de influencia» me recordó lo que decía Margaret Thatcher para defender sus relaciones amistosas con el régimen del *apartheid* sudafricano: «compromiso constructivo».

—¿Y cuál es exactamente su influencia? —pregunté.

Se miraron entre sí.

—No es lo que piensa —dijo Philippa—. Es lo contrario de lo que parece. No se trata de que les aportemos comercio, experiencia o educación, sino de que el primer ministro David Cameron visite Libia para la Conferencia Africana. Pero lo que Gadafi más desea de Gran Bretaña —agregó, ruborizándose ligeramente— es que lo paseen en una carroza dorada por Pall Mall. Ha solicitado varias veces reunirse con la reina.

—En general —intervino Declan—, lo que Libia quiere de Gran Bretaña es aceptación internacional.

Pregunté por qué pensaban que Seif estaba dispuesto a ayudar.

—Para ser visto como el reformista —dijo Declan.

No pude evitar detectar un tono de aburrimiento en su voz.

—De todos los hijos —explicó Philippa Saunders—, es el que menos tiene que ver con Libia. Sus principales credenciales están con Occidente. Siempre está intentando salvar la brecha para demostrar que es el mejor, el reformista y el progresista. Ésta es una buena oportunidad para él, sobre todo en lo que se refiere a Abu Salim, y por consiguiente será visto como un paso adelante desde ese capítulo oscuro.

—¿Cree que mi padre encontró su final en esa masacre? —pregunté.

—No tenemos información sobre eso —dijo Philippa—. Francamente, no sé si Seif o alguien en Libia lo sabe.

En cuanto salí del Foreign Office llamé a Seif.

—La carta que solicitó ha llegado hoy a la embajada de Libia en Londres —dije.

—Bien, excelente, excelente —contestó.

Eso fue en agosto de 2010. No supe nada de él o de sus ayudantes hasta el 27 de enero del año siguiente. Sólo unos días antes, Túnez había alterado el paisaje político, así como el paisaje de la imaginación, cambiando lo que podíamos esperar del futuro y de nosotros. Y eso estaba ocurriendo setecientos kilómetros al oeste de Trípoli. Miles de tunecinos se reunieron en la avenida Habib Bourguiba, la principal arteria de la capital tunecina, con sus canciones y sus exigencias de democracia. Lograron

desalojar pacíficamente una dictadura de veintitrés años. Los activistas egipcios también estaban movilizándose. Dos días antes de la llamada de Seif, la plaza Tahrir de El Cairo se había llenado de manifestantes. Se habían levantado dos vecinos de Libia. Algo irreversible había comenzado.

—Había un ejemplar de la revista *The New Yorker* en el avión —dijo Seif cuando respondí—. Contenía un artículo suyo.

—¿Lo ha leído? —pregunté.

—No, era un vuelo corto. Oiga, la carpeta que le prometí está preparada y se la entregará el jeque Sulabi. ¿Lo conoce?

—No.

—El jeque Sulabi —repitió, como si bastara con eso para que yo me enterase mejor—. ¿De veras no lo conoce?

—No, nunca he oído hablar de él.

—Contactará con usted. Se lo he dado todo.

—¿Cuándo?

—Pronto, pronto —dijo.

—Dígamelo ahora —pedí.

—Espere a Sulabi.

Le pregunté por mis familiares encarcelados.

—Estoy librando una batalla y seguiré en la lucha. —Dijo que el fiscal había emitido la orden, pero que ésta había sido vetada—. Por alguien de arriba. Pero estoy haciendo lo que puedo. Se resolverá pronto.

Seis días después me telefoneó a medianoche.

—¿Se ha enterado de la noticia? —preguntó.

—No, ¿qué?

—La liberación de sus familiares. Está hecho.

—¿Están en casa?

—Esta noche o mañana. Pero está hecho.

—Eso es maravilloso —dije—. Gracias.

—Y lo de su casa también. He empezado a trabajar en eso. He hablado con la gente que se la quedó y les he dicho que se marchen. Se resolverá pronto. He hecho todo esto a cambio de nada. Es mi deber moral. Sólo pido que rece por mí, deséeme lo mejor.

—Sus obras lo honran —dije. Luego le pregunté qué opinaba de lo que estaba ocurriendo en Egipto.

—Está bien —contestó—. Ya era hora. La gente no puede seguir sin libertad.

Dieciocho días después, el 20 de febrero, Seif apareció en la televisión desde Trípoli.

Detrás de él había un mapa del mundo, tan grande que su cabeza calva apenas lograba tapar Sudáfrica. Estaba arrellanado en su silla. Las minúsculas islas conocidas como Tierras australes y antárticas francesas formaban una mancha considerable junto a su hombro izquierdo. Las islas Georgia del Sur y Sandwich del Sur asomaban junto a su codo derecho. Seif estaba perdido en el océano Antártico. Debajo de él, un letrero decía: «DISCURSO DEL INENIERO SEIF EL ISLAM MUAMMAR GADAFI.» La errata permaneció hasta que al cabo de varios minutos la corrigieron: «INGENIERO.»

Culpó del levantamiento a los libios en el extranjero.

—Hay ocasiones que exigen de mí una sinceridad absoluta. Sabemos que varios elementos de la oposición viven en el extranjero. ¿Qué se puede decir? Son libios que se oponen a nosotros. Tienen amigos, socios, ayudantes y gente que alineados con ellos dentro del país. Han querido imitar lo ocurrido en Egipto.

De vez en cuando, hacía un ligero movimiento con las caderas, como si los pantalones le apretaran, luego se tiraba de una de las solapas de la chaqueta. Las largas pausas que hacía entre sus afirmaciones repetidas eran tan prolongadas que empezó a dar la impresión de que estaba escuchando voces: la de su padre, con quien se había reunido justo antes del discurso, y tal vez las voces de los que habían creído en él. De maneras diferentes, repitió la misma afirmación: los libios en el extranjero estaban conspirando contra el país. Iba repitiendo infinidad de veces todo lo que decía. El contenido de su discurso, que duró treinta y ocho minutos, podría haberse comunicado en tres. Parecía una representación apropiada del reinado de su padre.

La parte más interesante del discurso llegó cuando empezó a ofrecer sus predicciones. Si la gente no hacía lo que él decía, amenazó con una irritante exactitud, lo que vendría sería una pesadilla: guerra civil, destrucción y emigración masiva. La carnicería que prometió terminó produciéndose, pero no por las razones que podrían parecer obvias. Seif sabía, quizá mejor que nadie, que el sistema que su padre había construido durante cuarenta y dos años se basaba en una débil premisa: «No hay alternativa.» Pero la gente había hablado y había derribado esa falsa barrera. Los que después llorarían el régimen de Seif y su padre eran como un hombre que mira las cenizas y dice: «Prefiero el fuego.» La calamidad que siguió a la caída de Gadafi es más reveladora de la naturaleza de su dictadura que de los ideales de la revolución. Todos los eslóganes que nos inculcaron y que de niños nos obligaban a repetir en la escuela habían forjado nuestra educación. «Una casa pertenece al que vive en ella», algo que legalizó el robo de propiedad privada. Habían inculcado en muchos de nosotros una desconsideración por la ley. «Las masas gobiernan. La política representativa no es democracia. La verdadera democracia es el gobierno de las masas y las masas deben estar armadas.» Éstos eran los lemas con los que nos bombardearon desde 1969 hasta 2011. Cuando, en 2009, Larry King le preguntó al padre de Seif el Islam:

—¿De qué logro se siente más orgulloso?

Gadafi respondió:

—De la emergencia de la autoridad del pueblo.

El discurso de Seif era como estar viendo a alguien que se quita una máscara. No se disculpó ni ofreció condolencias a las familias de los manifestantes recientemente asesinados por las autoridades.

—En lugar de llorar por ochenta y cuatro muertes —dijo con desdén, agitando el dedo ante la cámara—, lloraréis por centenares de miles de muertes. Correrán ríos de sangre. —Hablabla de Libia como si se tratara de una propiedad privada de su familia—. Este país nos pertenece.

Después del discurso, se unió a la salvaje campaña de su padre para aplastar la disidencia. Unos días más tarde, el ayudante de Seif, Al Hawni, llamó desde Roma.

—¿Vio el discurso? —preguntó.

—Sí. ¿Lo escribió usted?

—Por supuesto que no. Estoy muy decepcionado.

—¿Qué ha sido de Mohammed Ismail? —pregunté.

—Ese perro. Iba a la cabeza de los que atacaron a los que protestaban en Bengasi. —Y añadió—: He escrito un artículo sobre Seif. ¿Puedo enviárselo?

Tenía demasiada curiosidad para decir que no. Me llamó esa tarde para preguntarme mi opinión.

—Al margen de la conveniencia del momento, es bueno que finalmente haya aclarado su posición. Pero, para ser sincero, el artículo es sentimental y se regodea demasiado en su decepción personal. No acepta ninguna responsabilidad.

—Era como un hijo para mí. Le creía.

—Pero estas cosas son estructurales. Y usted fue uno de los que lo ayudó a construir su teatro. Seif representa a una dictadura y usted siempre lo ha sabido. Lo que se necesita ahora no es esa clase de lamentos, sino algo sincero. Ha de aceptar la responsabilidad por su error de juicio. Por ejemplo, ¿de dónde cree que salía el dinero?

—¿Qué dinero?

—El que se usaba para que pudiera volar en jets privados. El dinero con el que compró todas las propiedades.

—Seif nunca aceptó ni un penique del pueblo libio. Y si lo hizo, nunca lo supe —dijo Mohammad al Hawni.

—No se da cuenta, ése es exactamente el problema. No puede esperar que lo crea. No puede meter la mano en la caja y luego fingir que no sabía que su contenido era robado. ¿Y de verdad espera que crea que no sabía nada de la Autoridad Libia de Inversiones y de cómo la usaba Seif para financiar su estilo de vida?

—No sabía nada de eso —insistió. Lo dijo en tono falso, al mismo tiempo desilusionado y desilusionante, delatando una capacidad asombrosa tanto para la sinceridad como para el engaño—. Siempre he pensado que el dinero de Seif procedía de su negocio. Tenía una empresa pesquera en Noruega.

—Una empresa pesquera en Noruega —repetí—. Por supuesto. —Apenas podía contener mi rabia—. Es un engaño tan grande que hay que ponerlo al descubierto. Si a usted le importa Libia, esto es peor que los crímenes, los asesinatos y las desapariciones. Esto, esta... retahíla de mentiras sin fin. Apesta. Basta. —Respiré hondo, en un intento de mantener la indignación a raya—. Escuche, escuche —dije, aunque él ya no estaba hablando—, lo que haga o escriba es asunto suyo. Lo que quiero saber es una cosa y sólo una. Ahora que la historia ha dado un paso adelante, ¿finalmente va a decirme lo que le ocurrió a mi padre?

—No sé nada.

Unas semanas más tarde, cuando abrieron las celdas de Abu Salim y encontraron al hombre ciego retenido en una celda de aislamiento con una fotografía de mi padre, Mohammad al Hawni me telefoneó otra vez.

—¿Ha oído que han encontrado a un hombre ciego en una celda del sótano? Tenía una fotografía de su padre. Cree que, quizá, quiero decir, podría ser su padre, ¿no? Colgué.

Años

Me enteré de que el hombre que me había telefoneado en 2009 para decirme que había visto a mi padre en la Boca del Infierno en 2002 estaba viviendo en Bengasi. Contacté con él y quedamos para vernos. Comentamos de inmediato nuestro asombro por el hecho de que, por arte de magia, estuviésemos hablando sin escondernos, sin miedo a ser escuchados, en un café de Libia. Fumamos y charlamos como topógrafos que miden la distancia entre dos puntos fijos: la vez que hablamos por teléfono en 2009 y el presente, marzo de 2012, cuando, eso parecía entonces, la esperanza del futuro brillaba esplendorosa. Y el hecho de que ya no fuéramos voces incorpóreas al teléfono sino hombres de carne y hueso, sentados a ambos lados de una mesa, de tal manera que él podía alargar un brazo y apretarme el hombro, y yo también, en un cálido intercambio de aquella camaradería victoriosa que muchos de nosotros sentíamos durante esos días de esperanza, parecía otra confirmación de las ventajas que tenía el presente sobre el sombrío pasado. El presente era físico y real; el pasado, la Libia de Gadafi, era la pesadilla de la que por fin habíamos despertado.

Quería saber más sobre su encuentro con mi padre, y al mismo tiempo disfrutaba oscuramente de la posibilidad de no hablar de ello. En algún momento entre esos dos pensamientos me ofrecí, como si fuéramos viejos amigos, a mostrarle una fotografía de mi padre que tenía en mi teléfono móvil.

—Sí, sí —dijo, quitándose las gafas e inclinándose hacia delante. Su rostro, pegado a la pantalla, se puso rígido e inexpresivo.

—¿Éste es Jaballa Matar? —preguntó.

Era una pregunta —estaba seguro de que era una pregunta—, pero en el silencio que siguió, pensé si no se trataría de una declaración, como «Bueno, éste es Jaballa Matar». La otra idea que se me ocurrió era que mi padre había cambiado de manera tan drástica que aquel testigo estaba experimentando el horror que yo siempre había albergado, el de no ser capaz de reconocer a mi padre, pero al revés, pensando para sí: «Dios mío, cómo ha cambiado el hombre.»

—Pero éste no es Jaballa Matar —dijo por fin, recostándose en la silla.

—Bueno, la foto es de hace muchos años —expliqué.

—No era así —insistió él.

Le entregué el teléfono para que pudiera examinar la imagen con más atención. Lo cogió.

—La foto es de los años ochenta —dije—. De veinte años antes de que usted lo viera.

—No —dijo él negando con la cabeza y devolviéndome el teléfono—. Éste no es

el hombre que vi.

—¿Qué quiere decir? —Mis palabras sonaron más fuertes de lo que pretendía.

Se puso nervioso.

—Tiene que haber un error —dijo—. Verá... No sé...

Me dije que no debía ponerlo nervioso si quería recabar información; para ello tenía que mantenerme relajado. Le hice una seña al camarero y le pedí una botella de agua fría, dos vasos y dos cafés más. Le ofrecí un cigarrillo al hombre y esperamos en silencio hasta que llegaron las bebidas. La pausa lo transformó.

—De todos modos —dijo con un atisbo de impaciencia en la voz—, no fui yo quien lo reconoció. Yo no tenía forma de reconocer a su padre. Fue uno de los otros prisioneros. Señaló a un anciano. «¿Lo ve? —me dijo—. Ése es Jaballa Matar.» Por eso cuando salí pedí su número. Pensaba que estaba haciendo algo bueno.

—Y yo le agradezco el riesgo que corrió —respondí.

En lugar de despedirnos en ese mismo momento, continué tratando de cambiar de tema, intentando hablar de cualquier asunto intrascendente, para lo cual no soy bueno ni en los mejores momentos. Pero el deseo de hacer que se sintiera cómodo era abrumador. Yo estaba avergonzado. Hay vergüenza en no saber dónde está tu padre, vergüenza en no poder parar de buscarlo y vergüenza también en desear dejar de buscarlo. Continué charlando, aunque cada pocos segundos los músculos de mi garganta se atascaban; tragaba saliva, como si un bocado que acabara de deglutir se empeñara en subir de nuevo por el esófago. Finalmente nos levantamos para despedirnos.

—Estoy seguro de que lo encontrará —dijo con peculiar optimismo—. Nada permanece oculto para siempre.

Qué absurdo, quise contestar. Qué puto absurdo total. En cambio, dije:

—Por supuesto.

Me quedé unos minutos en el café después de que él se marchara. Luego salí a la calle. Era de noche y me sentó bien que lo fuera. Aquel hombre era el único que había visto a mi padre vivo después de la masacre de 1996. Todas las consecuencias que se derivaban de ello —el informe de Human Rights Watch, la campaña, las negociaciones con Seif el Islam— parecían vacuas, una broma cruel. Una gran ola de agotamiento me arrolló. Deseé poder llorar. Percibí la vieja y oscura noción de que mi padre había muerto asesinado en la masacre. Agradecí esa sensación. No sólo porque me resultaba familiar, no sólo porque la certeza es mejor que la esperanza, sino porque siempre he preferido pensar que murió con los demás. Él habría sido bueno con los otros. Su instinto de consolar y apoyar a los que lo rodeaban lo habría mantenido ocupado. Si me esfuerzo lo suficiente puedo oírlo diciéndoles: «Chicos, manteneos firmes. En la dificultad hay facilidad. En la dificultad hay facilidad.» Las otras opciones, en las que moría solo... Ésas me aterrorizaban.

No quería caminar junto al mar. No quería pasear. Quería el centro, abarrotado. Quería ruido y movimiento. Me encontré junto al tribunal, donde los abogados y los jueces se habían reunido el 15 de febrero de 2011. El interior se había convertido en un monumento a los caídos. Los pasillos, esos mismos pasillos donde Marwan, Nafa y yo jugábamos de niños, esperando a que su padre, Sidi Ahmed, el juez del Tribunal Superior de Bengasi, terminara su jornada, estaban llenos de carteles de hombres jóvenes que habían muerto durante la revolución. La mayoría mostraban varias imágenes tomadas en diferentes períodos de la vida de los fallecidos, como un niño pequeño, un escolar de uniforme, en la universidad, en la guerra y en la muerte. Estaban montados en secuencia, con el nombre escrito detrás de la palabra «MÁRTIR».

Era una novedad. Hasta entonces, en Libia, era costumbre no mostrar fotografías de muertos hasta un año después del funeral. Se creía que las fotografías interferirían con el recuerdo de los afligidos o lo avivarían de manera demasiado dolorosa. Pero ahora las imágenes de esos jóvenes combatientes muertos estaban en todas partes. Algunas familias llegaban al extremo de alquilar vallas publicitarias. Era como si la violencia hubiera despertado una antigua tradición olvidada. Como imágenes de santos, las de esos jóvenes habían sustituido a las del dictador. Donde había estado el rostro severo o sonriente de Gadafi, teníamos «mártires».

En una gran sala en uno de los largos pasillos reinaba una atmósfera particular, la clase de silencio que sólo es posible en presencia de otros. Sin embargo, la sala estaba vacía. Sus cuatro paredes no estaban cubiertas de carteles, sino de fotografías tipo pasaporte tomadas años antes, todas ellas ampliadas a tamaño cuartilla. A juzgar por los estilos de peinado, esas fotografías se habían tomado en los sesenta, los setenta y los ochenta. Un modelo arquitectónico a escala de la prisión de Abu Salim ocupaba una mesa en el centro. La sala era un memorial de las 1.270 víctimas de la masacre, el incidente que tantos años antes había iniciado una cadena de acontecimientos que en última instancia había conducido al derrocamiento de Gadafi.

De inmediato quise marcharme de allí, pero sentí de nuevo lo que había sentido al entrar en la sala, la sensación de que algo me había agarrado. Aunque estaba solo, simulé el interés de un observador imparcial. Traté de mirar los rostros de los hombres, pero no enfocaba la mirada. Quizá, pensé, encontraría allí a mi padre. Quizá alguien sabe más de lo que yo sé y colocó su foto aquí. Quizá lo encuentre y pueda preguntar y conseguir un papel, un documento que declare que Jaballa Matar era uno de los 1.270 prisioneros que perecieron el 29 de junio de 1996, cuando yo tenía veinticinco años, la mañana en la que, por alguna razón que no recordaba, había sido incapaz de levantarme de la cama, cargado de autocompasión y lamentando haberle confesado a un amigo, la tarde anterior, mis problemas económicos. Y luego había caminado los casi quince minutos que separaban mi piso de la National Gallery, porque había decidido, también por alguna razón desconocida, dejar la *Venus del espejo*, la diosa del amor, de Velázquez, una pintura que había despertado en mí tanto deseo sexual, y caminar hacia la pintura incompleta de Manet, *La ejecución de*

Maximiliano, más o menos a la misma hora en que los verdugos y guardias de la prisión de Trípoli cavaban una fosa común y hacían rodar hacia su interior los cadáveres a los que pertenecían esos rostros jóvenes de las paredes, uno encima del otro, hasta que la fosa estuvo llena.

Las lágrimas, esas lágrimas que casi nunca derramo y que se habían estado acumulando durante tanto tiempo que su lugar ya no estaba tanto en los ojos como en las tripas, empezaron a amenazar con brotar. No podía respirar. Los rostros me miraron. Examiné las filas buscando a mi padre. En ese momento me fijé en la mujer sentada en un rincón, ante un escritorio. Había estado allí todo el tiempo. Me estaba mirando. Yo conocía esa expresión. La había visto antes en los que apoyaban mi campaña. Compasiva, consoladora, obstinada. La había visto en voluntarios en Londres, París, La Haya, Estocolmo, que escribieron incluso más cartas que yo, enviando una cada semana al gobierno libio y haciéndolo durante diez, quince, veinte años, para preguntar por el paradero de mi padre. Firmaban peticiones y presionaban a sus representantes locales. Reconocí en esa mujer la misma compasión no solicitada, la misma voluntad ejercitada. Y reconocí en mí la misma solidaridad, la sensación de hermandad e incomodidad que siempre había sentido hacia esos individuos. Todavía recibía postales. La delegación holandesa de Amnistía Internacional había dado mi dirección a sus miembros. Aunque es ligeramente incorrecta, el cartero ya sabe dónde entregarlas. Todas contienen exactamente el mismo mensaje —«Hisham, apoyamos tu campaña por la verdad y la justicia para tu padre. Confiamos en que tengas éxito»—, escrito a mano por niños y adultos en el dorso de postales que muestran paisajes, una fotografía de narcisos salida de una impresora casera, el dibujo de corazones de un niño, salpicado de purpurina que se te pega en los dedos y no se va hasta que te has lavado un par de veces, una acuarela de los Alpes, una sobria página en blanco con la caligrafía atenta y temblorosa de los ancianos. Pobres niños, pobre gente, obligada a pasar tardes escribiendo esas postales. Nunca sé qué hacer con ellas. Las meto en un cajón y luego las tiro y me siento culpable. La mujer de esa sala me inspiró la misma sensación agitada.

—¿Conoces a alguien? —preguntó en aquel tono ligeramente compasivo.

—A mi padre —dije—. Pero no está aquí.

—Éstas —contestó ella mirando las fotografías— son sólo algunas de las víctimas. El objetivo es tener un registro completo. —Cuando no dije nada, la mujer añadió—. Algún día.

—Sí.

—¿Cómo se llamaba tu padre? —preguntó.

—Jaballa Matar —dije.

—Jaballa Matar —repitió ella, mirando los papeles bien ordenados en el escritorio que tenía delante—. Me suena. Jaballa... Matar... —Pasó el dedo por la lista.

Es posible, me dije a mí mismo; es posible.

—No aparece en el registro —dijo finalmente—. Éstas son las víctimas confirmadas. Hay muchas más, por supuesto, todavía sin confirmar. Lo sé porque mi sobrino murió en la masacre.

—Lo siento —dije. Obviamente la había malinterpretado por completo—. Lo siento de veras.

—Yo también —contestó ella.

Las lágrimas empezaron a amenazar otra vez. Silencio, respiraciones profundas, eso ayuda. Pero nada es más eficaz que la pura sospecha del deseo de llorar. La sospecha casi siempre me mantiene a salvo.

—¿Has encontrado alguna noticia? —preguntó la mujer.

—No.

—¿Estás seguro de que murió en la masacre?

—No.

—Espero que lo encuentres algún día.

Nadie en Libia me había dicho nunca eso. Nadie me había dicho que esperaba que lo encontrara, sólo que lo encontraría. Y algo en sus palabras me hizo bajar la guardia. Las lágrimas estaban ahí. Inspiré hondo, pero era demasiado tarde. Aparté la cara, simulando mirar las fotografías. Entrelacé las manos a la espalda, y paseé, mirando la galería de rostros como si estuviera en una exposición de arte, moviéndome de un cuadro al siguiente con apenas una pausa, viendo cincuenta pinturas en una hora, como si se tratara de haber mirado y no de mirar. Sentí que se me encogía el corazón, que se me hacía más pequeño. El dolor reduce el corazón. Eso, creo, forma parte del objetivo. Haces desaparecer a un hombre para silenciarlo, pero también para estrechar las mentes de los que quedan atrás, para pervertir su alma y limitar su imaginación. Cuando Gadaffi se llevó a mi padre, me colocó en un lugar no mucho mayor que la celda en la que lo encerró. Paseé atrás y adelante, con rabia en una dirección y odio en la otra, hasta que noté que mis entrañas se volvían más pequeñas y duras. Y, como era joven y el odio y la rabia son las emociones de un hombre joven, me engañé pensando que la transformación era buena, que era semejante al progreso, una señal de vigor y fortaleza. Así pasé la mayor parte de mi vida hasta los treinta, hasta que en el otoño de 2002, doce años después de perder a mi padre, me encontré al borde del Pont d'Arcole, en París, mirando las aguas verdes que corrían por debajo. La novela que estaba escribiendo no iba bien. Me sentía abrumado por el deseo de ser arrastrado. Quería descender a las profundidades y perderme para siempre. Hasta que oí repicar la campana: «Trabaja y sobrevive.» Al día siguiente, el trabajo en la novela mejoró ligeramente. Durante los días posteriores me dediqué a ello por completo y antes de darme cuenta estaba otra vez sumergido en el libro, con mi pensamiento y mis horas estructurados por él.

Los primeros indicios de que algo horrible había ocurrido entre las paredes de Abu

Salim no salieron a la superficie hasta varios años después de la masacre. Pequeños fragmentos de información empezaron a emerger, todos ellos incompletos, como si procurasen no revelar la imagen completa enseguida. Oí las historias y las registré tal vez como todos percibimos los hechos, desde nuestras vidas intrincadas, es decir, no los percibimos hasta que se han repetido incontables veces, e incluso entonces los comprendemos sólo parcialmente. Se ha perdido tanta información, que cada pequeña pérdida provoca un dolor inexplicable. El poder debe de saberlo. El poder debe de saber lo fatigada que está la naturaleza humana y lo poco preparados que estamos para escuchar, hasta qué punto estamos dispuestos a aceptar mentiras. El poder debe de saber que, en última instancia, preferiríamos no saber. Debe de creer, viendo cómo funcionan las cosas, que el mundo es más adecuado para el criminal que para los que llegan después, buscando justicia o responsabilidad o verdad. El poder debe de ver el patetismo de esos intentos y, sin embargo, los afligidos, los testigos, el investigador y el cronista no pueden dejar de intentar dar sentido a ese embrollo diabólico. Cada uno motivado por su propia necesidad, idea u obsesión, corren a un lado y a otro, como hormigas después de un pícnic, esperando las migas, y el tiempo pasa, duplicando infinitamente las distancias, alejándonos del hecho original, dificultando, cada día que pasa, explicar con exactitud lo que ocurrió o incluso tener la certeza de que ocurrió algo. No obstante, con el paso de los años, igual que un paso imita al anterior, cada vez resulta más difícil escapar, renunciar por completo a lo que se ha invertido hasta el momento, y más aún a la persona devorada por la injusticia. Al final, la pérdida original, el punto de partida, el momento en que la vida cambió de manera irrevocable, viene a semejar una presencia viva, con su propia fuerza y temperamento. Como el deseo, su vitalidad está en lo que no revela, hasta que el apego y el rencor quedan tan íntimamente entrelazados que en ocasiones cuesta distinguir el uno del otro.

Hasta 2001 no empezamos a oír historias de funcionarios de paisano que llegaban sin avisar a hogares de todo el país. Preguntaban por el libro de familia de la casa, el documento legal en el que constan todos los miembros de una familia nuclear, sus fechas de nacimiento y, si han fallecido, la fecha y causa de la muerte. Un par de días después les devolvían el libro. Parecía una comprobación de rutina y, cuando les preguntaban, los funcionarios decían:

—Sí, todo está en orden.

Lo único que todas las familias visitadas tenían en común era que tenían un padre, un marido o un hijo en Abu Salim.

La mayoría de las familias no se fijaron en el cambio hasta varios años después. Oí que una familia sólo lo descubrió un par de meses después de que se lo devolviera el funcionario, cuando sacaron el libro para registrar un nacimiento, vieron que allí constaba que el abuelo encarcelado llevaba muerto varios años. Una de las historias que se contaban era la de una mujer que miró su libro de familia cuando se lo devolvieron, pero no notó ningún cambio. Lo examinó con atención y se sintió

aliviada de que todo estuviera como antes. No fue hasta al cabo de una semana cuando, por razones que no podía explicar, se despertó en plena noche y fue al cajón donde guardaba el documento. Entonces vio lo que no había sido capaz de detectar la primera vez. Una línea escrita en tinta azul junto al nombre de su hijo, que decía: «Muerto en 1996 por causas naturales.» La oyeron gritar. Su familia intentó sujetarla, pero ella logró salir corriendo a la calle. De todas las palabras que debió de gritar ese día, la única que sobrevivió a las diversas narraciones de la historia fue «años». La gritó una y otra vez.

Podía estar refiriéndose a los años que tendría que sufrir sin su hijo, o a los del pasado, sobre todo desde 1996, en los que continuó haciendo el largo viaje desde su casa de Bengasi a Trípoli, con la esperanza de que los guardias de la prisión le permitieran ver pronto a su hijo. En los años anteriores a 1996, le habían autorizado visitas e incluso la habían dejado llevarle ropa, vitaminas, comida, dentífrico, *aftershave*. En cambio, desde junio de 1996, sus viajes de veinticuatro horas habían sido en vano. Los guardias parecían genuinamente apenados. Las visitas se habían suspendido de manera indefinida, le decían. Le prometían entregarle sus regalos a su hijo y nunca olvidaban decirle que lo intentara otra vez al mes siguiente. Así lo hizo ella, cada mes durante cinco años cocinó comidas y compró regalos para un hijo muerto. Le escribía cartas en las que ponderaba qué decir y qué callar.

Los guardias se lo quedaban todo, tiraban las cartas, se comían la comida y vendían lo demás a los reclusos o se lo quedaban o lo regalaban a amigos o a sus propios hijos. Quizá algún hijo recibiese un *aftershave* o un pijama con ocasión de su cumpleaños. «Años.» Eso era probablemente a lo que se refería.

Poco después de esto, de 2001 en adelante, madres y esposas empezaron a acampar ante la prisión de Abu Salim, sosteniendo fotografías enmarcadas de sus hijos y maridos. Su dolor nunca fue reconocido. Su número siguió creciendo, hasta el momento en que un joven abogado defensor de los derechos humanos decidió desafiar los deseos del dictador y se encargó del caso de las familias. Cuando en 2011 fue detenido, todos acudieron al tribunal de Bengasi para manifestarse contra la detención.

Pasé el resto de la tarde caminando con Diana por la ciudad. Me gusta verla hacer fotos. La calma del esfuerzo concentrado. Pero nunca me ha gustado la atención que eso atrae. Aunque la gente de Bengasi estaba relajada. Eso también cambiaría pronto. Los periodistas, libios y extranjeros, iban a convertirse en los principales objetivos de secuestro y asesinato; como consecuencia, los acontecimientos del país quedarían en gran medida sin divulgar, y la única forma de saber lo que estaba ocurriendo sería a través de las redes sociales.

Diana llegó a un plaza próxima a la calle Omar al Mukhtar. En el centro había una gran zona embaldosada rectangular, con bancos y unas cuantas palmeras, rodeada por

los cuatro costados por bloques de pisos no muy altos. Algo en la plaza la atrajo. Diana no es de las que fotografía un bonito atardecer, busca otra cosa. Colocó su trípode en medio de la plaza y orientó la gran cámara cuadrada hacia una esquina. Muchas veces hace fotos de noche y nunca usa flash ni focos. Midió el nivel de luz para determinar cuánto tiempo tenía que dejar abierto el obturador y disparó, manteniendo el dedo en el botón durante dos minutos. Para asegurarse, tomó otras dos fotos: una de un minuto y medio y otra de tres minutos. Durante ese tiempo yo me quedé sentado en uno de los bancos.

Los sonidos suaves de las vidas de las familias —cubertería, televisión, charla— flotaban desde las ventanas de los pisos de alrededor. Un grupo de jóvenes se reunió en torno a otro banco. Empezaron a fumar. Olí el tufo dulce del hachís. De repente, dos niños —no podían tener más de diez años— entraron corriendo en la plaza y se quedaron de pie el uno frente al otro. Otros niños de su edad los rodearon. Tenían todos los tonos de piel libios: negro, marrón y blanco. Un par de los jóvenes que fumaban se acercaron y separaron a los niños antes de que empezara una pelea. Había algo extrañamente predecible en todo ello, como si formara parte de una actuación planificada. Los niños se marcharon en direcciones diferentes.

Una vez que Diana terminó, la ayudé a recoger y nos fuimos de la plaza. No nos fijamos en que nos estaban siguiendo. Ya estábamos acercándonos a la calle de Omar al Mukhtar cuando un niño nos llamó desde atrás.

—*Ustath, ustath*. —Parecía tímido—. ¿Son periodistas? —preguntó.

Era uno de los dos niños que habían estado a punto de pelearse. Tenía una cara inolvidable, tierna y luminosa. De pie a su lado había otro chico con aspecto de estar allí para ofrecer apoyo.

—No —dije—. No somos periodistas. Mi mujer es artista y yo soy escritor.

—¿Forman parte de ese grupo que ha venido antes preguntando por las familias de los desaparecidos?

—No, ¿por qué? ¿Conoces a algún desaparecido?

—Mi hermano.

—¿Qué edad tiene?

—Veinticinco. Lo detuvieron en una manifestación el 25 de marzo de 2011.

—Lo siento —dije—. Espero que lo encuentres pronto.

—Gracias.

—Es horrible.

Asintió.

—Es difícil saber qué hacer.

Apartó la mirada. Pensé que debía decir algo positivo.

—Pero ten fe y no te olvides de tus estudios.

Asintió otra vez.

—Mi padre también desapareció —dije.

—Que Dios lo devuelva sano y salvo —contestó el niño. Luego, tras una pausa,

preguntó—: ¿Cuándo ocurrió?

—Hace muchos años. El 12 de marzo de 1990.

Me miró y apartó la vista otra vez.

Traduje para Diana y luego le dije al chico lo que ella había dicho.

—Mi mujer dice que espera que encuentres a tu hermano muy pronto.

—¿De dónde es? —preguntó su amigo, que era más bajo.

El otro lo miró como diciendo: «No seas grosero.»

—De Estados Unidos —respondí.

—¿Estados Unidos? —repitió el otro niño.

Le pregunté si él también conocía a alguien que hubiera desaparecido.

—No —dijo, estirándose la camiseta.

—Me alegro —contesté. Entonces, cuando ninguno de ellos dijo nada más, añadí —: Bueno, adiós.

—¿Dónde se hospedan? —preguntó el primer chico.

Le dije el nombre del hotel.

Pensó un poco y preguntó.

—¿El que está en el mar?

—Exactamente —respondí.

—Vale. Buenas noches —dijo.

Nos alejamos. Cuando miré atrás, los vi todavía de pie en el mismo sitio. Los saludé, pero no me devolvieron el saludo. De camino al hotel, Diana y yo pensamos varias veces en volver y buscar alguna excusa para pasar más tiempo con ellos. La sensación persistió hasta el día siguiente. Volvimos a la plaza y pasamos alrededor de una hora allí, pero los chicos no aparecieron.

Los huesos

En esos días pasados en Bengasi, noté a menudo una extraña vinculación con Ajdabiya. En mi infancia no la sentía. Ha ido creciendo con los años, arrancando mi nostalgia de Trípoli, donde viví y pasé la niñez, lejos de Bengasi, donde mi hermano y yo compartíamos los veranos con nuestros primos, para llevarla a Ajdabiya, esa población austera y sincera a la que no estuve apegado de niño. Si mi padre hubiera estado vivo, tendría setenta y tres años. Cuando imaginaba que me reunía con él, eso no sucedía en nuestra casa de El Cairo, el lugar de donde se lo llevaron, tampoco en Londres, donde yo vivía —y a menudo me preguntaba, dada la traición de Egipto, si él elegiría vivir también allí—, sino en la casa de mi abuelo en Ajdabiya. Era como si, en mi mente, lo estuviera devolviendo a la casa de su padre. Imaginaba que el encuentro no se producía en secreto, durante las horas nocturnas, como cuando él hacía aquellas peligrosas incursiones, colándose por la frontera egipcio-libia para visitar al abuelo Hamed, sino a plena luz del día.

Regresé a Ajdabiya. En esta ocasión fui solo.

El tío Hmad Khanfore estaba fuera durante mi primera visita. Yo había hecho campaña por su liberación durante años, pero nunca nos habíamos visto antes. Mi madre me había contado que le encantaba el teatro y, cuando en los viejos tiempos visitaba a mis padres en El Cairo, ella lo llevaba a ver al menos tres obras cada semana. Hay una fotografía de él con mi madre y el primo Ali, todos sentados en fila en uno de los carros decorados tirados por caballos que dan paseos junto al Nilo. Hasta el cochero sonríe a la cámara, sosteniendo su látigo muy tieso a su lado. Unos meses después de que se tomara esa fotografía, detuvieron al tío Hmad y a Ali. Miré varias veces la fotografía durante sus veintiún años de encarcelamiento. El tío Hmad, que tenía planes para convertirse en dramaturgo, y el primo Ali, que acababa de regresar de estudiar Economía en la Universidad de Düsseldorf y que hacía gala, por su manera de vestir y de sentarse tan tieso, de una curiosa formalidad germánica. La siguiente fotografía que vi de ellos se tomó el día de su puesta en libertad y me la enviaron al día siguiente. Muestra a los tíos Mahmoud y Hmad y los primos Ali y Saleh de pie delante de la puerta de la prisión. Llevan ropa limpia y planchada. Todos ellos son dos décadas más mayores. No sólo el pelo, sino también la piel parece haber perdido color. Miran a la cámara tratando de sonreír, tratando de parecer cómodos. «¿Qué esperabas —me dije—, alegría?» No es momento para la alegría. Cuando te liberan de un encarcelamiento tan largo, la injusticia cobra forma en toda su

magnitud. Sólo entonces te das cuenta de cuánto tiempo ha pasado, cuánto ha cambiado el mundo y cuánto se ha perdido. Pero incluso entonces supe que no se trataba sólo de eso. Algo iba mal.

Había visto al primo Ali en El Cairo justo antes de viajar a Bengasi. Vino a hacernos una breve visita. Le di indicaciones por teléfono y me quedé en la esquina de la calle, esperando. Me sentía entusiasmado ante la perspectiva de verlo por fin. Cuando llegó, vi que, igual que yo, no podía parar de sonreír. Aparcó y nos abrazamos. Éste es el cuerpo que ha estado encerrado dos décadas. Éste es el cuerpo que pertenece al nombre que repetí en mis cartas a distintos gobiernos y ONG. Nos sentamos el uno junto al otro en el sofá y charlamos hasta que nos sirvieron la comida. Contó muchas cosas sobre la vida en prisión, pero lo que más me llamó la atención fue su descripción de los altavoces. Mi padre los había mencionado también en una de sus cartas, pero era mucho peor de lo que yo había imaginado. Los altavoces no estaban en los pasillos, sino dentro de cada celda, fijados al techo, donde los reclusos no podían alcanzarlos ni romperlos. Reproducían discursos de Gadafi, sólo interrumpidos por canciones de propaganda y eslóganes que exponían las virtudes del régimen. La difusión se llevaba a cabo cada día desde las seis de la mañana hasta medianoche, y a todo volumen.

—Tan alto —dijo Ali— que a veces era difícil entender las palabras. Sentías que te vibraban los músculos. Yo me tumbaba y miraba la botella de plástico vacía que temblaba en el suelo de cemento. —Entonces, quizá para consolarme, añadió—: Pero al final de acostumbras. —Y de repente dijo—. Quiero darte las gracias.

—¿Por qué? —pregunté.

—Por todo lo que has hecho.

El tono en que lo dijo era complicado. Sincero y reticente, apreciativo y apenado al mismo tiempo. Se correspondía con la fotografía tomada el día de su liberación.

Esa misma tarde, Ali nos dio una información nueva. Después de que los ayudantes de Seif les comunicaran a él y a los demás su liberación y les dijeran que finalmente se iban a casa, que esa noche dormirían en sus camas, después de proporcionarles ropa limpia, cuchillas y jabón de afeitar, de darles la oportunidad de despedirse de los otros prisioneros, después de llevarlos por el patio hasta una oficina amueblada con grandes sofás y varios sillones y de que una vez allí les sirvieran té y café y les entregaran cigarrillos, todo con un aire amable y jovial, les explicaron que su liberación dependía de un detalle final: «Firmar una disculpa formal por haberse opuesto al Gran Líder.» Seif ya la había preparado. Alguien la había tecleado y allí estaba, con una línea de puntos al lado de cada nombre. Debían firmar todos o ninguno sería puesto en libertad.

—Yo no quería hacerlo —me dijo Ali—. Pero Mahmoud había llegado al límite. Estaba enfermo y frágil. Estaba preocupado por él.

Tener que firmar una disculpa después de veintiún años de encarcelamiento cruel e injusto puede acabar con un hombre. Si yo no hubiera hecho nada, ellos habrían

salido de todos modos cuando los revolucionarios tomaron Abu Salim y echaron abajo las puertas. Pero yo actué según los hechos que conocía entonces. Seif nunca mencionó una disculpa y, aunque lo hubiera hecho, habría sido inapropiado por mi parte negarles la elección a mis tíos y primos. Sin embargo, esa nueva información lo corrompió todo y a partir de entonces, cuando alguien me daba las gracias o me felicitaba por el papel que había desempeñado en la liberación de mis tíos y primos, enseguida cambiaba de tema.

El tío Hmad parecía extrañamente joven y viejo al mismo tiempo, como si su yo más joven, con su amor por el teatro y mil y un planes de futuro, hubiera sido contenido y conservado por su cautividad. Esto no es inusual, supongo; nuestro ser más joven siempre nos acompaña. Sin embargo, en una vida de actividad, sin ruptura dramática, donde el progreso de las cosas no está interrumpido por la catástrofe, donde nuevas impresiones, descubrimientos e influencias rozan regularmente la piel de nuestro pensamiento, nuestra maduración sigue un proceso que crea la ilusión de una línea sin fisuras. En el caso del tío Hmad, el joven que estaba a punto de ser detenido y el hombre en el que se había convertido parecían existir en paralelo, destinados a no encontrarse y, sin embargo, resonando uno contra el otro como dos notas musicales discordantes.

Su inglés era bueno y tenía ganas de usarlo conmigo. Parte de su atención estaba ocupada constantemente por quienes lo rodeaban. Esta consideración excepcional, imaginé, tenía que dejarlo exhausto al final de cada compromiso social. Yo no soy ni mucho menos tan considerado y sin embargo me resulta imposible ser «yo mismo» en compañía de otros. Todo el rato estoy pensando en los que me rodean. Si me caen bien, mis opiniones se inclinan en su dirección, y si, por la razón que sea, me irritan, soy muy obstinado. En cualquier caso, me quedo agotado y confuso, lamentando haber renunciado a mi soledad y, como deseo la compañía de otros y siempre la tengo, el ciclo es interminable.

Tal vez, pensé, el tío Hmad sufría de la misma aflicción. Ésta fue una de las razones por las que me provocó una simpatía inmediata. Quería escucharlo y él, a su vez, estaba ansioso por contarme sus recuerdos. Tal vez ambos sospechábamos que nuestro tiempo juntos iba a ser limitado, que el mundo iba a cambiar y que la rutina de viajes frecuentes a Libia, o incluso la posibilidad de vivir allí una parte del año, iba a dejar de ser viable.

—Técnicamente hablando —me dijo el tío Hmad en inglés—, el tío Jaballa era mi cuñado, pero yo lo consideraba un padre, y no sólo por la diferencia de edad. Era un ejemplo —añadió, mirándome con aquellos ojos que ya había visto antes en otros hombres que aman a mi padre.

A partir de entonces, dejé el «tío» y me referí a él simplemente como Hmad.

Estos encuentros con mis familiares que habían pasado décadas en prisión, cuyos nombres han estado en mi lengua y entre mis dedos repetidamente a lo largo de los muchos años que dediqué a hacer campaña y a escribir cartas sobre ellos a varios gobiernos y organizaciones de defensa de los derechos humanos, revelaron las aguas revueltas entre nosotros. Ellos querían hablarme de cómo fue la vida durante dos décadas en prisión, y yo tenía muchas ganas de contarles lo mucho que había pensado en ellos. Era un intercambio de promesas y devoción, coloreado, desde su lado, por la excitación de los que han sobrevivido a un accidente, y desde el mío, por la culpa de haber vivido en libertad; culpa, pero también la terca desvergüenza de que, sí, había vivido una vida en libertad. En otras palabras, nuestra compañía provocaba un asalto de juicios impuestos por el yo y, en consecuencia, siempre posiblemente imaginarios. Ellos querían que supiera que su lealtad a mi padre no había flaqueado, y yo quería que supieran que no los había abandonado, sino que había hecho todo lo posible por liberarlos. Ellos querían que supiera lo que sentían por mi padre y yo sentía que al hacerlo estaban reconociendo lo que se negaban a aceptar: que estaba muerto. Tenían más cosas que contarme que yo a ellos. Querían llevarme a la oscuridad, exponer el sufrimiento y, al hacerlo, recalcar de manera discreta e indirecta el éxito amargo y trascendental de haber sobrevivido. ¿Hay mayor hazaña que sobrevivir al sufrimiento? ¿Superarlo y salir casi intacto? Y percibía un goce en su narración, en hablar del horror brutal de su tiempo en prisión —un período que cubría entre un tercio y la mitad de la vida de cada hombre hasta el momento—, sentados frente a frente, con el bienestar de una tarde ociosa, entre té y cigarrillos.

—Moriré por su derecho a decir lo que piensa —oí que citaba el tío Mahmoud, e interrumpió a alguien para preguntarme—: ¿No es así, Ibn Jaballa? ¿Conoces esa frase? ¿No es de Voltaire? —Y la repitió con placer.

En mi visita anterior, en un momento en que estábamos solos, el tío Mahmoud me había contado que le habían hecho de todo.

—Me pegaron, me privaron de comida y de bebida, me ataron, me tiraron un cubo lleno de cucarachas al pecho. No hay nada que no me hayan hecho. No puede ocurrirme nada que pueda ser peor que ese tiempo. Y siempre lo soporté. Guardaba un lugar en mi mente donde todavía era capaz de amar y perdonarlos a todos —dijo con una mirada amable y labios sonrientes—. Nunca lograron arrebatarme eso.

Hmad y yo estábamos sentados en el suelo, en un rincón del salón del tío Mahmoud. Hablábamos en voz baja para no molestar a la otra mitad de la sala, enfrascada en una conversación centrada en la situación actual: la falta de seguridad y la proliferación de armas.

—¿Quién demonios recogerá todas esas armas? —preguntó uno.

—Hay pistolas en cada casa del país —dijo otro.

Hmad empezó a hablar de la masacre. Supuse que lo hacía porque esa masacre

fue la chispa que encendió el fuego. Como los inicios de esos incendios que consumen bosques enteros, sentíamos entonces que la revolución de 2011 también había tenido un comienzo específico, que entonces nos parecía asombroso. Sin embargo, yo sospechaba que Hmad la mencionaba también porque después de la masacre de Abu Salim no se volvió a ver a mi padre. ¿Hmad creía que había muerto en la masacre? Justo en el momento en que pensé que no me atrevería a preguntárselo, me oí decir:

—¿A mi padre lo mataron allí?

—Sólo Dios lo sabe —respondió Hmad.

—Lo sé —dije, notando que mi tono de voz era suave, como si estuviéramos hablando del mar en esa época del año—. Pero ¿qué crees tú?

—Sólo Dios lo sabe —repitió—. Durante los primeros días podíamos oírlo y hablar con él. Estaba en una celda no muy alejada de la mía, pero luego lo trasladaron y ya no volvimos a estar en contacto, salvo por alguna que otra carta.

Necesitaba cambiar de tema. Le pregunté por sus hijos, si era cierto que ahora vivían en la vieja casa del abuelo Hamed.

—Sí —contestó sonriendo—. Pero no es como la recuerdas. Ha cambiado mucho. Tienes que visitarla.

—Lo haré —dije.

—En todo caso, querido, deja que empiece por el principio. Meses antes de la masacre —dijo Hmad, reanudando su relato— hubo protestas en la prisión. Las causas se habían ido acumulando. Las condiciones siempre fueron deplorables, pero también estables y predecibles. Hasta que, en noviembre de 1995, se escaparon trece presos. Desde ese momento, nuestro trato empeoró de forma drástica.

»El más terrible (nunca lo olvidaré) era El Magrus. Cuando se sentaba en una silla era como si estuviera sentado en una lata de leche en polvo para bebés. En su mano, un palo parecía tan pequeño como un palillo. El hombre era un gigante. Y todo músculo. Cuando terminaba de interrogarte, empezaba a burlarse de ti. Era la costumbre. No sólo para ridiculizarte y provocar, sino también para pasar el rato. La cuestión era que esos guardias e interrogadores se aburrían soberanamente y siempre buscaban una forma de entretenerse.

»Recuerdo que una vez, después de interrogarme durante horas, El Magrus preguntó: “¿Quieres volver a tu celda?”

»Bueno, esto será difícil de creer —dijo Hmad—, pero la pregunta aterrizó en mi oído con la misma dulzura que si me hubiera preguntado si quería irme a casa. ¿Te imaginas? —preguntó, dándome un golpecito en la pierna—. Los interrogatorios eran tan espantosos que cuando por fin te llevaban a tu celda estabas tan contento de regresar a ese lugar miserable como si te hubieran llevado a casa con tu mujer e hijos. Estaba acabado, exhausto y sangrando por varios sitios.

»“Vale, pues, puedes volver a tu celda, pero sólo después de que te oiga decir que Jaballa Matar es un perro descarriado”, dijo El Magrus. “Pero ¿de qué te servirá

eso?”, pregunté. “Quiero oírtelo decir”, contestó él. Le dije: “Escucha, prefiero decir palabras por las que me cortarían la cabeza que otras por las que me vería obligado a agacharla.”

»El otro interrogador se conmovió al oírme y le dijo a El Magrus: “Déjalo marchar.” El Magrus se negó. “No soy ningún héroe, pero puedes pegarme con ese palo todo lo que quieras; no lo diré. ¿Y de qué te serviría si lo dijera? De nada. En cambio, a mí me hundiría”, le dije.

»Por suerte, el otro hombre intervino de nuevo. Tuve suerte, porque si me hubieran vuelto a golpear, lo habría dicho; habría dicho cualquier cosa.

»Cuando Mahmoud y los otros me vieron —añadió Hmad, riendo—, estaban desconcertados. Yo estaba lleno de moretones pero contento. Ese día pude dormir.

Deseaba fumar con cada poro de mi cuerpo. Le ofrecí a Hmad un cigarrillo y los encendimos.

—De todos modos, deja que vuelva a los hechos que precedieron a la masacre —dijo, soltando el humo—. Como te he dicho, el trato era deplorable y empeoró después de que escaparon esos hombres. Nos quitaron los pocos lujos que teníamos: jabón, almohadas, colchones, hasta que sólo quedó el suelo de cemento. Nos quedamos delgados como fantasmas.

»Al cabo de unos meses en ese infierno, metieron a un nuevo grupo en la celda que quedaba frente a la nuestra. En comparación, nuestras condiciones eran lujosas. Habían organizado una confrontación armada en Bengasi, y tratado de tomar una guarnición. Uno de ellos era un hombre llamado Khaled al Baksheesh. Lo golpearon hasta que le partieron la pierna y luego lo dejaron sin tratamiento ni analgésicos. Lo oíamos gemir. Empezó a gangrenarse. Un día, sus compañeros de celda empezaron a aporrear la puerta hasta que llegaron los guardias. Se llevaron a Khaled al Baksheesh al patio que estaba junto a nuestra ala. Nos quedamos tranquilos, pensando que lo llevarían al hospital. Vi su pierna atrofiada y no podía creerlo. Se arrastraba horriblemente detrás de él como una cuerda. Lo colocaron en medio del patio y lanzaron chorros de agua con unas mangueras. Luego lo devolvieron a patadas a su celda. Esa noche no oímos nada. Por la mañana, sus compañeros nos dijeron que había muerto.

»Fue ese grupo de la celda de enfrente, la número nueve, el que puso en marcha la desobediencia. Recuerdo muy bien el día. Era viernes, viernes 28 de junio de 1996. En cuanto terminó la oración de la tarde oí gritos, una refriega y disparos. Lo que ocurrió fue que, cuando los guardias abrieron la celda número nueve para entrar la comida, los hombres saltaron sobre ellos, les quitaron las armas y soltaron a todos los presos. Nos reunimos en el pasillo, sin saber qué hacer a continuación. Los guardias del piso de arriba empezaron a disparar. Mataron a algunos presos e hirieron a otros. Nos volvimos a esconder en nuestras celdas. De vez en cuando nos arriesgábamos a correr de una celda a la siguiente. Durante unas horas, todo quedó en suspenso.

»Ocurrió algo extraño. No vas a creerlo, pero te lo juro por la vida de mis hijos.

El cuerpo de uno de los presos muertos se quedó exactamente igual, sólo con las mejillas algo más pálidas, pero por lo demás intacto. Olía a almizcle. No teníamos almizcle ni nada parecido en la prisión. En cambio, el rostro del guardia que llevaba muerto el mismo número de horas se había puesto negro y su cuerpo, hinchado como una pelota, apestaba. Todos nos maravillamos de eso.

»Al atardecer, uno de los guardias alzó la voz para ofrecernos agua; la habían cortado para obligarnos a rendirnos. Nos pidió que escogiéramos a un hombre de cada ala para negociar con ellos. Nuestros representantes se marcharon y estuvieron fuera mucho tiempo. Cuando regresaron, iban acompañados por tres de las figuras más destacadas del régimen: Abdullah Senussi, que era jefe del servicio secreto y cuñado de Gadafi; Abdullah Mansour, también de inteligencia; y Khairi Khaled, director de prisiones y hermano de la primera mujer de Gadafi. En resumen, algunas de las personas más importantes, y ninguna más que Abdullah Senussi, que fue muy cordial.

»Preguntó: “¿Cuál es el problema, hermanos? ¿Por qué estáis tan descontentos?” Le dijimos que recibíamos un trato insoportable y que preferíamos morir que vivir así. “¿Derechos humanos? ¿Qué derechos humanos? Ni siquiera tenemos los derechos de los animales. Al menos a los animales les dan comida y agua y no los golpean. A nosotros no se nos concede ninguno de esos privilegios y dejan morir a nuestros enfermos”, le dijimos. “¿Ésas son todas vuestras demandas? En ese caso son demandas muy razonables. Ni siquiera he de consultar con nadie. Pondré en marcha vuestras peticiones ahora mismo. Podéis dar por superadas todas vuestras quejas”, concluyó Abdullah Senussi.

»Durante estas conversaciones, Senussi estaba en contacto con Gadafi. Le sonaba el teléfono, se ponía firme como un junco y empezaba a susurrar. Su teléfono volvió a sonar en ese momento y una vez más lo vimos dar un par de pasos antes de responder. “Sí, excelencia. La situación está completamente controlada, excelencia. Por supuesto, haremos exactamente eso. Quédese tranquilo.”

»Colgó y nos pidió a todos que volviéramos a nuestras celdas. “Cuando os despertéis, descubriréis que todo ha cambiado”, nos dijo.

»Pedimos que figuras destacadas de la comunidad legal, así como embajadores extranjeros, fueran testigos del acuerdo. “Somos el gobierno y vosotros sois los presos. Si quisiéramos, podríamos enviar bombarderos y destrozar la prisión entera con vosotros y los guardias dentro. Ni os tememos ni nos dais pena. Pero hemos decidido, por humildad y amabilidad, razonar con vosotros”, contestó Senussi. Al cabo de unos momentos añadió: “Escuchad, para tranquilizaros en cuanto a nuestras buenas intenciones, dadnos a ciento veinte hombres, los que estén más necesitados de atención médica, y yo personalmente los llevaré al hospital Salah el Din.”

»Esta promesa final era una tentación enorme. Las discusiones continuaron entre nosotros. Entonces gritó en el pasillo: “Entretanto, mientras intentáis decidir, reunid a los enfermos y heridos. Incluso nos llevaremos a los muertos y los

enterraremos. Mañana prometo un grupo nuevo de guardias, comida digna y trato respetuoso. Pensaréis que os habéis despertado en un hotel de cinco estrellas.”

»Los presos discutieron. Había tensión real. Varios levantaron la voz: “Venga, vamos a pensar lo mejor. Seleccionemos a ciento veinte. Treinta hombres de cada ala.”

»Entre los treinta hombres de nuestra ala estaba mi hermano Ahmed, tus primos Ali y Saleh, un par más del grupo del tío Jaballa, tu tío Mahmoud y yo. Ninguno de nosotros durmió esa noche.

»Al alba, antes de que saliera el sol, cuando el cielo estaba completamente negro, nos llevaron al gran patio abierto. No podía creer lo que veía. Filas y filas de soldados, todos bien uniformados, algunos de ellos en posición de disparo. Eran tan numerosos que daba la impresión de que todo el ejército libio se hubiese reunido allí. Me pregunté por qué no los habíamos oído llegar. Los guardias de la prisión llevaron a los presos muertos en carretillas y los arrojaron en grandes cubos de basura. Al resto nos esposaron con lo que llamaban esposas israelíes. Las fabricaban allí. El último diseño. Un cable de plástico fino que se tensaba con la más leve resistencia. Sentías el dolor no tanto en las muñecas como dentro de la cabeza.

»Nos metieron a todos en grandes autobuses. Me senté junto a la ventana. Vi a un hombre. No sabía quién era, pero por la forma en que iba vestido y por cómo lo seguían algunos de los otros, entendí que estaba al mando. Entró en el autobús en el que iba yo y dijo en voz alta. “¿Quiénes de vosotros sois del grupo de Ajdabiya?”

»Ali iba en el mismo autobús; también había otro hombre, sentado justo delante de mí. Le susurré que deberíamos anunciarnos. Dijo que no.

»El oficial repitió: “El grupo de Ajdabiya, la oposición, el caso de 1990: daos a conocer.”

»Levanté la mano.

»El hombre pregunto: “¿Quién más está contigo?”

»Señalé a Ali. No mencioné al otro hombre. No quería ser responsable.

»Ali y yo bajamos del autobús y vimos a Saleh, mi hermano Ahmed, Mahmoud y un par más del grupo reunidos también allí. Nos pusieron en fila y nos ordenaron que nos arrodilláramos. Sentía que las esposas israelíes estaban a punto de rebanarme las manos. Permanecimos así hasta que se hizo de día. Entonces, desde detrás de nosotros, oímos al mismo oficial ordenando a uno de sus subordinados que nos pusiera un papel con nuestros nombres en el bolsillo. Nos pidieron que dijéramos nuestros nombres. Anotaron cada uno, doblaron el trozo de papel y nos lo metieron en el bolsillo.

»Ya está, pensé, ha llegado mi hora. Pero entonces hubo una gran confusión. Hicieron bajar a todos de los autobuses y los metieron en una especie de granero al que llamábamos “taller”. Volvieron a meter a nuestro pequeño grupo dentro de la cárcel y nos encerraron en una celda nueva. Al cabo de unos segundos oímos una ruidosa explosión, luego una sucesión interminable de disparos, toda clase de armas:

pistolas, metralletas y el sonido de hombres gritando, todo procedente del taller. Resultó, y eso lo supimos después por uno de los guardias que participó en los disparos, que Abdullah Senussi había iniciado la masacre lanzando una granada de mano en el taller. Ésa fue la explosión.

»Pero eso fue sólo el principio. Una atmósfera sombría y una gran energía se extendían por la cárcel. Los guardias corrían de una celda a la siguiente con listas de nombres. Eligieron a centenares de presos. Los esposaron y los llevaron a los patios. Eran espacios rectangulares, sin techo, de unos diez metros por cuarenta y cinco, mientras que, alrededor de ellos, el edificio tenía unos ocho metros de altura. Llenaron así seis patios. Los soldados y los guardias de la prisión ocuparon sus puestos en los correspondientes tejados. Empezaron los disparos.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté—. ¿Lo viste?

—No, pero sí los que estaban en las celdas que daban a los patios. Y después, algunos de los guardias que estuvieron allí nos contaron lo que había ocurrido. Pero lo oí todo. Los disparos duraron dos horas.

—Conocí a un hombre una vez —le dije a Hmad— que lo describió como tener un taladro dentro de la cabeza.

—Sí —contestó—, pero lo peor de todo eran los gritos. Los oías con claridad cuando terminaban las ráfagas de ametralladora. Entonces llegaban los disparos sueltos de pistola, los tiros de gracia, supusimos. Dejaron los muertos allí durante cuatro días. Hasta que el olor nos hizo vomitar a muchos.

Mi mente no podía parar. Destellaban imágenes de mi padre en medio de esa pesadilla diabólica. Vi parte de su pie, luego su tobillo quieto en el suelo, cubierto de polvo por los movimientos de otros. Su palma arrugada, medio cerrada. La tensión suave de su torso. Y, durante un instante fugaz, su rostro. Una expresión que no podía entender. Tristeza y agotamiento y una compasión infinita, como si su pena no fuera sólo por los caídos, sino también por los verdugos. Todo ello con la certeza final e inconsolable de que nunca volvería a vernos. Sentí la fuerza violenta del vértigo. Como si él y yo estuviéramos en lados opuestos de una orilla y el río fuera creciendo, tan ancho ya como un océano.

—Poco a poco, los guardias empezaron a hablar —prosiguió Hmad—. Querían hablar porque lo habían visto todo. Estaban particularmente interesados en saber qué nos había ocurrido a nosotros, el grupo de Ajdabiya, y cómo nos habíamos salvado. “Estabais entre los primeros. ¿Cómo demonios lograsteis sobrevivir?”, nos decían.

»Les hacía gracia, como si fuese una mera curiosidad.

»Cada día pienso en ese amigo que iba en el autobús delante de mí.

Enterraron los cuerpos donde habían caído, en fosas comunes poco profundas. Meses después los exhumaron. Los huesos fueron convertidos en polvo y el polvo vertido al mar.

El patio

Sirvieron otra ronda de té y yo me encendí otro cigarrillo. Estaba fumando demasiado. Me sentía el pecho impregnado de nicotina. El tío Mahmoud le dijo a Hmad que no me acaparase. Hmad sonrió. Tienen facilidad de trato entre ellos. También lo noté con Saleh. Después de la detención, los metieron a todos en la misma celda. Aquella disposición, todos sentados y hablando en voz baja en grupos repartidos por distintas partes de la misma sala, debía de resultarles familiar. Recuerdo que, en una reunión anterior con Ali en El Cairo, decidimos telefonar al tío Mahmoud para hablarle del feliz encuentro. Le pasé el teléfono a Ali y me quedé de piedra al oír el tono severo que empleó con su tío.

—Entonces, ¿así eres tú? —le dijo—. Pasan los días y ni siquiera llamas. —Yo esperaba que Ali se echase a reír, como suele ocurrir después de esas advertencias afectuosas, pero mantuvo la expresión severa y terminó la llamada diciendo—: Pues ya te veré cuando te vea.

Recuerdo que pensé que podían hablarse así porque estaban muy unidos; podían enfadarse entre ellos y seguir como si nada. Cuando vives en la misma habitación puedes seguir como si nada, pero en un mundo donde puede pasar cualquier cosa, y donde las distancias no hacen más que aumentar, debemos intentar arreglar las cosas a la primera oportunidad. Esa clase de intimidad, con la complicidad y el rechazo que permite, como si ya no tuvieran que prestarse atención entre ellos, era rara y curiosa. Daba la impresión de que no temieran perderse. Tal vez lo que nos mantiene unidos sea el temor de perder al otro. Pero ésa es una clase de unión diferente. Recuerdo que pensé que era una clase de unión mejor.

—Hay muchas cosas que quiero contarte —dijo Hmad sonriendo.

—Y yo quiero oírlo todo —respondí.

—¿Alguien te dijo que era poeta? —preguntó.

—No, nadie me lo ha contado.

—Pero a diferencia de estos estúpidos ignorantes —añadió lo bastante alto como para que lo oyeran los otros—, yo escribía mis poemas en inglés.

—Siempre ha sido un extranjero —dijo el tío Mahmoud.

—Sólo se me ocurrían en inglés —contestó Hmad—. Se me ocurrieron en prisión. Ahora no recuerdo ninguno.

—¿No los escribiste? —pregunté.

—No nos permitían escribir nada. Recibí cartas muy hermosas de tu padre. O bien las quemaba o las cortaba en trocitos y las tiraba por el retrete en cuanto las leía. Si nos pillaban con una, el receptor y el autor de la carta pasaban un día en el

infierno.

Era como si me estuviera ahogando. Allá adonde iba, tropezaba con mi padre.

—¿Qué te escribía? —pregunté.

—Hay una carta que recuerdo bien. Ten en cuenta que circulaban a escondidas a través de una red larga y enrevesada de pasajes secretos entre las celdas, y en ocasiones había que destruirlas antes de que alcanzaran al destinatario final.

—¿Dónde encontrabais papel y bolígrafo?

—Siempre había un guardia que nos vendía algo y miraba hacia otro lado. En una época, el tío Jaballa guardó silencio mucho tiempo. Nos preguntábamos si iba todo bien. Le escribí y al cabo de varias semanas recibí una respuesta. Todavía recuerdo una frase que decía: «No te preocupes; estoy bien. Soy como la montaña que ni se altera ni se empequeñece por las tormentas pasajeras.»

Me sentí aturdido y frío: no quiero decir indiferente, sino literalmente temblando por dentro e impotente. Recordé en silencio, porque nunca me habría atrevido a contárselo a Hmad, la revelación íntima de mi padre en la carta grabada que nos envió, cómo al final se había permitido llorar y no borrar el rastro. Había algo desesperante en tener esas dos impresiones, perseverancia y desaliento, una junto a la otra. Sentí un abyecto confinamiento, como si estuviera perdido en un túnel. Y recordé otra vez las palabras de Telémaco:

*Bien quisiera ser hijo de un padre feliz
al que la vejez hallara disfrutando en mitad de sus propias haciendas,
mas mi padre es el más desdichado de los hombres.*

Y por primera vez esas palabras familiares, que han sido para mí compañeras leales durante muchos años, se desplazaron y ampliaron su significado. Se referían tanto a Ulises como a Telémaco; tanto al padre como al hijo; tanto al deseo del hijo de que su padre pasara el resto de sus días en la comodidad y dignidad de su propia casa, como al deseo del hijo de finalmente poder dejar al padre en casa, de poder volverse, mirar adelante y encaminar sus pasos hacia el mundo. Mientras Ulises está perdido, Telémaco no puede irse de casa. Mientras Ulises no está en casa, es un desconocido en todas partes.

—Hablando de poemas —dijo el tío Mahmoud—, tienes que ver esto.

Se levantó y yo lo seguí a un escritorio. Abrió un cajón y sacó una pieza de seda blanca doblada. Era una funda de almohada, tan fina que se podía ver a través de ella. La extendió.

—La robé —dijo sonriendo—. Luego la descosí y la convertí en una sola hoja.

Ambos lados estaban cubiertos de escritura. Parecía una membrana que trazara figuras retorcidas. El tío Mahmoud empezó a leer. Eran poemas y cartas que había

escrito durante varios años a sus hijos. Una línea fina separaba cada bloque de texto. Parecía un diagrama de la anatomía humana: una carta en forma de riñón, otra llenando un pulmón, un poema que ocupaba, como buenamente podía, el espacio libre entre ambos.

—Éstas son las únicas anotaciones que he logrado hacer de todos esos años —explicó el tío Mahmoud—. Posiblemente son la única literatura que sobrevive de los incontables volúmenes que se han escrito dentro de la prisión de Abu Salim —añadió riendo.

Había conseguido sacarla de allí doblando la tela hasta convertirla en una cinta y cosiéndosela a la cinturilla de los calzoncillos.

Comimos. Me sentía exhausto y vacío. Supongo que tenía cara de sueño, porque el tío Mahmoud insistió en que me echara una siesta en la habitación de Izzo. Era extraño tumbarme en la cama de mi primo muerto. Había fotos de él en cada pared. Tenía conciencia de la presión del colchón contra mi cuerpo.

Cuando me levanté, fui con la tía Zaynab a la cocina. Era esa hora de la tarde que recuerdo tan bien, cuando las casas libias no están ni dormidas ni despiertas del todo. Es el momento en que toda la calle, de hecho el mundo entero, parece vacía. La puerta que daba al patio estaba abierta. El sol seguía cayendo implacable, pero había pasado su cenit. Entraba en un triángulo sesgado, estirándose en el suelo de la cocina, haciendo que el resto de la sala pareciera extrañamente apagado y estático, como un lugar abandonado. Alguien, probablemente Hamed o Amal, había regado el patio. El agua se había evaporado, pero las baldosas seguían oscurecidas por la humedad. Una brisa suave se arremolinaba en la cocina. La tía Zaynab me miró y sonrió.

—¿Quieres ayudar? —preguntó, amasando. Cada vez que doblaba la masa, estallaban pequeñas burbujas de aire—. Pásame ese cuenco.

El cuenco era de aluminio, fino como una oblea, con un contorno perfecto, como si hubieran cortado un tercio de un globo. No pesaba nada. Lo colocó boca abajo sobre una llama. Con el orgullo divertido de una cocinera de talento que se sabe observada, trabajó la masa con las manos, estirándola. Se humedeció un dedo y probó la temperatura del metal. Chisporroteó al tocarlo. Estiró la masa hasta convertirla en una hoja delgada y la dejó caer en el casco metálico del cuenco. La masa se comprimió bien prieta en cuanto tocó el calor y lentamente empezó a subir.

—¿Qué tal tu siesta? —preguntó.

Decidí no decir nada sobre lo extraño que me había parecido estar en la habitación de Izzo, apoyar la cabeza en su almohada. Tampoco le conté que, aunque había dormido sólo veinte minutos, había tenido un sueño que parecía haber durado horas. Había soñado con una entrevista real a un rebelde de Bengasi que yo había visto en la televisión justo después de que la ciudad fuera liberada. El hombre tenía la misma mi edad que yo y destacaba porque, entre el júbilo del día, no parecía nada

contento.

«Quiero disculparme públicamente —dijo—. Quiero disculparme públicamente en nombre de toda mi generación, con todos los chicos jóvenes que han tenido que luchar. Deberíamos haberlo hecho por vosotros antes... No tendríais que haber muerto así.»

En mi sueño, el hombre se había transformado en Izzo, rodeado de niños, algunos de ellos riendo y haciendo muecas a la cámara. No le conté nada de esto a la tía Zaynab. En cambio, dije:

—He dormido bien.

Lo cual era verdad.

—¿La cama era cómoda?

—Mucho.

—Es la cama de Izzo —dijo ella.

Continuó dando vueltas a la masa hasta que estuvo dorada por los dos lados. La cocina olía como piel cálida. La tía Zaynab me pasó el tubo de miel de dátíl. Vertí un poco del líquido espeso y negro en un pequeño cuenco blanco. Oía las voces del tío Mahmoud y sus hijos fuera. Llené varios vasos de yogur líquido y lo llevé todo al patio en una bandeja.

Agradecimientos

Nunca es sencillo expresar la gratitud, y menos en un libro como éste, en el que me siento enormemente agradecido de que, durante los tres años que tardé en escribirlo, la tierra se mantuviera firme. Aun a sabiendas de que me enfrento a un fracaso garantizado a la hora de expresar de manera adecuada mi gratitud, me gustaría dar las gracias a las siguientes personas:

Mis queridos padre, madre y hermano por el horizonte; mis tíos Mahmoud Matar, Faraj Tarbah, Fathi Tarbah y Hmad Khanfore por las puertas que abrieron; mi tía Badria Tarbah por el espacio que es sólo suyo; mis primos Hosam Matar, Mohamed Tarbah, Tariq Tarbah, Nasser al Tashani, Marwan al Tashani, Nafa al Tashani, Saleh Eshnayquet y Ali Eshnayquet por ayudarme a entrar.

A Paul van Zyl por su perseverancia y claridad; Mungo Soggot por su inquebrantable, calmada y sincera afinidad; Jalal Shammam, que es tan animado, variado y fiable como una montaña; Nathalie Latham por India y España, por los cinco árboles, sus dos manos e incontables oraciones; Bashir Abu Manneh por su aliento y humor; David Austen y Rupert Thomson por las horas en el tejado; Peter K. Isele por el refugio de Piedmont; Devorah Baum y Josh Appignanesi por el refugio de Hammersmith, su inteligencia y su exquisita simpatía; Khaled Mattawa por su camaradería y sus poemas; Rachel Eisendrath por su elocuencia y amplitud intelectual; el profesor Nicola Labanca por prestarme su oído y su conocimiento. También, *in memoriam*: Maha Darbi, que nunca perdió la fe en todos los libros de todas las creencias, por su amable sabiduría, y Andrew Vass, que murió antes de que pudiera dejarle este libro en su portal y sin el cual soy mucho más pobre.

La confianza y el aliento de David Remnick me ayudaron a empezar *El regreso*. El artículo que me encargó, publicado bajo el mismo título en *The New Yorker* en el número del 8 de abril de 2013, sigue abriendo el libro —aunque en una versión ligeramente ampliada— y fue la primera palada en el pozo. También me gustaría dar las gracias a otros editores que a lo largo de los años me encargaron artículos y ensayos que, pese a no figurar en el libro, me sirvieron de útiles notas. Entre ellos están Charlie English y Lisa Allardice del *Guardian* y Sue Matthias del *Financial Times*.

La persona que, desde el primer par de capítulos, fue capaz de ver el futuro del libro, y por cuya visión y fe estoy en deuda y asombrado, es mi editora en Estados Unidos, Susan Kamil. Les estoy agradecido a ella y a Noah Eaker. Mary Mount en el Reino Unido, Louise Dennys en Canadá, Andrea Canobbio en Italia y Georg Reuchlein y Christine Popp en Alemania siguieron sus pasos, y fue la confianza inicial de editores tan excelentes lo que me ayudó a fortalecer mi determinación. Como siempre, tengo una deuda enorme con la sutileza, inteligencia y rigurosidad editoriales de Mary Mount. Mis conversaciones ocasionales con ella durante la

redacción de este libro fueron tan útiles para mí como su lápiz afilado cuando terminé.

Debo mucho a la pasión, escrupulosidad y buen humor de mis excelentes agentes: Zoe Pagnamenta, en Nueva York, y Georgia Garrett, Peter Straus, Laurence Laluyaux y el resto del equipo de Rogers, Coleridge & White en Londres.

Mi inconmensurable gratitud es para mi compañera, mi primera lectora, la mujer y artista con la que ando el camino, Diana Matar. Ella dijo que así sería.

Hisham Matar



HISHAM MATAR nació en 1970 en Nueva York. De padres libios, se crió en Trípoli y en El Cairo y ha pasado la mayor parte de su vida adulta en Inglaterra. Su primera novela, *Solo en el mundo* (Salamandra, 2007), se tradujo a veintinueve idiomas y fue finalista del premio Man Booker, del Guardian First Book Award y del National Book Critics Circle Award en Estados Unidos. Ganó seis importantes premios literarios internacionales, entre ellos el Commonwealth Writers' Prize, el premio Ondaatje de la Royal Society of Literature, el premio Flaiano y el Gregor von Rezzori. Similar éxito tuvo su segunda novela, *Historia de una desaparición* (Salamandra, 2012). En la actualidad, Matar vive entre Londres y Nueva York.